BLACK THORN



Nunca se olvida
el primer amor

J.T. GEISSINGER

BLACKTHORN

BLACK THORN

J.T. GEISSINGER

Traducción de María José Losada



SOMBRAS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Blackthorn*
Editor original: Tom Doherty Associates/Tor Publishing Group
Traducción: María José Losada

1.ª edición: abril 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 *by* J. T. Geissinger, Inc.
Publicado en virtud de un acuerdo con The Bent Agency
All Rights Reserved
© del mapa *by* Virginia Allyn
© de la traducción, 2026 *by* María José Losada
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87899-69-1

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Jay, el guardián de mis secretos más oscuros

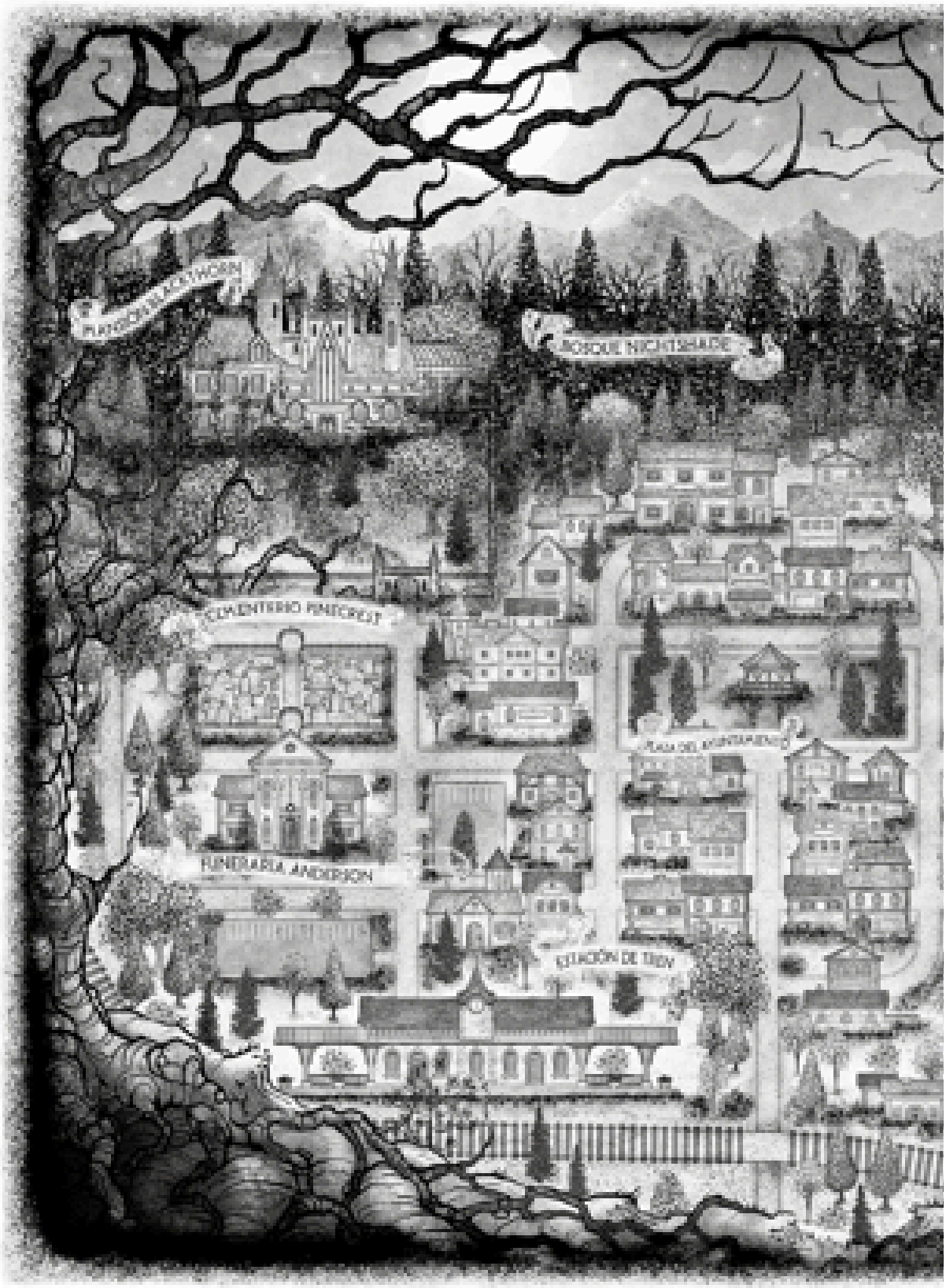


ADVERTENCIAS DE CONTENIDO



Blackthorn es una novela de romance oscuro para lectores a partir de 18 años. En la novela vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que pueden afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- Sexo explícito
- Sexo no consentido y de consentimiento dudoso
- Lenguaje explícito
- Posible daño a un menor
- Sacrificios humanos
- Imágenes perturbadoras
- Ocultismo y religión
- Violencia gráfica
- Incesto
- *Gore* explícito


BOSQUE NIGHTSHADE
CEMENTERIO PINECREST
FUNERARIA ANDERSON
ESTACIÓN DE TREN

Prólogo

Si la maldad pudiera ser un lugar, sería Blackthorn Manor. La antigua y sombría casa donde nací y crecí se encuentra enclavada en los enmarañados bosques negros, bajo cielos plomizos llenos de bandadas de cuervos que la sobrevuelan en círculos. Aunque llamarla hogar es como decir que el infierno es un destino cálido.

La verdad resulta mucho más aterradora; aunque yo me haya enamorado en esa casa, también he estado a punto de morir en ella.

Ahora, mientras me llevan en camilla con una máscara de oxígeno colocada en la cara, veo cómo Blackthorn se convierte en cenizas. Los troncos retorcidos de los viejos árboles que lo rodean parecen pintados de rojo, como manchas de sangre primitiva, por el reflejo de las enormes llamas que lo devoran.

Y sé que por fin me he liberado de este lugar y del dominio que siempre ha ejercido sobre mí.

PRIMERA PARTE

HOGAR, DULCE HOGAR

El infierno está vacío y todos los demonios están aquí.

La tempestad



1

Maven

Solstice, Vermont, es un pintoresco enclave entre las densas colinas boscosas de Nueva Inglaterra. Como cualquier otra pequeña localidad de esta parte del mundo, Solstice tiene su cuota de tradiciones y leyendas. Las apariciones, las maldiciones, los misterios sin resolver, los fenómenos naturales inexplicables… son tan abundantes aquí como los arces.

Y es a este lugar al que ahora regreso de donde hui hace doce años, después de la muerte de mi madre.

O después de un asesinato. Depende de a quién le preguntes.

Mi hija, Beatrix, está a mi lado en el andén desierto de la estación del tren, mirando con inquietud las antiguas farolas de bronce, los bancos de madera y la pequeña edificación con la pintura blanca descascarillada, el tejado a dos aguas y la torre del reloj.

Son las cuatro y media de una tarde gris de octubre. El aire es fresco y huele a leña quemada. El silencio solo se ve roto por el sonido cada vez más lejano del tren, antes de que tome una curva en las vías y sea engullido por el bosque envuelto en niebla. Nos quedamos solas.

Es palpable la sensación de haber sido transportadas al pasado. Y

también lo es el crepitar eléctrico del pánico que invade a mi hija.

Nunca ha salido de la ciudad y ahora siento una fugaz punzada de arrepentimiento por ello, aunque tenía buenas razones para mantenerla rodeada de rascacielos y hormigón, ya que las mujeres de mi familia se vuelven salvajes si pasan demasiado tiempo en contacto con la naturaleza.

—¿Este pueblo tiene agua corriente?

—Por supuesto.

—¿Y electricidad? ¿Coches?

Le cojo la mano y se la aprieto para tranquilizarla.

—Sé que no es Manhattan, cariño, pero dale una oportunidad.

—Es como un pueblo antiguo y espeluznante de una película de terror. Esos bosques probablemente estén llenos de convictos fugados. Podrían hacernos pedazos en cualquier momento.

—No es espeluznante, es encantador. ¿Has vuelto a ver esos documentales sobre crímenes? Ya lo hemos hablado. No son buenos para tu salud mental.

—Que me hicieran pedazos tampoco sería bueno para mi salud mental —murmura mientras se acerca a mí temblando.

Atravesamos la plataforma mientras las hojas secas se deslizan por nuestro camino, y entramos en la estación. También está desierta, lo que resulta inquietante. Por otra parte, todo en este pueblo empezó a parecerme inquietante cuando murió mi madre, así que intento no darle demasiada importancia.

En el pequeño aparcamiento que hay frente a la estación, nos espera un antiguo Cadillac negro con el motor en marcha. Las fantasmagóricas columnas de humo blanco que salen de su tubo de escape se elevan en el frío aire otoñal y cuando un hombre sale del asiento del conductor, desplegando sus largas extremidades como

una araña levantándose de su telaraña, oigo que Bea aspira bruscamente. Le doy otro apretón tranquilizador en la mano.

—Es Quentin, el hombre para todo de Blackthorn Manor. Te he hablado de él, ¿recuerdas? No hay nada que temer.

—No me dijiste que parecía un zombi.

—No es un zombi.

—Mamá, parece que acaba de levantarse de entre los muertos —susurra—. Nunca había visto a nadie con ese color en mi vida. Parece hecho de arcilla.

—No se critica a las personas por su aspecto. Sé amable con él.

Levanto la mano para saludar a Quentin, y él se acerca pesadamente desde el coche para recoger nuestro equipaje.

Al verlo, entiendo por qué Bea está sorprendida.

Q es alto, encorvado, delgado como un palo y tiene unos ojos del color del ónix que te escrutan con una intensidad penetrante desde debajo de unas cejas muy gruesas. Puede mirar fijamente durante un tiempo anormalmente largo, sin parpadear. Su piel pálida y fina como el pergamino contrasta con la severidad de su anticuada capa de lana negra, y su escaso cabello blanco flota alrededor de su cráneo como una niebla etérea. Sus botas no tienen derecha ni izquierda, ya que se las hizo él mismo.

Su forma de moverse sugiere que ha entrado en rigor mortis.

Me pregunto por enésima vez cuántos años tiene, porque Q conserva exactamente el mismo aspecto que recuerdo de mi infancia, cuando me miró fijamente a los ojos mientras le entregaba su regalo de cumpleaños, un escarabajo verde brillante que había desenterrado de debajo de un arbusto de agracejo en el jardín.

Le gustan los bichos repugnantes de la tierra tanto como a mí.

Cuando termina de meter las pocas maletas que traemos en el

maletero, Q abre la puerta trasera del Caddy. Nuestras miradas se cruzan brevemente antes de que me meta en el coche y, aunque no habla, y nunca lo ha hecho, no necesito palabras para interpretar su advertencia:

«Ten cuidado. Ya saben que estás aquí».

Por supuesto que lo saben. Los ricos y poderosos Croft están al tanto de todo lo que ocurre en este pueblo, y lo han sabido desde hace más de trescientos años.

El trayecto hasta Blackthorn Manor transcurre en silencio. Bea no deja de mirarme nerviosa, así que mantengo una expresión impasible y la cabeza erguida con una confianza que no siento. Con cada kilómetro que avanzamos, se aprieta más el nudo que tengo en los pulmones, hasta que mi respiración es tan superficial que me siento mareada.

Entonces, atravesamos las oxidadas puertas de hierro de la verja de Blackthorn Manor y me quedo sin aliento por completo.

La mansión ancestral de mi familia se alza al final de un largo camino de tierra lleno de baches y cubierto de maleza. Forma parte del bosque igual que los siglos de densa maleza y los árboles imponentes que la rodean; su sombría estructura de piedra está cubierta de hiedra y rodeada por una maraña de arbustos autóctonos y helechos descontrolados. La edificación no es una sola estructura, sino muchas construcciones levantadas a lo largo de cientos de años en un obstinado mosaico de estilos que le otorgan un aspecto caótico e inestable. En parte fortaleza medieval, en parte mansión gótica y en parte ruina rústica desafía cualquier definición al uso, al igual que las generaciones de habitantes que la han poblado.

El lugar parece irradiar una sensación de aprensión como un monstruo Frankenstein arquitectónico, como si guardara en su

interior secretos que es mejor no desvelar.

Las únicas adiciones modernas son el enorme invernadero situado en la parte trasera de la propiedad, que alberga todas aquellas hierbas y plantas delicadas que no pueden sobrevivir a los duros inviernos de Nueva Inglaterra, y un garaje cubierto para el coche.

Más allá, se extiende el oscuro y amenazante bosque primigenio, una zona salvaje cubierta de maleza en la que los niños del lugar nunca se atreven a adentrarse, pues se sienten aterrorizados por las historias que les cuentan sus padres sobre todas las extrañas criaturas que deambulan por sus sinuosos senderos.

Al ver la casa, Bea se endereza en su asiento.

—¿Es ahí donde creciste?

—Sí.

—Parece como si estuviera encantada —dice en voz baja un momento después.

Cruzo la mirada con Q en el espejo retrovisor. Luego vuelvo la vista hacia la casa y reprimo un escalofrío.

Hogar, dulce hogar.

Donde todos los duendes hambrientos de mi pasado acechan mi regreso.

Meto la mano en el bolsillo del abrigo, recorro con los dedos las suaves líneas de la pistola que guardo en él y me recuerdo a mí misma que debo seguir respirando.



2
Maven

En cuanto cruzamos la puerta principal de la casa, nos envuelve el aroma de mi infancia, a libros viejos y cera de velas derretida, al perfume persistente de hierbas secas, como un leve susurro de algo dulce, pero también podrido, como fruta demasiado madura. El aire nos envuelve quieto y pesado porque aquí nunca se abren las ventanas, pero también parece vivo, como si estuviera cargado de una energía invisible.

Entonces aparecen por la esquina mis tías y un susurro de electricidad estática me eriza el vello de los brazos.

Esme y Davina están una al lado de la otra, con los brazos entrelazados, sonriéndonos dulcemente como un par de querubines.

Mas cualquier parecido con unas criaturas angelicales termina ahí. Aunque puedan parecer inofensivas, estas mujeres son tan feroces y astutas como leones. Como se han visto obligadas a serlo todas las mujeres de mi linaje que han vivido y muerto en este pueblo.

—Bienvenida a casa, Maven —dice Esme, con los ojos verdes y brillantes.

—Gracias. Me alegro de verte.

Una tabla cruje en el suelo, chirría una bisagra de la puerta y, a

continuación, la casa se sumerge en un silencio profundo y antinatural. Cojo la mano de Bea y la acerco a mí.

—Tía Esme, esta es mi hija, Beatrix. Bea, esta es tu tía abuela.

—Yo soy la inteligente. —Esme sonríe, mostrando los hoyuelos de sus mejillas.

—Eres tan inteligente como un pez dorado —interviene Davina—. Todo el mundo sabe que la inteligente soy yo.

—Y esta es tu tía abuela Davina. Y, para que conste, las dos son unos genios.

Bea mira alternativamente a una y a otra, con la boca abierta y asombrada.

Intento verlas de forma objetiva, con los ojos de un extraño.

Altas, con la espalda recta y los hombros cuadrados, ambas hermanas visten idénticos vestidos largos y sencillos de color negro. No llevan maquillaje, pero su piel resplandece saludable. Tampoco llevan joyas, salvo unas piedras lunares opalescentes a juego en el dedo anular izquierdo.

A pesar de su modesta vestimenta, llaman la atención. Pero es su cabello lo que las hace realmente notables.

De un rojo suculento como el de las granadas frescas, su cabellera cae en una rizada cascada ardiente hasta su cintura. La llevan suelta, lo que permite que se mueva libremente con cada movimiento que hagan con la cabeza; una masa rebelde de color llamativo en la que han aparecido algunas hebras plateadas desde la última vez que las vi.

Mi madre tenía el mismo pelo. Al igual que mi hija. Y yo también, aunque tiño el mío de negro y lo llevo recogido en una trenza apretada desde hace muchos años. Solo lo suelto dos veces por semana para lavarlo con champú y acondicionador, y lo vuelvo a

trenzar en cuanto se seca.

Una vez estuve a punto de cortármelo, pero no pude hacerlo. Me quedé delante del espejo del baño con las tijeras en la mano, escuchando la voz de mi madre en mi cabeza mientras me miraba.

«Nunca te avergüences de las cosas que te hacen diferente. Ahí es donde reside tu verdadero poder».

Para entonces, estaba tan cansada de ser diferente que quería ser cualquier otra persona menos yo misma. Quería ser anónima.

Quería desaparecer.

—Saluda a tus tías abuelas, Bea.

—Hola. Es un placer conoceros a las dos. Gracias por invitarnos.

Esme sonríe, encantada con los modales de Bea.

—De nada. Debéis de tener hambre después del viaje. Venid conmigo a la cocina, queridas, y os prepararé algo para comer.

Coge la mano de Bea, me lanza una mirada significativa mientras se lleva a mi hija a la cocina.

En cuanto se alejan lo suficiente como para no oírnos, Davina se vuelve hacia mí y me envuelve las manos frías entre las suyas.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Claro. Pero ¿cómo estás de verdad?

Exhalo el aire y cierro los ojos un instante.

—Cansada. Había olvidado lo mucho que odio viajar.

Ella hace un sonido comprensivo.

—Tanta gente…

—Sí. ¿Cómo estás tú? ¿Y la tía E?

Me mira en silencio durante un instante y luego se encoge de hombros.

—Como siempre. Sobreviviendo.

Estudio su rostro sin arrugas, deseando haber heredado algo de ese colágeno. Las bolsas de mis ojos tienen ahora sus propias bolsas. Aún no tengo treinta años, pero nadie lo diría al mirarme.

El estrés perpetuo pasa factura.

—¿Qué le has contado a Bea?

—Nada.

—¿Estás segura de que es lo más sensato?

—A veces, la verdad puede hacer más daño que bien.

—Lo dice la científica.

—En este caso, es cierto. Solo estaremos aquí unos días. Prefiero no acabar con su infancia prematuramente. ¿Dónde nos vamos a alojar?

—Tú en la antigua habitación de tu madre y Bea en la tuya.

Asiento con la cabeza.

—Gracias. Le gustará tener su propio espacio.

—Ven a comer algo. —Davina me vuelve a apretar las manos.

—No tengo hambre.

—Pero debes comer. Necesitas tener algo en el estómago. Estás demasiado delgada y pálida, como si te estuvieras recuperando de una enfermedad crónica. —Me examina la cara con los labios fruncidos—. Tuberculosis, tal vez. O algo transmitido por mosquitos.

No han pasado ni cinco minutos y ya ha empezado la diversión. No es de extrañar que las tasas de depresión se disparen durante las vacaciones. Es entonces cuando la gente pasa más tiempo con sus familiares.

Mientras se da la vuelta, Q sube lentamente la escalera principal hasta el segundo piso con nuestras maletas. Sus pasos son tan sigilosos como los de un gato.

Echo un vistazo al lugar; la casa no ha cambiado desde mi infancia. Una colosal chimenea de granito negro apagada domina la sala

principal. Las velas de cera de abeja parpadean en los nichos de las paredes de yeso agrietadas. La repisa sobre el hogar está cubierta con ramas tejidas de abeto fresco, y el alto techo está atravesado por vigas de madera oscura de las que cuelgan candelabros de hierro, con los brazos envueltos en telarañas.

Lo más destacable son los libros, que hay por todas partes; apretujados en las estanterías que van del suelo al techo, apilados en la mesa de centro, en las mesitas auxiliares e incluso en el suelo junto al sofá y las sillas, los libros son el elemento dominante de la habitación. Antiguos tomos encuadernados en cuero se acurrucan junto a ediciones contemporáneas de tapa dura. Las revistas académicas y las enciclopedias dominan toda una pared. Veo la serie ilustrada de folios sobre entomología que tanto me fascinaba de niña, junto con todos los títulos sobre historia, astronomía y arte.

El resto de la casa es un laberinto de habitaciones y pasillos que desafían la arquitectura convencional, un caos en el que los desconocidos pueden desorientarse y perderse fácilmente. Las puertas se abren a precipicios. Las escaleras no llevan a ninguna parte. Los pasillos serpenteantes dan vueltas sobre sí mismos hasta llegar a un callejón sin salida.

Mientras estoy allí de pie, una fría sensación de aprensión se apodera de mí. De repente, me siento como si estuviera mirando desde el borde de un alto acantilado hacia un mar negro y agitado muy por debajo, con un viento amargo que me despeina y me azota el cuerpo, y una presencia maligna a mi espalda dispuesta a empujarme y enviarme gritando a la muerte.

Esperando que se trate de nervios y no de una premonición, me sacudo esa imagen y sigo a Davina a la cocina.



Horas más tarde, después de recoger los platos de la cena y de que Bea se haya ido a dormir arriba, en mi antigua habitación, Esme, Davina y yo nos sentamos a la mesa de la cocina para seguir vaciando a buen ritmo la tercera botella de pinot.

Las mujeres Blackthorn son muchas cosas, pero abstemias no es una de ellas.

—Bea es bastante precoz para su edad —observa Davina mientras recorre lánguidamente con el dedo una de las muchas marcas en la antigua mesa de madera.

—Como tú —dice Esme mientras me mira—. Pero ella es un ángel. Tú eras un pequeño demonio. Llena de energía y vitalidad, igual que tu madre.

Me río entre dientes contra mi copa de vino y luego me bebo el último sorbo.

—Lo dices como si vosotras dos fuerais dos dulces corderitos.

Davina me mira con desdén.

—Perdone usted, alteza, pero somos los corderitos más dóciles de toda Nueva Inglaterra. Casi nunca mordemos.

—Díselo al padre O'Brian. ¿Sigue haciendo la señal de la cruz sobre su pecho cuando te ve?

—Bah. Ese viejo tonto. Es la única persona capaz de leer el libro del Apocalipsis y que parezca aburrido.

—Si crees que la misa es tan aburrida, deja de ir.

—¿Y de qué otra manera podríamos escandalizar a los buenos ciudadanos de Solstice cada semana? —Sonríe—. Cuentan con nosotras para darles algo de lo que cotillear. Estaríamos eludiendo nuestras obligaciones como parias del pueblo si dejáramos de ir a la

iglesia.

—Quizá si no provocaras a la gente a propósito, serían más amables contigo.

Davina me estudia en silencio durante un momento, evaluándome con la mirada.

—Somos las Blackthorn. Provocamos a la gente simplemente con existir. Somos diferentes y siempre lo seremos, por mucho que intentemos fingir lo contrario. —Y me mira el pelo con intensidad.

Incomodada por haber sido descubierta, cambio de postura en la silla.

—No estoy fingiendo nada.

—Ese horrible tinte sugiere lo contrario. ¿Y por qué negro azabache, precisamente? Parece que hayas perdido una apuesta.

—Para tu información, me tiño el pelo con un profesional.

—¿Es por Morticia Addams? —Su tono es de diversión.

Me río, pero entonces pienso en mi madre y mi risa se vuelve sombría. Me tapo la boca con la mano para reprimir un sollozo.

—Oh, cariño, lo sé —me consuela Esme, estirando el brazo por encima de la mesa para cogerme la mano—. Nosotras también la echamos de menos. Las cosas no han sido lo mismo desde que murió Elspeth.

Esta es una de las muchas razones por las que he dudado si volver para el funeral de la abuela. Dejando a un lado los recuerdos del pasado, me resulta doloroso estar cerca de personas que me conocen tan bien. Desde que me fui, he organizado cuidadosamente mi vida para evitar algo así.

Como todas las Blackthorn, guardo demasiados secretos como para permitirme una verdadera intimidad.

Me aprieto las yemas de los dedos contra los párpados cerrados y

suelto el aire. Luego me seco las lágrimas acumuladas en las pestañas y cambio de tema.

—Bea me preguntó en el tren por qué vosotras tres vivíais con la abuela y nunca os habíais casado.

Esme parece interesada.

—¿Qué le respondiste?

—Que los hombres nunca han importado mucho a las mujeres de esta familia.

Davina sonríe con satisfacción.

—Importan demasiado para lo que sirven.

—Si vas a empezar a hablar sobre tu vida sexual, me voy a la cama.

—¿Perdón? ¿Es que las mujeres maduras no pueden disfrutar del sexo?

—Por supuesto que sí. Pero la última vez que hablamos por teléfono, me contaste con todo lujo de detalles cómo sedujiste al apuesto joven médico que se trasladó hace poco al pueblo. Todavía estoy tratando de borrar esas imágenes de mi memoria. Si necesito atención médica por cualquier motivo mientras esté aquí, no podré mirar a ese hombre a los ojos.

Davina juega con un mechón de su cabello.

—Los hombres de veintitantos años están en su mejor momento sexual. ¡Qué resistencia!

—Por el amor de Dios, ¿qué te acabo de decir?

—¿Estás celosa, cariño?

—Muchísimo. —Mi risa es seca.

—¿Y el padre de Bea? Nunca nos has hablado de él. ¿Sigue en escena?

Como este tema en particular es un pozo negro lleno de víboras, hago una pausa para elegir cuidadosamente mis palabras.

—No. Teníamos ideas diferentes sobre lo que significaba ser padres.

Mis tías me miran en silencio con sus ojos verdes penetrantes. Justo cuando Davina abre la boca para decir algo, una fría ráfaga de viento sacude los cristales de la ventana. Las velas que se alinean en el alféizar sobre el fregadero se agitan y luego se apagan. Los ramilletes de hierbas y lavanda seca que cuelgan de las vigas comienzan a balancearse.

Esme mira hacia el techo con inquietud.

—Hay alguien aquí —dice en voz baja.

—O *algo* —añade Davina con tono sombrío.

Levantándose de la mesa, mis tías miran por la ventana de la cocina la noche oscura, pero mi sexto sentido me hace girar hacia la sala de estar. Me levanto, cruzo con rapidez hacia las escaleras y las subo de dos en dos hasta llegar al rellano de arriba. Allí hay una pequeña ventana que da al jardín delantero.

Al principio, no veo nada. Todo está oscuro y en silencio. De pronto, un rayo de luz de luna atraviesa la capa de nubes e ilumina la verja de hierro al final del camino de entrada.

Una figura alta, vestida completamente de negro, está de pie al otro lado de la verja, mirando hacia la casa. Aunque su rostro está oculto por la distancia y las sombras, no necesito ver sus rasgos para saber quién es.

Reconocería a Ronan Croft en cualquier lugar, con cualquier iluminación, incluso en la oscuridad total del fondo del mar.

Nunca se olvida al primer amor.

En especial cuando también es tu peor pesadilla.

Ronan permanece inmóvil hasta que las nubes vuelven a ocultar la luna, entonces es engullido por la misma oscuridad que lo creó y

desaparece.



3

Maven

Esa noche no duermo. Tumbada en la vieja cama de madera con dosel que antaño perteneció a mi madre, con sus remates tallados en forma de gárgolas siseantes, miro las sombras que se deslizan por el techo mientras mi cerebro rebusca en un cementerio de recuerdos, volcando lápidas cubiertas de musgo para revelar la tierra oscura y los insectos que se retuercen debajo.

Ronan.

Sus ojos, su aroma, su boca sobre mi piel… Lo amaba con una desesperación que parecía una locura.

No hay mayor tonta que una adolescente atrapada en la trampa del primer amor.

Cuando la luz gris del amanecer envuelve con sus dedos esqueléticos los bordes de las cortinas, me arrastro fuera de la cama, me echo agua fría en la cara y me visto. Luego voy a ver cómo está Bea en la habitación al final del pasillo, la que yo ocupaba cuando era niña.

Sigue dormida, con los brazos extendidos a los lados sobre el colchón, como si en sus sueños intentara volar.

La casa ya está ejerciendo su hechizo sobre ella.

Le doy un suave beso en la frente, le aparto el pelo de la cara y me quedo mirándola un momento. Aunque está a punto de entrar en la adolescencia, es pequeña para su edad, por lo que a menudo la confunden con una niña más pequeña. Y también a menudo actúa como si fuera más joven, pero eso está cambiando de un día para otro. A veces, sigue siendo mi bebé, pero la pubertad asoma en el horizonte y esos momentos tienen los días contados.

Su estado de ánimo está empezando a mudar con la misma rapidez que sus hormonas.

Me preocupa qué más novedades traerá la adolescencia. Mi propia experiencia con ese período de mi vida solo puede describirse como traumática.

Cuando entro en la cocina, mis tías ya están allí. Esme me indica que me siente en una silla y pone delante de mí una humeante taza de té verde y turbio, mientras Davina tararea algo moviendo una sartén en la cocina.

—¿Cómo has dormido, cariño?

—Genial —miento, evitando la mirada de Esme. No les he dicho que anoche vi a Ronan delante de la verja. Habría provocado un motín—. ¿Y tú?

—Me temo que no muy bien. He tenido pesadillas.

—¿En serio?

Pálida, asiente con la cabeza.

—Serpientes. Enormes serpientes oscuras que se deslizaban alrededor de la casa, tratando de entrar. Estaban buscando algo.

Davina me mira por encima del hombro. Cuando se vuelve hacia los fogones, ya no tararea.

A través de la ventana de la cocina, veo a Q en el patio, cortando leña en un tocón. No parece lo suficientemente fuerte como para

levantar un libro por encima de la cabeza, y mucho menos un hacha, pero, como tantas otras cosas en Blackthorn Manor, su apariencia es engañosa. Parte el tronco de un solo y poderoso golpe, y luego lanza los trozos a la pequeña pila que tiene al lado.

Hasta este momento, nunca se me había ocurrido que cortar leña con una reliquia de lana raída en forma de capa de ópera pudiera considerarse raro. Pero, de nuevo, todo lo relacionado con mi familia es extraño y siempre lo ha sido.

Huelo el té que Esme ha puesto delante de mí e intento no poner cara de asco ante el olor acre que me hace picar la nariz. Es fuerte, a hierbas y extrañamente agrio.

—¿No tenemos café, por casualidad?

—He preparado esta mezcla de hierbas especialmente para ti.

Su tono rígido y su mirada siniestra indican su descontento por lo que obviamente se ha tomado como un insulto a su hospitalidad, así que sonrío y lo dejo pasar.

—Buenos días.

Me giro y veo a mi hija de pie en la puerta de la cocina, en pijama, frotándose los ojos con el puño, aún somnolienta.

—Buenos días, cariño —digo, agradecida por la distracción.

Bea bosteza. Se arrastra hasta la mesa, se sienta a mi lado y luego sonríe a Esme con timidez.

—Buenos días.

—Buenos días, palomita.

Davina se gira desde la cocina para sonreír a Bea.

—¿Te apetecen tortitas, cariño?

Bea mira la sartén en el fuego y parpadea sorprendida.

—¿Quieres decir que las has hecho tú?

—Por supuesto que las he hecho yo. ¿De qué otra forma iban a

aparecer?

Bea mira con hambre las tortitas.

—Mamá nunca cocina. A menos que sea pizza congelada o algo así. Para desayunar siempre hay cereales.

Cuando Davina me mira con desaprobación, me siento un poco a la defensiva.

—No tengo tiempo para cocinar. Entre mi trabajo y la escuela de Bea, estoy demasiado ocupada. Además, tenemos docenas de restaurantes estupendos que hacen entregas a domicilio en el apartamento.

Davina abre un armario, saca un plato y utiliza una espátula para colocar tres tortitas en él. Pone el plato delante de Bea, junto con un tenedor.

Al verla sentada en el lugar donde yo siempre ocupaba para comer cuando era niña, esa extraña sensación de aprensión vuelve a invadirme. Es como un *déjà vu*, solo que más oscuro y con garras.

Me recuerdo a mí misma que pronto estaremos a salvo en Nueva York, lejos de esta casa, de todos sus secretos y de este pueblo con todas sus trampas ocultas.

Davina se compadece de mí y cambia de tema.

—Nos gustaría llegar a la funeraria a las diez. ¿Estaréis listas para salir pronto?

—¿A las diez? ¿El velatorio de la abuela no empieza a las once?

Su pausa es breve, pero tiene peso.

—Queremos estar unos momentos a solas con mamá para despedirnos antes de que empiece el circo. —Le preguntaría por qué han organizado un velatorio público si les preocupa tanto la privacidad, pero ya sé la respuesta.

Puede que sean las parias del pueblo, pero son demasiado

orgullosas para esconderse.

Q entra en la cocina con un montón de leña en los brazos.

Saluda a Bea con un gesto de la cabeza y luego fija en mí su penetrante mirada oscura.

Levanto un poco la barbilla para hacerle saber que no tiene por qué preocuparse. No voy a perder de vista a Bea. Solstice puede ser un pueblo pequeño, pero es lo suficientemente grande como para perderse en él.

Perderse y no volver a encontrarse.



A las diez menos cuarto nos reunimos en el vestíbulo, cuatro mujeres silenciosas vestidas de negro esperando a que Q traiga el Caddy.

Los zapatos de charol de Bea están lustrados hasta brillar como un espejo. Su rebelde cabello ha sido domado en una sola trenza, a juego con la mía. Parece aun más pequeña de lo habitual, su esbelta figura queda oculta por el abrigo de lana hasta las rodillas que ha sacado del fondo de uno de los muchos armarios de la casa.

Hace mucho tiempo, ese abrigo me perteneció. Antes era de mi madre, y fue también de la suya.

Esta casa no deja ir las cosas fácilmente.

—Vuestra ropa es muy bonita —dice Bea.

—Gracias, cariño. —Davina me mira—. ¿Qué opinas? —Me tomo un momento para evaluar sus largos vestidos formales con pedrería y elaborados tocados—. Creo que, si queréis parecer elegantes apicultoras victorianas de luto, lo habéis conseguido.

Se lleva una mano enguantada al ala ancha de su sombrero con velo y sonríe.

—Sabía que dirías algo ingenioso para animarnos.

—Se me olvidó contártelo —comenta Esme, volviéndose hacia Davina—. ¿Sabías que Elijah Croft fue atacado por una bandada de cuervos el otro día?

—¿Por cuervos? —reflexiona Davina—. Qué extraño.

—Sí, muy extraño. He oído que casi le sacan los ojos de cuajo al anciano.

—No suelen ser agresivos con los humanos. Quizá estaban protegiendo un nido.

Esme me mira con una expresión indescifrable.

—O tal vez reconocen el mal cuando lo ven.

Q entra en el camino de acceso. Bea y yo avanzamos hacia el coche mientras las tías salen por la puerta principal cogidas de la mano, con su largo cabello rojo cayendo en cascada por sus espaldas como sangre fresca.

Ocho minutos más tarde, estamos en el salón beis de la Funeraria Anderson, atendiendo a un anciano con un traje impecable al que no le resulta nada fácil murmurar sus condolencias mientras se retuerce las manos temblorosas, como si estuviera haciendo todo lo posible para no desmayarse a nuestros pies.

Las mujeres Blackthorn tienen la extraña habilidad de aterrorizar a la gente.

—Por aquí, por aquí —balbucea, señalando el pasillo—. Lorinda está en nuestra mejor sala de recepción, por supuesto.

Entramos en una estancia grande con una moqueta horrible de color granate y papel pintado con un llamativo estampado floral rojo y negro que podría provocar convulsiones si se mirara fijamente durante demasiado tiempo. Las cuatro ventanas están cubiertas con pesados cortinajes de terciopelo en tono burdeos capaces de bloquear cualquier rastro de luz natural. Unos mullidos sofás de

cuero se alinean contra las paredes y se ha dispuesto media docena de filas de sillas tapizadas frente a un brillante ataúd negro, flanqueado por enormes ramos de lirios tigre rojos que impregnan con su empalagoso perfume el aire viciado e inmóvil.

Davina mira a su alrededor horrorizada.

—Dios mío. Recuérdame que me incineren.

El señor Anderson sale de la habitación tragando saliva y desaparece.

Esme se dirige a una ventana y separa las cortinas de terciopelo. La luz del día inunda la habitación. Se vuelve hacia nosotras y resopla.

—¡La mejor sala de recepción, y una mierda! ¿Quién ha decorado este lugar? ¿Drácula?

—Yo diría que el marqués de Sade —apunta Davina—. Cualquiera se preguntaría si los Anderson son daltónicos.

—Esta habitación sería una abominación incluso en blanco y negro.

Davina suspira.

—Bueno, al menos dará a la gente algo de qué hablar.

—Algo más, querrás decir. Espero que mañana no envíen esos horribles lirios al funeral. El hedor ya me está dando dolor de cabeza. —Esme se dirige hacia otro conjunto de ventanas, murmurando algo sobre la estupidez de los hombres.

Sospecho que el señor Anderson va a pasar uno de los días más desagradables de su vida.

Cuando Bea me aprieta la mano, la miro.

—¿Estás bien?

Ella mira con recelo el ataúd abierto y se acerca un poco más a mí. Nunca ha visto a una persona muerta en toda su vida. Le rodeo los hombros con el brazo y le doy un beso en la cabeza.

Davina extiende la mano y acaricia suavemente la mejilla de Bea con un dedo enguantado.

—No hay que temer a la muerte, querida. La naturaleza rehace todo lo que crea. No terminamos cuando morimos, simplemente nos transformamos en algo mejor.

Bea parece vacilar.

—Mamá dice que no hay vida después de la muerte.

Davina sonríe.

—Tu madre es muy inteligente, pero no lo sabe todo. Ahora, ven conmigo a ver a tu bisabuela. —Toma a Bea de la mano. Conmigo a un lado y Davina al otro, la llevamos hasta el ataúd. Cuando nos detenemos junto al borde y miramos el cuerpo que yace dentro, no puedo evitar sonreír. Incluso muerta, Lorinda sigue siendo feroz.

Parece salvaje, una criatura que acaba de salir del bosque con una presa entre los dientes. Han dejado suelto su largo cabello blanco, tiene apretada la fuerte mandíbula y parece que sus ojos cerrados pudieran abrirse en cualquier momento para escudriñar la habitación con la inteligencia despiadada que hacía temblar a la mayoría de la gente.

Si existe vida después de la muerte, la abuela está arrasando en ella.

Nos quedamos en respetuoso silencio durante un momento.

—¿Qué es eso? —dice Bea finalmente.

Señala algo encajado entre el codo de Lorinda y el forro de satén color crema del ataúd. Me inclino y lo saco.

Es una pluma. Una pluma de pájaro negra y brillante, tan larga como mi antebrazo.

Davina sonríe y niega con la cabeza.

—Ay, mamá, tú y tus pájaros.

Bea me mira confundida, pero se distrae al ver que Davina saca un elegante cuchillo con el mango de perlas del bolsillo de su vestido.

—Toma. Pon esto en el ataúd.

Bea se queda mirando el cuchillo que Davina le ofrece como si fuera lo más fascinante que ha visto en su vida. Lo cual, sin duda, es cierto.

—¿Por qué quieres meter eso en su ataúd?

—Porque lo necesitará donde va a ir.

Miro al techo y exhalo con fuerza. ¿Por qué mi familia está tan empeñada en mostrarse extravagante? Es como si les pagaran por ello.

—Tu madre puede suspirar todo lo que quiera, Bea, querida, pero antes de que podamos atravesar el fuego purificador de la muerte y renacer, tenemos que luchar contra algunos personajes desagradables en nuestro viaje por el inframundo.

—Por el amor de Dios, tía D. Tendrá pesadillas durante meses.

Ella descarta mi preocupación materna con un movimiento de muñeca.

—La vida es una lucha a cuchillo. ¿Por qué debería ser diferente la vida después de la muerte?

—Genial. Gracias. Seguro que lo estará superando en terapia durante años.

—No seas ridícula. Las Blackthorn no necesitamos terapia. Hacemos que otros la necesiten. Bea, pon el cuchillo en el ataúd con esto. —Saca un par de monedas de plata de su corpiño.

—¿Para qué son?

—Para pagar el peaje al barquero para cruzar el río Estigia. —Cuando Bea me mira, me arrepiento de no haberla preparado mejor para esta visita. Debería haber inventado algo plausible, como que

antes éramos gente de circo.

—No acepta Visa —replico secamente—. Ponlo todo en el ataúd, cariño, y ya nos ocuparemos de tu trauma mental más tarde.

Ella se encoge de hombros.

—No pasa nada. Estoy bien. —Coge el cuchillo y las monedas de las manos de Davina y se vuelve hacia su difunta bisabuela, que yace en su ataúd como una reina.

Davina junta las manos sobre la cintura y me sonríe.

—No pongas esa cara tan agria. Podría haber sido peor. Esme me convenció de no enviar a mamá al más allá con Quill a su lado.

Quill es un búho cornudo con los ojos amarillos y una envergadura de metro y medio que la abuela encontró cuando era un polluelo. Se había caído de un árbol en el jardín, y lo cuidó hasta que se recuperó. A partir de entonces, los dos se hicieron inseparables.

Cuando Quill pasó a mejor vida, la abuela lo conservó y lo disecó para exhibirlo. Tal espanto lleva años acumulando polvo en su percha, sobre la chimenea del dormitorio de mi abuela.

—Toma —dice Esme al ver mi expresión. Saca una pequeña petaca de plata de la manga.

Observo cómo mi hija desliza con cuidado el dinero y el arma debajo de las frías manos blancas del cadáver. Luego acepto el frasco, desenrosco el tapón y doy un gran trago de *whisky*.

Con un poco de suerte, beberé sin parar durante todo el fin de semana.



4

Maven

Estoy sentada con Davina, Esme y Bea en la primera fila cuando la gente empieza a llegar para presentar sus respetos a la abuela.

O más bien, para mirarla de cerca, lo que nunca se atrevieron a hacer en vida.

Los primeros en llegar son Ingrid y Helmut Schneider, la pareja de ancianos alemanes que regenta la panadería local. Helmut se quita la gorra y saluda con respeto a mis tías. Ingrid hace una ligera reverencia y Davina inclina la cabeza en señal de reconocimiento. Se acercan al ataúd con aire solemne, cogidos del brazo.

Esme se inclina hacia ella.

—Ojalá todos fueran como los Schneider —susurra.

—¿Por qué dices eso?

—La gente del viejo mundo todavía respeta las costumbres. —Me mira—. Por ejemplo, ahí está Becca Campbell, esa malvada que solía acosarte. —Vuelve a mirar a Davina—. ¿Recuerdas aquella vez que escupió a Maven delante de todo el mundo en el carnaval de invierno?

Sí, pero estoy demasiado distraída para responder. La visión de mi archienemiga, que antes era una rubia de piernas largas por la que

todos los chicos se volvían locos y ahora se muestra desaliñada y agotada, con profundas cicatrices de acné que le afean el rostro y una cojera pronunciada, me produce una honda sensación de lástima.

Al ver mi expresión de dolor, Esme chasquea la lengua.

—Perdona que te lo diga, cariño, pero ese corazón tuyo es tan blando que algún día será tu perdición.

—No soy blanda. Soy una espartana. Soy una guerrera. Soy Atila, el rey de los Hunos.

Me da una palmadita en la mano.

—Así se habla.

Cuando vuelvo a centrar mi atención en Becca, está paralizada en la puerta, mirándome con los ojos desorbitados y las fosas nasales dilatadas.

Dos segundos antes de que suceda, me doy cuenta de que está a punto de hacer algo extraño.

—¡Tú! —grita, y luego se lanza desde la puerta hacia mí con los brazos extendidos y los dedos curvados como garras.

Me pongo de pie de un salto, lista para defenderme. Pero antes de que Becca pueda alcanzarme, tropieza y cae de bruces sobre la alfombra mullida. Cuando levanta la vista, tiene la nariz torcida, la boca y la barbilla manchadas de sangre, y la tía E está sonriendo.

—Ten cuidado —le dice con la voz arrastrada—. No queremos que te hagas daño. —Helmut Schneider se dispone a ayudar a Becca a levantarse, pero se queda paralizado cuando Esme le lanza una mirada intensa. Parpadea, traga saliva y se vuelve rápidamente hacia su esposa.

Ahora, con miedo en lugar de enfado, Becca se pone en pie a toda prisa y se aleja de nosotras. Incluso tropieza con Davina cuando da media vuelta.

La mirada de mi tía es fulminante. Dice algo en voz demasiado baja para que yo pueda oírlo. Sea lo que sea, hace que Becca palidezca y que salga corriendo de la habitación con un grito ahogado.

Desde su silla, Bea observa a su tía abuela con una mirada de absoluta fascinación.

Entran más personas en la habitación. A algunas las reconozco, a otras no. Con el estómago revuelto y el corazón acelerado, me acerco a una ventana y miro la mañana gris, tratando de recuperar el aliento.

«Este maldito pueblo… ¿Por qué pensaba que podría haber cambiado algo? Es tan horrible como siempre».

No sé cuánto tiempo permanezco allí, pero cuando me doy la vuelta, los Schneider se han ido, y Bea y Davina están de pie, cogidas de la mano, a unos metros de la cabecera del ataúd, absortas en una conversación.

Empiezo a avanzar hacia ellas, pero me detengo en seco cuando entra por la puerta un hombre mayor en silla de ruedas. Aunque tiene un ojo vendado y su cabello se ha vuelto completamente blanco desde la última vez que lo vi, lo reconozco al instante.

Es Elijah Croft. Patriarca de la familia Croft y antiguo consejero delegado de Croft Pharmaceuticals; llevaba las riendas de la empresa hasta que su hijo mayor tomó el relevo.

Es el padre de Ronan.

La atención de todos los presentes se centra en él. La sala se queda en silencio. Esme se levanta con rigidez y lo mira con un odio que casi puedo sentir desde donde estoy.

La aversión en su rostro al devolverle la mirada es igual de intensa que la de ella.

No es de extrañar, teniendo en cuenta que nuestras familias se han odiado durante generaciones. Estamos enemistados desde que Megaera Blackthorn fue ahorcada por brujería en la plaza del pueblo, hace más de trescientos años.

El juez de Megaera era en ese momento el destacado magistrado local, Levi Croft.

—No eres bienvenido aquí, Elijah —dice Esme con voz fría como el hielo.

—¿Creías que te dejaría salirte con la tuya? ¿Creías que me acobardaría como el resto? Pues te equivocas.

—No sé de qué estás hablando. Vete.

Él pulsa un botón en el brazo de su silla, que se desliza con un zumbido mecánico, internándose unos metros más en el interior de la habitación. Mira el ataúd, luego a Davina, y vuelve a centrar su atención en Esme.

—Detenlo.

—Veo que estás desarrollando demencia senil —responde Esme con un desprecio mordaz—. No es de extrañar, teniendo en cuenta que nunca fuiste muy brillante.

—He dicho que lo detengas.

—No sé a qué te refieres

—¡A los pájaros! ¡Me están atacando!

Ella y Davina intercambian una mirada fugaz.

—Si te molesta la fauna salvaje, tal vez deberías probar con otra colonia —replica ella con frialdad.

Me llama la atención un movimiento al otro lado de la ventana. Un gran cuervo negro se ha posado en una de las ramas desnudas del arce del jardín. Mientras lo observo, otro se desliza desde el cielo y se detiene en una rama cercana.

Luego lo hace otro más. Y otro.

En un instante, las ramas se llenan de aves negras que aletean sin descanso, de modo que el árbol parece estar vivo.

Uno a uno, se posan y miran con sus extraños e inteligentes ojos negros hacia la ventana.

No, no a la ventana. A través de la ventana.

A mí.

Desde la lejanía se eleva en el aire el inquietante ulular de una sirena. Percibo un olor acre a azufre al tiempo que veo cómo las primeras volutas de humo negro suben por encima de la línea de árboles del bosque, ondulando en la fría mañana de octubre.

En algún lugar de Solstice, se ha producido un incendio.



Elijah se marcha lleno de agitación. El resto de las visitas son menos agresivas, pero siguen siendo horribles.

Casi había olvidado lo que se siente al ser objeto de la curiosidad del pueblo, el espectáculo de feria que todo el mundo quiere mirar y del que se ríen, pero solo desde una distancia segura. Es como si pensaran que nuestra rareza es contagiosa, pero, aun así, no pudieran resistirse.

Lo único positivo del día es que Bea es testigo de primera mano de lo que es la dignidad. A pesar de saber que son objeto tanto de burlas como de miedo, Esme y Davina se muestran majestuosas. Con los hombros hacia atrás, la espalda recta y la barbilla levantada, miran a todos a los ojos sin mostrar ni una pizca de vergüenza.

Por fin, todo se acaba y volvemos a casa. Sentada en el asiento delantero del Caddy, junto a Q, Bea se gira y me mira.

—¿Somos de la mafia?

Ojalá fuera tan sencillo.

—No, cariño, no somos de la mafia.

Ella observa con recelo a Esme y luego a Davina.

—¿Estás segura?

—No del tipo que tú crees —responde Davina.

—De ningún tipo. Somos una familia normal —añado después de una pausa.

—Bueno, eso tampoco es cierto, pero definitivamente no somos mafiosas.

—Somos mucho más interesantes —apunta Esme con desdén.

—¿Por qué te ha gritado esa señora? Pensaba que te iba a pegar. Estaba muy enfadada.

—Tu madre la habría dado una paliza —se burla Esme.

—Siempre ha sido muy fuerte —coincide Davina—. Cariño, cuando tenía tu edad, taló un arce ella sola. ¿Te ha contado esa historia?

Bea parece intrigada.

—¿Tú cortaste un árbol? ¿Con un hacha?

Quiero decir que no, pero tengo dos testigos. En su lugar, intento una táctica de distracción.

—Era un árbol pequeño.

Esme me da una palmadita en la mano.

—Está siendo modesta. El árbol era enorme.

Debería haber sabido que eso no funcionaría.

—Estaba enfermo. Tenía el interior hueco.

—Ahora estás mintiendo. Ese arce no tenía ningún problema.

Davina asiente con la cabeza.

—Excepto su ubicación.

Respiro hondo e intento bloquear el recuerdo. Pero cuanto más lo

intento, más fuerza cobra en mi memoria, hasta que lo veo en vívido tecnicolor bajo mis párpados.

El árbol en cuestión se encontraba justo al otro lado de la verja de hierro de la entrada de casa. Tenía una copa amplia con ramas escalonadas que crecían a unos metros de la base del tronco, lo que facilitaba que se pudiera trepar por él.

Era claramente visible desde la ventana de mi dormitorio. De hecho, no puedo recordar cuántas mañanas me desperté y encontré las ramas revoloteando con trozos de papel garabateados con mensajes de odio.

«¡Arded, brujas!».

«¡Putas de espino negro!».

«¡Volved al infierno!».

A veces, había efigies. Muñecas de plástico desnudas con clavos clavados en el pecho a modo de decoración.

Q se subía al árbol y lo quitaba todo, pero no lograba hacerlo antes de que yo lo viera bien. Después me colaba en los contenedores de basura y rebuscaba entre los papeles arrugados con manos temblorosas, mientras las lágrimas me corrían en silencio por las mejillas.

Cada palabra desagradable era un nuevo corte. Y cada vez que ocurría, las heridas se hacían más profundas.

Nunca descubrimos quiénes eran los autores, pero conocer su identidad no habría cambiado nada. Nadie podía hacer nada para detenerlo.

Hasta que, literalmente, tomé cartas en el asunto.

—No fue lo correcto —digo en voz baja—. No era culpa del árbol que la gente pudiera ser tan cruel. Ojalá ese arce hubiera sobrevivido.

—Quizá lo hiciera —dice Esme un momento después.

—Lleva casi veinte años siendo un tocón.

Su sonrisa es misteriosa.

—Algunas cosas solo parecen morir. Hay más estados del ser de los que puedas imaginar.

—¿Qué decía ese anciano de la silla de ruedas sobre que lo atacaban unos pájaros? Fue muy extraño.

Abro los ojos y veo a Bea mirándome con intensidad, con la barbilla apoyada en las manos cruzadas y los ojos verdes brillantes de curiosidad.

Mantengo el rostro impasible cuando respondo.

—Pobre señor Croft. Se cayó y se golpeó la cabeza. Su mente no ha vuelto a ser la misma desde entonces.

Davina resopla.

—Bea, siéntate bien y ponte el cinturón de seguridad.

Ella me obedece sin discutir. Pero en cuanto termina de abrocharse el cinturón, yergue la espalda y señala el parabrisas justo delante.

—¡Mira! ¡Hay un incendio!

Me inclino hacia delante y contemplo hacia la calle. Nos vemos obligados a reducir la velocidad porque la vía está bloqueada por unos conos naranjas en la intersección que tenemos delante. Un policía uniformado desvía el tráfico que se aproxima alrededor de la manzana. A unos cientos de metros del cruce, hay tres camiones de bomberos aparcados delante de una casa.

Está envuelta en llamas.

De las ventanas rotas de la planta superior salen columnas de humo negro y tóxico. Unas lenguas de fuego naranjas trepan por las paredes exteriores. El techo del porche delantero ya ha sido destruido y yace en humeantes montones de madera ennegrecida

sobre el césped.

Al doblar la esquina, una parte del techo principal se derrumba, lanzando al cielo una enorme lluvia de cenizas y brasas incandescentes.

Q acelera. La casa desaparece de nuestra vista, dejando solo el olor a humo, que permanece pesado en el aire.

—¿Tía D?

—¿Sí, cariño?

—¿Es esa la casa de Becca Campbell?

Detrás de la malla negra de su velo, sus ojos verdes brillan de forma inquietante. Otro camión de bomberos pasa rugiendo en dirección contraria, con las luces encendidas y la sirena a todo volumen.

—¿Lo es? —Gira la cabeza y mira por la ventana, con los labios curvados en una pequeña sonrisa enigmática.



5

Maven

Esa noche la vuelvo a pasar en vela. La casa está tan silenciosa que resulta inquietante, parece como si estuviera observando, esperando, aguardando el momento oportuno. Cada vez que muevo la cabeza, las sombras se escabullen por los bordes de mi campo de visión. Dos veces me parece oír un sollozo ahogado, pero cuando agudizo el oído, el sonido se desvanece en el silencio.

Finalmente, alrededor de la medianoche, abandono mi habitación.

Bajo las escaleras después de ver cómo está Bea. La casa está en silencio y a oscuras, excepto por las brasas que arden en la chimenea del salón. Noto el suelo de madera frío bajo mis pies descalzos, desgastado por los pasos de generaciones. En la cocina, me sirvo agua del grifo en un vaso y me quedo mirando la noche mientras lo bebo. Luego vuelvo al salón para echar un vistazo a las estanterías de libros.

Enciendo una lámpara de pie y saco un delgado volumen sobre remedios caseros a base de hierbas, y me quedo allí hojeando las páginas hasta que un ruido me distrae. Es un golpe seco que proviene directamente de encima de mi cabeza.

Miro al techo frunciendo el ceño.

Cierro el libro que tengo entre las manos, inclino la cabeza y escucho atentamente el silencio. No oigo nada más. Pero la repentina y urgente necesidad de ver cómo está Bea me hace tirar el libro sobre la mesa de centro y volver rápidamente arriba.

La encuentro exactamente como la dejé, profundamente dormida.

Aliviada, le toco la mejilla con los nudillos para ver si tiene fiebre, pero su temperatura es normal. Así que la arropó con la manta, la beso en la frente y salgo de puntillas. En el pasillo, me doy la vuelta para volver a mi habitación, pero me giro cuando un destello de luz ilumina la oscuridad.

Desaparece tan rápido como ha llegado, pero proviene de debajo de la puerta del dormitorio de la abuela.

Siento un cosquilleo en el cuero cabelludo, y mi pulso se acelera.

«¿Hay alguien en la habitación de la abuela?».

No sé por qué esa idea me inquieta tanto. Pero es precisamente eso lo que me hace enderezar los hombros y avanzar con determinación por el pasillo.

Entro y acciono el interruptor que hay en la pared, junto a la puerta. La habitación se llena de luz.

Está vacía, pero hay una presencia palpable que emana de los muebles, las paredes y el aire mismo.

Lorinda Blackthorn dejó su impronta en este espacio. De la misma manera que dejó su huella en todo lo que tocó. Era una persona extraordinaria, y lamento no haber podido verla antes de que muriera para despedirme como es debido.

Mi corazón late con un dolor sordo.

Tampoco pude decirle adiós a mi madre antes de que falleciera. Avanzo hasta el centro de la habitación y echo un vistazo. Todo parece estar en su sitio. La cama está hecha, las cortinas corridas, la

habitación ordenada. Quill me observa receloso con sus ojos amarillos y sin vida posado en la repisa de madera sin pulir de la chimenea de piedra apagada.

—Dame un respiro, pájaro. Ha sido un día muy largo.

Me acerco a la cómoda de madera, tratando de sacudirme la fuerte sensación de que me siguen los ojos del búho muerto. Cojo un marco de fotos de plata ornamentado, cuyo acabado se ha desdibujado con el paso del tiempo. En él hay una gran foto en blanco y negro, tomada delante del invernadero donde aparecen siete mujeres de diferentes edades.

La abuela Lorinda y sus dos hermanas, Tisi y Perse, flanquean a una mujer con el pelo gris recogido en trenzas apretadas. Las mujeres más jóvenes llevan sencillos vestidos de lana de manga larga con delantales blancos atados a la cintura. La bisabuela Cleda luce un severo vestido negro de cuello alto y una expresión tan fría como una lápida.

Murió mucho antes de que yo naciera, pero aun es legendaria su reputación de ser una mujer que no aguantaba tonterías y aterrorizaba a los habitantes del pueblo.

Aferradas a las faldas de Lorinda hay dos niñas pequeñas, Esme y Davina. En sus brazos lleva a Elspeth, la bebé.

Mi madre.

Recuerdo bien esta foto, sobre todo por la respuesta que recibí cuando pregunté dónde estaban los maridos de todas. La risa de mi madre fue alegre, brillante y llena de picardía.

—¿Maridos? Las mujeres Blackthorn son demasiado inteligentes para caer en esa vieja trampa.

En ese momento, yo ya sabía que mi propio padre no era más que un medio para alcanzar un fin, un hombre desechable al que mi

madre utilizó cuando consideró que era el momento adecuado para tener un hijo.

Nunca me reveló su identidad. Todavía no sé si era un desconocido de paso o alguien a quien veía en la iglesia todas las semanas.

Así es como funcionan las Blackthorn desde tiempos inmemoriales: los hombres son solo herramientas y el amor es únicamente para los tontos.

Vuelvo a colocar la foto en su sitio, sobre la cómoda, y cruzo la habitación hasta el vestidor. Cuando abro la puerta y enciendo la luz, me encuentro con más silencio. La ropa de la abuela cuelga en filas ordenadas. Debajo hay una docena de pares de zapatos prácticos alineados.

No hay nadie escondido allí.

Me doy la vuelta para salir, pero me detengo cuando el dedo del pie me tropieza con algo caído en el suelo, junto a la puerta. Es un grueso libro de tapa dura encuadernado en cuero negro, con cierres metálicos y un roble tallado en la cubierta. Debe haber estado en la estantería de arriba, donde hay varios libros más.

¿El golpe que he oído sería de un libro precipitándose desde el estante?

Me agacho y lo recojo, sorprendida por su peso. Cuando levanto la tapa, descubro que es el diario de la abuela. Reconozco su típica letra inclinada y desdibujada.

Hojeo las páginas con una sonrisa, pasando por alto las entradas con fechas, los pequeños dibujos y las recetas de tés y tinturas. Entonces oigo el débil sonido de una risa fría y metálica que resuena por toda la casa. Es lejana, pero escalofriante. Carente de emoción.

Cuando levanto la cabeza para escuchar con más atención, se

interrumpe de golpe. La habitación vuelve a quedar en silencio.

Inquieta, alargo la mano y deslizo el diario entre otros dos volúmenes de la estantería. Salgo del vestidor y frunzo el ceño al ver que la puerta del dormitorio no está abierta. No recuerdo haberla cerrado, pero debo de haberlo hecho.

Cuando agarro el pomo de la puerta, no gira.

Intento moverlo sacudiéndolo, pero la maldita puerta no se mueve. Suelto un suspiro con las manos apoyadas en las caderas, y miro a mi alrededor en busca de algo que pueda usar para forzar la cerradura. Al no ver nada que me pueda servir, me exasperó y le doy una patada a la parte inferior de la puerta.

Cede de repente; se desbloquea con un suave clic, y luego se abre más con un leve y renuente suspiro.

Ahora, todavía más inquieta, me quedo de pie mirando la manija durante un momento. Luego vuelvo a bajar las escaleras en busca de algo más fuerte que agua que pueda ayudarme a dormir.

En lo alto del rellano, miro por la ventana y me quedo paralizada.

Al otro lado de la verja de hierro, al final del camino de entrada, hay un hombre de pie mirando hacia la casa. Es alto y de hombros anchos, vestido completamente de negro, una figura solitaria que bien podría formar parte del paisaje por lo quieto que está.

Por fin, se mueve.

Detrás de sus manos ahuecadas, un pequeño destello de luz ilumina su rostro. La punta de su cigarrillo brilla en color naranja mientras inhala. Luego inclina la cabeza hacia atrás y expulsa tres perfectos anillos de humo al aire.

Se me revuelve el estómago. Mi pulso se acelera. Entonces, me inunda la emoción y tengo que apretar los dientes para contenerla de lo fuerte que es.

Me paso las palmas de las manos por la parte delantera del camisón para alisarlo antes de bajar con rapidez y en silencio las escaleras hasta la planta principal. Cojo una manta de punto del respaldo del sofá, me la echo por los hombros, y empujo la puerta principal, que cierro lo más silenciosa que puedo.

Con el pulso retumbando en mis oídos, camino descalza por el sendero de tierra.

El hombre me espera en la verja fumando tranquilamente. Cuando me acerco, su atención no se desvía de mi rostro.

Sus ojos son del color del hielo pálido del Ártico. Están rodeados por una espesa mata de pestañas oscuras. Su cabello es denso, de color negro azabache, y le cae desde la frente en forma de V hasta casi los hombros. Su mandíbula es fuerte, sus labios carnosos y su mirada ardiente promete tanto el infierno como la redención.

Es impactante, como un cuadro de Caravaggio, con los mismos contrastes dramáticos que crean la luz divina y las sombras aterciopeladas; cada músculo tenso sugiriere una acción violenta incluso cuando está en reposo.

Él fue quien me enseñó por primera vez que las cosas más bellas de la naturaleza son las que te matan más rápido.

Me detengo a diez pasos de la verja. No sé si tiemblo por el frío de la noche o por el calor de su mirada.

—Ronan Croft.

—Maven Blackthorn. ¿Hay alguna razón por la que estemos siendo tan formales?

—Sí. Prefiero fingir que nunca nos hemos conocido. ¿Qué haces aquí?

Él inclina la cabeza a un lado y me observa. Una leve sonrisa sarcástica se dibuja en sus labios carnosos.

—Te voy a dar tres oportunidades para adivinarlo.

Dios, esa voz… Miel y humo, terciopelo y pecado, áspera pero suave y seductora. Es sexo puro.

Debería haber traído la pistola.

—Tienes que marcharte.

—¿De verdad?

Da una calada al cigarrillo y me lanza una O de humo directamente a la cara. No me inmuto cuando el anillo se acerca lentamente, ampliándose tembloroso hasta que se desintegra a treinta centímetros de mi cara y desaparece.

—Es un hábito asqueroso.

—Tengo otros peores.

—Ya lo sé.

Se apoya con el hombro en la verja y sonríe. No sé si agarrar un puñado de tierra y tirárselo o borrarle esa sonrisa de su cara arrogante de un bofetón.

Probablemente cualquiera de las dos cosas le divertiría. En lugar de eso, opto por mostrarle mi frío desinterés.

—Vete, Ronan. Y no vuelvas.

Ignorando mis exigencias, me mira de arriba abajo con una mirada muy sexual.

—Tienes buen aspecto. Más intimidante que de costumbre. Debe de ser por el pelo. ¿Le has pedido a tu estilista que lo combine con el color de tu alma?

Lo recuerdo bien. Esa confianza inquebrantable. Ese humor juguetón y cáustico. Esa forma en que podía clavarme la mirada y hacerme sentir como si fuera la única persona en el mundo.

O invisible.

—En realidad, le pedí que lo hiciera del color de la tuya. Vete antes

de que te dispare.

Levanta las cejas. No por miedo o sorpresa, parece que solo le estoy entreteniendo.

—¿Con un arma de fuego?

—No, con un arpón. —Mi tono rezuma sarcasmo. Ojalá fuera ácido.

—Ah. Necesitabas protección contra los tiburones locales, ¿eh?

Mira por encima de mi hombro hacia la casa y luego vuelve a clavar la vista en mí. Sus ojos pálidos me lanzan un desafío.

La emoción que su aparición me provocó inicialmente se convierte de repente en ira.

—Te odio.

Se ríe entre dientes.

—Lo has dicho en voz alta.

—Bien. No quiero que haya ninguna confusión.

Da una calada al cigarrillo y suelta el aire por la nariz, de modo que el humo sale en volutas grises, como las de un dragón. Cuando habla, su voz es suave e íntima, como una mano acariciando lánguidamente mi piel desnuda.

—No me odias, Bugs.

—Si quieres conservar tus rótulas en buen estado, no vuelvas a llamarme así nunca más.

—Yo tampoco te odio. Ni siquiera un poco. Ni siquiera una partícula.

—Deja de hablar y vete.

—¿Has pensado en mí durante los últimos doce años?

—Claro, muchas veces. Y todas estaban relacionadas con la violencia.

Él asiente con la cabeza, como si esa respuesta le pareciera

totalmente lógica. Luego, sin decir nada, se asoma por la verja, me ofrece el cigarrillo y espera.

Su paciencia es otra cosa que recuerdo. Nunca tenía prisa, nunca parecía apresurarse. Pero claro, cuando eres un príncipe y todo gira a tu alrededor, tienes todo el tiempo del mundo.

Tras un momento de debate, me acerco y le quito con cuidado el cigarrillo de los dedos. A diferencia de su corazón, sus manos son cálidas. Doy una calada, exhalo el humo, luego tiro el cigarrillo y lo apago con la planta de mi pie descalzo.

Vuelve a reírse, con los ojos pálidos brillando de diversión.

—Sigues siendo una chica dura.

—Si mis tías te pillan husmeando por aquí, lo pagarás caro.

Inclina la cabeza a un lado mientras me mira con una expresión indescifrable.

—¿Les has hablado alguna vez de nosotros?

—No seas ridículo.

—Sigue dándote vergüenza, ¿eh?

—Más bien estoy llena de remordimientos. Adiós, Ronan.

—Adiós, Bugs.

No se mueve. Suelto el aire con fuerza y lo miro con ira, lo que le hace sonreír.

—Oh, esos ojos. Esos ojos encantadores e hipnotizadores. Cómo me han perseguido… Si supieras el poder que han tenido siempre sobre mí. Quizá entonces no serías tan cruel, pequeña bruja.

—No tienes derecho a hablarme de crueldad, hipócrita. Y no me llames bruja. Sabes que lo odio.

—Por supuesto que lo sé. Por eso lo he dicho.

Me tomo un momento para recordarme a mí misma que el asesinato es un delito grave antes de volver a hablar.

—Tu padre apareció en el velatorio de la abuela. Asegúrate de que no venga al funeral.

—¿Por qué? ¿Planeas empujar su silla de ruedas al tráfico?

—No lo había pensado, pero gracias por darme la idea.

Se endereza, empujándose desde la verja con un elegante y natural movimiento de hombros. Levanto la vista hacia él, sorprendida por su altura. Ha crecido desde la última vez que lo vi. Ha crecido y se le ha desarrollado el pecho. Ya no es un chico con una cara bonita y una sonrisa devastadora, ahora es algo mucho más peligroso. Un hombre.

Me abrazo a mí misma de forma protectora y doy un paso atrás.

Su mirada fría y brillante me recorre de arriba abajo y viceversa. Se humedece los labios.

—Una palabra más, Ronan Croft, y que Dios me ayude, acabaré contigo.

Por razones que solo él conoce, mi amenaza le parece divertida y se ríe.

—Ojalá pudieras.

Nos miramos fijamente a través de los barrotes oxidados de la verja. A lo lejos, aúlla un lobo solitario. Más lejos, en el bosque, otro levanta el hocico hacia el cielo y responde a la llamada. Su canto es inquietante.

Noto un nudo en la garganta. Me duele el pecho. Me cuesta contener las lágrimas; es una situación horrible que no había vuelto a vivir desde la última vez que lo vi.

—Adiós, Ronan. Hemos terminado.

—¿De verdad?

Tras una mirada ardiente y prolongada a mi boca, Ronan se da la vuelta bruscamente y se aleja en la noche, con paso largo y seguro.

No mira atrás.

Nunca me perdonaré por desear que lo hiciera.



6

Ronan

Ha vuelto.

Maven Blackthorn ha regresado a Solstice, y ese hecho es como recibir una bofetada repentina en la cara.

Doce años sin saber nada de ella. Ni una sola palabra.

«Doce putos años».

Una eternidad.

Sin embargo, ahora, al volver a verla, parece que ese tiempo ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. Sigue siendo tan seductora como siempre. Esa voz suave y ronca. Esos ojos verdes luminosos. La feroz individualidad y el desafío sin complejos que siempre han marcado su carácter.

Era una niña cuando se marchó. Ahora es toda una mujer. Elegante, sofisticada, segura de sí misma. Curvas peligrosas y garras afiladas, una hechicera que conoce el poder que ejerce y sabe exactamente cómo utilizarlo.

Ha pronunciado mi nombre con su voz llena de miel y veneno, y ha despertado mis instintos más oscuros.

De pie, frente a la chimenea del salón de mi casa, con la única luz y el calor procedentes de los leños que crepitan tras la rejilla, saco otro

cigarrillo del paquete, me lo pongo entre los labios y lo enciendo. Inhalo profundamente, llenando mis pulmones de humo, y cierro los ojos.

Su rostro está grabado en mi mente. El dulce aroma de su perfume aún perdura en mi nariz. El recuerdo de su voz, la forma en que me miraba, hace que la sangre me corra por las venas.

Hay una parte de mí, retorcida y egoísta, que quiere castigarla. Entrar a la fuerza en su casa, en su cama, en su cuerpo. Hacer que se someta y suplique perdón por haberse ido como lo hizo.

Pero mantengo bajo control esa parte oscura de mí y, en su lugar, me desabrocho el cinturón.

Se desliza por las trabillas y mis dedos antes de caer con un ruido metálico sobre el suelo de madera. Me quito el abrigo y lo dejo caer también, luego bajo la cremallera de mis pantalones.

Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos aún cerrados, doy una calada al cigarrillo y me agarro la polla con la mano. Empiezo a masturbarme, pensando en Maven.

Esa voz. Esos ojos. Esa boca.

Estoy muy excitado por su culpa. Rígido y ansioso por liberarme, mi mente se llena con los recuerdos del olor de su piel, la sensación de sus pechos en mis manos, sus suaves y ahogados gemidos de placer. Todo vuelve a mí de golpe, con tanta intensidad que me hace sudar.

Apoyando mi mano libre contra la repisa de la chimenea, me masturbo con fuerza hasta que empiezo a gemir. Noto la tensión en los testículos. Me palpita la polla. El cigarrillo encendido se me cae de los labios.

Alcanzo el clímax con un gemido gutural que resuena en las paredes del salón, mezclándose con el silbido del vapor cuando mi

semen salpica mi mano y cae sobre los leños ardientes de la chimenea, con la boca deformada por su nombre.

«Maven».

«Tú y yo no hemos terminado».

«Ni mucho menos».



7

Maven

Abro los ojos por la mañana con una opresiva sensación de temor, que se cierne sobre mí como una tormenta que se avecina.

Por un momento, me siento desorientada. Noto la mente confusa y aturdida por el sueño. Entonces, el recuerdo de mi visitante de medianoche aparece como un muñeco saliendo de una caja sorpresa, lo que activa de golpe mi conciencia.

Me incorporo de un salto con el corazón latiéndome con fuerza y miro frenéticamente a mi alrededor.

No lo veo por ninguna parte, pero eso no significa gran cosa. Al igual que Drácula, Ronan Croft tiene la extraña habilidad para aparecer donde le place, como si se materializara de la nada.

Suspirando, me froto la cara con las manos. Cuando las aparto, están cubiertas de sangre.

Me sangra la nariz.

Me aprieto las fosas nasales, me levanto y me voy al baño para intentar detener la hemorragia. Utilizo medio rollo de papel higiénico antes de que se detenga. Luego me limpio, me visto y bajo a la cocina, donde encuentro a Davina y a Bea presionando cortadores de galletas sobre una lámina plana de masa.

Verlas a las dos con delantales a juego, con las manos y la mesa cubiertas de harina, me produce una punzada de dolor tan fuerte que me detengo en la puerta y me llevo la mano al pecho. Mi madre y yo solíamos cocinar juntas. Ella me enseñó a hacer pan, a asar pollo, la diferencia entre estofar y guisar, y cuándo emplear cada técnica. Como todas las mujeres Blackthorn, le encantaba la cocina y le complacía comer.

No he vuelto a preparar nada desde que murió.

—¿Qué estáis haciendo?

Bea levanta la vista de la masa y sonríe.

—Hacemos galletas de masa madre. ¿Y sabes qué? ¡He hecho amistad con una familia de ardillas!

—Si la siguiente pregunta es si puedes llevártelas a casa, la respuesta es no.

Bea niega con la cabeza.

—No quiero tenerlas como mascotas. Los animales salvajes no deben vivir en una casa.

—Tienes toda la razón.

—Pero podríamos tener un gato. Son animales domésticos.

—Solo dices eso porque nunca has tenido uno. Son monos, y son amigables cuando quieren algo, pero de ninguna manera están domesticados.

—Como nosotras —murmura Davina, sonriendo.

—No, son muy dulces —insiste Bea—. El blanco es mi favorito.

—¿Blanco? ¿De qué estás hablando?

—El bonito gatito blanco con los ojos azules que siempre anda por ahí.

Cuando frunzo el ceño, confundida, Davina suspira.

—No puedes haberte olvidado de Luna. Era la mejor amiga de tu

madre, por el amor de Dios.

—¿Luna? ¿Sigue viva?

—Por supuesto.

—Eso es imposible. Ahora tendría veintitantos años.

—Veinticinco, de hecho.

Me imagino a una criatura sarnosa y podrida, sin dientes y con mal olor, y hago una mueca.

En ese momento, como si la hubiera invocado, Luna entra en la cocina. Su pelaje, de un blanco inmaculado, está impecable. Sus ojos azul cielo siguen brillando. Se frota contra mi pierna y me mira. Su expresión es serena y algo presumida, como si le complaciera mi asombro.

Me agacho y le acaricio el lomo sedoso. No puede ser el mismo gato que tenía mi madre. Tiene que ser uno de los descendientes del original. Luna, segunda. Quizá incluso, tercera.

Esme, con aspecto distraído, entra arrastrando los pies en la cocina y me da una palmada en el brazo al pasar.

—Me duele la cabeza. —Se deja caer pesadamente en una silla y se frota las sienes. Todavía lleva el camisón y tiene el pelo revuelto.

—¿No has dormido bien? —pregunta Davina.

—Otra pesadilla. Las malditas serpientes otra vez. Esta vez había más y se metieron dentro de la casa. Todas las superficies estaban cubiertas de serpientes negras.

—Qué horror. Te prepararé una buena taza de té. —Davina se seca las manos en el delantal, saca la tetera de los fogones y la llena con agua del grifo.

—Parece que hoy va a llover —digo mientras miro la oscuridad que se acumula al otro lado de la ventana.

—La lluvia en un funeral da buena suerte —comenta Esme.

—Creía que esa superstición era para las bodas.

—La lluvia siempre da buena suerte. ¿Alguien más oyó aullar a los lobos anoche?

—Hace años que no hay lobos en estos bosques —digo para que Bea lo oiga—. Era un perro. ¿A qué hora tenemos que salir para el funeral?

—A la una y media. Abrígate bien y lleva un paraguas. El barómetro está bajando con rapidez.

El sonido de unos golpecitos en la ventana de la cocina me hace levantar la vista. Afuera, Q está mirando el interior. Levanta la mano para enseñar una mariposa grande y hermosa, con alas iridiscentes de un brillante color azul bordeadas en negro, posada en su dedo.

Me quedo boquiabierta por la sorpresa. *La Morpho menelaus* es originaria de las selvas tropicales de América Central y del Sur. ¿Qué hace tan al norte?

Q desaparece de la ventana. Un momento después, abre la puerta trasera de la cocina, entra y la cierra tras de sí. Su expresión es impasible, pero sus ojos oscuros muestran una sonrisa.

—¿Qué tienes ahí? —dice Davina—. Ah, un regalo para May, ya veo. Qué bonito.

Se acerca a mí y me tiende la mano. La mariposa cierra perezosamente las alas, mostrando el reverso marrón con ocelos similares a ojos en los bordes.

Solo había visto este insecto en libros de texto o en exposiciones de museos. Me sorprende su belleza.

Levanto la mano hacia la de Q y le ofrezco mi dedo a la mariposa. Abre y cierra las alas varias veces, indecisa, y luego pasa del dedo de Q al mío.

El animal me mira fijamente moviendo sus finas antenas negras.

Hay algo en la mirada de esta criatura que me parece inusualmente inteligente.

—¿Y entonces? —pregunta Davina—. Cuéntanos la historia de esta cosita.

—Es un él. Solo los morfos azules machos exhiben este colorido deslumbrante. Las hembras son mucho más pequeñas y tienen apagados tonos marrones y amarillos. ¿Cómo se llama eso, Bea?

—Dimorfismo sexual —responde ella al instante.

—Correcto. Te he enseñado bien.

—Es grande.

—Sí. Tiene una envergadura de al menos doce centímetros. Sus alas son autolimpiables y sus patas tienen receptores gustativos. Su ciclo de vida completo es de ciento quince días. Una vez que salen de la crisálida, solo viven unas dos semanas antes de morir. Algunas culturas creen que la mariposa representa el viaje del alma hacia la vida eterna.

Contemplo al hermoso insecto durante un momento.

—Antes se creía que era el espíritu de una bruja transformado —murmuro distraídamente.

—A veces sueño que soy un gran perro negro.

Davina, Esme y yo miramos a Bea en silencio mientras ella corta más círculos en la masa.

—¿Quieres decir que ves un perro negro en los sueños? —pregunta Davina un momento después.

Bea niega con la cabeza.

—No. Yo soy un perro. Uno muy grande. Ladro a la luna y todo eso.

Las tías giran la cabeza y me miran fijamente.

Sé lo que están pensando. Los perros negros se consideran

presagios de desastre en muchas culturas, o incluso de muerte. Soñar con uno es un mal augurio. Y en esta familia, los augurios se toman más en serio que un diagnóstico de cáncer.

—No te emociones demasiado. Yo tengo un sueño recurrente en el que gano la lotería y vivo en una playa de Fiyi.

Esme vuelve a mirar preocupada a Bea.

—No es lo mismo, cariño. Para nada.

—Los sueños son solo la forma en que nuestro cerebro procesa la información. No significan nada.

—Todo tiene un significado. El universo no se basa en coincidencias.

La mariposa se posa en mi dedo con un aleteo de sus brillantes alas azules y vuela en una trayectoria irregular y aleatoria hacia la puerta trasera. Q se acerca y la abre, y la mariposa sale con un destello azul.

Suena el teléfono fijo. Davina se acerca a la pared y descuelga el auricular.

—Blackthorn. —Hace una pausa—. Sí. —Escucha durante lo que parece un buen rato y luego se lleva una mano a la cadera—. Más vale que esto no sea una broma de mal gusto. —Otra pausa—. Oh, estoy segura de que lo está. —Otra más, aún más larga, y luego levanta la voz—. ¡Deje de quejarte y arréglelo!

Cuelga el auricular de golpe y se vuelve hacia nosotros. Tiene las mejillas sonrojadas, los labios apretados y los ojos brillantes por la furia.

Esme se inclina hacia delante en su silla.

—¿Quién era?

—El señor Anderson.

Esme frunce el ceño.

—¿El de la funeraria?
—El mismo.
—¿Qué ha dicho?
Davina niega con la cabeza, incrédula.
—No vais a creerlo. Han perdido el cuerpo de mamá.



8

Maven

Nos quedamos en silencio, atónitos. Esme es la primera en recuperarse.

—¿Qué quieres decir con que lo han perdido?

—Justo lo que he dicho. No lo encuentran. Ha desaparecido.

—Bueno, no puede haberse levantado para marcharse. ¿Cómo diablos puede desaparecer un cadáver?

Por desgracia, Bea ofrece una teoría.

—En la morgue podría estar operando una granja de cadáveres ilegal.

Todos nos volvemos para mirarla. Tiene la decencia de parecer avergonzada, pero no el buen sentido de dejar de hablar.

—Vi un programa en la televisión sobre una funeraria que vendía los cuerpos de las personas en lugar de incinerarlos. Supongo que hay una especie de mercado negro de partes del cuerpo, para investigación y cosas así. Y órganos.

Davina la mira horrorizada.

Mi hija y sus documentales sobre crímenes reales. Realmente tengo que empezar a controlar el tiempo que pasa frente a la pantalla.

—Seguro que solo es un malentendido.

—¿Un malentendido? —repite Esme consternada—. ¡Es mucho peor que eso!

—Quiero decir que no pueden haberla perdido literalmente. Debe de haber cámaras de seguridad por todo el edificio. Solo tienen que mirar las grabaciones. Alguien habrá trasladado su ataúd a la sala equivocada. Estoy segura de que esto se resolverá enseguida.

Davina niega con la cabeza.

—Yo no estaría tan segura. Ese idiota de Anderson no solo me ha dicho que él y su personal han registrado minuciosamente todo el edificio, incluidas las cámaras frigoríficas y el garaje, sino que también han revisado las imágenes de las cámaras de seguridad. No ha entrado nadie en el edificio después de que lo cerraran anoche. Y nadie se ha escapado con un ataúd a cuestas. De hecho, su ataúd está justo donde lo dejaron. No ha sido manipulado ni dañado. No hay señales de que hubiera pasado algo. Mamá simplemente ha desaparecido.

—Los muertos no deciden de repente sentarse y salir a dar un paseo por el parque —digo, reprimiendo mi irritación—. Tampoco se evaporan. Alguien sabe lo que le pasó a la abuela. Voy a ir allí para obtener respuestas. Bea, quédate aquí con tus tías. Y no formules más teorías, por favor. Q, vámonos.

Estoy a punto de darme la vuelta y salir, pero el teléfono vuelve a sonar. Antes de que Davina pueda cogerlo, arrebato el auricular de la pared, rezando para que sea el señor Anderson dando respuesta al morboso misterio de a qué lugar ha ido a parar el cadáver de mi abuela.

—¿Hola?

—Hola, Maven. Esperaba que fueras tú quien contestara. Qué suerte… —Es Ronan. El suelo se hunde bajo mis pies—. Sé que

probablemente no puedas hablar ahora mismo, con todos esos tiburones nadando a tu alrededor. Pero he pensado en ofrecerte mi ayuda.

Le doy la espalda a la cocina llena de miradas inquisitivas.

—Lo siento, se ha equivocado de número —replico con calma.

Su risa es cálida y complacida.

—Oh, vamos. Sabes que soy la única persona del pueblo que puede ayudarte a encontrar a Lorinda —asegura—. ¿Te sorprende que me haya enterado? —dice a continuación al ver que no respondo —. Deberías haberlo imaginado ya. Y antes de que me acuses de algo nefasto, la respuesta es no. No tengo nada que ver con ello. Aunque tengo que admitir que la oportunidad de ayudarte con un dilema tan interesante es jodidamente deliciosa.

Siento un calor punzante en las mejillas. Aprieto los dientes, cuento hasta cinco y maldigo en silencio el día en que nació Ronan Croft.

—Como le he dicho ya, señora, se ha equivocado de número. Aquí no hay nadie con ese nombre.

Dejo el auricular en su sitio y salgo de la habitación sin mirar a nadie a los ojos. Q me sigue a cierta distancia, seguramente para evitar el vapor caliente que me sale por las orejas.

No debería permitir que me sacara de quicio, pero Ronan Croft sabe cómo tocarme la fibra sensible y siempre lo ha hecho. No me sorprendería que él hubiera orquestado todo este absurdo desastre, independientemente de lo que haya dicho.

Cuando llegamos a la Funeraria Anderson, hay un elegante coche deportivo negro aparcado delante. Parece caro, meticuloso y totalmente fuera de lugar en el pueblo.

Y sé a quién pertenece.

Sentado a mi lado en el asiento del conductor, Q se gira para mirarme.

—Quédate aquí —le digo—. Si no vuelvo en quince minutos, ve directamente a la comisaría y denuncia la desaparición de la abuela. —Me mira en silencio, con expresión dubitativa.

—Sí, ya sé que los Blackthorn no involucramos a otras personas en nuestros asuntos, pero nunca habíamos tenido que vérnoslas con la desaparición de un cadáver. Me ocuparé de mis tías cuando lleguemos a casa.

Salgo del coche y cuando entro en el salón delantero de la Funeraria Anderson, la única persona a la que esperaba no volver a ver nunca más está recostada en una silla junto a la palmera anémica que intenta sobrevivir en una maceta, fumando un cigarrillo, con su aspecto hermoso y aburrido.

Hasta que su mirada salvaje se posa sobre mí, y entonces sonríe como un tigre a la hora de comer.

—Hola, Maven. Dios, ese tinte es horrible. Pero los zapatos son interesantes. Muy prácticos. Estupendos para caminar largas distancias. ¿Eran de tu abuela?

Sus ojos helados brillan con diversión. Vestido con un jersey negro de cachemira, pantalones negros y mocasines de cuero negro que probablemente estén hechos con la piel de un animal en peligro de extinción, parece tan deslumbrante como elegante. También rezuma ese tipo de autosatisfacción absoluta que solo disfrutan los narcisistas o los muy ricos.

En su caso, se trata de ambas cosas.

—Voy a ser clara. No quiero tu ayuda con esto ni con nada. Mi familia no es asunto tuyo. Piérdete.

—¿Que no es asunto mío? Eso es exagerado, teniendo en cuenta lo

amigos que éramos tú y yo. —Su tono divertido se vuelve ronco—. ¿Recuerdas cuántas veces estuvimos juntos? Porque yo sí lo recuerdo.

Su sonrisa burlona es tan irritante que tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no quitarme el zapato y lanzárselo.

—No recuerdo nada, salvo que eres el peor error que he cometido. Será un milagro que no te meta una bala entre las cejas mientras estoy aquí.

—Ocho.

Lo miro, decepcionada conmigo misma porque mis ojos no son rayos láser capaces de cortarlo en pedazos más pequeños y menos malvados.

—Es el número de veces que follamos. Ocho.

—Estás alucinando. Como mucho, fueron la mitad.

Con su mirada ardiente clavada en la mía, niega despacio con la cabeza.

—La vez en el invernadero, encima de las bolsas de tierra. Dos veces en mi dormitorio. Una vez en tu cama. Tres veces en el asiento trasero de mi coche. Y, por supuesto, la primera vez, cuando lo hicimos de pie en el callejón detrás del cine, después de que me tiraras el refresco a la cara y me llamaras mocoso malcriado y sin alma, con la inteligencia de una babosa.

Oírle contarlo con tanto detalle abre las compuertas de mi memoria. Las imágenes se precipitan sobre mí, rápidas y furiosas, haciendo que se me suba la sangre a la cara. Recuerdo lo voraces que éramos el uno con el otro, todo manos ávidas y respiraciones entrecortadas, besos que dejaban moratones y un tipo de necesidad más oscura, rayana en la desesperación.

Aquella primera vez en el callejón —con su polla dura

dilatándome y sus dedos clavándose en mi trasero, su cabeza inclinada hacia mi cuello y sus dientes desnudos presionando mi piel mientras me follaba contra la pared—, me convertí en una supernova. Convulsioné impotente a su alrededor, me entregué a un tipo de placer que ahora sé que es extremadamente raro.

Sí, la mayoría de los hombres pueden hacer que una mujer alcance el orgasmo si se lo proponen. Pero casi nunca pueden hacer que la mujer sienta como si hubiera visto el verdadero rostro de Dios.

Ronan lo conseguía cada vez que estábamos juntos.

Pero preferiría que me rompieran la nariz con un ladrillo antes que admitir que él tuvo algún efecto en mí.

—La verdad es que no lo recuerdo —digo como si nada—. Ahora vete a jugar con el dinero de tu papá, *cymothoa exigua.*

—Oooh, estás sacando a relucir el latín. Espera, no me lo digas. Déjame adivinar —Piensa por un momento—. ¿Cucaracha?

—No insultes mi inteligencia.

—Vale, me rindo. ¿Qué es una *cymothoa exigua*?

—Un pequeño isópodo parásito que se adhiere a la lengua de un pez y le chupa la sangre hasta que la lengua muere y se desprende. Entonces, ese asqueroso bicho vive en el muñón de la lengua muerta dentro de la boca del pez hasta que este muere de hambre y el parásito tiene que buscar otro huésped.

Ronan empieza a reírse. Al principio suavemente, pero luego echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y se ríe a carcajadas.

—No te enfades, Bugs —me llama, cuando me alejo sin decir nada más—. Nos estábamos llevando tan bien…

Ignorándolo, me inclino sobre el mostrador de recepción vacío y miro arriba y abajo por los pasillos a ambos lados de la sala principal.

—¿Señor Anderson? ¿Hola?

No obtengo respuesta, pero tampoco la esperaba. Es muy probable que todo el personal siga buscando frenéticamente el cuerpo de mi abuela por los jardines.

Decido empezar por la sala donde se celebró el velatorio de la abuela, salgo de la recepción en busca del salón rojo y negro.

La puerta está cerrada con llave. Así que reviso las demás estancias del pasillo, todas ellas salas de velatorio de distintos tamaños, pero en ninguna hay un cadáver desaparecido.

Pruebo en el otro pasillo, pasando por alto a Ronan, que sigue descansando en la sala de recepción, pero tampoco tengo suerte en esa zona. La capilla y la sala de ventas donde se exhiben las urnas y los ataúdes están vacías, al igual que la sala de empleados.

Cuando regreso derrotada a la zona de recepción, Ronan lanza con indiferencia su cigarrillo encendido al musgo seco de la maceta de la palmera y se levanta.

—Podrías provocar un incendio —digo, exasperada por su descuido.

—He cruzado los dedos. ¿No has tenido suerte localizando a la matriarca?

—Esto no tiene gracia.

—Nadie se está riendo.

—Solo tú, por dentro.

—No me atrevería. Eres demasiado peligrosa como para reírme de ti.

—Si tuvieras dos dedos de frente, te darías cuenta de lo acertada que es esa afirmación. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Hay algo que me intriga.

—Qué novedad en ti. Te sugiero que le pidas a uno de tus secuaces

que busque la respuesta en Internet.

—No seas cruel.

—Créeme, si estuviera siendo cruel, ya te faltarían algunos dedos.

—Está bien. Hazme el favor de responder a una pregunta. Si lo haces con sinceridad, prometo no molestarte más.

Entrecierro los ojos y examino su expresión. Parece sincero, así que cedo a regañadientes.

—¿Qué quieres?

Su pausa es lo suficientemente larga como para resultar incómoda.

—¿Sabe nuestra hija quién es su verdadero padre? —dice luego en voz baja con una mirada intensa.



9

Maven

—Sé lo que estás pensando —dice Ronan cuando mi reacción a su pregunta es un silencio sepulcral.

—No, no lo sabes. Si no, ya habrías empezado a correr.

—Maven…

—No te atrevas a decir mi nombre como si estuviera siendo irrazonable.

—No creo que estés siendo irracional. Creo que estás siendo protectora. Pero ella es tan mía como tuya.

—Un donante de esperma accidental no es lo mismo que un padre. Y, si no recuerdo mal, no te sentías tan paternal cuando te dije que estaba embarazada hace años.

Me doy la vuelta, pero él me agarra del brazo y hace que me gire de nuevo.

Cuando me niego a mirarlo, me toma por la barbilla y me obliga a hacerlo.

—Tenía diecisiete años. Era un crío.

—Quita la mano de mi barbilla antes de que la pierdas.

—Quiero conocerla. —Tras una pausa, se ríe entre dientes—. No hay necesidad de poner esa cara.

—En realidad, sí. Es la cara que pongo antes de derramar sangre. Suéltame, Ronan. Te aviso con cinco segundos de antelación.

Me examina en un tenso silencio durante un momento antes de soltarme.

—Buena decisión. Ahora, olvida que me has hecho esa pregunta y vete.

—Has olvidado nuestro trato. Solo me iré si respondes a la pregunta.

—Supongo que entonces estamos en un punto muerto, porque prefiero sacarme los ojos antes de decirte una sola palabra sobre mi hija.

Se yergue en toda su estatura y cruza los brazos sobre su amplio pecho. Me mira con desdén, imperioso como un señor feudal frente al campesino que le ha robado su vaca más preciada.

—Nuestra hija.

—Repítelo. Atrévete. Repítelo y te mataré de un disparo aquí mismo.

Arquea ambas cejas.

—¿Me matarías en una funeraria? Eso es demasiado conveniente, ¿no crees?

—Creo que puedes irte directamente al infierno, Ronan Croft.

Algo parpadea detrás de sus ojos. Una emoción oscura y extraña aflora por un instante antes de que él la controle y la apague.

—¿Qué te hace pensar que no estoy ya en él? —replica en voz baja y fría.

Nos miramos con intensidad hasta que nos distrae una voz que me llama por mi nombre.

—¡Señorita Blackthorn! ¡Oh, señorita Blackthorn, está aquí!

Miro y veo al frenético señor Anderson cruzando apresuradamente

el vestíbulo.

Se está secando la frente con un pañuelo ya húmedo. Las manchas de sudor oscurecen las axilas de su camisa blanca. Lleva la corbata torcida y los pantalones arrugados. Me pregunto cuánto tiempo ha estado desaparecido el cuerpo de la abuela antes de que llamara, porque parece que no ha dormido desde la última vez que lo vi.

—Dígame que la ha encontrado —lo apremio cuando llega a nuestro lado.

—Bueno… —Se aclara la garganta—. No exactamente.

—Es una respuesta de sí o no. ¿La ha encontrado o no?

No sé por qué parece tan culpable, pero me hace sospechar.

—Hemos encontrado su ropa —dice, retorciéndose las manos.

—¿Su ropa? ¿De qué está hablando?

Mi tono enfadado lo pone aún más nervioso de lo que ya estaba. Empieza a balbucear una explicación.

—L-llevaba un vestido largo verde; el que vio en el velatorio. S-su tía Esme nos lo proporcionó y se lo pusimos después de…, er…, preparar el cuerpo. Es un proceso delicado, por supuesto, y tuvimos mucho cuidado de seguir las instrucciones de tus tías…

—¡Vaya al grano!

—El vestido, los zapatos y la ropa interior de Lorinda se encontraron en el suelo —suelta él—, al otro lado de la ventana abierta de la sala donde tuvo lugar el velatorio. Parece que así es como la sacaron del recinto.

Mi expresión hace que el señor Anderson palidezca.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me está diciendo que alguien retiró el cadáver de mi abuela del ataúd, lo desnudó y luego lo sacó por una ventana?

Cambia el peso de un pie a otro.

—Bueno…, sí.

Lo miro con la boca abierta, en estado de *shock*.

—Llegados a este punto es de esperar que tenga al día las primas del seguro de responsabilidad civil, Anderson —dice Ronan—. Veamos la ropa.

El señor Anderson da media vuelta con un pequeño grito de angustia, y pone rumbo al pasillo. Ronan y yo lo seguimos, observándolo cuando se detiene ante la puerta cerrada de la sala de velatorio. Busca a tientas entre las llaves que saca de su bolsillo y abre la puerta.

Lo empujo y cruzo directamente hacia las ventanas del lado opuesto de la habitación. Las cortinas han sido corridas y las ventanas están abiertas de par en par.

Con cuidado de no tocar el alféizar, me asomo por la ventana y miro hacia abajo. Efectivamente, hay un montón de ropa en el suelo, justo debajo. Veo también un par de zapatos negros de tacón bajo a un lado, asomando por debajo de las hojas verdes y puntiagudas de un arbusto de acebo.

Ronan se acerca por detrás y se inclina por encima de mi hombro para echar un vistazo. Tras examinar la escena, suelta un gruñido.

—Qué raro. No hay huellas en la tierra. Y todo está perfectamente doblado.

—Además, sus zapatos están colocados como si estuvieran en un armario. Los tacones juntos, las puntas hacia delante. No como si los hubieran tirado o arrojado. ¿Por qué alguien desnudaría un cuerpo, lo sacaría por la ventana y luego se tomaría la molestia de asegurarse de que la pila de ropa que dejaba en el suelo estuviera tan cuidadosamente ordenada?

—¿Quizá iban a traer el cuerpo de vuelta?

Nos giramos y miramos al señor Anderson, que parece arrepentirse de haber hablado.

Cruzo los brazos sobre el pecho y lo miro con ira.

—Tengo entendido que revisó las imágenes de las cámaras de seguridad.

Su mirada va de Ronan a mí y viceversa.

—Er…

Lo tomo como un sí.

—¿Y? ¿Qué mostraban?

—Nada fuera de lo normal.

—¿Un cuerpo desaparece en el aire y no hay nada extraño? ¿Cómo explica la ropa que hay fuera de la ventana? ¿Apareció de repente en el vídeo de seguridad un salto de un fotograma a otro?

Tose cubriéndose la boca con la mano, luego mira al techo y hace una mueca.

—La cámara que cubre el lado sur del edificio parece haber fallado. Por alguna razón, no grabó nada a partir de las seis en punto.

—Qué conveniente. Déjeme preguntarle algo. ¿Acaso encubren aquí una granja de cadáveres ilegal? ¿Ha vendido a mi abuela por partes?

Hay que reconocerle el mérito. El señor Anderson es un actor increíble o está sinceramente traumatizado por la sugerencia, porque se pone verde y tiene arcadas.

—¡Por Dios, no! ¡Oh, por Dios, nunca nos involucraríamos en algo así! Nos enorgullecemos mucho de nuestra buena reputación, señorita Blackthorn, y gestionamos nuestro negocio con la máxima ética. Somos muy cuidadosos, muy cuidadosos, especialmente con clientes de tal…

Al darse cuenta de que se está adentrando en terreno peligroso, se

calla y parpadea con pánico.

—…posición en la comunidad.

Como una flor que despliega sus pétalos, el calor florece sobre mi piel. Inhalo lentamente para calmarme.

—Oh, ya le daré yo prestigio. Le daré tanto prestigio que le hará sangrar los ojos —murmuro luego.

Una mano fuerte me agarra del bíceps.

—Tiene hasta el cierre de hoy para averiguar qué le pasó a Lorinda —interviene Ronan—. Si no tengo noticias suyas antes de las cinco, llamaré a la Junta Estatal de Dirección Funeraria y haré que cierren su local definitivamente. Maven, vamos a ver el ataúd.

Ronan me arrastra agarrándome del brazo, riéndose mientras yo sigo murmurando maldiciones por el camino.

—Tranquila, tranquila. Había olvidado lo afiladas que son tus garras.

—No, no lo has olvidado.

Vuelve a reírse.

—Tienes razón. No lo he olvidado. Todavía tengo las cicatrices en la espalda.

Lo miro, pero no puedo deducir de su expresión si ese comentario tenía doble sentido sexual. Entonces me lanza una mirada ardiente de reojo, acompañada de su característica sonrisa burlona, y obtengo mi respuesta.

—Eres increíble.

—Gracias.

—No era un cumplido. Deja de sonreír como un payaso.

—Esta es mi cara. No puedo evitar que sea así.

—Claro que puedes. Coge una piedra y golpéate en la nariz con ella. O yo misma estaré encantada de hacerlo por ti.

—Me encanta cuando me amenazas con violencia. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Dios, cómo me arrepiento de haber vuelto a casa.

—Yo no. Es lo más divertido que he hecho en años.

Me suelto de su agarre y me adelanto hacia el ataúd. No sé qué esperaba ver cuando me inclino y miro dentro, pero allí no hay nada.

No está la abuela.

No están las monedas de plata.

Ni el cuchillo con el mango de perlas.

Quienquiera que haya robado el cuerpo de mi abuela no quería su ropa, pero ¿y si le interesaban los objetos funerarios que se suponía que debían ser enterrados con ella?

—Aquí está pasando algo muy extraño —digo cuando Ronan se acerca a mí.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Vuelve a usar ese tono sarcástico conmigo y me aseguraré de que no puedas tener hijos.

—Más hijos, querrás decir.

Cierro los ojos y exhalo con fuerza por la nariz. Siento como si fuera de fuego.

—No es descabellado que un padre quiera ver a su hija. Además de ser mi derecho legal, claro está.

—¿Me estás tomando el pelo? El cadáver desnudo de mi abuela ha sido retirado de la funeraria por la ventana y, de repente, te interesa discutir los derechos de visita de una hija que nunca has querido.

—La quería. Solo que entonces no lo sabía.

—No voy a dignificar esa tontería con una respuesta.

—Te busqué, ¿sabes? Durante años, contraté a los mejores detectives privados para que te buscaran. Pero era como si hubieras

desaparecido. Fuera de Solstice, Maven Blackthorn no existe.

—Si esperas que te felicite por intentar acosarme, la llevas clara.

—Te has cambiado el nombre, ¿verdad? Te has creado una identidad completamente nueva para que no pudieran encontrarte.

—Estoy en medio de una emergencia familiar, por si no te has dado cuenta. No tengo tiempo para la Inquisición.

—Mírame.

—Prefiero comer cristales.

Me agarra por los hombros y me obliga a mirarlo. El hermoso monstruo que ha acechado mis pesadillas durante años se cierne sobre mí con los ojos ardientes por la intensidad.

—Quiero conocer a mi hija. Tu actitud evasiva no va a cambiar eso. Depende de ti si lo hacemos por las buenas o por las malas.

—¿Me estás amenazando con acciones legales? —digo en tono burlón.

—No quiero tener que hacerlo, pero lo mío es mío. Hagámoslo por las buenas.

No puedo evitar soltar una pequeña risa.

—Dios. Tu arrogancia es asombrosa. Eres realmente increíble.

—¿Eso es un sí?

—No, porque tu hijo no existe. Aborté poco después de irme. El padre de Bea es un cirujano ocular que vive en Los Ángeles. El doctor Brett Lattman.

Ronan me mira con los labios apretados, los ojos entrecerrados y una expresión de duda llena de furia.

—Por esa expresión consternada, veo que no me crees, pero lo único que tienes que hacer es verla. Tiene nueve años, Ronan. Las cuentas no cuadran.

Cuando me canso de que me mire en silencio con desconfianza,

saco mi teléfono móvil del bolsillo de mi abrigo e introduzco mi contraseña para desbloquearlo. Busco una foto reciente de Bea y le enseño la pantalla.

—Esta es Bea. Fíjate en que la fecha de la foto es de hace unas semanas. Fíjate también en que no se parece en nada a ti, especialmente no tiene esos inquietantes ojos descoloridos que se asoman bajo las frentes tipo neandertal de todos los miembros de tu familia. Por último, fíjate en lo pequeña que es. ¿Satisfecho?

Él se queda mirando la foto tanto tiempo que me empieza a doler el brazo.

—Solo los hombres de mi familia tienen estos ojos —dice luego—. Y podría ser pequeña para su edad. Esta foto no prueba nada.

Dejo caer el brazo a un lado y suspiro.

—¿Por qué iba a mentir?

Su respuesta es inmediata.

—Porque no confías en mí. Porque no te gusto. Porque tal vez te hice daño de una manera que no se puede olvidar.

Baja la voz y su mirada se vuelve aún más intensa.

—Pero sobre todo porque te avergüenza haberte acostado con el enemigo jurado de tu familia y no quieres que nadie se entere.

Si sigue diciendo las palabras «haberte acostado» con ese tono ronco, tendré que cambiarme las bragas.

—Tienes razón en casi todo, pero no me avergüenzo porque se suponía que eras mi enemigo. Nunca me importó una estúpida rencilla ancestral. Me avergüenzo porque me trataste como basura y yo seguí volviendo a por más. Pero ya no somos adolescentes y todo eso es agua pasada. Gracias por este nauseabundo viaje al pasado. Adiós, Ronan.

«Y buen viaje».

Me doy la vuelta para marcharme, pero una vez más, él me detiene. Me agarra por el brazo, y me atrae hacia su pecho.

—Esto no ha terminado, Maven —gruñe—. No puedes marcharte sin más.

—Ya lo verás.

Me libero de su posesivo agarre moviendo el brazo y me acerco a la puerta, ignorando el musgo humeante en la maceta de la palmera de la sala de espera, donde él ha tirado el cigarrillo.

Con suerte, se convertirá en un infierno ardiente y todo el pueblo quedará reducido a cenizas.

De vuelta en el Cadillac, le digo a Q que me lleve a la comisaría para denunciar la desaparición de la abuela. En lugar de eso, enciende la radio y conduce directamente de vuelta a casa.

Al pasar por la oxidada verja de hierro de Blackthorn Manor, me quedo mirando el tocón muerto del arce que talé hace tanto tiempo en un arranque de ira.

A un lado de la madera gris y apagada ha brotado una rama alta y frondosa.

Pero la rama no es verde. Tampoco lo son sus hojas.

Son del mismo rojo vivo de la sangre recién derramada.



10

Maven

La tormenta que se estaba gestando estalla cuando volvemos a entrar en la casa. La lluvia raya los cristales de las ventanas y golpea el techo. Los estruendos sónicos de los truenos retumban a través de la capa de nubes grises del cielo en el exterior, haciendo vibrar los marcos de las ventanas. Las tías van encendiendo velas para disipar la penumbra con la ayuda de Bea, mientras yo llamo a mi jefa. Es domingo, así que me salta el buzón de voz.

—Hola, Luce, soy May. Necesito tomarme unos días libres en el trabajo. Quizá incluso una semana. No te lo vas a creer, pero no podemos celebrar el funeral de mi abuela porque la funeraria ha perdido su cuerpo. Te lo contaré todo cuando vuelva, pero, en resumen, es un desastre. Necesito quedarme aquí para ayudar a mis tías a superar todo esto. Robert podrá encargarse de las visitas guiadas para los escolares esta semana. Le enviaré un correo electrónico a Annie para pedirle que complete el informe de la subvención. Si me necesitas para cualquier otra cosa, tendré el teléfono encendido. Te mantendré tal tanto tan pronto como tenga más información. Gracias, Luce. Hablamos pronto.

Cuelgo y me doy ánimos a mí misma por lo bajo antes de hacer mi

siguiente llamada.

—Hola, Ezra. Soy May.

—Lo sé. He visto tu número en la pantalla.

Su tono es cauteloso. No puedo culparlo, teniendo en cuenta cómo terminó nuestra última conversación.

—Bien. Bueno, quería decirte que no podremos cenar juntos el martes por la noche. Me voy a quedar unos días más con mis tías.

Se produce un silencio sepulcral. Él espera una explicación de por qué han cambiado mis planes, pero los dos sabemos que no se la voy a dar.

Esta es la batalla en la que morimos. Es un buen hombre, pero quererme es como querer a un cactus. Cuanto más me ignore, mejor nos llevaremos. Sin embargo, si se acercara demasiado, mis afiladas espinas le harían sangrar.

Si el estilo de relación «apego evasivo» tuviera un ejemplo paradigmático, ese sería yo. «Gracias, Ronan Croft».

—De todos modos, no podré ir.

—Volveré a hacer una reserva en el restaurante.

—No es necesario. Ya nos hemos dicho lo que teníamos que decir.

Técnicamente, él dijo lo que tenía que decir, yo lo miré estoicamente mientras me explicaba lo que echaba en falta en nuestra relación. Al parecer, no le gustó que me limitara a responder «vale» y me marchara, porque después me dejó un mensaje de voz largo y apasionado en el móvil en el que utilizaba palabras como «inescrutable», «indiferente» y «distante».

Como es imposible explicar a alguien bien adaptado que el paisaje interior de una persona que ha sido aplastada por la pérdida y la traición a una edad temprana es un páramo árido de cenizas que matará de hambre a cualquier ser vivo equivocado que intente echar

raíces y crecer allí, no discutí.

—May, mira. Sé razonable. Si te esforzaras un poco, juntos podríamos ser increíbles. Ambos somos profesionales en la cima de nuestros campos. Tenemos intereses comunes, valores compatibles y respeto mutuo. Lo tenemos todo en común. —Baja la voz—. Y esa actitud dura que tienes… Sé que solo es una pose. Necesitas a alguien que te cuide.

No quiero hacerle daño, pero sé que estoy haciendo lo correcto. Darle otra oportunidad solo prolongaría lo inevitable.

—Ezra, lo siento, pero se acabó. No quiero herir tus sentimientos, pero tampoco sé cómo ser más clara. Ya no quiero seguir con esta relación. ¿Lo entiendes? Espero de verdad que podamos seguir siendo amigos.

—No es lo que esperaba oír —suspira después de una pausa reflexiva—, pero respeto tus sentimientos.

Le doy las gracias, aliviada. Nos despedimos con cierta incomodidad y colgamos.

Bajo las escaleras y encuentro a las tías con Bea en el enorme comedor formal. Han encendido una fila de velas en candelabros de plata en el centro de la mesa y están colocando grupos de pilares en el aparador.

—¿Tenemos algo para comer?

—Por supuesto.

—¿Algo que lleve beicon?

Davina me mira con severidad.

—Los animales no son para comer. Especialmente los cerdos, que son muy inteligentes y sensibles. Sufren más que la mayoría en el matadero.

Bea parece traumatizada.

—Oh, no. ¿Sufren?

—Terriblemente.

—Quizá si no fueran tan sabrosos, no se los comerían —suelto con alegría, lo que me vale otra mirada severa.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—Quiero hacerme vegetariana.

—Claro. Se lo diré al chef.

—No tenemos chef.

—Exacto. Voy a dar un paseo.

—¡Acabas de decir que tenías hambre y está lloviendo a cántaros! —me regaña Esme—. ¡No vas a ir a ningún sitio!

Nunca me ha gustado que me controlen y soy demasiado terca para seguir órdenes, pero ella lo hace con buena intención, así que sonrío en lugar de enfadarme.

—Volveré pronto. Necesito despejar la mente. Bea, las tías se encargarán de ti. Pórtate bien.

Cojo un paraguas del soporte que hay junto a la puerta principal y salgo bajo la lluvia. En cuestión de segundos, me arrepiento de haber decidido salir con un tiempo tan adverso, pero como mi superpoder es la terquedad, sigo caminando. En diez minutos, estoy en el centro del pueblo.

Ha cambiado poco.

La plaza del ayuntamiento es tan encantadora y pintoresca que parece sacada de una postal. La panadería de los Schneider, la farmacia y la ferretería siguen igual, lo mismo que la charcutería, la joyería y el pub McNulty's. La pequeña librería donde pasé tantas horas leyendo se ha convertido en un Starbucks, pero el edificio de principios de siglo en el que se encuentra sigue siendo el mismo.

Solo que el local que antes era una tienda de electrodomésticos ahora es un restaurante mexicano.

Es imposible seguir deprimida con un margarita delante, así que cruzo la plaza a toda prisa, saltando los charcos, y sacudo el paraguas antes de abrir la puerta del mexicano.

Me recibe el calor y el delicioso aroma del adobo que se cocina a fuego lento. Se me hace la boca agua al instante. Le digo a la simpática joven que está en la recepción que quiero una mesa para una persona. Coge un menú y me lleva al interior para que me siente en una mesa detrás de la única otra persona que hay en el local, un hombre de pelo oscuro sentado de espaldas a mí.

—¿Le apetece algo de beber para empezar?

—Tomaré una margarita Cadillac, por favor.

—Claro. Si tiene alguna pregunta sobre el menú, no dude en preguntarme. Enseguida le traigo su bebida.

Me acomodo en la mesa y abro el menú. Todo es perfecto durante un momento maravilloso, hasta que el hombre de la mesa de delante se da la vuelta y me sonríe, mostrando una dentadura blanca y brillante.

—Hola, Bugs. Qué sorpresa verte aquí. ¿Me estás siguiendo?



11

Maven

Levanto el menú para tapar la vista del apuesto y diabólico rostro de Ronan.

—Vete.

—Yo he llegado aquí primero.

—No me voy a quedar aquí sentada mirándote la nuca mientras como.

—¿Prefieres mirarme la cara? Solo tenías que pedirlo.

Se sienta enfrente de mí, en mi mesa. Cuando bajo el menú, su sonrisa casi me deja ciega. Es tan grande que probablemente se pueda ver desde Júpiter.

—¿Por qué pones esas sonrisas tan grandes? Pareces un cocodrilo.

—Gracias.

—De nuevo, no es un cumplido.

—Claro que lo es. Los cocodrilos son inteligentes, fuertes e intimidadores.

—También son feos y no pueden masticar la comida.

Me doy cuenta de que está intentando no reírse a carcajadas, lo que me irrita aún más.

—¿Crees que es cosa del destino que sigamos encontrándonos así?

—reflexiona.

—No, creo que hice algo terrible en una vida pasada y tú eres el castigo. Por favor, vuelve a tu mesa.

—He estado pensando en tu abuela —dice, ignorándome por completo.

—Si dices algo desagradable, te meteré este menú por la garganta.

Él descarta esa amenaza con un gesto majestuoso de su mano.

—¿Tenía algún enemigo que tú supieras?

—¿Te refieres a alguien más aparte de todos los habitantes del pueblo?

—Los habitantes del pueblo no odiaban a tu abuela, le tenían pánico. —Su mirada se vuelve pensativa—. Igual que te lo te tienen a ti.

Mi sonrisa es letal.

—Ojalá algo de ese buen juicio se le contagiara a cierto cocodrilo.

—¿Sabes que cuando Edward me dijo que habías vuelto, le temblaba la voz? Y estamos hablando de un hombre que sobrevivió al ataque de un oso.

—¿Ese viejo espeluznante sigue trabajando para tu familia?

—Lo dices como si no tuvieras a un viejo espeluznante trabajando para la tuya.

—Sí, pero al menos el nuestro tiene alma. El tuyo no, por eso encaja tan bien con los Croft.

Nos miramos a través de la mesa, mientras la tensión sexual hace vibrar el aire, hasta que vuelve la camarera. Deja un margarita delante de mí y otro delante de Ronan, y se marcha sin decir nada.

Él coge el suyo y le da un sorbo; se lame los labios después de tragar.

—Me encanta el borde salado, ¿a ti no?

Por supuesto, ha conseguido que eso sonara erótico. Joder, claro que sí.

—¿También bebes Cadillacs?

—Son mis favoritos.

—Yo te los enseñé.

—Como si pudiera olvidarlo. Me echaste uno por la cabeza.

—Te lo merecías. —Me mira en un silencio ardiente que vibra con un millón de palabras no dichas—. Sí. Eso y algo mucho peor.

Evitando el calor de su mirada, aparto la vista y miro a través de las ventanas, hacia el día gris y lluvioso.

—Si esto es una estratagema para que te presente a la hija que no engendraste, no va a funcionar.

—*¿Engendrar?* Eso es muy arcaico.

—Algunos conocemos palabras rimbombantes. ¿Por qué me molestas, Ronan? —Vuelvo a mirarlo—. Y no me vengas con tonterías sobre demandas o ayudarme a encontrar a la abuela. ¿Qué quieres?

Nuestras miradas se prolongan durante un largo y tenso momento.

—Quiero que seamos amigos —dice finalmente.

—Apuntas alto. Me alegro por ti. No.

—¿Por qué?

—Dame una buena razón por la que querría ser tu amiga.

—Mi deslumbrante belleza y mi encantadora personalidad.

Nos miramos con intensidad. Ninguno de los dos sonríe. Un pulso de calor late entre mis piernas. Mi clítoris anhela su lengua, ¡qué pequeño traidor!

—¿Recuerdas cuántas veces me dijiste que era rara?

Él responde sin vacilar.

—Eres rara. Eres la mujer más rara y fascinante que he conocido, y

desde que te fuiste he pasado todos los días buscando a alguien o algo que se acerque a hacerme sentir lo que tú me hacías sentir.

Nadie en la Tierra sabe mentir tan bien como este hombre. Es pura brujería.

—Estoy segura de que puedes encontrar algún otro caso perdido por el que sentir desprecio.

Su tono se endurece.

—Nunca sentí desprecio por ti. Sabes que no es eso lo que estoy diciendo.

—Te burlabas de mí sin piedad.

—Tú jugabas con los insectos sin piedad.

—No jugaba con ellos. Los estudiaba. Me fascinaban. No es que importe, pero lo convertí en mi carrera. No era solo un hobby.

Él lo piensa por un momento.

—¿Hiciste de los insectos tu carrera?

—Sí. Soy conservadora de lepidópteros en un museo. Me doctoré en entomología, especializándome en mariposas. Porque siempre quise ser una criatura capaz de transformarse desde lo que era antes, una cosita fea. Seguro que puedes imaginar por qué.

Vuelvo a mirarle a los ojos e intento ocultar la emoción que me oprime la garganta. Porque, aunque puedo ser distante con cualquier otro hombre, Ronan Croft es la excepción.

Siempre ha sido y siempre será mi kriptonita.

—¿Ya saben lo que quieren?

La camarera se acerca a nuestra mesa con un lápiz y una libreta en la mano.

Sobresaltada, aparto la mirada de Ronan y me recuesto en el asiento.

—Creo que he perdido el apetito.

—Tráiganos los dos platos más populares. Ah, y una ración de beicon.

Él le entrega mi menú y ella se retira.

—¿Qué? —me dice con precaución cuando se da cuenta de que lo miro con recelo.

No puedo decirle que iba a pedir lo mismo o montará un escándalo, así que actúo con condescendencia.

—¿Vas a pedir beicon en un restaurante mexicano?

—No sabía que no estaba permitido.

Cuando me limito a mirarlo, suspira.

—Me apetecía. Demándame.

—Prefiero atropellarte con mi coche.

Me mira con intensidad durante un momento y luego se echa a reír.

—Qué ridícula eres, joder.

Mis mejillas se ponen rojas. Podría ser por la humillación o por la ira, no sabría decirlo, pero no me voy a quedar aquí para averiguarlo.

—¿Sabes qué? Esto es una idiotez. Me voy.

Empiezo a salir del reservado, pero Ronan se inclina y me agarra de la muñeca.

—Quédate.

Algo en su tono me hace detenerme y mirarlo. Él me devuelve la mirada con urgencia, con los ojos brillantes y suplicantes. Me sorprende tanto esa vulnerabilidad tan poco habitual en él que me quedo momentáneamente atónita.

Me suelta la muñeca y se recuesta.

—Lo siento. Ha sido un acto reflejo. Por favor, quédate.

Sin aliento y desorientada, me siento en el borde de la mesa, sin

saber si quedarme o irme, decepcionada conmigo misma por no poder decidirme.

Ronan me observa, con ojos cautelosos pero llenos de esperanza. Esto es tan extraño que no sé qué hacer.

Finalmente, cedo.

—Has dicho «por favor».

Él frunce el ceño.

—¿Y?

—No creía que conocieras esas palabras.

—Ah. —Piensa por un momento—. ¿Te quedarás a comer conmigo? Por favor. Me gustaría mucho…, si no te importa.

—¿Dónde está un buen exorcista cuando se le necesita? —murmuro, cerrando los ojos.

—Mira, te prometo que no lo volveré a mencionar hasta que tú me lo pidas.

Abro los ojos y lo miro con ira.

—¿Cómo es posible que seas tan irritante?

—Años de práctica. Vamos, Bugs. Guarda las garras y come conmigo. Soy inofensivo.

—Eres tan inofensivo como una serpiente de cascabel.

Me mira con intensidad, esperando, dándome espacio para decidir. Algo sorprendente y considerado que, por desgracia, me inclina hacia el lado oscuro.

—Has pedido beicon, así que me quedaré hasta que me haya comido al menos un trozo y vuelvas a decir algo molesto.

Sus labios se curvan en una sonrisa. La diversión brilla en sus ojos helados, haciéndolos centellear como luces de Navidad.

Es tan guapo que resulta malvado. Ni el mismísimo diablo tiene la mitad del encanto de este hombre.

Me recuesto en el asiento y miro mis manos, el techo, cualquier parte menos a él. Ese pequeño pulso caliente entre mis piernas aún no ha disminuido. Si acaso, se está volviendo más intenso.

—¿Qué te parecen Los Ángeles? No es un lugar en el que te imagine viviendo, con todo ese sol.

—Prefiero un día nublado a uno soleado.

—Lo sé. Responde a la pregunta.

—Había olvidado lo obstinado que eres.

—No, no lo has olvidado. Responde a la pregunta.

Suspiro y me paso la mano por el pelo.

—No vivo en Los Ángeles.

—Pero has dicho que el padre de Bea vive allí.

—No he dicho que viviéramos juntos, ¿verdad?

—Entonces, no estás casada.

—No es asunto tuyo. Y ya puedes dejar de parpadear. Esa mirada demoníaca tuya me pone nerviosa.

—Entonces, ¿estás casada?

—¿Tú qué crees?

—Creo que eres demasiado evasiva para ser alguien que insiste en que su hijo es de otro hombre.

—Si no cometo un homicidio antes de que termine esta comida, deberían darme un premio.

—Bébete el margarita. Deja que el tequila suavice esa espada samurái que tienes por lengua.

Cojo la margarita y le sonrío.

—Al menos no es un isópodo parásito chupador de sangre.

Levanta su copa para brindar.

—Brindemos por eso.

Hago chocar mi copa con la suya, bebo un sorbo y me sorprende

que consiga ser a la vez tremendamente irritante y encantador como un demonio. Quizá el contraste entre el disgusto y la fascinación sea lo que le atrajo de mí. Las contradicciones siempre resultan cautivadoras.

Él se ríe.

—Deberías ver la cara que estás poniendo. ¿En qué estás pensando ahora mismo?

—En cómo estarías sin dientes, sin pelo y con una nariz roja de payaso. Sería una gran mejora.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe más. Aparto la mirada para no tener que sufrir lo atractivo que es.

—Sabes, creo que eres la única persona que he conocido que no se siente intimidada por mí —dice sin dejar de reír.

—Ah, así que ese es mi atractivo. Debe de ser agotador tener a todos esos secuaces besándote el culo todo el día.

En un abrir y cerrar de ojos, pasa de estar divertido a ponerse serio.

—Sí —conviene con aire solemne—. No te lo puedes imaginar.

—Si quieres que sienta lástima por ti, pobre niño rico, vas a tener que esperar sentado.

—No es compasión lo que quiero de ti. Es algo un poco más íntimo. —Su voz se ha vuelto ronca y sus ojos han comenzado a arder.

Esa chispa eléctrica vuelve a aparecer, va y viene entre nuestras miradas intensas y me eriza el vello de la nuca. Aunque mis pezones se tensan, mantengo el rostro impasible y un tono indiferente.

—Ya tuvimos suficiente intimidad cuando éramos adolescentes. Tengo las cicatrices emocionales que lo demuestran. Y estás muy cerca de entrar en terreno peligroso, así que ten cuidado con lo que

dices a continuación.

Me mira durante un buen rato con los ojos entrecerrados y la cabeza inclinada a un lado.

—Estás pensando demasiado, Ronan. No vayas a hacer estallar ese pequeño cerebro que tienes.

—Solo me preguntaba en qué lío me metería si te pidiera que tuviéramos sexo por odio. Ya sabes, por los viejos tiempos.

Mi corazón se acelera. La sangre me sube por el cuello hasta las orejas y se queda allí. Trago saliva, obligándome a sostener su mirada y a no retorcerme en mi asiento.

—En muchos. Así que no preguntes.

—No te lo iba a pedir —añade en tono inocente—. Solo me lo preguntaba.

Sonríe, da un sorbo a su bebida y me mira fijamente, luego saca la lengua y lame despacio la sal del borde, sin apartar la vista de mí, por lo que sé que no es la sal lo que quiere saborear.

«Está jugando contigo. No dejes que te afecte».

—Bien. Porque tengo novio. Estoy prometida.

Tener…, haber tenido…, es lo mismo. Solo que, técnicamente, Ezra nunca me pidió que me casara con él, y yo no habría dicho que sí si lo hubiera hecho, pero no voy a entrar en detalles.

—Prometida —dice Ronan en tono burlón—. Qué convencional eres. Creía que las mujeres Blackthorn no creían en el matrimonio. —Me mira la mano—. ¿Y el anillo?

Consigo mentir con cara seria.

—No me gusta viajar con él. Es demasiado grande. Llama mucho la atención.

—Claro. Y tu prometido, ¿cómo se llama?

Su tono burlón me irrita.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no existe? ¿Que ningún hombre le pediría matrimonio a alguien como yo?

—Creo que muchos hombres querrían casarse contigo…, si pudieran superar el foso lleno de cocodrilos, las bolas de fuego que llueven del cielo y la lluvia de flechas que llegan desde las murallas del castillo. Pero en este caso concreto, creo que solo estás mintiendo.

Me reclino en el asiento con mi bebida.

—Por suerte para mí, no me importa lo que pienses.

Me estudia con los ojos entrecerrados. Como él hizo antes, lamo de forma sugestiva la sal del borde de la copa, sosteniendo su mirada mientras lo hago.

No es el único que puede practicar jueguecitos eróticos mentales.

La camarera llega con dos platos.

—Tenemos pollo adobado y chile relleno. ¿Quién quiere qué?

—Yo tomaré el pollo —decimos al mismo tiempo.

Insegura, nos mira a ambos hasta que Ronan me señala.

—La señora tomará el pollo. Yo el chile relleno.

La camarera deja los platos sobre la mesa. Ronan le indica que necesitamos otra ronda de bebidas. Yo digo que no, pero él añade que no me haga caso. Ella se aleja, con cara de desconcierto.

Ronan coge el tenedor y sonríe.

—Apuesto algo a que nos servirá otra ronda. ¿Qué opinas tú?

—Creo que has sido muy injusto al llamarme «señora». No soy tan educada como para merecer ese título.

—Hubiera dicho «marta rabiosa», pero no creí que fuera a quedar bien.

Ocurre un milagro: nos reímos juntos. Entonces, nuestras miradas se cruzan y se quedan clavadas, y ya no me siento tan divertida.

Me bebo el resto del margarita y me concentro en el plato que

tengo delante, recordándome a mí misma que esta es la persona que me hizo la vida imposible durante años.

Se burlaba de mí, me provocaba, me humillaba cada vez que tenía oportunidad. Luego daba un giro de ciento ochenta grados y fingía que yo no existía, pasando a mi lado en los pasillos del colegio con la nariz en alto y la mirada desviada.

Y aun así, yo lo amaba.

El amor no es ciego, como dicen, es una locura total.

Comemos en silencio hasta que la camarera vuelve con más margaritas y un pequeño plato con beicon. Lo deja todo sin hacer preguntas y se aleja corriendo.

Mientras saborea su chile relleno, Ronan mira los margaritas que acaban de traer.

—He ganado.

—Qué emocionante para ti.

—Sí, lo es. Es difícil ganarte a algo.

—Eso es porque soy más inteligente que tú.

—Disculpa, pero yo soy el consejero delegado de una corporación internacional multimillonaria.

—Sí. Fundada por tu tatarabuelo y heredada por tu padre. No me impresiona. Por cierto, ¿por qué sigues viviendo en Solstice? ¿No deberías estar pavoneándote por Mónaco o Miami o algún lugar más atractivo y lleno de *playboys*?

—Quizá he estado esperando todo este tiempo a que volvieras.

Lo miro con el ceño fruncido.

—No seas frívolo. Tengo un cuchillo en la mano. —Me mira durante un momento y luego cede.

—Me construí una casa aquí para estar cerca de la familia, pero suelo trabajar en la sede central de la empresa, en Boston, tres días a

la semana. A veces más, si es necesario.

—Es un viaje largo.

—Tengo piloto. Voy en helicóptero.

—Ah.

—No lo digas así.

—Ha sido una sola sílaba. No lo he dicho de ninguna manera.

—Sí, lo has hecho, y lo sabes. Eres la única persona viva capaz de convertir una sola sílaba en una sinfonía de desdén.

Lo pienso por un momento y luego sonrío.

—Gracias.

—De nada. ¿Qué tal está el pollo?

—Es el mejor que he comido nunca. ¿Qué tal el chile?

—Parece cartón sazonado. Déjame probar un bocado. —Sin esperar mi permiso, se inclina y pincha un trozo de pollo con el tenedor—. Mmm. Delicioso. Ten, prueba un poco de beicon.

Me sirve dos lonchas y pone otras tantas en su plato. Queda una, que parte por la mitad y divide entre los dos.

—Qué generoso por tu parte. ¿Cuándo te has convertido en alguien tan equitativo?

—Me he vuelto blando con la edad.

Por lo que parece, no. Es grande y está duro en todos los sitios adecuados.

Siento curiosidad por él, aun en contra de mi mejor juicio. Quiero saber qué ha estado haciendo durante los últimos doce años, si es feliz, si se siente solo, si está casado. No lleva anillo, pero eso no significa gran cosa.

Conociéndolo, probablemente se lo quite y lo guarde en el bolsillo cada vez que sale de casa, el muy canalla.

—Puedes hacerme preguntas, ¿sabes?

—¿Perdón?

—Que puedes hacerme preguntas sobre mí.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quieres.

—No, no quiero. No quiero nada de ti.

Se lame los labios y me mira con esos ojos pálidos que arden con intenso calor.

—Claro. Yo tampoco quiero nada de ti. Ahora que hemos demostrado que los dos somos unos mentirosos, cómete el puto beicon y deja de sonreír, porque por fin has conseguido cabrearme.

Sonrío aún más. Luego le hago un gesto marcial y me meto un trozo de beicon en la boca.

Su gruñido de enfado es lo más satisfactorio que he oído en años.



12

Maven

Juego con el hielo de mi primera copa de margarita, pero no toco la segunda. No voy a correr el riesgo de emborracharme mientras estoy con él. Este hombre es una tentación demasiado peligrosa.

Aunque lo odio, sigue siendo como la manzana que la serpiente le ofreció a Eva. Un solo mordisco podría significar mi ruina total.

Otra vez.

Considero esta comida un ejercicio de autocontrol, sin más. Me viene bien saber que soy capaz de no sucumbir al impulso de usar los cubiertos como armas.

Con el rabillo del ojo, veo cómo Ronan devora los restos de su comida. La devora como si llevara años abandonado en una isla desierta con solo madera flotante como sustento. No recuerdo que fuera tan voraz, pero tampoco es que nos sentáramos a compartir comidas tranquilamente cuando estábamos juntos.

Lo que hacíamos quemaba muchas más calorías.

—Tienes la cara roja otra vez. ¿Tienes algún problema en la piel?

—Cállate, Ronan.

—Oblígame.

—No me tientes. Hay una motosierra en casa con tu nombre

grabado.

Termina de dar cuenta de su plato, se reclina, coge la servilleta y se limpia la boca y los dedos con ella. Luego se centra en su margarita recién preparado y me lo muestra como si fuera un hechizo.

—Así que no estás casada, no vives en Los Ángeles, sacaste un título en entomología, tienes una hija que, al parecer, no es mía y el cadáver de tu abuela ha desaparecido. ¿Alguna novedad más?

Me encanta que esté irritado. Nos pone en igualdad de condiciones. Mi sonrisa es cálida y generosa.

—Eso lo resume todo.

—¿No tienes ninguna historia divertida de la universidad con la que entretenerme? —Su mirada es furiosa y su tono desafiante—. ¿Ninguna anécdota entrañable sobre tu maravilloso prometido?

Igual que yo me siento más cómoda cuando él está enfadado, él se siente más cómodo cuando lo estoy yo. Somos dos extremos opuestos de un balancín, las dos caras de una moneda. Si alguna vez nos encontráramos en el medio y fuéramos felices al mismo tiempo, probablemente todas las galaxias conocidas implosionarían.

—¿Ezra? Oh, no hay mucho que contar. —Me examino con indiferencia las uñas—. Además de que es muy culto, extremadamente inteligente, independiente económicamente y uno de los científicos más destacados en su campo.

—Dijiste que era cirujano ocular. ¿De repente es científico?

—Dije que el padre de Bea era cirujano ocular.

—Así que hay otro afortunado que no es el padre de Bea. Debe de ser complicado llevar la cuenta de todos.

Reprimo la sonrisa y respondo con cara seria.

—Hay una aplicación que uso que lo hace todo mucho más fácil. ¿Te he dicho que Ezra es independiente económicamente?

—Sí. Lo has dicho.

—Porque lo es. Es gracias a todas las patentes de sus inventos. Y también a sus cuidadosas inversiones. Creció sin demasiado dinero, como yo. Nadie le dio nada en bandeja de plata.

Ronan me mira con las fosas nasales dilatadas y los labios apretados.

—Parece que tenéis mucho en común. Y el comentario de la bandeja de plata era innecesario.

Finjo ignorancia y parpadeo de forma inocente.

—Oh, lo siento. ¿Por qué eres tan sensible? ¿Porque nunca has tenido que trabajar para conseguir nada, ni preocuparte por el dinero porque heredaste una enorme fortuna de tu familia?

Si sigue rechinando los dientes como hasta ahora, pronto necesitará dentadura postiza.

—Sigue mirándome con esos ojitos de cervatillo y hablando con esa boca tan aguda y verás lo que pasa, Maven.

Su tono grave y amenazante me provoca un escalofrío. Es pura adrenalina, lucha o huida. Hacía años que no me sentía tan viva. La risa que brota de mi pecho es alegre.

—¡Ahora te ríes! Te encanta ver que me siento mal, ¿verdad?

—No, disfruto haciéndote sentir mal. Verte miserable es solo la guinda del pastel. Voy a probar el chile relleno.

Me inclino sobre la mesa y hago un gran alarde al cortar una porción de su comida. Me pongo a masticar como un caballo, luego emito un ruido de delicia y me trago un trozo de pimiento empanado absolutamente horrible. Describirlo como cartón sazonado es darle demasiado crédito. Sabe a zapato de cuero viejo.

—¡Qué delicia! ¿No te ha gustado? Qué raro. Tus papilas gustativas deben de estar insensible por todo el caviar salado que

coméis los ricos.

Se le tensa un músculo en la mandíbula. Parece como si se estuviera conteniendo para no estallar. Detesta que se burlen de la riqueza de su familia, una debilidad que he explotado en muchas ocasiones.

—Nunca he probado el caviar en mi vida.

—Sí que lo has probado. Recuerdo perfectamente cómo lamías una gran gota negra de un blini antes de lanzarlo con saliva al otro lado de la habitación, donde se me pegó en la frente.

—Te lo estás imaginando —se burla—. Eso no ha pasado nunca.

—En la fiesta de Navidad de los padres de Shelly Smith, en séptimo curso.

Piensa en ello durante un momento hasta que recupera el recuerdo de algún viejo archivador oxidado en su cabeza.

—Oh. Sí, me acuerdo.

—¿Y también de que todos se echaron a reír? ¿De que salí corriendo avergonzada?

—Lo que yo recuerdo es que te seguí para intentar disculparme y explicarte que mi objetivo era el idiota de Tim Barnes, que te estaba acosando, pero habías desaparecido. Estuve una hora dando vueltas por el barrio, buscándote.

Niego con la cabeza, incrédula.

—Las mentiras te salen con tanta facilidad…

—Lo creas o no, es la verdad.

—¿Desde cuándo dices la verdad? No creía que fueras capaz.

—Como si tú fueras capaz de recordar solo las cosas malas que pasaron entre nosotros…

—Todo lo que pasó entre nosotros habría matado a una mujer más débil. Dime qué más pensabas de mi abuela.

Se pasa la lengua por los dientes mientras debate consigo mismo si permitirá o no el cambio de tema.

Sospecho que esa es una de las razones por las que se sintió atraído por mí al principio. Los hombres que destacan en todo y esperan que se les trate con deferencia encuentran a las mujeres fuertes aterradoras o irresistibles.

Da un trago a su margarita y cede.

—¿De qué murió exactamente?

—¿Qué relevancia tiene eso?

—Es solo que un día estaba sana y al día siguiente había muerto.

—Tenía noventa y tres años. A esa edad, que te despiertes por la mañana es una sorpresa para todos. Además, ¿cómo sabes que estaba sana? No difundimos nuestro estado de salud en las noticias locales.

—La vi salir de la ferretería unos días antes de morir. De hecho, me la encontré por casualidad. Me bufó como un gato.

Sonrío al imaginarlo.

El odio de la abuela hacia los Croft era casi tan famoso como los tés curativos de hierbas y raíces secas que vendía para curar las diversas dolencias de los habitantes del pueblo. Los pocos intrépidos que se atrevían a subir por el camino de tierra lleno de baches hasta Blackthorn Manor se iban con un paquete de papel doblado lleno de golosinas que, cuando se sumergían en agua caliente, curaban de todo, desde gases hasta gota.

Pagaban bien por ese privilegio, pero los tés de la abuela nunca fallaban, así que seguían acudiendo.

—¿Tuvo un infarto o algo así?

Arqueo una ceja.

—¿No te lo han dicho tus espías?

—No tengo espías. Tengo gente en nómina que me mantiene informado de las cosas importantes.

—Eso es, literalmente, la definición de espía.

Exhala por la nariz y sigue hablando.

—De todos modos, me dijeron que no hubo autopsia. Tu tía Esme simplemente llamó a la funeraria una mañana y dijo: «Oigan, hay un cadáver aquí y hay que enterrarlo. Vengan a recogerlo».

—No lo dijo así.

—La estoy parafraseando. ¿De qué murió?

—Quizá verte tan de cerca desencadenó una reacción en cadena en su cuerpo y todos sus órganos dejaron de funcionar, uno por uno. Es la explicación más plausible, la verdad.

—¿Podemos ponernos serios por un momento?

—Yo lo estoy siendo. Puedo sentir que mis riñones se marchitan como pasas mientras hablamos. —Él me mira con el ceño fruncido, yo le sonrío con dulzura fingida, y esto es lo más divertido que he hecho en mucho tiempo.

—Creo que lo que sientes encogerse es tu corazón. Lo que quiero decir es que ella parecía fuerte como un toro, tus tías rechazaron la autopsia y su cuerpo desapareció misteriosamente el día en que debía ser enterrado.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá Lorinda no estaba realmente muerta.

Espero el remate.

—¿Lo dices en serio? —digo cuando no llega—. ¿Crees que mi abuela fingió su propia muerte?

—Quizá.

—¿Qué motivo podría tener para hacer eso?

Él se encoge de hombros.

—Las mismas razones por las que lo hace la mayoría de la gente. El dinero del seguro. Huir de los acreedores. Querer empezar una nueva vida en otro lugar.

—Sí, porque una mujer de noventa y tres años está deseando huir a Tahití para vivir emocionantes aventuras bajo un nuevo nombre. —Mi tono es seco.

—Solo digo que es una posibilidad.

—Tu muerte inminente bajo mi mano también es una posibilidad.

—Es interesante que aún no me hayas dicho de qué murió.

—No es interesante, no es asunto tuyo. Pero te diré una cosa. A las Blackthorn no se les hace autopsia. —Me mira con incredulidad—. Es una tradición familiar. No se manipulan nuestros cuerpos después de la muerte —continúo, aunque preferiría meterle los restos del chile relleno de cuero entre sus perfectos dientes frontales —. Se mantienen en su estado natural y se entierran en el suelo en un ataúd biodegradable para que la materia en descomposición pueda alimentar a los gusanos. El ciclo de la vida y todo eso. Así que el hecho de que no le hicieran la autopsia no es nada raro. ¿Por qué pones esa expresión espantosa?

—Qué no le hicieran la autopsia, ¿significa también que no la embalsamaron?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Cuánto tiempo pasó entre su muerte y el velatorio?

—Seis días, supongo. ¿Por qué?

Me mira fijamente con los ojos pálidos brillantes.

—Tú eres la científica con el gran cerebro, dime qué le pasa a un cuerpo sin conservar una semana después de la muerte.

La respuesta me golpea como una bofetada.

Tiene razón.

Un cadáver comienza a descomponerse inmediatamente después de que cesen las funciones corporales. Si se sigue sin tocar, las moscas domésticas y las moscas azules ponen huevos alrededor de las aberturas naturales del cuerpo, que eclosionan en veinticuatro horas. En tres días más, los órganos internos se descomponen. Cinco días después, el cuerpo se hincha y sale una espuma sanguinolenta por la boca y la nariz. La acumulación de bacterias y la putrefacción de los tejidos provocan olores intensamente fétidos.

Seis días después de la muerte, mi abuela debería estar en pleno proceso de descomposición.

En cambio, tenía exactamente el mismo aspecto de siempre. Aterradora y feroz, pero definitivamente no era un cadáver en descomposición.

—Mira cómo giran los engranajes —apostilla Ronan con amargura —. Ahora te toca encontrar la manera de decirme que tengo razón sin atragantarte con la lengua.

—Tengo que volver a casa. Gracias por la comida.

Él tuerce los labios.

—No he dicho que fuera a invitarte.

—Tú siempre tan caballeroso. Nos vemos, Scrooge.

Me levanto de la mesa y me apresuro hacia la entrada del restaurante, con la mente llena de preguntas. Me distraigo al coger el paraguas del soporte donde lo dejé. Cuando abro la pesada puerta de madera y salgo, mis ojos tardan un momento en adaptarse a la penumbra del día tras la luz artificial del interior. Me quedo allí de pie, frunciendo el ceño, sumida en mis pensamientos, con la lluvia cayendo a mi alrededor, hasta que alguien me agarra por detrás.

—¡Cuidado!

Ronan me encierra entre sus brazos y me gira justo cuando un enorme trozo de hormigón cae del cielo y se estrella contra el suelo, exactamente en el lugar donde yo estaba.



13

Maven

Aferrada a Ronan, con el pulso acelerado y el corazón en un puño, miro fijamente el cráter que ha quedado en la acera.

El trozo de cemento es enorme. La pila de escombros que lo rodea se extiende por toda la plaza. A pesar de la lluvia, pequeñas nubes de polvo se elevan de los restos. Parece como si hubiera explotado una pequeña bomba.

—¿Estás bien?

Parpadeo sorprendida y levanto la vista hacia el rostro de Ronan.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha desprendido parte de la fachada del edificio y casi te mata.

Me mira con tanta intensidad que me desorienta. Su expresión es severa, tiene la mandíbula apretada y sus ojos… La expresión solo pueden describirse como preocupada.

Debía de haber algo raro en ese adobo; si creo que Ronan Croft está preocupado por mí, sin duda tengo una intoxicación alimentaria.

—Estoy bien.

—¿Estás segura?

Me examina rápidamente, buscando sangre o si me falta alguna

parte del cuerpo.

—Ronan.

—¿Sí?

—Gracias por alejarme del peligro.

—Querrás decir por salvarte la vida.

—No había terminado. Gracias por alejarme del peligro, ahora suéltame. Esto es muy incómodo.

Su agarre sobre mí sigue siendo firme. Su mirada pasa de preocupada a ardiente.

—¿Por qué iba a ser incómodo?

—Porque te detesto profundamente.

—¿Ya no es odio? Estamos progresando. Quizá te sientes incómoda por alguna otra razón. Mmm…, ¿qué podría ser?

—Cualquier cuento de hadas que estés inventando con tu neocórtex atrofiado es incorrecto.

—¿Sabes lo que me parece más interesante?

—¿Dejando a un lado que aún no te haya descuartizado y tirado tu cuerpo a una zanja?

—No. Que tuvieses la presencia de ánimo para agarrarte al paraguas… —baja la cabeza—, y que no puedas dejar de mirarme la boca —me susurra al oído con voz apasionada.

Inhalo con fuerza y el aroma de su piel me invade la nariz. Se adentra en mi cabeza y levanta mil viejos fantasmas de sus tumbas. Los recuerdos de los momentos que pasamos juntos me asaltan con tal profusión de detalles gráficos que me estremezco.

Recuerdo como si fuera ayer el calor, la pasión, la urgencia frenética, nuestras manos y bocas ávidas, lo callados que teníamos que estar siempre porque cada momento era robado. Secreto.

Prohibido.

Cuando gritaba de placer hasta perder el sentido, él me tapaba la boca con la mano para amortiguar el sonido. Cuando él gemía mi nombre, yo lo acallaba para que nadie lo oyera. Solo en el asiento trasero de su coche podíamos dejarnos llevar por completo, porque estábamos en lo profundo del bosque, en una carretera oscura donde solo los lobos y el viento podían oírnos rugir.

Estuve a punto de decirle cuánto lo amaba una de esas noches. Las palabras hormigueaban en la punta de mi lengua. Entonces, él miró su reloj y dijo que tenía que levantarse temprano para el entrenamiento de fútbol, y yo me tragué las palabras para siempre.

Todavía estaba dentro de mí cuando dijo que tenía que marcharse.

Mis gritos de pasión aún resonaban contra las ventanas empañadas.

Lo empujo y doy un paso atrás, casi sacándole un ojo con la punta del paraguas. Se agacha justo a tiempo.

—Tan fuerte como siempre.

—En absoluto. Soy mucho más fuerte que cuando tenía diecisiete años. Es algo que tengo que agradecerte a ti.

—Estás enfadada.

Espera una explicación, pero no la va a obtener. Dejé de darle explicaciones el día que le dije que estaba embarazada y su cara se agrió como la leche en mal estado.

No hay dolor en la tierra capaz de superar ese momento.

Es como horror, vergüenza, humillación, rechazo, angustia, desilusión y abandono, todo en uno. Cuando el hombre que posee tu corazón te hace sentir que no vales nada, una o bien se derrumba y nunca se recupera, o bien se endurece ante el dolor para sobrevivir.

En mi caso, me forjé una armadura completa.

Me fabriqué una fortaleza de acero.

Me alejo de él con el pecho dolorido. Sale corriendo la camarera desde el interior del restaurante, seguida por un ayudante de camarero con un delantal blanco manchado.

—¿Qué ha pasado? ¡Joder! —El ayudante de camarero mira el desastre desparramado por el suelo y luego al techo con incredulidad.

Cuando Ronan se gira para hablar con él, aprovecho la oportunidad para huir. Corro bajo la lluvia y no me detengo hasta llegar a casa.

Sin aliento, dejo el paraguas en el soporte que hay junto a la puerta principal y me quito las botas embarradas. Saco el móvil del bolsillo del abrigo y busco en Google el número de la Funeraria Anderson. Marco el número que aparece en la lista y espero impaciente hasta que descuelga una mujer.

—Funeraria Anderson, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sí, soy Maven Blackthorn. Póngame con el señor Anderson, por favor.

Hay una larga pausa.

—Er…, el señor Anderson no está disponible en este momento. ¿Puedo tomar algún recado?

—¡Claro! El mensaje es que, a menos que atienda mi llamada, me pondré en contacto con todas las cadenas de noticias que encuentre para contarles que robaron el cuerpo desnudo de mi abuela por la ventana de su establecimiento. ¿Sigue sin estar disponible?

Ella se aclara la garganta.

—Por favor, espere.

Mi oído se llena de música *new age* con sonido metálico durante unos treinta segundos, y luego vuelven a contestar.

—Hola, señorita Blackthorn.

Parece como si el señor Anderson prefiriera estar muerto que hablar conmigo.

Bien. Se lo tiene merecido por perder el cuerpo de mi abuela.

—Seguro que está muy ocupado preparando su huida a Argentina, pero tengo una pregunta que hacerle. Mi abuela no fue embalsamada, ¿verdad?

—En efecto, así es.

—Entonces, ¿cómo se mantuvo en tan buen estado durante el tiempo transcurrido entre su muerte y el velatorio?

Tarda tanto en responder que imagino que está tratando de decidir si se trata de una pregunta capciosa.

—¿Estaba refrigerada? —apunta luego vacilante.

—¿Es una suposición o una respuesta?

—Lo siento. Es una respuesta. Es solo que no entiendo la importancia de la pregunta.

—No importa el significado, ¿qué quiere decir con que estaba refrigerada?

—Es una práctica habitual en las funerarias. A falta de conservación química, almacenamos los restos de los difuntos a dos grados centígrados. Podemos mantenerlos así durante tres o cuatro semanas si la familia no es de la zona o si hay algún otro factor que requiera un retraso.

Refrigeración. Por supuesto. El nudo de preocupación en mi estómago se deshace.

—Gracias, señor Anderson. Llámeme en cuanto tenga alguna novedad.

Cuelgo el teléfono y subo las escaleras para buscar a Bea. Está en mi antigua habitación, tumbada en la cama con Luna acurrucada sobre su estómago.

Me quito el abrigo y lo cuelgo en el respaldo de la silla del escritorio.

—Hola, cariño. ¿Has comido algo ya?

—Unas tostadas con mermelada de moras. Luna dice que deberíamos mudarnos aquí.

Divertida, me siento en el borde de la cama y le acaricio su melena de rizos rojos.

—¿Vas a echarte la siesta? Parecéis muy cómodas.

—Estaba pensando que me gustaría ir a conocer al zorro rojo.

—¿Qué zorro rojo?

Mira hacia la ventana.

—El que está sentado en el banco blanco debajo de esos árboles. Ha estado allí todos los días desde que llegamos. Creo que quiere decirme algo.

Me levanto y miro por la ventana. En el lado derecho del jardín, un seto de ligustro muy crecido marca el límite de la propiedad. Cerca de allí, un pequeño bosquecillo de abedules vigila un conjunto de muebles de hierro del patio, que en su día estuvieron pintados de blanco, pero que ahora aparecen oxidados por el paso del tiempo. Dos sillas con adornos decorativos flanquean una mesa redonda.

En medio del banco de hierro cercano se sienta un gran zorro rojo y negro.

Su pelaje es de color naranja rojizo, su cola es una espesa pluma de fuego que envuelve sus delgadas patas negras. El pecho es del color de la nata espesa y los ojos son del dorado intenso de una puesta de sol.

A través de la ventana y la lluvia, nuestras miradas se cruzan. Los afilados caninos blancos de la criatura brillan cuando sonríe.

El banco en el que está sentado el zorro es el mismo en el que la

abuela solía recostarse cada tarde al atardecer para fumar en pipa y contemplar las estrellas.

El zorro me mira un momento más, luego se da la vuelta y desaparece bajo el seto.

Me intento deshacer de la extraña y desagradable sensación de que hay algo importante que escapa a mi comprensión y me alejo de la ventana y de la vista del jardín.

—No hay ningún zorro, Bea. Pero si lo vuelves a ver, mantente alejada de él. A esos animales se les considera salvajes por una razón.

Luna se despierta, se estira y salta del regazo de Bea al suelo. Sale trotando de la habitación, con el hocico en alto y la cola balanceándose de un lado a otro.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué Q no habla?

Mi abuela me contó que hace mucho tiempo había sido un famoso cantante de ópera que vendió su voz al diablo a cambio de la inmortalidad, pero ni loca se lo voy a decir.

—No lo sé, cariño. ¿Te molesta?

Ella se encoge de hombros.

—No. Solo me lo preguntaba. Es agradable tener a alguien que se limite a escuchar. —Luego bosteza—. Quizá me eche una siesta. Tengo un poco de sueño.

—Vale. Estaré abajo cuando te despiertes.

Se levanta de la cama y se va al cuarto de baño. La observo mientras coge el pequeño lentillero blanco que hay junto al grifo, en el lavabo. Abre las dos cavidades redondas, las llena con solución salina de la botella de plástico que hay cerca y, a continuación, se quita con cuidado la lente de contacto verde de su ojo izquierdo y la

coloca en la solución. Repite el mismo procedimiento con la lente derecha.

Me mira y sonríe.

Los ojos de mi hija se reflejan en el espejo del baño con el mismo extraordinario tono de hielo pálido que tienen los del chico que nos abandonó hace tanto tiempo.



14

Ronan

La cena del domingo con mi familia es y siempre ha sido tan divertida como tener fragmentos de cristal clavados bajo las uñas.

—¿Más vino, señor?

—Sí. Y no dejes de servirlo.

Mi voz es seca, pero el sirviente, bien entrenado, sabe que no debe reaccionar. Llena con destreza la copa de cristal con el vino favorito de mi padre, un borgoña francés con el pedigrí impecable que él mismo codicia para su propio linaje.

Por desgracia, la clase no se puede comprar. Los Croft son ricos, pero nuestra riqueza se adquirió de la misma manera que nuestros antepasados, magnates ladrones en el siglo xix.

Por medios poco escrupulosos.

El sirviente retrocede en silencio hasta esconderse contra las paredes paneladas del comedor con los demás sirvientes. Todos ellos, uniformados y erguidos como palos, miran a lo lejos por encima de nuestras cabezas.

Esta ostentosa exhibición de personal doméstico es obra de mi madrastra. Está muy alejado de sus humildes comienzos en Detroit, donde trabajaba como camarera en una cafetería cuando conoció a

mi padre.

Él acababa de enviudar cuando realizó un viaje de negocios para asistir a una conferencia farmacéutica. Ella acababa de salir de la escuela de modelos. Según ambos, fue amor a primera vista.

Sin duda fue algo a primera vista, pero estoy seguro de que el amor no tuvo nada que ver.

No es que hagan mala pareja. Dos personas tan obsesionadas con el dinero como ellos suelen disfrutar juntos de una vida larga y feliz. A menos que se acabe el dinero. He pasado muchas horas agradables soñando despierto con el caos que se produciría si hiciera algo subversivo para hundir las acciones de la empresa.

Como casarme con Maven Blackthorn, por ejemplo.

No es que ella crea en el matrimonio. Es más probable que un hombre sea aplastado por un asteroide que conseguir que una Blackthorn acepte ser su esposa.

Pero si por algún milagro lo hiciera, me separaría de mi familia. El odio de mi padre hacia los Blackthorn roza lo patológico.

Casi todos los días, antes de irme al colegio cuando era niño, me advertía de que me mantuviera alejado de Maven. Tenía un extraño interés en señalarla entre el resto de sus parientes como objeto de especial desprecio. Nunca pude entender esa obsesión, pero sus lecciones calaron hondo.

No puedo reprocharle su desconfianza y su ira hacia mí. Me lo he ganado.

Mientras me mira fijamente, mi madrastra se acaricia el grueso collar de perlas de Tahití que lleva alrededor del cuello, claramente irritada.

—Ronan, deja de fruncir el ceño. Pareces un asesino.

—Quizá lo sea.

Mi padre levanta la vista de su *bourguignon* de ternera y me lanza una mirada penetrante. Al no ver ninguna emoción en mi rostro, vuelve a comer, satisfecho.

En esta familia, es aceptable matar a alguien; solo es preciso no alterarse demasiado por ello.

El silencio reina durante unos largos y dolorosos minutos, hasta que mi padre termina su comida y toma su vino. No debería beber alcohol; está tomando antibióticos por el ojo, que le picó un pájaro, pero las órdenes del médico nunca le han impedido hacer nada.

Dios mismo podría descender de los cielos en un carro de fuego y mi padre le diría que se fuera a la mierda o a jugar con sus querubines.

—Supongo que habrás oído que May Blackthorn ha vuelto a casa para el funeral de su abuela.

Me sorprende que haya tardado tanto en sacar el tema, pero como no es una pregunta, no le respondo. En su lugar, pincho un trozo de carne con el tenedor.

Sin inmutarse por mi silencio, mi padre continúa.

—La vi en el velatorio en la Funeraria Anderson. Apenas la reconocí. Tenía el pelo negro azabache recogido en una trenza vikinga y una cara que podría asustar al monstruo de Frankenstein.

Reprimo un estremecimiento de rabia antes de hablar.

—Nunca ha sido fea.

—No, es cierto. Sigue siendo guapa, como el resto de esas locas. Me refería a su expresión. Si las miradas mataran, ya estaría bajo tierra.

—Qué pena que no sea así, entonces.

—¡Ronan! ¡Sé amable con tu padre!

—Seré amable con él cuando se lo merezca, Diana.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames mamá?

—Probablemente tantas veces como me he negado a hacerlo.

—Basta ya, los dos —espeta mi padre—. Y no levantes la voz, Diana. Es impropio de ti.

Ella no es lo suficientemente valiente como para plantarle cara, así que me dirige una mirada hostil.

No es nada comparado con las miradas letales que puede lanzar Maven. En especial cuando me mira a mí. Solía preguntarme si practicaba para conseguirlas tan perfectas.

Mi padre llama con impaciencia a un sirviente para que le sirva más vino. Cuando su copa vuelve a estar llena, bebe un buen trago antes de eructar con fuerza.

—Elijah, por favor.

Mi querida madrastra finge estar ofendida, aunque sé que en secreto disfruta cuando él se comporta como un animal de granja, porque así compensa sus propios errores sociales, que son muchos.

Incluso actualmente, sigue pronunciando Versace como «versayse». La satisfacción que siento cuando eso ocurre delante de una de sus amigas de la alta sociedad y estas ponen los ojos en blanco a sus espaldas es incalculable.

Son esas pequeñas cosas las que me mantienen en marcha.

—¿Qué hay de Esme y Davina? ¿Cómo están?

Mi padre frunce el ceño, como sabía que haría al mencionar esos nombres.

—No he preguntado por su salud, ¿verdad?

Muerdo una zanahoria en su punto exacto, pensando en los tormentosos ojos esmeralda de Maven. Los ojos de su hija son más claros y brillantes, de un verde tan vivo que casi parecen artificiales. Aunque probablemente sea el filtro de la cámara. Probablemente.

—¿No? ¿Por qué?

—No seas tonto, hijo, sabes perfectamente por qué. Solo fui al velatorio de Lorinda para ver a esas extrañas hermanas porque sabía que nunca me dejarían pasar la puerta principal de su cabaña de brujas.

—¿Por qué querías verlas?

Mi padre me mira como si hubiera criado a un tonto.

—¿No ves el vendaje que tengo en el ojo o es que tu vista ha empeorado desde la última vez que viniste a cenar?

Lo sé todo sobre el ataque del cuervo porque conozco cada detalle de lo que pasa en este pueblo, pero eso es asunto mío, no suyo.

—¿Qué te pasó?

—Me han echado un mal de ojo, eso es lo que ha pasado.

Una risita al otro lado de la mesa me llama la atención. Es mi hermanastro de diez años, August, un niño dulce con algunas pecas en el puente de la nariz, una cabeza demasiado grande para su cuerpo y una naturaleza sensible que sus padres seguramente convertirán en una patología.

Lo llamo Auggie porque eso hace que Diana parezca estar a punto de sufrir un aneurisma. Casi había olvidado que estaba allí sentado.

Diana se inclina y le acaricia la cabeza mientras mi padre continúa.

—Les pedí que lo anularan, pero ya sabes cómo son esas mujeres. Reacias como gatos. Les pides algo y hacen lo contrario por despecho.

—Quizá si se lo pidieras amablemente, obtendrías una reacción diferente.

—Y tal vez si llovieran monedas de oro del cielo, el mundo sería un lugar mejor, pero aquí estamos. August, siéntate derecho. Pareces una gárgola.

—¿Qué es una gárgola?

—Una cosa horrible en la que no te gustaría convertirte.

—Como una Blackthorn, cariño —susurra Diana—. Haz lo que dice tu padre.

Levanto mi copa. El criado me la llena. Me la bebo de un trago, fantaseando con secuestrar a Maven y atarla a mi cama. Hay tanto que me gustaría hacerle, cosas obscenas y maravillosas. Cada vez que la veo, se me pone dura y siento un hormigueo en los dientes por las ganas de hincarlos en su piel. Me pregunto si recuerda lo increíble que era el sexo entre nosotros o si lo ha descartado como una locura temporal.

—¿Me estás escuchando? ¡Ronan, despierta!

—Por supuesto que te escucho. Estoy pendiente de cada una de tus palabras.

Diana suspira.

—Sinceramente, Elijah, ¿cómo puedes dejar que te hable con tanta falta de respeto?

—No ha sido una falta de respeto. Ha sido sarcasmo. Has oído hablar del sarcasmo, ¿verdad, Diana? O quizá no. El ingenio satírico no es lo tuyo.

—¡Elijah! ¿Vas a permitir que sea tan grosero?

La hace callar con una mirada gélida y mortal de su único ojo bueno.

—Él no es el que está chillando como una *banshee*.

Ella frunce los labios, se ajusta las perlas y mira hacia su regazo.

Si hubiera sido Maven Blackthorn a quien mi padre hubiera reprendido, ya tendría un tenedor clavado en el globo ocular.

Sonrío al imaginarlo gritando mientras la sangre brota de su cabeza. Luego pienso en que Maven está comprometida y vuelvo a

fruncir el ceño.

Ha tenido que ser una mentira. Las Blackthorn no se casan. Por lo que yo sé, no hacen nada que no quieran hacer.

Envidio esa libertad. Aunque todo el pueblo las tema y las rechace, al menos no viven en una jaula dorada, como yo.

El apellido Croft, la riqueza de los Croft, la posición de los Croft en la sociedad…, todo ello es asfixiante. Como una almohada apretada contra mi cara desde que tengo memoria. Cortándome el aire.

Ser un Croft es estar maldito.

No es de extrañar que la autodestrucción sea tan frecuente en nuestro árbol genealógico. La vida es demasiado larga para pasarla en la miseria.

Entiendo lo último de lo que mi padre ha estado parloteando.

—… en casa de los Campbell. El jefe de bomberos dice que no encuentran la causa. Si me preguntas, tengo mis sospechas. May vuelve de repente y, ¿al día siguiente esa casa se quema hasta los cimientos? Es un milagro que nadie haya resultado herido. Nunca olvidaré el día en que maldijo a Becca. ¿Te acuerdas, Ronan? Justo delante de todo el mundo en el carnaval de invierno.

—¡Ojalá fueras tan fea por fuera como lo eres por dentro! —Se ríe entre dientes—. Vaya, esa sí que le dolió.

—No entiendo por qué no puedes hacer que las arresten —interviene Diana enfadada.

—Llegamos unos siglos tarde para eso —suelta mi padre en tono de pesar.

—No deberían poder salirse con la suya, lanzando maldiciones a diestro y siniestro y acosando a la gente.

—Mantén a August alejado de ellas, Diana. Son un grupo de psicópatas que odian a los hombres.

—No odian a los hombres. Odian que las controlen. No todas las mujeres se pueden comprar. —Le lanzo una mirada significativa a mi madrastra.

Mi padre suspira.

—No la provoques, hijo.

Rígida y furiosa, Diana tira la servilleta sobre el plato y se levanta.

—No tengo por qué quedarme aquí sentada aguantando esto. August, ven conmigo.

August se levanta de la silla y obedece a su madre, que le tiende la mano.

—Adiós, Ronan.

—Adiós, Auggie. Nos vemos pronto, colega.

Él sonríe.

—Vale.

En cuanto salen de la habitación, mi padre le dice al criado que deje el vino y se vaya. Ahuyenta al resto de los sirvientes agitando las manos con impaciencia. Cuando se han ido todos, se pasa unos minutos interrogándome sobre la situación de la empresa.

Es una rutina familiar. Conozco bien mi papel. Aunque ya no lleva las riendas, sigue necesitando sentir que está al tanto de todo. Que es valioso. Me imagino a mí mismo en su lugar dentro de unos años, haciéndole las mismas preguntas a mi propio hijo.

Esas reflexiones llevan mi mente por un camino que he recorrido mil veces antes. Es decir, mi hijo con Maven.

El que ella dice que abortó.

Aunque la foto que mostró de su hija no mostraba ningún rasgo ni color de mi familia, había algo en la forma en que miraba a la cámara que me resultaba sorprendentemente familiar. No sonreía, tenía la cabeza ligeramente girada hacia un lado y una mirada cautelosa,

como si no quisiera que le hicieran fotos.

Es la misma expresión que yo tengo en todas las fotos que me hacen.

Por eso necesito averiguar todo lo que pueda sobre ese cirujano ocular de Los Ángeles que mencionó Maven, el doctor Brett Lattman. Lo busqué en Internet, por supuesto, y me quedé mirando su foto en la página web de su consulta durante demasiado tiempo.

Bea no es suya. Estoy seguro. Y si es mía…, solo me queda una cosa por hacer.

Como suele decir mi padre, hay que atar los cabos sueltos.

—¿Cómo va el nuevo suero? ¿Algún avance?

Vuelvo a centrar mi atención en el presente.

—Es mejor que los anteriores, pero aún no es eficaz. Y sigue siendo increíblemente caro producirlo.

Él gruñe.

—Sabes que el coste no importa.

—Los ingredientes tampoco son fáciles de conseguir.

—No me des excusas, hijo. Llevamos generaciones buscando una cura, generaciones. Esa es la razón por la que se inició este maldito negocio. Pero estás aproximándote, lo puedo sentir.

—¿Auggie muestra ya algún síntoma?

Niega con la cabeza.

La enfermedad solo afecta a los varones del árbol genealógico de los Croft. Como suele aparecer en la transición a la edad adulta, Auggie aún tiene tiempo, pero no mucho.

Tenemos que encontrar una cura antes de que sea demasiado tarde para él.

—¿Y todavía no se lo has dicho a Diana?

En lugar de responder inmediatamente, mi padre mira fijamente

su copa de Borgoña, de un color tan intenso y oscuro como la sangre seca.

—No —dice después de un largo rato, en voz baja—. La destrozaría.

Como destrozó a mi madre.

Se ahorcó cuando yo solo tenía trece años.

Pienso que él es totalmente culpable de su muerte. Podría haber hecho muchas cosas para evitar ese desenlace, pero decidió no hacer nada. No esbozó ningún plan. No tomó ninguna precaución. Ni siquiera una simple medida de seguridad. Fue una imprudencia.

Porque, como todo científico sabe, la naturaleza aborrece el vacío. Todo vacío será llenado.

En nuestro caso, por monstruos.

Me paso la mano por el pelo y me bebo de un trago lo que queda de Borgoña en mi copa, luego empujo la silla hacia atrás y me levanto.

—Tengo que irme.

Mi padre asiente con la cabeza, sin levantar la vista. Rodeo el extremo de la mesa del comedor y estoy a punto de salir de la habitación cuando me llama.

Me detengo, me giro y lo miro.

—Ten cuidado, hijo. Y mantente alejado de May Blackthorn. Esa chica es peligrosa.

—Solo por curiosidad, ¿hay algo que no me hayas contado sobre ella?

Sorprendido, levanta la vista de su copa de vino.

—¿Qué?

—Siempre te has dedicado a decirme que me mantenga alejado de Maven. De ella específicamente, no del resto de la familia. ¿Sabes

algo que yo no sé?

—No —responde bruscamente, volviendo a su copa de vino y dando por terminada la conversación.

Lo estudio por un momento, sin estar convencido. Pero sé que no obtendré más información, así que simplemente salgo a la noche para caminar bajo las nubes tormentosas que se despejan y la palidez fantasmal de la luna creciente.

Posada en las ramas desnudas de un arce en el jardín, una bandada de cuervos me observa mientras me alejo.



15

Maven

Esta noche, sueño que estoy muriendo.

Es de noche y hace un frío glacial. Estoy atada a una estaca, sobre una gran pira de madera, en medio de la plaza del ayuntamiento. Una multitud burlona se agolpa a mi alrededor. Tiro de mis ataduras y maldigo aquellos rostros hostiles vestida con harapos, con el cuerpo dolorido por los golpes y los cortes que he sufrido.

Un hombre se adelanta con una antorcha y enciende la pira. El humo me pica la nariz y me quema en la garganta, haciéndome toser y jadear en busca de aire.

Entonces, la yesca estalla en llamas.

Empezando por mis pies, mi piel se ampolla, se ennegrece y se desprende. A medida que mi dermis se incinera, mis músculos se arrugan y se contraen, mis articulaciones se hinchan y se rompen, y mis pulmones se llenan de sangre. El dolor es insoportable.

Las risas y las burlas crueles de la multitud se elevan por encima del rugido del infierno. Cuando las llamas llegan a mi cuello y mi pelo se incendia, las carcajadas de la gente se convierten en vítores.

El hombre que ha encendido la pira se queda a un lado, sonriendo. Aunque sus labios no se mueven, oigo su voz dentro de mi cabeza.

«No dejarás que una bruja viva».

Lo último que veo antes de que el mundo se vuelva negro son sus despiadados ojos azul pálido.



Me despierto con un fuerte dolor de cabeza y otra hemorragia nasal, esta vez peor que la anterior. La funda de la almohada está cubierta de sangre. La retiro y la pongo bajo el grifo del lavabo para que corra el agua fría mientras me limpio la cara con pañuelos de papel e intento detener el sangrado. Una vez que lo consigo, me visto y bajo las escaleras, con los ojos llorosos y la cabeza embotada. Me encuentro a Bea y Q sentados a la mesa, absortos en un libro de texto.

—Buenos días, chicos. ¿Qué estáis haciendo?

—Q me está enseñando la secuencia de Fibonacci.

Justo cuando estoy a punto de preguntar dónde están las tías, la puerta principal se cierra de golpe y ellas entran apresuradas en la cocina.

—No te lo vas a creer. ¡Han cerrado la Funeraria Anderson!

Me quedo paralizada cuando estaba a punto de alcanzar la tetera.

—¿Está cerrada?

—Esta mañana no contestaban al teléfono, así que hemos ido allí para saber cómo estaba el tema de la desaparición de mamá. El lugar estaba desierto y las puertas cerradas, pero había un gran cartel en la puerta principal anunciando que habían cerrado por orden de la Junta Estatal de Dirección Funeraria. Lo que debe significar que de alguna manera se han enterado de que mamá había desaparecido.

Al parecer, el señor Anderson no ha respondido a Ronan a tiempo y este ha cumplido su amenaza de dejarlo sin negocio. Es increíble el

poder que tienen los Croft.

Aunque no debería sorprenderme. Las grandes farmacéuticas siempre tienen sus sucias manos en los bolsillos de los políticos. Croft Pharmaceuticals es una de las más grandes que hay.

No me cabe duda de que Ronan esperará algo de mí a cambio del favor.

Davina deja un par de bolsas de tela verde sobre la encimera de la cocina. Acepta las otras dos que le tiende Esme y empieza a sacar las verduras.

—Oye, mamá, ¿sabías que la secuencia de Fibonacci se encuentra en toda la naturaleza? El número de pétalos de una flor, la forma de una concha marina, el patrón de las piñas… En todo tipo de cosas.

Lleno la taza, luego me doy la vuelta y me apoyo en la encimera.

—Las matemáticas son una herramienta estupenda para comprender el universo.

Esme se sirve también una taza de té y se sienta junto a Bea en la mesa.

—Hemos parado en el supermercado de camino a casa. No te imaginas con quién nos hemos encontrado.

—¿Con quién?

Mira a su alrededor como si fuera a revelar un terrible secreto.

—Con Ronan Croft —dice en voz baja.

Mi corazón da un vuelco, pero consigo mantener la voz tranquila.

—¿Ah, sí?

Ella asiente.

—Se mostró sospechosamente educado. Nos dio el pésame por lo de mamá y se disculpó por el comportamiento de su padre en el velatorio. No le encontramos sentido.

—Que Dios me perdone por esto, pero ese chico se ha convertido

en un auténtico guaperas —dice Davina por encima del hombro.

Bea arruga la nariz.

—Los chicos no son guapos. Son asquerosos. Excepto tú, Q. Tú eres guapo. —Le sonríe con cariño.

Si no lo conociera bien, pensaría que a Q se le están humedeciendo los ojos.

Finjo indiferencia ante el tema y miro al techo.

—Me sorprende que el rey del baile del instituto siga viviendo en Solstice. ¿No consiguió una beca de fútbol en algún sitio?

—Hemos oído que recibió ofertas de todas partes, pero las rechazó para estudiar empresariales en Harvard. En cuanto se graduó, levantó una casa en la zona oeste de la ciudad y se mudó allí. Es una casa moderna y enorme con demasiadas ventanas. Lo vemos de vez en cuando, pero nunca nos había dirigido la palabra. Por eso nos sorprendió tanto que se acercara a nosotras esta mañana.

La voz de Davina se agria.

—Deberías haber visto cómo se derretía la cajera ante él. Fue realmente indigno. Bea, nunca muestres interés por un hombre. Es una forma segura de que te ignore.

—Eso no tiene sentido.

—Nada masculino tiene sentido. Sería mejor que nos ciñéramos a nuestro propio sexo a la hora de elegir pareja. Al menos, así nos enfrentaríamos a un cierto nivel de inteligencia.

Esme se ríe.

—No es su inteligencia lo que buscas, querida hermana.

Bea reflexiona un momento

—No lo entiendo.

—Está hablando de penes, querida.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—El sexo es un acto perfectamente natural que no debería estar envuelto en la vergüenza.

—Estoy de acuerdo, tía D, pero son las nueve de la mañana. Déjame desayunar antes de que empieces con la parte del programa dedicada a la educación sexual.

Q pasa la página del libro de texto y señala algo. Bea se inclina para leer. Al observarlos, me invade una profunda sensación de melancolía.

Así es como me educaron, aquí en casa, en esa misma mesa de la cocina. También fui al colegio, pero la mayor parte de mis conocimientos los adquirí de libros como el que está estudiando Bea, uno de los miles que se encuentran en las estanterías y librerías de toda la casa.

Como todos los Blackthorn, mi madre era una ávida lectora. Ella me transmitió ese amor por la lectura.

—¿May? ¿Estás bien?

Parpadeo para secarme los ojos y fuerzo una sonrisa.

—Estaba pensando en mamá. Estar aquí me hace echarla más de menos de lo habitual.

—¿Cómo murió tu madre? —pregunta Bea—. Nunca hablas de ella.

Todos me miran. Incómoda con el tema, me siento a la mesa con Bea y Q, agarro la taza con las manos y aparto los recuerdos de mi inquietante sueño.

—Murió después de una caída.

—Esa es una forma de decirlo —murmura Esme.

Bea la mira con curiosidad. Cuando Esme clava los ojos en mí para pedir permiso para continuar, niego con la cabeza. Es demasiado complicado entrar en detalles.

De forma oficial, su muerte fue un accidente. El forense afirmó que había perdido el equilibrio y había resbalado. Era diciembre y ese día hacía mucho frío, por lo que era plausible, pero omitieron incluir un detalle importante en el informe final.

Sus huellas no fueron las únicas que encontraron en la nieve, alrededor del edificio.

También encontraron las de una silla de ruedas.

Cierro los ojos y recuerdo el caos que se produjo tras su muerte. Había tantas preguntas. ¿Qué hacía ella fuera en plena noche, con las gélidas temperaturas de diciembre? ¿Por qué había ido a esa iglesia abandonada?

Y lo más desconcertante de todo: ¿por qué se encontraba en la propiedad de Elijah Croft?

Allí fue donde hallaron su cuerpo, en el suelo, al lado del antiguo santuario que en el siglo XVIII era el lugar de culto personal de la familia Croft, a menos de medio kilómetro de la casa principal. La policía dijo que parecía que había subido al campanario desde donde había salido al tejado.

Un tejado medio en ruinas, empinado y helado.

Los servicios de urgencias ya habían llegado cuando se notificó a las tías que había habido un accidente. Los llamó el jardinero de los Croft. Fue él quien encontró el cuerpo y parecía tan angustiado que más tarde sufrió un infarto y pasó varias semanas en el hospital.

Cuando la policía le preguntó por las huellas de la silla de ruedas en la nieve, Elijah negó haber estado cerca de la capilla esa noche. Así que ese detalle simplemente se eliminó cuando se presentó el informe final.

Pero las tías habían visto las huellas con sus propios ojos. Y por muy poderosa que fuera la familia Croft, no podían borrar el hecho

de que Elijah había estado en ese lugar en algún momento antes de que se descubriera el cuerpo de mi madre.

Era solo más leña para avivar el fuego del odio entre los Blackthorn y los Croft.

Aunque no se lo había contado a Ronan, la abuela tropezó en el último escalón de la escalera y se rompió el cuello. Esme la encontró por la mañana cuando bajaba a la cocina a preparar el café.

Los huesos viejos son frágiles y los ancianos se los rompen constantemente al caerse, pero tengo la sensación de que hay algo más de lo que yo sé. Cuando Bea se levanta para perseguir al gato blanco y sale de la cocina, me vuelvo hacia Davina.

—¿Cómo murió la bisabuela Cleda? Nunca he oído esa historia.

—La atropelló un carro de leche tirado por caballos.

—¿Aplastada? Qué horror.

Davina termina de guardar la compra y se lava las manos en el fregadero.

—Las hermanas de mi madre también murieron trágicamente. Tisi en un accidente de coche y Perse… —Se detiene a pensar.

Esme le da la respuesta.

—Se ahogó en la bañera, ¿recuerdas?

—Ah, sí, ¿cómo se me ha podido olvidar? Me estoy volviendo loca con la edad. Sí, la tía Persephone se dio un baño después de beber demasiado vino en la fiesta del solsticio de invierno.

Me distrae la repentina y desagradable constatación de que todas las mujeres de mi familia cercana han muerto en accidentes.

Y ayer mismo, casi me mata una tonelada de cemento que se desprendió de una cornisa.

Asustada, pienso en Bea.

—¿Y la madre de Cleda? ¿Cómo murió?

Esme me mira con el ceño fruncido.

—¿No quieres hablar de sexo a primera hora de la mañana, pero este tema macabro no es tabú? Menudas prioridades, cariño.

Con la esperanza de que eso me proporcione la información que quiero, sonrío alegremente y me encojo de hombros.

—No creo que mi madre lo mencionara nunca —interviene Davina —. Esme, ¿tú lo sabes?

—Si lo sabía, lo he olvidado. ¿Cómo crees que vamos a conseguir más información ahora que la Funeraria Anderson ha cerrado? Sabemos que la policía no nos va a ayudar. El nuevo jefe nos odia.

—Tengo algunos contactos en el museo que pueden orientarme en la dirección correcta. Algunos de nuestros donantes tienen muy buenos contactos. —Eso es lo que digo, pero lo que quiero decir es que hoy voy a dar un paseo por la zona oeste de la ciudad en busca de una mansión de aspecto moderno. A pesar de mis sentimientos encontrados hacia él, Ronan Croft podría ser la única persona capaz de ayudarnos a descubrir qué le pasó a la abuela.

Después, iré al juzgado a ver si puedo encontrar algún registro civil antiguo de Blackthorn.

Si hay un patrón en la forma en que mueren las mujeres de mi familia, voy a descubrirlo.



16
Maven

No me cuesta mucho encontrar la casa de Ronan. En una ciudad donde abundan los edificios históricos y la arquitectura de la mayoría de las casas es una encantadora variación del estilo victoriano o colonial, la casa de Ronan podría aparecer en la portada de la revista *Architectural Digest* cuando publicara el número sobre *El malvado señor del espacio exterior*.

Posee tantas superficies reflectantes que bien podría ser una granja solar. Me pregunto si los pilotos no tendrán que desviarse en el espacio aéreo para evitar quedarse cegados.

Pulso el botón de seguridad de la imponente puerta principal y me quedo allí de pie, mordiéndome el interior de la mejilla mientras lamento mi decisión, hasta que suena un timbre y la puerta se abre.

Respiro hondo y recorro la pasarela de piedra. Ronan abre la puerta principal antes de que llegue a la mitad.

Lleva unos vaqueros descoloridos y una camiseta negra que se ajusta a su ancho pecho. Va descalzo. Tiene revuelto el pelo oscuro y sus ojos pálidos son tan penetrantes como siempre.

Resulta irritante que sea tan guapo; se supone que los villanos deben ser repugnantes.

—Buenos días, bella Maven —me saluda—. ¿A qué debo este placer inesperado?

—No hace falta que hables como si estuvieras en una obra de Shakespeare.

—Si fuera así, habría dicho «buenos días nos dé Dios». ¿No es un poco temprano para fruncir tanto el ceño?

—Mis retinas están tratando de recuperarse del resplandor que genera esta gigantesca bola de discoteca en la que vives.

Llego al porche delantero, me detengo y lo miro. Está un escalón por encima de mí, por lo que es más alto de lo habitual. Sin embargo, parece disfrutarlo, a juzgar por lo fácil que le resulta mirarme con condescendencia.

—¿Eso es una sonrisa? —dice.

—No, es solo la expresión que aparece en mi cara cuando huelo algo maloliente.

—¡Oh, menos mal! Por un momento he pensado que el infierno se había congelado.

Es una competición para ver cuánto tiempo podemos mantener la cara seria. Él gana cuando yo empiezo a reírme.

—¿Qué es ese ruido horrible que estás haciendo? —pregunta sonriendo—. Suenas como un burro con una hernia.

—Al menos no lo parezco. Y deja de mostrarme esas fundas tan caras. Ya estoy lo bastante ciega.

Hace un gesto con las manos como si fuera un modelo publicitario.

—Estos dientes son naturales, como todo lo demás en mí.

—Excepto tu ego, que fue cultivado en un laboratorio. ¿Vas a invitarme a entrar o qué?

De repente, pasa de bromear a ponerse serio.

—Ah, es verdad. Drácula necesita una invitación para entrar en

una casa. Por favor, princesa de la oscuridad, pasa.

Hace un gesto teatral hacia la puerta principal abierta. Paso majestuosamente junto a él, reprimiendo una sonrisa.

Si pensaba que el exterior de la casa era moderno, el interior lo es aún más. Está decorada en colores neutros, con espacios resonantes y una ausencia total de desorden. La sala de estar es tan grande y contiene tan pocos muebles que fácilmente podría alquilarse como pista de patinaje. Las paredes están desnudas, salvo por algunas pinturas abstractas con llamativas pinceladas en blanco y negro. No hay a la vista ni un ramillete de hierbas secas ni una vela de cera de abeja hecha a mano.

Ronan se acerca por detrás y mira a su alrededor, por encima de mi hombro.

—¿Qué te parece?

—Creo que tiene todo el encanto de un mausoleo.

—Entonces te gusta.

—Me siento como en casa —digo, reprimiendo la risa—. Solo es un poco nauseabunda, que es más de lo que puedo decir de ti.

—Espera a ver la cocina. Puede que vomites de verdad. —Me coge de la mano y me arrastra sin esperar una respuesta. Nuestros pasos resuenan en el suelo de mármol mientras recorremos un pasillo flanqueado a ambos lados por paredes de cristal que muestran exuberantes patios con palmeras y plantas tropicales en el interior.

Estoy segura de que espera que comente lo impresionantes que son y lo caras que deben de ser de mantener, así que no lo hago. El pasillo desemboca en otro espacio gigantesco y vacío que tiene unas vistas espectaculares de las montañas a través de más paredes de cristal.

Miro a mi alrededor, confundida.

—¿Esto es una cocina? ¿Dónde está la nevera? ¿Dónde están los fogones?

Sonriendo, se acerca a la gigantesca y solitaria pieza rectangular de piedra negra situada a unos dos metros de una pared de roble liso. Mueve la mano sobre un punto en el extremo de la piedra y dos paneles se deslizan lentamente hacia atrás para revelar más cristal, esta vez negro.

—¿Qué diablos es eso?

—La vitrocerámica. Es tecnología de inducción de última generación.

Miro la placa con desconcierto. No tiene mandos, interruptores ni ningún otro elemento visible para su funcionamiento.

—¿Cómo se enciende? ¿Con una orden verbal?

—Con un sacrificio humano. Si pudieras acercarte un poco más…

Su sonrisa es tan irritante como atractiva. Incluso mi vagina lo cree así, pues, de repente, está generando más calor del que la moderna placa de Ronan podría generar jamás.

—¿Alguna vez has cocinado ahí?

—No. Es solo para decorar.

—Ah. Como toda tu existencia.

—¿Quieres ver la nevera?

—Apenas puedo contener mi emoción.

Con los ojos brillantes de diversión, se acerca a la pared de roble y presiona la palma de la mano contra un punto que parece exactamente igual que el resto. Una parte de la pared de más de un metro de ancho se enrolla silenciosamente hasta el techo y desaparece en un compartimento invisible, revelando lo que supongo que es un frigorífico, aunque parece más un centro de entretenimiento lleno de paneles interactivos y brillantes luces

azules.

—¿Por qué necesitas un aparato modular negro con más pantallas digitales que las que probablemente tiene el centro de mando de la NASA para mantener los alimentos fríos?

—No lo necesito. Simplemente me gustaba su aspecto.

Resoplo.

—Estoy percibiendo un trauma o algo.

Sus ojos se encienden y su voz se vuelve ronca.

—Me gusta mirar cosas bonitas.

Mi corazón debe de estar sufriendo un repentino caso de demencia, porque se acelera por la emoción. Aparto la mirada y entrecierro los ojos mientras los clavo en la pared de ventanas.

—¿No vas a preguntarme por qué estoy aquí?

—Podría hacerlo, pero prefiero preguntarte por qué tienes la cara roja otra vez.

Lo miro con ira.

—Es rosácea.

—Mmm… O tal vez sea porque tengo un efecto en ti que no quieres admitir.

Su mirada franca contiene un desafío al que no tengo intención de responder. En cambio, me alejo de él y me acerco al trozo de piedra que hace las veces de isla de cocina.

Para mi sorpresa, del otro lado hay un saliente con tres taburetes debajo. Así que alguien podría sentarse y comer aquí si quisiera. Aunque nadie lo hará.

Sería más cómodo comer encima de una tumba.

—Yo tampoco cocino nunca —digo, mirando el MacBook abierto al final de la isla—. No tengo tiempo.

—Estás demasiado ocupada asustando a todos los niños del barrio,

imagino.

—Es un trabajo a tiempo completo, la verdad. Como el tuyo: ser precioso e inútil.

—Ay. Aunque espera, ¿acabas de decir que soy precioso?

Me acerco al ordenador. Desde este ángulo, puedo ver que la pantalla está abierta en una página web. La curiosidad por saber qué estaba mirando cuando he llamado al timbre me hace seguir avanzando con naturalidad, pasando los dedos por el borde liso y frío de la piedra.

—¿He dicho precioso? Qué tonta soy. Quería decir precario.

—Eso me dolería mucho más si tuviera sentido. Nadie parece precario.

—Supongo que no te has mirado al espejo últimamente.

Me detengo frente al ordenador, veo lo que hay en la página web y respiro hondo. Cuando miro a Ronan, está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada a un lado, con esa sonrisa burlona que le caracteriza curvándole las comisuras de los labios hacia arriba.

—Solo estaba investigando un poco sobre el padre de tu hijo. Pero eso no debería molestarte, ya que no tienes nada de qué preocuparte. No es como si me fueras a mentir o algo así. ¿Verdad, Maven?

Con el corazón latiéndome con fuerza y un nudo en el estómago, contengo mi ira con pura fuerza de voluntad. Si arremeto contra él, solo conseguiré que tenga más sospechas.

—No tengo motivos para mentirte.

—Tienes generaciones de razones para mentirme, pequeña bruja. —Deja caer los brazos a los lados y se acerca con aire arrogante, enseñándome los dientes con una inquietante sonrisa lobuna. Se detiene a unos metros de distancia, se apoya en la isla y me mira de

arriba abajo; lo hace a propósito porque sabe que me incomoda.

Me aclaro la garganta y enderezo los hombros.

—He venido porque…

—Deshazte la trenza.

Sorprendida, confirmo que he oído lo que creo haber oído antes de lanzarle una mirada con la que pretendo destriparlo.

Eso solo hace que sonría aún más.

—Nadie en la Tierra tiene una mirada tan malvada como la tuya.

—Es un don. ¿Puedo decirte por qué he venido o vas a hacer otra petición aleatoria que voy a ignorar?

—Puedes decirme por qué has venido hasta ponerte roja como un tomate. O sea, ponerte roja otra vez. Eso no cambiará nada. No te ayudaré hasta que te quites esa horrible trenza del pelo.

Ofendida, me llevo la mano a la cabeza.

—No es horrible. Es práctica.

—Entre eso y el saco sin forma que llevas puesto, parece que vas a ir a batir mantequilla a algún sitio. O a herrar a la vieja yegua.

¡Ah, sí! Esto es típico de Ronan. Insultos ingeniosos acompañados de una sonrisa encantadora. Maneja su desprecio con la delicadeza de un espadachín.

Siento cómo el calor me sube por el cuello, pero finjo que no me quema.

—Perdóname, pequeño lord Fauntleroy, pero no todos podemos permitirnos cortes de pelo de quinientos dólares y calzoncillos a medida.

—Quítatela.

—¿Qué tiene de especial mi trenza, por el amor de Dios?

—Las cosas bonitas no deben ocultarse. Y tu pelo es bonito, incluso teñido del color del carbón.

Frunzo los labios.

—Deberías conocerme lo suficiente como para saber que los halagos no funcionan conmigo.

—No es un halago. Es la verdad. Hay una gran diferencia.

Nos miramos con intensidad mientras yo intento que mi presión arterial se mantenga dentro de unos límites seguros y que mi vagina se comporte bien. Si se excita más, tendré que cambiarme la ropa interior.

—Aquí es donde te recuerdo que me dijiste que querías ayudarme a encontrar a mi abuela —digo con frialdad—. La palabra clave es «ayudar».

—Quiero ayudarte. Pero las buenas relaciones se basan en la reciprocidad, ¿no crees?

—Estás tan cerca de convertirte en eunuco que ni siquiera tiene gracia —lo amenazo en voz baja.

Eso no lo intimida en absoluto. Se endereza y acorta la distancia entre nosotros. Me niego a retroceder, así que me encuentro mirándolo a los ojos.

Murmura mi nombre. Me mira los labios. Huele peligrosamente bien.

En este momento me odio a mí misma porque estoy calculando la distancia exacta entre nuestras bocas y el tiempo que me llevaría ponerme de puntillas y borrarla.

—Mira cómo giran los engranajes de tu cabeza —gruñe, con los ojos brillantes—. ¿Qué estará pensando la Princesa de la Oscuridad?

—Tiene que ver con objetos afilados y mucha sangre tuya.

—No quieres hacerme daño. Yo tampoco quiero hacerte daño. —Sin romper el contacto visual, levanta lentamente la mano y me coloca con delicadeza un mechón de pelo detrás de la oreja. Al sentir

su tacto, todas mis terminaciones nerviosas cobran vida y comienzan a gritar—. ¿Debería decirte lo que quiero?

«Respira. No te desmayes. No hagas nada. Él no me afecta en absoluto porque lo odio. Lo odio. Lo odio. Pero ¿por qué tiene que oler tan bien?».

—Quiero que seamos amigos.

—Ya te he dicho que no.

—¿Por qué?

—Es como si el Joker le pidiera a Batman que fueran amigos.

—¿Debo suponer que yo soy el Joker en este escenario?

—Bueno, si te queda bien…

—No soy tan malo, a pesar de lo que pienses.

—Creo… No sé lo que creo. Mi cerebro es una ensalada de huevo en este momento. ¿Podrías dar un paso atrás, por favor? Me siento un poco…

—¿Excitada? ¿Caliente?

—Mal del estómago.

Me mira fijamente a los ojos.

—Mentirosa —dice con la voz ronca.

Trago saliva. No sé si hablar, porque mi cerebro estaba patas arriba y no puedo estar segura de lo que saldría de mi boca si lo hiciera.

—Si dijera que sí, que soy una mentirosa, ¿tendrías piedad de mí y cambiarías de tema?

—Solo si dices que también podemos ser amigos. Entonces cambiaré de tema y no volveré a sacarlo.

—¿De verdad?

—Probablemente no. Compruébalo. Por cierto, ¿aprueba tu prometido la forma en que miras mi boca? —añade alegremente después de un momento en el que intento no derretirme hasta

convertirme en un charquito sudoroso a sus pies—. Porque resultas un poco depredadora. A menos que no sea celoso. O, como supongo, sea imaginario.

Oigo un leve *ping* cuando mi última pizca de fuerza de voluntad se rompe, su hechizo sobre mí se rompe y la rabia inunda mi cuerpo.

Qué alivio. Por un momento, he estado a punto de hacer una estupidez.

—Te mataré mientras duermes. Me colaré por una ventana en mitad de la noche, buscaré algo puntiagudo y letal en esta caja de cristal antiséptica a la que llamas hogar y te lo clavaré en el pecho, una y otra vez, hasta que estés tan muerto que nunca recuerdes que alguna vez estuviste vivo.

—¿En serio?

—¡Sí!

—Mmm… Pareces decirlo en serio.

Se está riendo de mí, lo que me enfurece aún más.

—¡Lo hago!

—¿Sabes qué más es serio? Esto.

Encierra mi rostro entre sus manos y me besa.



17

Maven

Todo sucede tan rápido que me quedo demasiado atónita como para apartarme.

Al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

Su boca es suave, pero sus manos sujetan mi cara con firmeza. Desliza la lengua más allá de mis labios y me besa con una ternura sorprendente. Si está tratando de no asustarme, le está funcionando, porque al instante me derrito bajo el complaciente calor de su boca, me desplomo contra él e inhalo su cálido aroma a través de la nariz.

Al no encontrar resistencia, me rodea con los brazos, me aprieta contra su cuerpo y profundiza el beso hasta que se vuelve voraz.

Me aferro a los anchos músculos de su espalda y lucho por mantener el equilibrio. Me siento como si estuviera de pie en la cubierta de un barco en alta mar, atrapada en una fuerte tormenta y zarandeada de un lado a otro, con las velas a punto de romperse bajo los aullidos del viento y el agua entrando más rápido de lo que la tripulación puede bombearla.

Cuando estoy jadeante y temblorosa, él interrumpe el beso.

—Ahí está —susurra contra mis labios—. Hola, desconocida. Te he echado muchísimo de menos. —Entierro mi rostro en su amplio

pecho, escondiéndome.

Me abraza riendo mientras yo intento orientarme. Apenas sé qué está arriba y qué abajo, pero sigo en pie, así que algo es algo. Siento la calidez de su gran mano acariciándome la nuca mientras me rodea con fuerza con la otra, él es la boya que me mantiene a flote…, pero también la tormenta que amenaza con ahogarme.

«Es un maestro de la manipulación, Maven. No puedes confiar en él. No vuelvas a caer en lo mismo».

Me alejo de él con lágrimas en los ojos y doy un paso atrás. Me suelta, mirándome con un deseo que me cala hasta los huesos.

Cuando abre la boca para hablar, levanto una mano para que no diga nada.

Luego me doy la vuelta y me voy.

Una vez más, me deja marchar. Mientras me acerco a la puerta, sigo esperando oír sus pasos a mi espalda, pero solo hay silencio. Salgo y corro hacia el jardín, con el pulso acelerado, los pulmones en llamas y los labios ardiendo.

Me ha besado. «Ronan me ha besado».

Y, maldita sea, me ha gustado tanto como antes.

Vuelvo a ciegas al pueblo, y por poco me atropella un coche cuando cruzo la carretera sin mirar. Apenas soy consciente de adónde voy, pero llego al juzgado en un delirio febril de sentidos agudizados y embotados. Mi cuerpo arde, pero mi cerebro no procesa los pensamientos correctamente. Apenas puedo ver ni oír. Solo soy nervios palpitantes, sangre acelerada y falta de conciencia.

Por fin, llego al juzgado. Le pido al empleado que está detrás del mostrador que me indique dónde se encuentran los registros civiles. No sé qué expresión ve en mi cara, pero debe de ser grave, porque el amable joven me pregunta con cautela si me encuentro bien.

Me recompongo, enderezo los hombros y esbozo una sonrisa.

—Sí, estoy bien, gracias. Ando buscando los registros de defunción de mi familia en el siglo pasado. ¿Puede indicarme dónde encontrarlos?

—Por supuesto. La tercera sala a la derecha, al final del pasillo. Todo está informatizado —añade con orgullo—. Vermont tiene uno de los mejores sistemas de archivo del país. Algunos de los registros de este condado se remontan a 1642, cuando se fundó Solstice.

Suena prometedor.

Le doy las gracias y me acerco con paso vacilante al pasillo por el que llego a la sala marcada como «Registros». Dentro encuentro a otra empleada sentada detrás de un escritorio, trabajando en un ordenador. Se trata de una mujer mayor, con las gafas colgando con una cadena alrededor del cuello y un cárdigan azul con bolitas. Levanta la vista, sonríe y le digo lo que estoy buscando.

—Lo mejor es hacer una búsqueda en el ordenador. El que hay contra la pared del fondo está configurado para ello. Si quiere una copia certificada de cualquier documento, puede solicitarla por Internet con su tarjeta de crédito o puedo tramitar yo misma la solicitud por usted. La documentación suele tardar unos diez días en llegar por correo.

—Solo estoy investigando mi árbol genealógico. No necesitaré ningún documento.

Ella sonríe.

—De acuerdo, querida. Si tiene algún problema o necesita ayuda, solo tiene que decírmelo.

Voy al fondo de la sala, donde está el ordenador encima de una mesa. Es la típica sala de un edificio gubernamental, con desgastadas baldosas de linóleo blanco, ya amarillentas por el paso del tiempo,

paneles fluorescentes que parpadean en el techo, feos archivadores de color beige alineados contra las paredes y una docena de armarios a la altura de la cintura en el centro, repletos de gruesos portafolios a ambos lados.

Muevo la silla de plástico, me siento frente al ordenador y pulso una tecla para encender la pantalla. Esta cobra vida con un parpadeo y muestra el logotipo de la secretaría del condado, un menú con hipervínculos a los servicios ofrecidos y una barra de búsqueda.

Hago clic en el enlace a «certificados», que me lleva a una página donde puedo introducir la información que busco. Tengo que refinar la búsqueda varias veces para acertar, pero al final lo consigo.

La primera entrada es la de mi madre. Al parecer, el documento sobre la defunción de la abuela aún no se ha registrado. Echo un vistazo rápido al documento.

«Elspeth Delphine Blackthorn. Causa de la muerte: lesión traumática».

Ninguna sorpresa.

Entre los factores se incluyen lesiones en múltiples regiones del cuerpo, fracturas óseas, fractura de cráneo, y la lista continúa. Es difícil de leer. Empiezo a llorar de nuevo.

La última vez que la vi fue la noche antes de su muerte. Me dijo que me quería, como siempre, y me dio un beso de buenas noches. A la mañana siguiente, salí corriendo, porque llegaba tarde al colegio. Estaba en clase de inglés cuando el director me llamó a su despacho. Allí me encontré con mis tías, angustiadas y asustadas, convencidas de que la muerte de su hermana no había sido accidental.

Hasta ese momento nunca se me había ocurrido que tal vez estuvieran en lo cierto, aunque por una razón diferente a la que pensaban. Tal vez Elijah Croft no tuvo nada que ver con ello.

Quizá ella saltó.

Se me revuelve el estómago al pensarlo. Aun así, eso no aclara las huellas de la silla de ruedas en la nieve, pero la explicación más obvia es que el jardinero avisó a Elijah antes de llamar a la policía y Elijah fue a ver la escena por sí mismo.

Una solución sencilla, aunque no encaja.

¿Por qué molestarse en negar que estuvo allí si podía simplemente decir que lo habían llamado porque la iglesia estaba en su propiedad? Tiene sentido que lo llamaran al lugar donde se había producido un accidente mortal. Hubiera saltado o se hubiera caído, se había descubierto un cuerpo en sus terrenos. No es como si hubiera tenido que conducir por todo el país.

Entonces, ¿por qué mentir?

Salgo del documento y hago clic en la siguiente entrada. Es sobre la hermana de la abuela, Perséfone; ahogamiento accidental. La siguiente entrada es sobre su otra hermana, Tisífone; lesiones sufridas en un accidente de automóvil. La muerte accidental de la bisabuela Cleda al ser arrollada debió de ser toda una sensación en su época.

Sigo indagando en los registros del siglo XIX, cada vez más alarmada por las muertes inusuales de todas mis antepasadas.

Una se golpeó la cabeza con el dintel de una puerta. Otra se quemó mientras cocinaba en un fogón. Otra se cayó de una escalera.

Una fue golpeada por una pelota de críquet.

Otra se cayó en un pozo.

Hay alguna que se atragantó con una pera.

Y una más fue arrastrada por un caballo.

Cuanto más atrás voy, más me sorprendo. Estoy emparentada con las personas más torpes y propensas a los accidentes de toda la

historia de la humanidad.

Cuando llego a mi tatarabuela o algo así, me detengo y me quedo mirando la causa de su muerte: Aplastada por la caída de una teja.

Esa me resulta demasiado cercana para mi gusto. Sigo haciendo clic y desplazándome, y cada minuto que pasa me convenzo más de que el ADN de nuestra familia está deformado por un gen que atrae los desastres.

La última entrada de la lista es la única que no figura como accidente.

Megaera Blackthorn. Ejecutada. Ahorcada.

En el documento escaneado, las notas manuscritas debajo de la causa de la muerte indican que fue juzgada y condenada por brujería.

Me quedo mirando la pantalla tanto tiempo que mi visión se vuelve borrosa. Cuando parpadeo y sacudo la cabeza, me doy cuenta de que hay otra cosa extraña y llamativa sobre mis antepasados fallecidos.

Todos eran mujeres.

Salgo de los registros de defunciones con el ceño fruncido y abro los de nacimientos. Escribo nuestro apellido y el condado, y espero a que se carguen los datos. Me lleva un tiempo examinar la información, pero los resultados son inequívocos, aunque estadísticamente deberían ser casi imposibles.

Las Blackthorn solo tienen hijas.

O solo se permite sobrevivir a las hijas.

Me empiezo a sentir un poco mareada, y busco otra explicación. Pero, por horrible que sea la idea, que todas las generaciones de descendientes hayan sido mujeres durante los últimos trescientos años desafía todas las estadísticas conocidas.

Las probabilidades en contra son astronómicas.

Nerviosa y confundida, salgo de los nacimientos y entro en los matrimonios. No hay resultados para Blackthorn. Ni uno solo, y eso que me remonto hasta la fundación del pueblo.

Me seco las manos sudorosas en la falda y trago el ácido picor de la bilis que me sube por la garganta. Cuando estoy a punto de levantarme para marcharme, empieza a sonar mi móvil. Lo busco del bolsillo y miro la pantalla. Es un número que no conozco.

—¿Hola?

—Soy Ronan. No cuelgues.

Al oír su voz, mi pulso se acelera.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Has estado en mi casa.

—¿Y?

—Tengo un programa en el ordenador que localiza e identifica los dispositivos cercanos.

Me quedo demasiado atónita como para enfadarme.

—¿Eso es legal?

—Por supuesto.

—No lo digas como si estuvieras por encima de la ley para conseguir lo que quieres.

—No lo estoy, pero en este caso no he tenido que hacerlo. La tecnología es increíble. Te llamo para saber cómo te sientes respecto al beso. —Su voz se apaga—. Porque me muero por volver a besarte. Ahora mismo, joder. Vuelve.

—No.

—Bien, iré yo a verte. ¿Dónde estás? —Me cubro los ojos con la mano y me encorvo sobre el escritorio, abrumada por todo—. No dices nada. ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí. No me preguntes por qué. Y no hagas ningún comentario ingenioso.

—De acuerdo. —Hace una pausa—. Entonces, nos limitaremos a respirar el uno al otro durante un rato. Puedo conseguirlo.

—Tonterías. No puedes estar en silencio más de diez segundos seguidos.

—Solo contigo. Con todos las demás, soy del tipo callado y misterioso.

—Por favor… Te olvidas que ya te conocía cuando eras un adolescente y eras el chico más extrovertido de cualquier reunión. Podría considerársete un extrovertido con esteroides.

Se queda callado un momento. Cuando vuelve a hablar, su voz es áspera.

—La gente puede cambiar.

—No, no puede. Solo se vuelve mejor fingiendo. Y deja de intentar ablandarme. No confío en ti ni un ápice, y nunca lo haré.

—¿Cuándo te has vuelto tan cínica?

—Vaya, veamos… Quizá fue la misma semana en que murió mi madre, cuando descubrí que estaba embarazada y el imbécil con el que salía me dijo que abortara y me dio la espalda. Podría ser entonces. Es solo una suposición.

No dice nada durante tanto tiempo que creo que ha colgado. Pero entonces suelta el aire, y sé que sigue al otro lado de la línea.

Me siento triste por mí misma, porque me alegro de que siga ahí.

—Me equivoqué. Fui estúpido, cobarde y cometí un error garrafal. Ahora lo sé. Lo que te hice…, lo que te dije…, es imperdonable. No tengo excusa, salvo que era joven y estúpido. Hay cosas que debería haberte contado, razones por las que… —Hay una tensa pausa—. Si pudiera volver atrás, lo haría mejor. Te merecías que te tratara mejor.

Te lo merecías entonces y te lo mereces ahora.

Cierro los ojos, respiro lentamente y me concentro en liberar el nudo de dolor que tengo en el estómago.

—Bueno. Gracias. No sé qué más decir. Tengo que irme. Estoy en medio de una situación.

—¿Qué tipo de situación?

—Una situación familiar.

Su tono se vuelve más agudo. Con cada frase, su voz se hace más fuerte hasta que casi parece un ladrido.

—¿Tu abuela? ¿Has descubierto algo? ¿Qué está pasando? Cuéntamelo.

—Dios, relájate. Eres como un perro cuando no quiere soltar un hueso.

Me sorprende cuando da un giro completo y se ríe.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Hablemos del beso. ¿Te gustó tanto como a mí? Porque mi polla sigue dura como una roca.

La imagen de su erección sobresaliendo orgullosa de su cremallera desabrochada hace que me ponga roja.

—Te he dicho que tengo novio.

—Entonces, le has engañado al besarme. —Su tono se vuelve desafiante.

—Mierda. Er…, ss…í.

—Joder, Maven. Eres la peor mentirosa de la historia del mundo.

Pierdo los estribos.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para volver a hablar de nuestro trágico romance muerto…

—No ha muerto.

—…porque estoy ocupada lidiando con mi ridícula vida…

—No sería ridícula si me dejaras volver a formar parte de ella.

—… y solo estaré en Solstice unos días…

—No si yo tengo algo que decir al respecto.

—…así que tendrás que disculparme porque voy a colgar ahora. Y no tienes nada que decir al respecto.

—Cerraré la estación de tren para que no puedas irte.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar porque me ha dejado sin palabras.

—También cerraré todas las carreteras, si es necesario.

—Por favor, dime que estás bromeando.

—Dímelo tú, ya que parece que me tienes tan calado. ¿Crees que estoy bromeando?

—No puedes retenerme en este pueblo contra mi voluntad —respondo en tono seco.

—Es curioso… —Parece pensativo—. En realidad, sí que puedo. ¿Quieres saber por qué?

—No lo digas.

—Porque soy Ronan Croft, por eso.

Estoy furiosa, pero una parte delirante de mí también está impresionada por esta muestra de confianza en sí mismo. Lo llamaría arrogancia, pero no lo es. Es un simple hecho: él sabe que puede hacer lo que amenaza con hacer.

Por desgracia, yo también.

—Me marcharé atravesando el bosque.

—¿Con Bea? No sé por qué, pero lo dudo.

—Es increíble que pienses que no eres un villano. ¡Esto es un comportamiento de villano de manual!

—No soy yo quien está fingiendo que mi hija es hija de otra persona —responde con lentitud—. Eso sí que es ser una villana, ¿no

crees?

Me enfado en silencio hasta que se me pasan las ganas de gritar.

—Retiro mi petición de ayuda con mi abuela. No quiero volver a saber nada de ti ni hablar contigo nunca más.

—Lo creería si no hubieras estado gimiendo en mi boca y frotándote desesperadamente contra mí hace menos de media hora.

Mis mejillas enrojecen.

—Disculpa. No me estaba restregando contra ti.

Su voz se convierte en un gruñido ronco.

—Cariño, hace años que no te follan como es debido, y los dos lo sabemos. Ahora deja de ser tan terca y vuelve aquí. Tenemos muchos asuntos pendientes que resolver.

Cuando cuelga, bloqueo su número. Luego me siento con los ojos cerrados, respirando profundamente, deseando no haber vuelto nunca a casa.

El pasado es un lugar oscuro y peligroso, lleno de demonios con rostros de amigos.



18

Maven

De regreso a casa, me detengo en el cementerio

No sé qué me impulsa a hacerlo, pero me encuentro atravesando la puerta arqueada de hierro, pasando entre los muros bajos de piedra de la entrada y bajando por el estrecho camino pavimentado que divide el cementerio en dos. Es un lugar hermoso durante la mayor parte del año, pero ahora, con los árboles desnudos y la hierba marrón, se respira una atmósfera melancólica.

Paseo entre hileras de lápidas de granito de diversos tamaños y formas, algunas de ellas tan antiguas que los nombres se han borrado con el paso del tiempo, hasta llegar a la esquina trasera del cementerio, donde se encuentra la parcela de la familia Blackthorn, detrás de una puerta de hierro oxidada.

A diferencia del resto del cementerio, estas tumbas están cubiertas de color.

Las enredaderas de cacahuete en flor se arrastran por las lápidas. Las ásteres moradas en forma de estrella se mecen con la brisa. Las impatiens naranja crecen desenfrenadas, elevándose por encima de la valla que las sostienen, y un gran arbusto de belladona rodea la base de un tejo cercano. Es un jardín cubierto de maleza, hermoso y

salvaje. En muchos lugares han brotado setas silvestres.

Recojo un puñado de flores silvestres, busco la tumba de mi madre y pongo el brillante ramillete al pie de la lápida de granito blanco en la que están inscritos su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte.

Luego me siento en el suelo profano y entierro mi rostro entre las manos.

—Te echo de menos, mamá. Te quiero. Sin ti, nada es igual. Siento no haber venido a visitarte durante tanto tiempo.

Me quedo allí sentada hasta que el frío me cala hasta los huesos y empiezo a temblar. Entonces me levanto, me seco la cara, me sacudo la falda y voy a la salida.

Cuando veo un zorro rojo y negro tumbado junto al hoyo recién cavado que se suponía que iba a contener el ataúd de mi abuela, me quedo paralizada.

El zorro me mira con intensidad, como si estuviera invadiendo su territorio.

Una inquietante sensación de estar siendo observada se apodera lentamente de mí. El zorro me está mirando, sí, pero siento como si cien pares de ojos invisibles también me estuvieran vigilando desde todas las direcciones.

Escudriño a mi alrededor para confirmar que estoy sola, pero sigo sin poder quitarme de encima la sensación de que no lo estoy. O mi mente me está jugando una mala pasada o estoy detectando una energía invisible.

Hay una presencia que parece sobrenatural.

Asustada, vuelvo a mirar al zorro. Se pone de pie y me mira fijamente.

En sus penetrantes ojos dorados, detecto una inteligencia astuta

que casi parece reconocimiento.

Se me pone piel de gallina por todo el cuerpo. La conciencia me recorre los nervios. Entonces, con un movimiento de su espesa cola, el zorro se adentra en la espesura de las impatiens y desaparece.

Me quedo paralizada, con los pensamientos revueltos y el pulso acelerado. Un cuervo grazna en la distancia, su canto gutural es una advertencia. Un viento frío susurra entre las ramas del tejo. De pronto, una voz monótona a mi espalda susurra mi nombre.

Respiro hondo y me doy la vuelta.

No hay nadie. El cementerio está vacío.



Esa noche, Ronan se queda al otro lado de la verja, fumando y mirando fijamente la casa.

Hace lo mismo la noche siguiente.

La tercera noche, después de asegurarme de que todos están dormidos, salgo a reunirme con él. Me detengo a unos metros de distancia y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

Lo miro de arriba abajo con lo que espero que sea un desdén fulminante.

—Fumar un cigarrillo y planear el asesinato de alguien.

—No estoy tramando un asesinato. Tenía en mente algo mucho más placentero.

Su sonrisa sugerente me enfurece. Me acerco, dejo caer los brazos a los costados y aprieto los puños.

—Vete, Ronan.

—¿Cuántas veces vamos a practicar este ridículo juego? Sé que no

quieres que me vaya.

—Tienes razón. Lo que realmente quiero es atarte a un árbol, destriparte con mis propias manos, alimentar a los lobos con tus entrañas y cortarte la cabeza para empalarla en una estaca y exhibirla por la mañana en la plaza del pueblo como un trofeo.

Su sonrisa es ardiente.

—Qué dulce eres… Sigue así y pensaré que estás enamorada de mí.

Después de un buen rato, aparto la mirada de la suya y contemplo la noche con intensidad. Cruzo de nuevo los brazos sobre el pecho mientras suelto un fuerte suspiro.

—¿Tienes alguna noticia de la abuela? —pregunta aprovechando mi silencio.

—No. ¿Y tú?

—No. Nada.

No sé si es verdad o no. No me extrañaría que me diera información poco a poco, como migas de pan, para llevarme cada vez más cerca de una trampa hasta que me diera cuenta demasiado tarde de que me la ha tendido.

—¿Cómo lo llevas?

La pregunta me pilla desprevenida, al igual que el tono aparentemente genuino de preocupación.

—Estoy… bien.

—Claro que estás bien. Siempre lo estás. Salvo cuando no lo estás.

—He dicho que estoy bien, y lo estoy.

Como sabe que me molesta, me lanza anillos de humo a la cara.

—Es increíble que sigas pensando que no sé nada sobre ti. Que no puedo leer entre líneas. Te conozco, Maven. Quizá mejor de lo que tú te conoces a ti misma.

Agito la mano para disipar el humo.

—Apuesto a que no sabes cuánto tiempo bailaré en tu funeral.

—Tú no quieres que muera.

—Claro que sí. Te odio.

—El amor y el odio no son tan diferentes. El odio solo es más complicado.

—No sé qué esperas que haga aquí —digo frustrada—. Te he dicho que me dejes en paz. Te he dicho que estoy comprometida. Te he dicho, repetidamente, lo mucho que me repugnas y que me das asco.

Él se ríe. Eso me enfurece aún más. Me acerco y le señalo el pecho.

—Escúchame con atención. No quiero tener nada que ver contigo. Quiero fingir que nunca nos conocimos. Y, sobre todo, quiero que te metas en tu dura cabeza que no hay nada entre nosotros.

Da una larga calada al cigarrillo, exhala el humo y tira la colilla al suelo.

—Todo eso es muy interesante. ¿Quieres saber qué es lo que yo quiero?

—Por supuesto que no.

Él se asoma por la verja, me agarra por la parte delantera del abrigo y me atrae hacia él.

—Quiero lo que es mío —gruñe, mirándome fijamente a los ojos.

Aprieta nuestras bocas con fuerza.

Me rindo al beso con un alivio que me avergüenza y se lo devuelvo, igualando su pasión. Nos ahogamos el uno en el otro, separados por unas delgadas barras de hierro y siglos de prejuicios, hasta que lo empujo y doy un paso atrás, jadeando.

Él se agarra a los barrotes, presionando su pecho contra ellos. Su respiración pesada se nubla en el aire frío de la noche.

—No huyas —dice con la voz ronca.

Podría haber hecho lo que me pide, pero como es una orden y no una petición, me veo obligada a rechazarla.

No voy a faltar al respeto a las generaciones de mujeres Blackthorn que me han precedido, cediendo a la voluntad de un hombre exigente.

Vuelvo a casa con los brazos cruzados alrededor del cuerpo, sintiendo su mirada en mi espalda durante todo el camino. Una vez en mi habitación, corro las cortinas de las ventanas para no verlo, aunque sé que sigue de pie en la verja. Me meto bajo las sábanas y me cubro la cabeza con ellas.

Tumbada boca arriba, intento no pensar en Ronan y me concentro en contar hacia atrás desde cien para intentar dormirme.

Me detengo cuando llego a veinticinco y escucho la oscuridad.

Han cesado todos los sonidos. No se oye el batir de las ramas de los árboles al otro lado de la ventana, ni el tictac de los relojes, ni el crujir de las tablas del suelo. El silencio es total.

Hasta que comienzan los susurros.



19

Maven

Empiezan suavemente, una voz inidentificable que atraviesa las paredes. Frunzo el ceño, me aparto las sábanas de la cara y escucho con más atención, pero no consigo distinguir ninguna palabra concreta, solo la cadencia de la voz y el tono, grave y monótono.

Una sensación de pavor y claustrofobia comienza a invadirme, como si las paredes y el techo se estuvieran cerrando sobre mí. El aire se siente denso y cargado de intenciones malévolas.

Vuelvo a taparme la cabeza con las mantas e intento bloquear el murmullo ininteligible, pero mi temor pronto da paso a la irritación.

Aparta las mantas y me levanto. Cruzo hasta la puerta, la abro y salgo al pasillo. Los susurros se interrumpen de forma abrupta. El pasillo está oscuro y en silencio. No se ve ninguna luz por debajo de las puertas, ningún ruido perturba el profundo y antinatural silencio. Lo único que oigo es el latido de mi propio corazón.

Una gota de líquido caliente me cae sobre el empeine del pie descalzo. Algo me hace cosquillas en el labio superior.

Vuelvo al interior, entro en el baño y enciendo la luz. Mi reflejo en el espejo me muestra las rayas rojas que me corren por la barbilla.

¡Joder! Otra vez lo mismo.

Mojo una toalla con agua fría y la uso para limpiarme la sangre de la cara y la parte superior del pie. Luego me aprieto la nariz y me siento en el inodoro hasta que la hemorragia disminuye.

Los susurros no se reanudan. Los pasillos en penumbra de la mansión Blackthorn permanecen en el mismo silencio opresivo.

Me siento desequilibrada e incómoda, con una ligera fiebre. Aunque la luz está encendida, las paredes parecen absorberla, dejando la habitación en penumbra. De repente, es como si estuviera atrapada.

Tengo que salir de la casa.

Me visto lo más rápido que puedo, me pongo unos vaqueros y unas botas, y me enfundo un abrigo de lana gruesa. Me deslizo en silencio por las habitaciones oscuras y busco en la planta baja a ver si puedo encontrar el origen de los susurros, pero no hay nadie despierto.

Salgo por la puerta trasera, con la intención de pasear por el bosque para aclararme las ideas, pero después de dar unos pasos, me encuentro yendo en la dirección opuesta, rodeando el patio lateral hacia la verja.

Diez minutos más tarde, estoy delante de la puerta de Ronan.

Me quedo allí delante mucho tiempo, discutiendo conmigo misma y, en general, echándome un sermón. Finalmente, decido que solo hay una forma de quitarme el picor.

Rascarme.

Justo cuando estoy a punto de llamar, Ronan abre la puerta.

Lleva una toalla blanca de felpa envuelta alrededor de la cintura, nada más. Tiene el pelo mojado. Va descalzo. Está claro que acaba de salir de la ducha.

Este cabrón despiadado está magnífico.

—Has dicho que lamentabas cómo me trataste —digo sin más.

Me mira con unos ojos tan feroces que brillan.

—Sí.

Su voz es áspera. Está claro que le molesta que haya aparecido en su puerta en mitad de la noche. También es evidente que se está conteniendo para no agarrarme y arrastrarme al interior.

El hecho de haberlo pillado desprevenido me hace respirar un poco más tranquila. Es muy raro que yo tenga la sartén por el mango.

—Has dicho que me merecía algo mejor.

—Sí.

—Has dicho que te habías equivocado.

—Sí.

Suspiro profundamente.

—Entonces. Vale.

Me mira con intensidad, en toda su gloria semidesnuda, mientras se le mueve un músculo de la mandíbula.

—¿Qué significa eso? ¿Que aceptas que seamos amigos?

—Prefiero que me atropelle un autobús. Pero estoy dispuesta a follar por odio si tú también lo estás.

Sus ojos brillan todavía más. Se lame los labios.

—¿Y tu prometido? —gruñe.

Le lanzo una mirada asesina.

—Sabes que las Blackthorn no se comprometen. Tenía una relación, pero la rompí antes de venir aquí. ¿Alguna otra pregunta inteligente que quieras hacerme antes de que cambie de opinión?

Me agarra y me empuja hacia el interior, luego se apodera de mi boca y me besa con voracidad.

—Mañana volveremos a ser enemigos —le advierto separándome

un poco—. Esto es solo algo puntual. ¿Entendido?

Ignorándome, se quita la toalla y la lanza a un lado. Esboza una sonrisa diabólica cuando me quedo boquiabierta ante su erección.

Me levanta en el aire, cierra la puerta con una patada y recorre el pasillo hacia su dormitorio.



20

Maven

Me arrepiento desde lo más hondo antes incluso de llegar a la mitad del pasillo. La sonrisa de victoria que luce es directamente obscena.

—Por favor, deja de regodearte. Se me está revolviendo el estómago.

—Te olvidarás de esa indigestión en unos minutos. ¿Todavía te gusta que te mordisqueen los pezones?

Con la cara roja, me muerdo el interior de la mejilla entre sudores.

—Lo tomaré como un sí. Pero tendrás que ser más explícita, nena. Esto no es un juego de adivinanzas. Quiero saber exactamente lo que te gusta.

—No me llames «nena».

—¿Por qué?

—No soy una niña pequeña. Soy una adulta, por si no te has dado cuenta.

—Oh, sí que me he dado cuenta. Ya me están empezando a doler los brazos.

Cuando lo miro con el ceño fruncido, su sonrisa deslumbrante se hace aún más grande.

—Joder, me encanta cuando me lanzas esas miradas asesinas.

—Diría que me encanta cuando te quedas callado, pero como eso no ha pasado nunca…

Entramos en el dormitorio. Es tan cavernoso y frugal como el resto de la casa, con tonos beige y negros compitiendo por el dominio.

—Te preguntaría si eres alérgico al color, pero realmente no me importa.

—Es hora de dejar de lanzar cuchillos y ser amable conmigo.

Me lanza de espaldas sobre la cama y se queda contemplándome con los ojos ardientes. Me cubro la cara con las manos y lo miro a través de mis dedos, mientras hiperventilo, terriblemente cohibida.

Su cuerpo es espectacular.

Tiene la piel dorada, los músculos marcados y unas proporciones excelentes con extremidades poderosas. Un escaso vello oscuro resalta la amplitud de su pecho y se reduce en una fina línea cuando pasa a su abdomen plano.

Veo tatuajes que antes no tenía, gruesas bandas que rodean ambos tobillos y muñecas. Son de un diseño inusual, con patrones y glifos no euclidianos que parecen cambiar sutilmente cuando se mueve.

Dejo de mirarlos para fijarme en su erección que, gruesa y venosa, sobresale entre sus piernas como si estuviera orgullosa de sí misma. Y debería estarlo. Si hubiera un premio al mejor pene, el suyo ganaría.

Científicamente hablando, es un espécimen perfecto de anatomía humana.

Ojalá su personalidad no fuera tan repugnante.

Se arrastra sobre mí avanzando sobre las manos y las rodillas y me mira a la cara.

—Mueve las manos.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Me estoy escondiendo.

—Tengo una venda para los ojos, ¿la quieres?

Extiendo los brazos a los lados y lo miro con ira.

—Intenta ponérmela y te desangrarás sobre esa estúpida alfombra monocromática.

Sonriendo, se ríe entre dientes.

—No lo creo.

Cierro los ojos y gimo.

—Sabía que esto era una mala idea.

Baja la cabeza.

—No, pequeña bruja —me susurra al oído—. Esta es la mejor idea que has tenido nunca.

Cuando siento su cálida boca en mi cuello, me estremezco y reprimo un gemido. Me muerde esa zona, luego empieza a chuparla, y ya no puedo contener más el sonido.

Se apoya en los codos, me acuna la cabeza y me besa el cuello hasta llegar al hueco de la garganta. Hunde la lengua en él y se ríe cuando vuelvo a estremecerme.

—Cállate.

—Sí, señora.

Su tono burlón indica que los dos sabemos quién manda aquí, y no soy yo.

Deslizo las manos por su cabello y le recoloco la cabeza para poder besarlo. Él responde con un grave murmullo de placer que sale de lo más profundo de su garganta y baja su cuerpo hacia el mío. Me presiona con su peso contra el colchón y noto su erección entre mis piernas abiertas, nos besamos hasta que me mareo y me retuerzo debajo de él.

Separa la boca y me muerde el pezón erecto a través de la camiseta.

—No llevas sujetador —gruñe, eufórico—. ¿Bragas?

Cuando gimo, vuelve a morderme el pezón con la fuerza precisa para que me duela. El placer me hace arquearme hacia su boca y estremecerme.

—Descúbrelo tú mismo —lo invito sin aliento, sintiendo cómo me late el pulso en cada parte de mi cuerpo.

Él acepta el reto. Me sube la camiseta y me lame el vientre hasta llegar al botón de mis vaqueros. Desliza la nariz debajo de la cinturilla antes de desabrochar el botón y baja la cremallera con los dientes.

Inclina la cabeza a un lado e inhala profundamente el aroma de mi piel.

Emite un sonido parecido al gruñido de un animal, un rugido grave que resuena en su pecho y en mi pelvis. Se me pone la piel de gallina y siento un cosquilleo en los pezones. Me cuesta respirar.

Cuando me baja los vaqueros por las caderas, jadeo sorprendida. No tengo ni un segundo para recuperarme antes de que hunda la cara entre mis piernas y empiece a lamerme.

Más bien, a devorarme. Con voracidad, como si fuera su última comida.

Me sujeta el trasero con las manos mientras me lame el clítoris hinchado hasta hacerme gemir. Entonces empiezo a retorcerme, moviendo las caderas contra su cara. Cuando desliza un dedo dentro de mí, hundo las manos en la espesa suavidad de su cabello. Añade otro y yo lanzo un grito impotente de placer.

—Nunca he tenido esto antes —gruñe, deslizando sus gruesos dedos dentro y fuera—. Mi boca en tu dulce coño. He soñado con

ello durante años.

Se me entrecorta la respiración. Una sensación dolorosa se expande dentro de mi pecho. Separo más las piernas y muevo más rápido las caderas contra su boca, luchando contra la oleada de emoción que crece dentro de mí.

Me succiona el clítoris y se estira para pellizcarme el pezón duro. Me estremezco y tiemblo, gritando su nombre. Él emite un ronroneo, animándome, tirando de mi pezón mientras gira su hábil lengua una y otra vez.

Alcanzo el clímax contra su boca, y hundo las uñas en su cuero cabelludo mientras grito.

En el exterior, un trueno retumba en el cielo, haciendo vibrar las ventanas. Un relámpago ilumina brevemente la habitación. Entonces, empieza a llover. La lluvia golpea la habitación con un sonido similar al de una ráfaga de balas.

Mientras me retuerzo y me sacudo contra el colchón, él continúa su dulce tortura con los labios y la lengua hasta que me convierto en un manojo de nervios, con los miembros temblorosos y la respiración entrecortada. Trato desesperadamente de apartar con los párpados las lágrimas que se me acumulan en el rabillo de los ojos.

No se suponía que fuera a ser así.

Se suponía que no debía sentir nada. Se suponía que esto solo iba a aliviar una picazón que no podía quitarme, nada más.

Pero, al parecer, mi corazón de diecisiete años tiene una memoria larga y persistente, porque estoy envuelta en todo tipo de emociones que no había sentido en años.

Vulnerable. Desconcertada. Asustada.

Ronan se sienta y me quita las botas. Las lanza a un lado y me despoja de los vaqueros. También los tira al suelo y luego se deshace

del resto de mi ropa hasta dejarme desnuda.

Se coloca entre mis muslos y me besa en profundidad. Su piel es suave y ardiente. El peso de su cuerpo resulta delicioso. El vello fino de su piel me hace cosquillas en los pezones cuando envuelvo mis brazos alrededor de su espalda.

Suspiro.

—Si necesitas decirme que estás locamente enamorada de mí, no pasa nada —me dice al oído.

—Tendrás suerte si sales vivo de esta habitación.

Reprime la risa contra mi cuello mientras mete la mano entre sus piernas para agarrar su erección, que luego desliza entre mis muslos.

—¿Preparada?

—Dios mío. Para cuando terminemos, tendré cien años. ¡Hazlo de una vez!

Se introduce dentro de mí con un poderoso empuje de sus caderas.

Arqueo la espalda y, jadeando de placer, le clavo las uñas en la espalda. Su risa suena llena de euforia.

Me folla con embestidas cortas y fuertes hasta que empiezo a gemir y a suplicarle de forma incoherente que no pare. Se detiene, por supuesto, porque hacer lo contrario a lo que le digo es prácticamente su especialidad. Se da la vuelta, se tumba boca arriba, me agarra las caderas con las manos y me mira con los ojos brillantes mientras su pecho sube y baja con rapidez.

—Deshaz esa maldita trenza.

Su voz es grave. Sus fosas nasales están dilatadas. Se lame los labios como un animal a punto de devorar su cena.

Respirando con dificultad, sonrío porque está indefenso.

—Solo porque lo has pedido amablemente.

Me observa con una intensidad abrasadora mientras suelto la

goma elástica del extremo de la trenza. Me tomo mi tiempo para desenredarme el pelo porque sé que la espera le está volviendo loco. Cuando por fin lo tengo suelto, hundo los dedos en los mechones y sacudo la cabeza, dejando que la melena caiga sobre mis hombros y mi espalda.

Me mira en silencio, recorriendo lentamente mi cuerpo con la mirada, deteniéndose en mis pechos y bajando luego a mi vientre. Me aprieta las caderas de nuevo, frotándome contra su pelvis.

—Eres tan hermosa… —susurra con voz ronca—. Maldita sea, Maven, mírate.

La adoración que transmite su voz me oprime el pecho. Trago saliva y niego con la cabeza mientras aprieto un dedo contra sus labios para que se calle.

Si sigue hablando así, podría hacer algo imperdonable, y preferiría tirarme al océano para que me comieran viva los tiburones antes que llorar delante de mi peor enemigo.

Aunque «enemigos» ya no es la palabra adecuada para describir lo que somos. Quizá nunca lo fue. A lo mejor solo quería que lo fuera para sentirme protegida, cuando en realidad nunca ha existido ninguna protección contra él.

Siempre ha sido la serpiente que me tentaba con la manzana, y yo siempre he sido Eva.

Nuestra historia no tiene un final feliz. No puede tenerlo. Nuestro destino estaba escrito en las estrellas mucho antes de que naciéramos.

—Deja de pensar —me ordena, y luego se arquea hacia mí, haciendo que mis pechos reboten.

Apoyo la mano sobre su pecho y lo empujo hacia abajo.

—Deja de darme órdenes. Renunciaste al control cuando abriste la

puerta.

Antes de que pueda discutir, empiezo a cabalgarlo con fuerza, rebotando arriba y abajo sobre su erección hasta que ambos gemimos sudorosos. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos para no tener que ver lo guapo que es con la mandíbula relajada y los ojos entrecerrados, con todos los músculos del estómago tensos.

Cuando suelto un gemido gutural y me estremezco, él se incorpora bruscamente y me envuelve en sus brazos.

—¿Vas a correrte otra vez?

—No si sigues distrayéndome con tanta charla.

—Estás jodidamente empapada —me susurra al oído respirando con dificultad.

—Debería haber traído una mordaza.

—Puedes ponerme una mordaza si me dejas atarte.

—Ni lo sueñes, guapo.

—Exacto.

Baja la cabeza y chupa con fuerza mi pezón. Nos balanceamos el uno contra el otro con mis brazos rodeando sus hombros y mis piernas abiertas alrededor de sus caderas hasta que la cabecera golpea contra la pared y la habitación se llena de sonidos de placer.

Cuando me muerde el pezón, el orgasmo me golpea como una explosión.

—Oh, joder, sí, nena. Di mi nombre —gruñe exultante.

Lo hago una y otra vez, sollozando mientras me arqueo y grito al techo. Me siento aturdida por el placer, empalada en su polla y envuelta en su aroma, incapaz de detener la enorme oleada de emociones que me invade.

Mientras sigo convulsionando, me da la vuelta, me pone boca abajo, me arrastra hasta ponerme de rodillas y vuelve a penetrarme

desde atrás. Luego me sujeta las caderas con un gruñido.

Cierro los ojos y entierro la cara en el edredón. Él alcanza el clímax con un grito y todo su cuerpo se sacude mientras me clava los dedos en la carne con gemidos entrecortados.

Por fin, se inclina y descansa la frente ardiente entre mis omóplatos.

Permanecemos así durante un buen rato, respirando con dificultad entre temblores, escuchando el aullar del viento entre los árboles del exterior. Al cabo de un rato, se mueve y me da un suave beso en la columna. Luego se retira y me abraza, curvándose a mi alrededor para que quedemos tumbados de lado, acurrucados uno detrás del otro. Nos cubre con el edredón y me arropa.

Me alegro de estar de espaldas a él, porque la dulce estela de besos que me deja en el hombro y el cuello hace que me duela el alma.

—¿Estás bien?

Su cálido aliento me agita el pelo en la nuca cuando habla.

Cierro los ojos con un profundo suspiro.

—Solo has aguantado treinta segundos sin hablar. Sin duda, es un récord personal.

Su pecho se sacude con una risa silenciosa. Luego, sus labios vuelven a encontrar mi piel, explorando el sensible espacio debajo de mi oreja.

—Solo quería asegurarme de que no estuvieras buscando el picahielo que tenías escondido en la melena.

—Lo estaba haciendo, pero te estaba dando un segundo para que recuperaras el aliento antes de apuñalarte con él.

—Querías que me recuperara por completo antes de matarme, ¿eh?

—Sí. Quiero que duela. —Después de un momento, me pongo

seria—. Esto no puede volver a pasar. Lo sabes, ¿verdad?

Tarda mucho en decir algo. Yace tenso y en silencio detrás de mí, con el cuerpo vibrando de energía.

—No sé nada, solo que me alegro de que estés aquí. Dejemos todas las demás tonterías para mañana. Podemos disfrutar de esta noche sin tener que averiguar qué significa todo esto ahora mismo.

Cierro los ojos y dejo que me abrace hasta que su respiración se ralentiza y se hace más profunda y los brazos alrededor de mí se relajan.

Luego, me levanto con cuidado y me visto, aunque miro hacia atrás solo una vez para grabar en mi mente la imagen de él durmiendo antes de salir en silencio.



21

Maven

El viernes, seguimos sin saber qué ha pasado con el cuerpo de la abuela, así que vuelvo a llamar al trabajo y les digo que necesito otra semana libre. Las vacaciones de otoño de Bea en el colegio ya han terminado, así que le pido a su profesora que me envíe el plan de estudios para la semana que viene, alegando una emergencia familiar.

No sé qué haré si para entonces no hemos encontrado a la abuela, pero lo que sí tengo claro es que no quiero irme de Solstice todavía.

Me atormentan demasiadas preguntas sin respuesta. Demasiados sucesos extraños que no encajan.

Además, en medio de una noche de insomnio, me di cuenta de que podría haber una explicación muy simple para todos los extraños accidentes que sufrieron mis antepasadas.

Quizá nuestra familia ha sido blanco de ataques.

Quizá los habitantes del pueblo han decidido deshacerse de nosotras de formas más sutiles y creativas que ahorcándonos.

Y tal vez los Croft estén involucrados.

El problema es que no puedo demostrarlo. Como no autorizamos las autopsias de los miembros de la familia, no hay pruebas físicas de

juego sucio. Eso sin duda ayudaría a cualquiera que quisiera conseguir que un asesinato pareciera un accidente.

El sábado por la mañana, cuando me levanto, me miro en el espejo del baño. Me ha crecido medio centímetro de pelo rojo en la raíz del cuero cabelludo. Tendré que ir a comprar tinte.

Me suena el móvil mientras me visto. Es Ezra. Suelto el calcetín que me estoy poniendo y miro la pantalla mientras me planteo si debería contestar.

Decido que no tengo el estado de ánimo adecuado para soportar una tesis sobre mis defectos como pareja, así que dejo que salte el buzón de voz, termino de vestirme y bajo a la cocina, donde encuentro a Bea y a mis tías desayunando.

—Bea, ¿quieres venir conmigo al pueblo hoy?

—Vale.

—¿Y vosotras?

Mis tías niegan con la cabeza.

—Va a venir un manitas a echar un vistazo a la caldera —dice Esme—. Pero, si no te importa, necesitamos algunas cosas y me gustaría las que compraras mientras estás fuera.

Después del desayuno, Q nos lleva a Bea y a mí al centro. Para delante de la perfumería para que pueda comprar una caja de tinte para el pelo y luego nos acerca al supermercado, donde vamos a adquirir los artículos que hay en la lista que Davina me dio antes de salir.

Cuando estamos en el pasillo de las frutas y verduras, veo a Ronan mirando los tomates. Se me revuelve el estómago. Agarro a Bea de la mano mientras intento no ceder al pánico y me doy la vuelta.

—Venga, cariño. Vámonos.

—¿Ya hemos terminado? ¿No necesitamos nada más?

—No me encuentro bien.

Corro hacia la caja y vacío la cesta lo más rápido que puedo en la cinta transportadora. Mis manos temblorosas no ayudan a la tarea, por lo que Bea se ve obligada a recoger la bolsa de apio que se ha caído al suelo y luego se gira para perseguir una cebolla rebelde que rueda hacia atrás por el pasillo principal.

Pero alguien la alcanza antes.

Ronan recoge la cebolla y se endereza. Me mira. Mira a Bea. Luego lanza la cebolla al aire, la atrapa de nuevo y la sostiene en la mano.

—Hola. Creo que se te ha caído esto.

—Gracias. —Bea acepta la cebolla, pero no se vuelve hacia mí.

No puedo ver su cara, pero sé que está observando a Ronan. Y por la forma en que inclina la cabeza, sé que siente curiosidad por él.

—Vamos, cariño. Tenemos prisa.

—¿Te conozco? —le pregunta Bea a Ronan, haciendo que casi me desmaye.

—No, pero conozco a tu madre. Somos viejos amigos. Soy Ronan. —Le tiende la mano.

Bea se la estrecha como lo haría un político, con un cordial apretón.

—Hola, Ronan. Encantada de conocerte.

—Un placer, Bea. —Levanta la mirada hacia mí y clava en mí sus ojos ardientes—. Encantado.

Esbozo una sonrisa llena de confianza.

—Cariño, ¿por qué no pagas en la caja? Aquí tienes la cartera.

Ella se da la vuelta y espera pacientemente a que rebusque en mi bolso.

Luego coge la cartera y se coloca delante de mí en la caja, donde la dependienta está a punto de cobrarnos.

Ronan se acerca con los labios fruncidos.

Levanto una mano y pronuncio «No» con la boca.

Su mirada ardiente se clava en Bea. Me muevo para apartarla de su vista.

Ese sonido grave que emana de su pecho me pone los pelos de punta, pero me niego a dar un paso a un lado. Tras un momento insoportable de tensión en el que nos miramos con intensidad, se inclina hacia mí y me habla en voz baja para que solo yo pueda oírlo.

—Desbloquea mi número ahora mismo.

—¿O qué?

—O todos los que estén al alcance de mi voz sabrán que soy su padre.

Conmocionada por lo cruel que sería eso para Bea si realmente lo hiciera, tomo aire bruscamente.

—No te atrevas. No eres su padre.

—La próxima vez que me mientas, no te gustarán las consecuencias. Coge el teléfono y desbloquéame.

Da un paso atrás mientras me mira fijamente, impasible ante la expresión furiosa de mi rostro.

Hirviendo de rabia, busco su número de teléfono y toco la pantalla varias veces.

—¿Satisfecho?

—Déjame ver.

Le enseño la pantalla, apretando los dientes.

—Bien. Te llamaré dentro de dos minutos. Más te vale contestar.

—¡No puedo hablar contigo ahora mismo!

—Apáñatelas, porque no era una petición. —Da media vuelta y se marcha.

Enfadada y frustrada, me vuelvo hacia la cajera. Bea le está contando alegremente todo lo que sabe sobre el caso Night Stalker, el

asesino en serie que cazaba y torturaba a sus víctimas en Los Ángeles en los años ochenta.

La cojo de la mano, agarro la bolsa de la compra y salgo deprisa de la tienda con ella a cuestas. Vamos hasta donde está el Caddy en el aparcamiento. Abro la puerta trasera, la dejo subir, pongo la bolsa y mi bolso en el asiento junto a ella y le digo a Q que la lleve de vuelta a casa porque necesito tomar el aire.

Evito su mirada en el espejo retrovisor, cierro la puerta y los veo alejarse.

Cuando suena mi móvil, contesto sin pensármelo.

—¿Qué quieres, Ronan?

—Ven a la parte de atrás del supermercado.

Me giro y miro hacia allí.

—¿Por qué?

—Tenemos que hablar. Atraviesa la cortina de plástico que hay junto al mostrador.

Cuelga antes de que pueda discutir. Llena de temor, vuelvo a entrar en el supermercado, voy hasta la cortina de plástico y la traspaso para llegar a una trastienda llena hasta arriba de cajas de refrescos, agua y comida envasada.

Ronan está apoyado contra la pared a mi derecha, esperándome. Sin decir nada, me agarra del brazo y me arrastra por el pasillo hasta una puerta donde se puede leer el letrero: «Sala de empleados». La abre, me empuja para que entre, y luego la cierra dando un portazo y la bloquea.

Parece absolutamente poseído por la ira.

Se sube las mangas de su jersey negro de cachemira hasta los musculosos antebrazos y da una vuelta lentamente a mi alrededor, como un depredador acechando a su presa. Me niego a dejarme

intimidar y me quedo de pie con los brazos cruzados sobre el pecho hasta que vuelve a ponerse delante de mí, intentando con todas sus fuerzas reducirme a cenizas con la mirada.

Aunque su energía es feroz, controla su voz.

—Me abandonaste la otra noche.

—Estabas dormido.

—Sí. Y cuando me desperté, te habías ido.

—Las fiestas de pijamas nunca han sido lo nuestro.

Nuestras miradas chocan y la electricidad crepita entre nosotros. Casi puedo sentir los átomos de oxígeno vibrando en el aire, sobrecargados de animosidad.

—¿Cómo sabías que había bloqueado tu número?

—De la misma forma que sé hacerte llegar al orgasmo.

Ignorando el leve calor que me sube a las mejillas, levanto la barbilla y finjo indiferencia.

—Porque crees que me conoces.

—Exacto.

—Pero no es así. ¿Por qué estamos hablando en la trastienda del supermercado?

—Porque soy el dueño.

Sorprendida, miro a mi alrededor.

—Debería haberlo adivinado por la falta de color y de muebles cómodos. ¿Tu decorador de interiores pasó mucho tiempo en una prisión escandinava?

—He llamado al doctor Lattman.

Miro a Ronan horrorizada.

—¿Que tú… qué?

Sonriendo con tristeza, asiente con la cabeza.

—Ya sabes, el hombre que dices que es el padre de Bea. Ese tipo y

yo tuvimos una larga y agradable charla.

Mi boca se ha convertido en el desierto del Sáhara. Podría estar mintiendo, pero no lo creo. Parece demasiado orgulloso de sí mismo.

—¿No tienes nada que decir? ¿Ninguna respuesta ingeniosa?

Contesto con una calma que no siento.

—Si tienes alguna pregunta, te responderé. De lo contrario, no me interesan tus juegos.

Ronan se acerca.

—Oh, esto no es un juego, nena —dice en voz baja—. De hecho, es lo más alejado que puedas imaginar a un juego.

Doy un paso atrás y sigo retrocediendo porque él sigue avanzando. Mi trasero choca contra el borde de un escritorio y pierdo el equilibrio.

Ronan extiende las manos y me sujeta, agarrándome ambos brazos. Levanto las palmas y las aplano sobre su pecho, tratando de empujarlo. Algo totalmente ineficaz. Es como intentar mover una roca.

—Es mi hija, Maven —gruñe—. Quiero conocerla. Quiero formar parte de su vida. Sé que es mía.

—No sabes nada.

—Tu doctor Lattman tampoco sabe que tiene una hija.

—Como si fuera a revelar algo tan personal a un completo desconocido por teléfono.

—Entonces, ¿también es un mentiroso? —se burla.

—Si alguien te llamara de improviso y te dijera: «Hola, tú no me conoces, pero me preguntaba si podrías aclararme un montón de detalles íntimos sobre tu familia», ¿cómo reaccionarías?

—No muy bien.

—Exacto.

—Salvo si la persona que me llama se estuviera haciendo pasar por el director del colegio de mi hija para decirme que ha tenido un accidente terrible, entonces quizá sería más comunicativo.

Mi corazón se acelera y luego se detiene.

—No has hecho eso…

—Oh, claro que lo he hecho. ¿Y sabes qué me dijo el buen doctor Lattman? Me dijo que había un error. Que él no tiene ninguna hija.

Haciendo acopio de toda mi determinación, mantengo la voz firme y la expresión tranquila, aunque por dentro estoy entrando en pánico.

—No le dije nunca que estaba embarazada. Solo salimos juntos dos meses antes de romper. Y ya sabes que las Blackthorn no sentimos mucho interés por los padres de nuestros vástagos. Eso es todo.

Su mirada inquisitiva recorre mi rostro. Luego suelta un breve suspiro de asombro.

—Debería lavarte esa boca mentirosa con jabón.

—Inténtalo y acabarás perdiendo algunos apéndices importantes.

—¿De verdad me odias tanto como para privarme de mi propia sangre?

—¿La sangre que tú habrías negado en primer lugar?

—¡Tenía diecisiete años!

—Yo también. Solo era una chica enamorada de un chico egoísta y sin corazón que no quería que lo vieran en público con ella.

—Nunca dije que no quisiera…

Se interrumpe de golpe para mirarme con el ceño fruncido y una extraña expresión en el rostro. Al principio creo que es confusión, pero luego me doy cuenta de que es peor. Mucho peor.

Es comprensión.

Me sujeta la mandíbula con fuerza para que no pueda apartar la

vista.

—Estabas enamorada de mí.

Ya habría sido malo que fuera una pregunta, pero no lo es.

Es una afirmación. Puedo verlo en sus ojos, en la forma en que los engranajes de su cerebro dan vueltas frenéticamente, repasando cada interacción que hemos tenido y viéndolas bajo una luz completamente nueva.

—Estabas enamorada de mí.

El nudo en mi garganta es demasiado grande como para poder hablar, así que me muerdo la lengua y me quedo en silencio.

—Pensaba que me odiabas. Pensaba que te avergonzaba que te vieran conmigo. Pero estabas enamorada de mí. Me querías. Me amabas.

—¡Deja de decir eso! No importa.

—Es lo único que importa.

Lo miro desafiante.

—¿Por qué?

—Porque si me amaste una vez, puedes volver a hacerlo.

—Nunca volveré a quererte. No siento nada por ti; solo repugnancia.

Sus ojos arden. Aprieta la mandíbula.

—Eres la peor mentirosa de la historia —gruñe.

No puedo responder porque me cubre la boca con la suya.



22

Maven

No sé qué tipo de droga usa este hombre como enjuague bucal, pero es potente. En el momento en que nuestros labios se tocan, la parte lógica de mi cerebro se apaga en un repentino ataque de narcolepsia, y todas mis terminaciones nerviosas se despiertan y estallan en llamas.

Le devuelvo el beso con total abandono, rodeándole la cintura con los brazos. Él frota su erección contra mi pelvis. Estamos perdidos el uno en el otro hasta que alguien intenta abrir la puerta, entonces nos separamos bruscamente, respirando con dificultad.

El sonido de los golpes resuena en la habitación.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —dice luego una voz masculina en tono vacilante.

—¡Déjame en paz! —grita Ronan girando la cabeza.

Satisfecho con el silencio alcanzado, se vuelve hacia mí.

—¿Por dónde íbamos?

—Fingíamos que nos gustamos. Debería irme ya.

Él baja la cabeza y me mordisquea la comisura de los labios mientras flexiona las caderas contra las mías.

—No, no deberías.

—Sí, debería, o acabaremos manchando este escritorio.

—Eso es justo lo que estaba pensando. ¿Llevas bragas debajo del vestido?

Sube una mano por mi muslo, arrugándome la falda. Cuando sus dedos encuentran la estrecha tira de algodón alrededor de mi cadera, chasquea la lengua decepcionado.

—No salgo a hacer recados sin ropa interior.

—Qué pena… —dice en un susurro ronco, acariciándome el cuello con la nariz—. Aunque eso no importa.

Desliza los dedos bajo la tela y empieza a acariciarme.

Debería detenerlo. Sé que debería. Esto es una idiotez, una imprudencia y tiene todas las papeletas para acabar en desastre, pero mi cerebro ha abdicado del trono y mis hormonas están al mando, y las muy cabronas no hacen prisioneros.

Cuando hunde un dedo profundamente dentro de mí, le clavo las uñas en la espalda, separo más las piernas y lanzo un gemido.

Él me muerde el cuello mientras mueve su dedo dentro y fuera de mí. A continuación, alargo la mano entre nuestras piernas y aprieto su erección por encima de los pantalones.

En cuanto lo toco, es como si hubiera pulsado un interruptor. Nuestros besos se vuelven frenéticos y voraces. Nuestros cuerpos se tensan uno contra el otro. Nuestros corazones laten al unísono dentro de nuestros pechos. No puedo saciarme de él, ni él de mí, y al diablo con la lógica.

Vamos a hacerlo.

Le desabrocho el cinturón y la cremallera mientras él devora mi boca y me penetra con los dedos. En cuanto su erección queda libre de la ropa, envuelvo la mano alrededor de su grueso miembro y le miro a los ojos.

—Una última vez —le advierto sin aliento—. Y solo por los viejos tiempos.

Su risa es ronca y burlona.

—Claro, nena. Lo que tú digas. —Saca su dedo de mi interior y me agarra el culo con ambas manos, luego, mientras yo aparto las bragas a un lado, se hunde dentro de mí, enterrándose en una sola y poderosa embestida.

Un gemido gutural de placer brota de lo más profundo de su pecho. Luego me besa con intensidad, su lengua se introduce de forma posesiva en mi boca mientras sus caderas marcan un ritmo de embestidas profundas y fuertes.

Me folla sobre el escritorio mientras yo me aferro a sus hombros y finjo que esto no significa nada.

Todo es rápido y frenético. Yo alcanzo el clímax primero, arqueándome y jadeando contra él mientras susurro su nombre entre dientes. El movimiento de sus caderas vacila, luego gime en mi boca y se vacía dentro de mí.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato. Los únicos sonidos en la habitación son el zumbido de las luces fluorescentes del techo y nuestra respiración entrecortada. Me rodea con los brazos, me atrae hacia él y me abraza con fuerza, hundiendo el rostro en mi cabello.

Me pregunto si él siente lo mismo que yo, como si la gravedad hubiera dejado de funcionar y estuviéramos flotando solos en algún lugar del espacio.

Entonces, como es Ronan Croft, rompe el encantador hechizo en el que estamos sumidos diciendo algo horrible.

—Si no me dejas ser parte de la vida de Bea, te llevaré a los tribunales.

Lo empujo, me bajo del escritorio y me recoloco el vestido. Mientras él se vuelve a abrochar los pantalones y se sube la cremallera, mi corazón se recubre de escamas de acero.

No recuerdo la última vez que me sentí tan decepcionada conmigo misma. Enderezo los hombros e intento parecer tan digna como puede parecer alguien a quien acaban de follar en un escritorio desvencijado en la sala de empleados del supermercado de un pueblo.

—Me voy. No me vuelvas a llamar. Y no te vuelvas a quedar delante de la verja. Te estás convirtiendo en una molestia. Adiós, Ronan.

Salgo de la habitación con la nariz en alto.

Cinco segundos después, recibo un mensaje de texto en mi teléfono.

«Te guste o no, es mía. Y tú también».



Vuelvo rápidamente a casa, llena de frustración y con un montón de preguntas sin respuesta. Pienso en acudir a la policía, pero probablemente tengan los mismos prejuicios contra nosotras que el resto del pueblo.

Lo que necesitamos es la ayuda de alguien de fuera. Alguien a quien pueda enseñarle todas las pruebas y obtener a cambio una opinión experta.

En cuanto atravieso la puerta, subo corriendo las escaleras hasta mi habitación para evitar ver a nadie. Me echo agua fría en la cara, me cambio la empapada ropa interior y me siento en el escritorio con el portátil.

La búsqueda de investigadores privados en Vermont arroja

millones de resultados, así que concentro la búsqueda en la ciudad más grande del estado, Burlington. Encuentro algunas empresas prometedoras entre los resultados. La mejor cuenta con antiguos miembros de los servicios de inteligencia militar de agencias gubernamentales como la CIA y el FBI.

Parecen personas capaces de encontrar un cadáver desaparecido, así que llamo al número indicado.

La mujer que responde me pide mi nombre y una breve descripción de lo que necesito, y luego me dice que espere. Cuando vuelven a contestar, es un hombre con voz ronca y actitud seria.

—Hola, señorita Blackthorn. Soy Cole Walker. Entiendo que necesita mi ayuda.

Ya confío en este tipo. Parece que podría dirigir países enteros sin sudar ni una gota.

—Hola, señor Walker. Sí, necesito su ayuda para encontrar a mi abuela.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

—Desde el día en que debía ser enterrada.

La pausa es breve, pero significativa.

—¿Su abuela ha fallecido?

—Sí, señor.

—Pensaba que se trataba de un caso de persona desaparecida.

—Lo es. El hecho de que esté muerta no significa que no sea una persona. —Otra pausa. Me imagino que se estará preguntando por qué no se jubiló hace años, como le dijo su esposa.

—¿Por qué no me cuenta qué está pasando, señorita Blackthorn, y veré si puedo ayudarla?

Me lanzo a una larga y detallada descripción no solo del misterio del paradero de la abuela, sino también de la extraña historia de las

muertes accidentales de mis antepasadas, las circunstancias cuestionables del fallecimiento de mi madre y mi reciente roce con la muerte por la caída del trozo de una fachada de cemento.

Cuando termino, se produce un largo silencio.

—Retrocedamos de momento hasta tu abuela. ¿Dice que sacaron su cuerpo por una ventana de la funeraria?

—Sí. Ah, y estaba desnuda. Se me había olvidado esa parte.

—Estaba… desnuda.

—Lo sé. Yo tampoco podía creerlo. Hay gente realmente enferma en este mundo.

Sus pausas son cada vez más largas.

—Alguien ha robado el cadáver desnudo de su abuela por una ventana. Y dejó toda su ropa doblada cuidadosamente fuera, en el suelo.

—Así es.

—¿Ha visto las imágenes de seguridad de la funeraria?

—Según el propietario, no había nada inusual en las cintas, aunque la cámara de la fachada del edificio donde estaba la sala de velatorio de mi abuela no funcionaba, por lo que no se grabó nada en desde allí.

Él se ríe entre dientes.

—Qué conveniente.

—¡Eso es exactamente lo que dije yo!

—Muy bien, señorita Blackthorn. Este es un caso interesante.

—Entonces, ¿me ayudará?

—Estaré encantado de ayudarla.

Me explica a grandes rasgos cómo funciona su proceso y luego me indica un precio por hora que me parece razonable. Acepto y me dice que me enviará un contrato electrónico para que lo firme y que

empezará a trabajar tan pronto como reciba el anticipo.

Hablamos un rato más hasta que menciono el nombre del pueblo. Eso hace que la conversación se detenga en seco.

—¿Es en Solstice? —repite con renuencia, como si el simple hecho de pronunciar la palabra fuera a invocar a los espíritus malignos.

—Sí. ¿Por qué?

—¿El hogar de la familia Croft, de Croft Pharmaceuticals, ese Solstice?

Cierro los ojos y suspiro con resignación.

—No me diga que era compañero de fraternidad en la universidad de Elijah.

—No, señorita, no lo era, pero esa familia tiene mala reputación. La mayoría de los agentes de la ley que conozco preferirían luchar contra un oso pardo antes que enfrentarse a un Croft.

No hace falta que pregunte por qué. Los Croft son más poderosos que el presidente.

—Así que les tiene miedo como todo el mundo, ¿eh?

Es lo correcto. Casi puedo oír cómo su ego se hincha como un pavo real sacudiendo las plumas de su cola.

—Cole Walker no le tiene miedo a nadie, señora, y menos aún a un grupo de ricos corruptos que no han trabajado de forma honorable ni un solo día en toda su vida privilegiada —dice elevando la voz.

—¡Amén! ¿Significa eso que sigues aceptando el trabajo?

—Acepto el trabajo, sí.

—Me siento muy aliviada. Gracias.

—De nada. La pasaré con Nancy para que le pida su correo electrónico. Esté atenta al contrato, que le llegará esta tarde. Ah, y señorita Blackthorn…

—¿Sí?

Él baja la voz.

—Tenga cuidado. Sea lo que sea lo que está pasando en ese pueblo, los Croft lo saben. Probablemente tengan algo que ver. Lo que ha dicho sobre la extraña muerte de sus familiares…

—No haga más pausas dramáticas. Me está poniendo nerviosa.

—Lo único que digo es que, si fuera usted, consideraría seriamente exhumar un par de cadáveres de su familia y realizarles la autopsia. Dos o tres accidentes podrían ser una coincidencia. ¿Todo un árbol genealógico? Se trata de algo más.

Lo sabía. Mi hipótesis no es tan descabellada.

Le doy las gracias y cuelgo, luego cojo la bolsa con el tinte para el pelo que han dejado en mi habitación y la llevo al baño. Lo mezclo y me lo aplico con cuidado en las raíces. Treinta minutos más tarde, me meto en la ducha para aclararlo.

Cuando me seco el pelo con la toalla y me lo peino, todavía se ve un centímetro de raíz roja en el cuero cabelludo. El color no ha cuajado.

Nada en este pueblo olvidado por la mano de Dios funciona como debería.



23

Maven

Cuando bajo las escaleras, encuentro a Davina en el sofá del salón, tocando una vieja guitarra. Recostada en el sillón a su derecha está Esme, fumando algo dulce en una pipa de madera tallada a mano que huele sospechosamente a cannabis.

—Qué escena tan acogedora. ¿Dónde está mi hija?

—Bea está en el invernadero con Quentin —Esme me mira entre la neblina de humo con los ojos enrojecidos—. Tu aura está apagada hoy, cariño. Es oscura y peluda en los bordes.

—Hablando de cosas oscuras y peludas, ¿oísteis los susurros la otra noche?

Mis tías se miran entre sí con confusión y luego vuelven los ojos hacia mí.

—No hemos oído nada.

¿Lo he soñado? ¿Me lo he imaginado? ¿Mi mente me está jugando una mala pasada?

Tengo que admitir que es una posibilidad real, teniendo en cuenta que mi cerebro ya se ha descarrilado. Mis encuentros con Ronan son prueba de ello.

Me dejo caer en el sofá junto a Davina y suspiro.

—¿Qué te pasa, cariño?

—La vida.

—Eres demasiado joven para ser tan cínica.

—No soy cínica, soy realista.

—Llámalo como quieras, estás deprimida. ¿Sabes lo que necesitas?

—Como menciones la palabra «pene», me largo.

—Iba a decir una copa de champán bien fría.

Eso me gusta.

—Es la mejor idea que he oído en toda la semana. —Me levanto y voy a la cocina.

—¿Sirvo tres copas?

Ella se ríe.

—Como si tuvieras que preguntarlo.

Ignoro el reloj de la pared porque sé de sobra que aún no es mediodía y que los únicos que beben champán a esta hora del día están de vacaciones o son alcohólicos. Encuentro una botella de *brut* en la nevera y la abro. Sirvo dos copas a mis tías y se las llevo, luego vuelvo a la cocina para llenar la mía.

Al levantar la vista, veo a Bea y a Q en el invernadero.

Él está agachado, señalando una hierba que crece en una de las cientos de macetas de terracota que se alinean en las largas mesas de madera. Mientras observo, Bea corta con cuidado unos tallos leñosos de la planta y los levanta para que él los examine.

Él asiente y le da una palmada en la espalda; ella sonríe y hace un pequeño baile de alegría, y yo siento como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

Necesita un padre.

Y no es un viejo cuidador que vive en un ático, ni un tipo rico e impredecible con una moral ambigua y motivaciones secretas, ni una

madre soltera que hace todo lo posible por ser madre y padre y que, casi siempre, fracasa en ambos papeles.

Un padre de verdad.

Pero si dijera eso en voz alta, mis tías me repudiarían.

Llevo mi copa de champán al salón, me uno a ellas y me siento pensativa. Entonces les pregunto si creen que un niño puede adaptarse bien si crece en un hogar monoparental.

—Por supuesto —dice Davina—. Un solo progenitor bueno es mucho mejor que dos capullos.

Levanto mi copa y bebo.

Esme asiente.

—No es el número lo que cuenta, sino la calidad de la crianza. Aunque admito que la logística es más fácil si hay más de uno. Criar a un niño es como domesticar a un león. Cuanta más gente haya azotando a la criatura, mejor.

La miro con las cejas arqueadas.

—Esa es una analogía profundamente inquietante. Probablemente sea bueno que no quisieras tener hijos.

—¡Oh, adoro a los niños! Pero era la preocupación lo que no quería. Una vez que te conviertes en madre, nunca te libras de ello hasta que mueres.

—Eso me recuerda algo. Creo que deberíamos exhumar a algunas Blackthorn y realizar la autopsia a sus restos.

Podría haber sugerido abrir una capilla para bodas con un imitador de Elvis como capellán. Me miran en silencio, desconcertadas.

—Escuchadme. He ido al juzgado a investigar un poco. ¿Sabíais que todas nuestras parientes murieron en accidentes?

—Tonterías. Megaera fue ahorcada.

—Vale, todas excepto ella. Todos las demás murieron en extraños accidentes.

—Lo que tú consideras extraño y lo que lo consideramos nosotras probablemente sean dos cosas totalmente diferentes, cariño —interviene Esme.

Tiene razón.

—¿Tropezar y caer en un pozo? ¿Es extraño para ti?

—No, eso es selección natural.

Vale, otra razón válida.

—Lo que intento decirte es que, literalmente, todas las Blackthorn murieron por accidente. No hay ni una sola muerte natural por vejez entre nosotras. Ni por enfermedad. Nadie tiene un ataque al corazón ni muere mientras duerme. Todas nos caemos de los árboles, nos pisotean los caballos o nos quemamos mientras cocinamos. ¿No os parece eso un poco sospechoso?

—En realidad, es bastante glamuroso —reflexiona Davina, mientras bebe un sorbo de champán—. ¿Quién quiere morir por algo tan común como una enfermedad?

Esme se estremece.

—Siempre me ha aterrorizado la idea de perder la memoria con la edad. Por favor, ponme una almohada sobre la cara cuando empiece a repetir la misma historia una y otra vez.

—Lo que quiero decir es que quizá alguien nos esté persiguiendo.

Davina arquea las cejas y me mira por encima del borde de su copa de champán.

—¿Para asesinarnos?

—Sí.

—Tu abuela se cayó por las escaleras. Eso no es un homicidio.

Todos los buenos argumentos que está dando me están agotando.

Me bebo el resto de la copa de champán y voy a la cocina a por más.

Mientras la relleno, vuelve a llamar Ezra. Miro el teléfono, indecisa, pero finalmente decido contestar.

—Hola, Ezra.

—Hola. —Espera treinta segundos antes de suspirar—. Eres implacable.

—Y, aun así, has llamado.

—Espero que podamos tener una conversación sincera sobre lo nuestro.

—Ya la tuvimos. Ambos estuvimos de acuerdo en que se me dan terriblemente mal las relaciones.

Él emite un sonido de remordimiento

—Quizá fui demasiado duro contigo.

—No, fuiste justo y acertado. Te mereces más de lo que yo puedo darte.

—Estoy tratando de entenderlo. ¿Se trata de que no puedes abrirte o es que no quieres? ¿Soy yo el problema? ¿Es algo que hice o que no hice?

—Ezra, por favor, créeme, tú no eres el problema. Nunca lo has sido.

Se queda en silencio al otro lado de la línea. No sé si me cree o no, pero eso ya da igual. Este tema ya se ha debatido suficiente.

—Sin embargo, tengo una pregunta que sé que puedes responder, si no te importa.

—¿Cuál es?

—¿Cuál es la probabilidad matemática de que todos los hijos nacidos en una familia durante un periodo de más de trescientos años sean mujeres?

Su cerebro genial lo calcula en una milésima de segundo y me da

la respuesta en un formato que puedo comprender, en lugar de una fórmula compleja que solo él y Einstein podrían entender.

—Peores que las probabilidades de que todos los miembros del reparto de todas las producciones de *Wicked* mueran atacados por un oso mientras están de vacaciones esquiando en Montana.

—No es nada fácil. Entendido.

—Te he dejado un mensaje de voz.

—Aún no lo he escuchado. ¿Qué necesitas?

Su voz se suaviza.

—Necesito que nos des otra oportunidad. Es lo único que te pido. Creo que te alejé al pedirte demasiado, demasiado pronto, y no era mi intención. Puedo hacerlo mejor.

Cierro los ojos y suelto el aire.

—Eres una buena persona, Ezra. Lo decía en serio cuando te dije que te mereces algo mejor. Incluso en mis mejores días, no soy el ideal de nadie. Y ahora mismo, mi vida es caótica, por decirlo con suavidad. Lo siento, pero de verdad, solo quiero que seamos amigos y nada más.

Hay una breve pausa y luego él suspira.

—Está bien. Lo entiendo. Nos vemos pronto. Cuídate, Maven.

—Tú también —respondo en voz baja.

Ojalá todos los hombres de mi vida fueran tan comprensivos.



El contrato del investigador privado llega por la tarde ese mismo día. Lo reviso y lo firmo electrónicamente, luego le transfiero los honorarios. A continuación, dedico una hora a investigar en Internet cómo se lleva a cabo la exhumación de un cadáver.

Naturalmente, hay que cubrir mucho papeleo. Intervienen tanto

agencias estatales como federales, y es necesario pedir un sinfín de permisos y tasas. Calculo que el coste total puede rondar los veinte mil dólares.

Es demasiado dinero para demostrar una teoría.

Por otro lado, si fuera correcta la tesis de que estamos siendo objeto de un ataque malicioso, valdría la pena cada centavo. Desgraciadamente, eso abriría una nueva caja de Pandora con más preguntas.

¿Quién? ¿Por qué? ¿Cuándo empezó todo? ¿Está todo el pueblo involucrado o es un grupo selecto? ¿Qué podemos hacer para detenerlos? ¿Hay pruebas suficientes para procesarlos?

Y si las hay, ¿seríamos capaces de hacerlo? ¿O para entonces las Blackthorn que quedaran ya estarían muertas? Porque quienquiera que sea tan organizado, paciente, inteligente y malvado como para aplicar una condena tan prolongada como «Matar astutamente a una Blackthorn» seguramente no estará contento con que lo descubran.

Pienso en esas muñecas profanadas que colgaban de las ramas del arce que talé y me estremezco. Entonces me doy cuenta de algo que da un giro completo a la situación.

Mis tías deberían mudarse a Manhattan conmigo.

No hay nada que las retenga aquí, excepto Q, a quien estoy segura de que podrían convencer para que se viniera con ellas si quisieran. ¿Por qué quedarse en un lugar donde es obvio que no eres bienvenido?

Incluso si mi teoría fuera errónea y no corrieran ningún peligro más allá de aburrirse mortalmente en la misa dominical cada semana, ¿por qué seguir sometiéndose a prejuicios, miedos y una sospecha tan evidentes?

Vale, el orgullo. Eso también cuenta.

También está la terquedad. Somos famosas por ella.

Y también por la alegría que da vivir la doctrina del «que te jodan». No nos gusta que nos mangoneen. Nos mantenemos firmes y luchamos, incluso cuando es más prudente rendirse.

Si hay algo que las Blackthorn no somos, es dóciles.

Somos las marginadas y las alborotadoras, las descontentas y las incomprendidas, las orgullosas y desafiantes, las diferentes. Somos tenaces como las zarzas y tenemos el mismo número de espinas afiladas, y si nos agarras con demasiada fuerza, las gotas de sangre que brotan de los pinchazos te recordarán que debes tener cuidado en lo sucesivo.

Incluso nuestro cabello es indómito. Como nuestros corazones. Como nuestros cuerpos.

Y si el precio que pagamos por nuestros modales poco femeninos es el desprecio de aquellos con aires más elevados y menos integridad, que así sea.

Somos Blackthorn. Somos raras, somos salvajes y no nos importa lo que piensen.

Por impulso, cojo el teléfono y marco el número de Ronan. Contesta al primer tono.

—Hola, Maven. ¿Estás bien? —pregunta al ver que no respondo lo suficientemente rápido—. ¿Qué pasa?

Es muy bueno fingiendo. De hecho, parece preocupado. Lo cual es lógico, sabiendo cómo me afectaría.

Trago saliva y respiro hondo al sentir los fuertes y dolorosos latidos de mi corazón.

—Si te hago una pregunta, ¿serás sincero conmigo?

Vacila.

—Quizá sí, quizá no. Depende de lo que me preguntes.

—De acuerdo. Al menos eres sincero. Gracias.

—Antes de que me preguntes lo que sea, ¿tienes algún problema?

Pienso en cómo responder a eso.

—Supongo que depende de tu definición de problemas.

—¿Te han arrestado?

—No.

—¿Te han herido?

—No.

—¿Te tiene a punta de pistola un grupo de payasos de circo desnudos exigiéndote que les entregues esos zapatos prácticos tuyos y esa horrible ropa que usas?

—No. Y deja de intentar hacerme reír.

—Lo siento. No, eso era mentira. No lo siento. Me encanta tu risa. Suena como la luz del sol.

Ambos nos quedamos en silencio durante un momento.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunto finalmente.

Él se ríe.

—No tengo ni idea. Simplemente se me ha ocurrido.

—Ha sido muy raro.

—Lo dice la chica superrarita.

—En realidad, esa es la razón por la que te llamo.

—¿Porque por fin te has dado cuenta de lo rara que eres?

—No, eso siempre lo he sabido. Lo que no sé es por qué te atrajo alguien como yo. Quiero decir, hablando de polos opuestos…

—Se trata de tu ex, ¿verdad? —dice bajando la voz—. El científico rico y brillante con el que rompiste antes de venir aquí.

—Voy a pasar por alto lo extrañamente acertada que ha sido esa suposición y diré que sí. Y puede que haya mentido sobre lo rico que era porque sabía que te molestaría. Estuvo mal por mi parte. Lo

siento.

Espero una réplica mordaz, pero me sorprende con un silencio pensativo.

—Gracias. Yo también te he mentido sobre algo.

—¿Qué es?

—Nunca te llevaría a los tribunales para poder ver a Bea. No te haría pasar por eso. Lo dije porque estaba enfadado y frustrado, y porque sé perfectamente que me estás mintiendo sobre que ella es mía, y eso me está volviendo loco. —Baja más la voz—. Quiero ser padre, Maven. Su padre.

¿Era eso una mentira o la verdad? Nunca lo sé con él. Cada palabra que sale de su boca es sospechosa.

Necesito estar tumbada para esta conversación, así que me recuesto en la cama y miro al techo.

—Esto no es una confesión, pero ponte en mi lugar. Piénsalo desde todos los ángulos. El pasado, el presente, mi familia y la tuya. Si fueras yo, ¿querrías que fueras el padre de tu hijo?

—No importa lo que queramos ninguno de los dos. Lo que importa es lo mejor para Bea.

—Dame un segundo para respirar hondo y no empezar a gritarte.

Su tono se vuelve más suave.

—Conozco todas las razones por las que no quieres que me involucre, todas las formas en las que empeoré las cosas en lugar de mejorarlas. No me debes nada, y quizá pienses que no tengo nada que ofrecerle, pero sí lo tengo.

—¿Como qué? ¿Dinero? No nos interesa.

—¿En serio? ¿Ser científica entomóloga está tan bien pagado? Porque la última vez que lo comprobé, una educación en la Ivy League cuesta cientos de miles de dólares.

Me burlo de eso.

—No todo el mundo quiere ir a Harvard, señor Pretencioso.

—Crearía un fondo para ella. Podría ir a cualquier universidad que quisiera.

—Es lo suficientemente inteligente como para conseguir una beca en cualquier universidad en la que solicite plaza.

—El dinero no es la raíz de todos los males, como tú crees —me espeta, frustrado.

—No creo que sea malo, solo que no es la panacea que la gente cree. Mírate a ti, por ejemplo.

—¿Qué me pasa?

—Tienes esa enorme casa tan moderna. Andas en ese coche ridículamente caro. Toda tu ropa está hecha con partes de animales en peligro de extinción. —Suspira. Lo ignoro—. Tienes más dinero que nadie al este de las Rocosas, pero sigues sin ser feliz.

Su silencio resuena con mil palabras no dichas.

—Siento si eso ha sonado cruel. No pretendo serlo contigo.

—Lo sé. Pero tienes razón. No soy feliz. No tiene nada que ver con el dinero. Tiene que ver con lo que soy.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Cuando no responde, me impaciento.

—Estamos siendo sinceros, ¿recuerdas?

—Dije que lo intentaría dependiendo de lo que me pidieras.

—¿Por qué suenas tan raro? ¿Qué pasa?

Se oye un ruido al otro lado de la línea, como si se estuviera sentando en una silla. Luego hay otro silencio cargado.

—Estoy enfermo —dice finalmente en voz muy baja.

Mi pulso se acelera.

—¿Enfermo? ¿Cómo de enfermo? ¿Qué te pasa?

Su voz cambia de suave a monótona.

—No debería haber dicho nada.

—¿Te estás muriendo?

—Por ahora no.

Cuando se ríe, me siento aliviada, pero también enfadada.

—Esto no tiene gracia. Quiero saber qué te pasa.

—¿Por qué es tan importante para ti? Pensaba que me odiabas —gruñe con vehemencia, con otro cambio de humor vertiginoso.

—Lo he reducido a un intenso disgusto otra vez. Por favor, dime qué está pasando.

—Te lo contaré en cuanto admitas que Bea es mi hija.

Gruño.

—Esto no tiene sentido. Te he dicho que no es tuya. No tienes ninguna prueba de que sea tuya. Estás ofreciendo pagar la universidad a la hija de otro hombre sin motivo alguno.

—Que tú creas que no tengo motivos no significa que no los tenga.

—Dios mío. ¿Estás intentando provocarme hipertensión?

—Solo si eso te excita.

—Voy a colgar.

—¿Cuándo vas a volver a mi casa para otro polvo por odio?

—¡Nunca!

—Porque me aseguraré de tener sábanas limpias en la cama —gruñe, ignorando mis palabras—. No las he cambiado desde que estuviste aquí. Me encanta tener el aroma de tu piel por todas partes.

Finalizo la llamada y me tumbo en la cama hasta que mi respiración se calma y mi corazón vuelve a latir con normalidad, mientras me pregunto qué le pasa y por qué me importa.

Pronto me iré de Solstice. Nunca volveré a ver a Ronan Croft.

¿Cuándo ha dejado eso de ser genial para convertirse en deprimente?



24

Maven

El sábado termina. El domingo llega y se va. El lunes por la mañana, me doy cuenta de que he pasado casi todo el fin de semana obsesionada con cada palabra que Ronan me ha dicho desde que volví al pueblo, tratando de asociar cada una de ellas a una enfermedad diferente.

Es agotador.

La única forma de averiguar qué le pasa es hablando con él, una actividad que detesto más que una limpieza dental.

Después del desayuno, Bea me hace una pregunta que esperaba que no llegara. Estamos en la sala de estar; yo en el sofá, ella en el suelo, sentada con las piernas cruzadas y un libro abierto en su regazo. Q ha llevado a las tías a la tienda, así que estamos solas en la mansión.

—Oye, mamá…

—Sí, cariño.

—¿Te acuerdas del hombre del supermercado? ¿El que recogió la cebolla que se te cayó?

Bajo lentamente el libro sobre los faraones egipcios que estoy leyendo y la miro.

—Era muy alto. Y…

«No lo digas. Por favor, no lo digas».

—Tenía los ojos como los míos —dice sin levantar la vista del libro —. Los míos de verdad.

—¿En serio? Hmm…

—Nunca había conocido a nadie que tuviera los ojos del mismo color que yo.

—Tiene sentido. Los ojos azul claro son muy raros.

Levanta la vista del libro.

—Sí, pero no tan claros como los míos. Son casi blancos. Solo los he visto en los perros husky. Y en el anciano en silla de ruedas que vino al velatorio de la abuela.

«Ese anciano es tu abuelo».

Esbozo una sonrisa y respiro profundamente para calmar los dolorosos latidos de mi corazón.

—Supongo que tenía que pasar tarde o temprano.

—¿Mi padre tenía los ojos claros?

Se me seca la boca. Me humedezco los labios y miro el libro que tengo en las manos.

Lo único que le he contado sobre su padre es que estuvimos juntos durante un tiempo, que mi embarazo no fue planeado, que él no me apoyó y que no hemos vuelto a hablar desde entonces.

Hasta ahora, todo eso era cierto. He tenido suerte de que ella no quisiera más detalles, pero siempre he sabido que algún día empezarían las preguntas.

Aunque por dentro estoy a punto de tener un ataque pánico, mantengo la voz tranquila.

—Sí, tenía los ojos claros.

Lee en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada sobre el

libro, y luego vuelve a mirarme.

—¿Te parecería bien si dejara de usar las lentes de contacto?

«En este viaje, no».

—Eras tú la que las quería.

Se encoge de hombros.

—Lo sé. Porque todos mis compañeros del colegio decían que parecía un bicho raro. Me hacían sentir fea. Siempre he querido tener unos ojos verdes tan bonitos como los tuyos.

—¿Y ahora ya no?

Juega con el borde de una página mientras piensa en la respuesta.

—Creo que quizá está bien ser diferente a los demás. La mayoría de la gente es decepcionante.

Eso me hace reír. Mi niña es muy inteligente.

Me suena el móvil justo cuando cierra el libro, se levanta y se va a la cocina.

—¿Hola?

—Hola, señorita Blackthorn. Soy Cole Walker. La llamo para ponerla al día rápidamente.

—Soy toda oídos. ¿Qué ha averiguado?

—Bueno, por un lado, la Funeraria Anderson ha estado a punto de perder la licencia varias veces en los últimos cuarenta años.

—¿En serio?

—Sí. Esa gente no llevaba precisamente un negocio de primera categoría. Les han multado por todo, desde no controlar los olores hasta almacenar los cadáveres de forma inadecuada.

Pongo cara de asco.

—Eso del almacenamiento inadecuado de cadáveres no suena bien.

Él se ríe.

—No, claro que no. Los cadáveres empiezan a oler mal si no se mantienen refrigerados.

Mi corazón da un vuelco.

—¿No mantenían los cadáveres refrigerados?

—Los que no estaban embalsamados, no. Los metían en la nevera, pero lleva años sin funcionar. El cableado está estropeado. Pensaban que con hielo seco llegaría, pero según todos los informes sobre malos olores, no es así.

Estoy atónita. El señor Anderson me ha mentido.

El cadáver de la abuela no estaba refrigerado.

—A veces, incluso se olvidaban de embalsamar los cadáveres. Una queja alegaba que el fallecido había muerto tres semanas antes del funeral, pero no pudieron abrir el ataúd porque los restos estaban muy descompuestos. Anderson llegó a un acuerdo con la familia, pero esos no fueron los únicos problemas. En una ocasión, incluso enterraron varios cadáveres en el mismo ataúd. En otro, lastraron el ataúd con sacos de arena. El cadáver del fallecido nunca se encontró.

—¡Joder! —exclamo cuando por fin recupero el habla.

—Bien dicho. No quiero alarmarla, porque por ahora solo es una suposición, pero con los turbios procedimientos operativos de esta funeraria y el hecho de que estaban faltos de dinero, no me sorprendería en absoluto que estuvieran involucrados en algo aun peor de lo que ya se ha descubierto.

Aturdida, me llevo una mano a la frente y cierro los ojos.

—Como vender partes de los cuerpos en el mercado negro.

Él gruñe en señal de simpatía.

—Lo siento. Estoy seguro de que es lo último que quiere oír. Por ahora, solo es una corazonada. Seguiré investigando.

—¿Por qué no ha salido nada de esto en los periódicos? Es un

pueblo pequeño. Aquí la gente sabe lo que desayunan sus vecinos.

—Le sorprendería conocer los secretos que es capaz de guardar la gente si está lo suficientemente motivada.

Como yo misma guardo algunos secretos bastante jugosos, estoy de acuerdo con él.

—Gracias, señor Walker. Estamos en contacto.

—Sí.

Colgamos. Siento que me empieza a doler la cabeza y me froto las sienes, que me laten con fuerza. Entonces, sin nada mejor que hacer, empiezo a dar vueltas. Miro el número de Ronan media docena de veces antes de marcarlo finalmente. Contesta con ese tono de suficiencia que solo él sabe poner.

—Maven Blackthorn. Ese nombre me suena. Déjame pensar…, ¿fuimos juntos al instituto?

—Genial, ahora eres un comediante.

—¿No es así? ¿No eres la que tenía los dientes torcidos y el ojo vago?

—Tú sí que vas a tener los dientes torcidos muy pronto si no dejas de comportarte como un idiota.

Él nota la tensión en mi voz y deja de burlarse de mí.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Oh, no, todo va de maravilla. Me he pasado todo el fin de semana intentando descifrar una declaración muy críptica que me hizo un millonario irritante.

—Multimillonario.

—¿Qué?

—Soy multimillonario, no millonario.

—Bueno, perdóname, Daddy Warbucks. Los pobres mortales que pagamos impuestos no tenemos muy clara la diferencia.

—No hay ninguna razón para que pagues impuestos.

—Si no fuera por esa divertida cosa llamada evasión fiscal que podría llevarme a la cárcel, estaría de acuerdo contigo.

—Puedo enseñarte todos los trucos. Son perfectamente legales.

—Tu definición de legal deja mucho que desear. ¿Puedo decirte de una vez por qué te llamo o vas a seguir intentando meterme en problemas con Hacienda?

—Sé por qué llamas.

Hago una pausa para respirar porque vuelve a sonar engreído.

—No es por eso.

—Claro que sí. Tendrás alguna otra excusa falsa que esgrimir antes para salvar las apariencias, pero es totalmente por eso. —Hace una pausa—. «Eso» es un eufemismo para referirse al sexo.

—Sé lo que quieres decir, capullo.

La suficiencia vuelve con toda su fuerza.

—Sé que lo sabes. Solo quería que me gritaras.

—Me rindo. —Desconecto la llamada. Mi teléfono suena un segundo después. Respondo con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres?

—Me has llamado tú, cariño. ¿Cuál es el problema?

—El problema eres tú.

Él se ríe entre dientes.

—Me encanta que me gruñas.

Bea regresa con un trozo de pan y un pepinillo. Le sonrío y me acerco con indiferencia a las escaleras. Ella se acomoda con su libro mientras yo subo al dormitorio y cierro la puerta.

—Vale. Este es el trato. En nuestra última conversación, mencionaste el dinero.

Su energía cambia de alegre a intensa con la rapidez de un chasquido de dedos.

—Tendrás todo lo que quieras. Todo lo que necesites. Las dos. Os compraré una casa. Crearé un fideicomiso. Os daré una asignación mensual…

—¡Espera un momento! No es para Bea. Y no sería un regalo. Necesito un pequeño préstamo, eso es todo. Y probablemente tu ayuda para mover algunos hilos.

—¿Para qué?

—Quiero exhumar a algunas Blackthorn.

—¿Quieres desenterrar los cadáveres de tus familiares?

Pongo los ojos en blanco ante su tono de sorpresa.

—No, el oro que enterraron en el patio trasero. Por supuesto que quiero desenterrar sus cuerpos.

—No lo digas como si fuera ridículo que me sorprenda. No todos los días alguien decide revolver un cementerio. Por cierto, ¿por qué quieres hacerlo?

—Quiero confirmar una teoría que tengo.

Como no le doy más detalles, su tono se vuelve más ácido.

—¿Te importaría compartirla o solo esperas que te entregue un maletín lleno de dinero sin hacer preguntas?

—Bueno, sería lo ideal. ¿Lo harás? —Se ríe—. Está bien. He descubierto cierta información sobre las extrañas formas en que mueren las mujeres de mi familia, pero como no nos hacen autopsias, no puedo verificarla. Una autopsia resolverá el asunto.

—¿Formas extrañas de morir?

—Ahora que lo pienso, no debería contártelo.

—¿Porque crees que me odias, pero en realidad no es así?

La sonrisa en su voz es irritante, pero eso no es nada nuevo.

—No, porque el investigador privado que he contratado me advirtió que tu familia tiene sus sucias manos metidas en todo lo que

ocurre en este pueblo. Lo que significa que quizá tú también estés involucrado.

Se produce un silencio ensordecedor.

—Dime que no acabas de acusarme de estar involucrado en la muerte de tus antepasadas —suelta en tono seco.

—No ha habido ninguna acusación. Ha sido muy indirecto.

—Justo después de pedirme dinero para financiar una excavación en el cementerio.

—Sí. Necesitaré unos veinte mil.

—Vaya. Eso es muy atrevido incluso para ti.

—Tal y como yo lo veo, no puedes negarte, porque eso sería sospechoso. Sería casi como implicarte en un asesinato.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Si no tienes nada que ocultar, ¿qué problema hay?

Él se ríe.

—Has equivocado tu vocación, serías una fiscal penal fantástica. Estudiar insectos es demasiado aburrido para tu extravagante intelecto.

—Eres la única persona que conozco capaz de hacer que el descrédito parezca un cumplido. ¿Me vas a dar el dinero o no? —Cuando se demora demasiado, suspiro—. Olvídate de intentar negociar un intercambio por favores sexuales.

—¿Quién ha dicho nada de eso? Pero ahora que lo mencionas…

—Escucha, sé que tú personalmente no tienes nada que ver con nada.

Su tono pierde su tono burlón y se vuelve sombrío.

—Estás hablando de mi padre.

—¿Puedes decirme con la conciencia tranquila que no crees que sea capaz de asesinar?

—Sé que lo es.

Su respuesta es tan inesperada que me deja desconcertado.

—Eso suena sospechoso. ¿Te importaría darme más detalles?

—No.

—¿Ha matado a alguien?

—¿Alguna vez has pensado que hay cosas que es mejor no saber? —dice después de una pausa llena de tensión.

Me quedo pálida.

—Dios mío. Tu padre es un asesino.

—Ojalá pudieras ver lo mucho que estoy poniendo los ojos en blanco ahora mismo.

—¡Si prácticamente lo has admitido!

—Lo único que he dicho es que no hay que sacar a la luz todos los trapos sucios de una familia.

Empiezo a pasearme de un lado a otro a los pies de la cama.

—Sabes que mis tías piensan que él tuvo algo que ver con la muerte de mi madre, ¿verdad?

—No, no lo sabía —admite después de un largo silencio—. ¿Por qué piensan eso?

—Porque ellas… Espera. Creo que no debería contártelo.

—Sabes que mi padre y yo no nos llevamos bien. Sea lo que sea eso tan terrible que crees que ha hecho, puedes contármelo. Te prometo que no iré corriendo a ponerlo al corriente.

—Entonces, ¿me estás diciendo que debería confiar en ti?

—No lo digas con tanto sarcasmo. Puedes confiar en mí.

Dejo de dar vueltas y me quedo mirando por la ventana al jardín. En el banco de hierro bajo el bosquecillo de abedules, el zorro rojo y negro está sentado mirando a su alrededor con expectación, como si estuviera esperando a alguien.

—¿Hola?

—Sigo aquí.

—No dices nada.

—Sé que es imposible que alguien tan hablador como tú lo entienda, pero a veces a la gente le gusta hacer algo interesante llamado pensar antes de formar frases.

—Eres adorable cuando te pones esnob.

Observo cómo Bea cruza lentamente el jardín y se sienta en el banco junto al zorro. Este se tumba a su lado y descansa la cabeza entre las patas. Ella le acaricia entre las puntiagudas orejas negras. El zorro enrosca la cola alrededor del cuerpo con aire satisfecho.

—Te daré el dinero para tu proyecto —ofrece Ronan cuando no respondo—. No tienes que devolverlo. Considéralo un gesto amistoso.

—No he dicho que fuéramos amigos.

—Lo sé. Pero tampoco somos enemigos. Así que, si no somos amigos y no somos enemigos, solo queda una opción. Ven esta noche a medianoche. Te estaré esperando.

Cuelga antes de que pueda discutir, dejándome sola con mis pensamientos caóticos mientras observo como mi hija acaricia suavemente el pelaje del zorro dormido.



25

Ronan

En cuanto cuelgo el teléfono, llamo a mi padre.

Contesta con voz cansada.

—Hola, hijo. Qué sorpresa. ¿Estás en la oficina?

—Sí. Necesito preguntarte algo.

—¿Qué?

—¿Por qué Esme y Davina Blackthorn creen que estás involucrado en la muerte de Elspeth?

Estoy seguro de que ha pensado que se trataba de una pregunta relacionada con los negocios, pero como hace años que no le pido consejo sobre eso, debería haberlo imaginado. Tras una breve pausa, disimula su sorpresa intentando cambiar de tema.

—¿Quién sabe por qué piensan las mujeres? Todas son más misteriosas que el Triángulo de las Bermudas. ¿Cómo ha salido el informe de beneficios del tercer trimestre? ¿Seguimos por delante de la previsión anual?

—Que le den a la proyección anual. ¿Tuviste algo que ver con su muerte? Dime la verdad.

Baja la voz.

—Ahora no estoy solo. Podemos hablar de esto más tarde.

De fondo, oigo a Diana decir algo sobre un Bentley. Al parecer, mi querida madrastra quiere cambiar de coche.

—Vete a otra habitación. No voy a colgar hasta que me digas lo que necesito saber.

Suelta el aire con enfado. Pero, sabiendo lo persistente que soy, accede a regañadientes.

—Dame un minuto.

Oigo murmullos de fondo, probablemente esté disculpándose ante Diana. Luego se produce un silencio lleno de un zumbido mecánico y grave. Después vuelve a hablar, con cautela y mucho menos cansado que antes.

—¿Desde cuándo hablas con Esme y Davina?

—No lo hago.

—Entonces, ¿quién te lo ha dicho?

—Eso no importa. Volvamos a la pregunta.

No es fácil disuadirlo.

—¿Quién? ¿May? —insiste—. ¿Te la has encontrado por el pueblo? ¡Sabes que no debes acercarte a esa gatita salvaje! ¿Cuántas veces te he advertido de lo que es capaz de hacer?

Apretando los dientes, cuento hasta cinco antes de hablar.

—Tampoco fue Maven, y no es una maldita gata salvaje. Deja de desviar la atención. ¿Estuviste involucrado en la muerte de Elspeth Blackthorn o no?

Su silencio es gélido. Sin embargo, cuanto más tiempo paso sin hablar, más se va descongelando, hasta que suspira y cede.

—No —dice en voz baja—. No tuve nada que ver con eso. Nunca le habría hecho daño a Elspeth. Ella no era como el resto de su familia. Era diferente. Diferente a cualquier otra mujer que haya conocido.

Confuso, frunzo el ceño. Su voz suena casi tierna. Nunca suena tierno, ni siquiera cuando habla de dinero. Algo va mal.

Entonces lo comprendo.

¿Sentía algo por la madre de Maven?

Joder. ¿Sentían algo el uno por el otro?

Una pequeña y desagradable semilla de horror echa raíces en mi cerebro y brota. Si sentían algo el uno por el otro y consumaron ese sentimiento, Elspeth podría haberse quedado embarazada.

Lo que significa que Maven y yo podríamos ser parientes consanguíneos.

—¿Tú… tú y ella…? —balbuceo con la voz ronca mientras el corazón me late con fuerza.

—¿Qué?

—¿Te acostabas con ella?

—¡No voy a discutir esta tontería ni un momento más! —ruge.

Los dos estamos tan sorprendidos por su inusual arrebato que nos quedamos en silencio durante un rato.

—Por eso siempre me advertías que me alejara de Maven, ¿verdad? —digo con calma, sorprendiéndonos a ambos—. Por eso insistías tanto en que mantuviera la distancia, por eso decías todas esas cosas horribles y tratabas de hacerme odiarla. Es tuya, ¿verdad? Maven Blackthorn es mitad Croft. Eres su maldito padre.

—Si vuelves a hablar de esto, para mí estarás muerto —replica secamente.

Después de eso, ninguno de los dos sabe qué decir, así que cuelgo sin añadir nada más.

SEGUNDA PARTE

EL AMOR Y OTROS MONSTRUOS

Los actos antinaturales engendran problemas antinaturales.

MACBETH



26

Maven

Justo a medianoche, presiono el timbre de la casa de Ronan. Como no responde, llamo a la puerta, aunque me siento ridícula de pie en el porche en la oscuridad. Los minutos pasan en un silencio total. Desconcertada, miro las ventanas a oscuras, preguntándome dónde estará.

Justo cuando estoy a punto de rendirme y marcharme, él abre la puerta de golpe y se queda mirándome con el ceño fruncido desde el vestíbulo en penumbra.

Está con el torso desnudo y descalzo, vestido solo con unos vaqueros ajustados y rotos en las rodillas. No se ha afeitado y tiene el pelo revuelto, que cae enredado alrededor de los hombros, como si hubiera pasado la última hora pasándose las manos por él. O luchando contra una manada de osos.

Sin embargo, resulta magnífico. Su belleza musculosa y masculina parece de otro mundo. Es Apolo y Adonis, Thor y el Capitán América, el rudo y noble personaje de Aragorn de *El Señor de los Anillos.*

¡Menudo descaro!

—Hola, guapo. ¿Estabas dormido? —le digo con acritud.

—No —gruñe

—Ah. Veo que estás de muy buen humor. ¿Cuál de tus personalidades es esta? Quiero prepararme para ella.

Con las fosas nasales dilatadas, me estudia de arriba abajo, recorriendo mi cuerpo con su mirada ardiente. Cierra los ojos y murmura un juramento. Luego enciende las luces, me agarra por la muñeca y tira de mí hacia dentro antes de cerrar la puerta de un portazo.

Se queda allí mirándome con recelo bajo sus cejas fruncidas, como si fuera una extraña que intenta venderle relojes falsos desde el maletero de un coche robado, en el aparcamiento de un hotel de mala muerte.

Como ha decidido mostrarse grosero y poco cooperativo, empiezo yo.

—Hueles a *whisky*.

—Eso es porque he bebido mucho esta noche.

—Mira, fuiste tú el que me dijo que viniera a esta hora intempestiva, pero puedo irme.

—¡No! —grita. Luego cierra los ojos—. Joder. Sí. Deberías irte —murmura.

—Claro. Buena suerte con esa crisis nerviosa.

Me doy la vuelta, pero me agarra por los hombros y me empuja contra la puerta cerrada, dejándome inmovilizada. Respirando de forma irregular con las fosas nasales dilatadas, me mira de arriba abajo otra vez, luego cierra los ojos, baja la cabeza y lanza un gemido.

—Voy a contar hasta tres. Y si quieres que tu cabeza siga unida a tu cuerpo, me soltarás antes de que llegue a tres.

Se separa de mí y se va al salón, con las manos entrelazadas detrás

de la cabeza, soltando maldiciones.

Cuando enciende la luz del techo, me doy cuenta del caos. Su casa es un desastre.

La mesa de centro está volcada. Todos los cojines del sofá están esparcidos por la habitación como si los hubieran arrancado y lanzado a los rincones. Los cuadros abstractos en blanco y negro cuelgan torcidos. Tienen múltiples agujeros del tamaño de un puño.

Miro a mi alrededor con incredulidad.

—¿Has tenido una juerga, verdad?

—Vino un amigo a casa —dice con la voz ronca después de una pausa, de espaldas a mí.

—Vaya, menudo amigo.

—Bueno, está pasando por un mal momento.

—Evidentemente. Espero que tuvieras a mano una pistola tranquilizante.

Ronan se da la vuelta para mirarme. Parece un maníaco con la cabeza gacha y los ojos ardientes, con las manos y la mandíbula apretadas.

—Mi amigo… acaba de descubrir algo muy malo sobre la mujer con la que estaba saliendo.

Por su tono, deduzco que, sea lo que sea, es algo grave. Me intriga.

—¿Le está engañando?

—Peor.

—¿Le han robado?

—Peor.

—Me rindo.

—Es su media hermana.

Sorprendida, suelto una risa ahogada.

—No. ¿En serio?

—En serio. Y tienen un hijo juntos. —Se aclara la garganta—. Hijos.

—Dios mío. No me extraña que se pusiera como loco. ¿Cómo es que no lo sabían?

—Era adoptado —dice entre dientes después de un momento de tensión.

—Vaya. Y yo que pensaba que nosotros teníamos problemas.

Como él no se ríe, dejo de bromear y me pongo seria.

—¿Qué tiene pensado hacer además de saquear las casas de sus amigos? —Aprieta y afloja las manos. Luego me señala con la barbilla—. ¿Qué le habrías sugerido tú?

Lo pienso un momento.

—¿Lo saben los niños?

—Solo lo sabe él.

—Bueno, lo primero, debería hacerles pruebas a los niños. Es muy probable que tengan trastornos genéticos.

—Trastornos genéticos… —repite, con cara de malestar.

—Sí. La endogamia causa todo tipo de problemas.

Lo piensa un momento y luego se frota la cara con las manos, como si deseara no haberlo oído.

—Y, obviamente, tiene que dejar de verla.

—Obviamente. Sí. —Hace una pausa—. ¿Por qué, exactamente?

—Es ilegal. Y va en contra de prácticamente todos los códigos éticos y culturales que existen. Es uno de los tabúes más importantes.

—Claro. Por supuesto. Eso es…, eso es lo que le dije.

—Bueno, espero que lo supere pronto, pobrecito. No puedo ni imaginar lo jodido que debe de ser.

Inclina la cabeza a un lado, estudiando mi expresión.

—¿Crees que debería decírselo? A la mujer, quiero decir.

—No veo qué beneficio podría tener eso.

Se acerca con los ojos pálidos ardiendo.

—¿No? ¿No es injusto para ella?

—¿A ti te gustaría saber que te estás tirando accidentalmente a tu hermanastra?

Su risa es baja y sin humor.

—No. No, joder, definitivamente no querría saberlo.

—Ahí tienes. Hay cosas que es mejor no decir. Solo porque él sea infeliz no significa que todos los demás tengan que serlo. Y Dios no permita que los niños se enteren. Debería alejarse y mantenerlo en secreto.

Ronan me mira con intensidad, en un silencio espeso.

—¿Y si no se lo contara, pero siguiera viéndola? —dice tras una pausa incómoda y larga.

—Eso estaría mal en todos los sentidos. Sería imperdonable. Rotundamente no.

—¿No sería romántico?

—¿Es que la única neurona con la que naciste murió de soledad?

—El amor es amor, ¿no es eso lo que dice la gente?

Arrugo la nariz.

—Estoy casi segura de que no se refieren a esta situación en particular.

—Pero si ella no lo sabe, nadie sale perjudicado, ¿no?

—Sigue siendo una traición. Y él acabará confesándolo todo tarde o temprano. Por la culpa y todo eso.

Él niega lentamente con la cabeza.

—No, él no sufre de eso. Es el tipo de persona que puede guardar muchos secretos.

—No me extraña que seáis amigos.

—La vida no es amable con los mansos. A veces, hay que tomar decisiones desagradables.

—Espero que nunca te presentes a un cargo político. Tu ética es demasiado flexible.

Me mira con ira en un silencio abrasador durante un momento, luego se da la vuelta bruscamente y va hacia la cocina. Estoy a punto de seguirlo, pero regresa al instante con una bolsita negra.

Me la entrega bruscamente.

—Aquí tienes tu dinero.

—Oh. Gracias. Quieres que…

—Buenas noches. —Me empuja hacia la puerta y la abre, luego agita la mano con impaciencia, indicándome que me vaya. Rápido.

Su rudeza me duele, pero no lo admitiría ni loca. Levanto la barbilla y salgo. Antes de que pueda decir «buenas noches», Ronan me cierra la puerta en las narices.

Cada vez que empiezo a pensar que este cabrón podría tener corazón, me demuestra que estoy equivocada.



De regreso a la casa, la niebla me envuelve los tobillos con remolinos gris pálido que se aferran a mis piernas como dedos fantasmales. El aire nocturno es pesado y húmedo, me oprime los hombros y me enfría hasta los huesos. Atravieso la entrada de la verja, subo rápidamente por el camino de acceso y entro por la puerta trasera.

Me muevo en silencio por la casa, y cuando paso por delante de un espejo en el pasillo, veo una figura detrás de mí. Es una forma distorsionada y vaga, pero cuando me giro, no hay nadie. Vuelvo a mirar al espejo, aunque solo mi propio rostro me devuelve la mirada.

Mis ojos parecen reptilianos, con pupilas verticales. Los iris, que

brillan con un color entre dorado fundido y verde venenoso, me miran con una inteligencia astuta y depredadora.

Parpadeo y la visión desaparece.



Por la mañana, me despierta una llamada telefónica. Cuando veo el número en la pantalla, no sé si contestar, pero la curiosidad puede más que yo.

—Hola, Brett. Qué sorpresa tan agradable.

—Hola, May. Siento molestarte. Sé que debes de estar muy ocupada en el trabajo.

—No pasa nada. Me he tomado unos días libres.

En su pausa, percibo su sorpresa.

—¿Te has tomado unos días libres? ¿Estás enferma?

—No, estoy bien. Es por un asunto familiar.

Hay otra pausa, esta vez parece aun más sorprendido. No puedo culparlo.

No hablo de mi familia con los hombres con los que salgo salvo en contadas excepciones. Les doy un esbozo de mi vida —parte de ella es cierta—, y luego desvío la conversación hacia temas más seguros. «He crecido en un pueblo pequeño, mis padres han fallecido, me fui a la universidad y no volví nunca, no, no tengo parientes cercanos, ¿qué tal tiempo hace?».

La mayoría de los hombres con los que he salido ni siquiera sabían que tenía una hija. No los llevé a casa para que la conocieran. No eran lo suficientemente importantes.

Cuando vienes de una familia como la mía, no es realista esperar que tus relaciones románticas sean sanas. Las Blackthorn no tenemos límites, tenemos imponentes muros de acero con ametralladoras y

coronados con hileras e hileras de alambre de púas.

Al final, él puso fin a la relación. Dijo que estar conmigo era como intentar amar a un fantasma.

—Un asunto familiar —repite Brett con escepticismo—. ¿Tiene algo que ver con la inusual llamada telefónica que he recibido?

Sé que se refiere a Ronan. Mantengo un tono inocente y ligero.

—¿Una llamada inusual?

—Sí. Me llamó un hombre que afirmaba ser el director de la escuela de Bea. Se mostró muy desagradable.

Brett siempre ha sido un excelente juez del carácter.

—Qué raro. ¿Qué te dijo?

—Que Bea había tenido un accidente grave. Me mostré escéptico de inmediato, porque sabía que tú no me habrías incluido como contacto de emergencia. Así que le pregunté su nombre y su número de teléfono y le dije que le llamaría enseguida. Cuando lo hice, el número que me había dado correspondía a una gasolinera. Para asegurarme de que no lo había apuntado mal, llamé al colegio de Bea y pedí hablar con el director. El hombre que contestó era una persona diferente. Tenía una voz distinta, mostraba un trato más educado, nada que ver con la grosería y la arrogancia del otro.

A pesar mío, sonrío.

—No tengo ni idea de quién puede haber sido. Qué inquietante. Pero ha sido muy inteligente por tu parte pedirle su información de contacto.

—Gracias. Hay demasiadas estafas como para dar información confidencial a un desconocido por teléfono. No se puede ser demasiado precavido. Un desliz y toda tu vida puede quedar arruinada.

Algo en eso hace saltar una leve alarma en mi cabeza.

—Pero no le has dicho a esa persona que Bea no es tu hija, ¿verdad?

—No. No dije nada. No iba a darle ningún detalle sin verificar que era quien decía ser. Solo le pedí sus datos y colgué.

Menudo hijo de puta.

Ronan me ha mentido.

La vergüenza se me sube lentamente por el cuello y se instala en mis mejillas, donde me quema. Me dan ganas de darme una patada por haber caído en la trampa. No solo por haber caído en su ingeniosa mentira, sino porque además lo recompensé con sexo.

Doy gracias a Dios un millón de veces por no haber dejado que me manipulara para que le dijera la verdad.

Porque si eso es mentira, probablemente todo lo demás también lo sea. Incluida esa frase sobre que nunca me llevará a los tribunales para obtener la custodia. O la de que lamentaba cómo me había tratado.

O la de estar enfermo.

Todo ha sido una manipulación para que admitiera que Bea es suya.

No me puedo creer que haya sido tan tonta.

Se me pone un nudo en la garganta. Me duele el pecho. Tengo que respirar hondo varias veces antes de poder volver a hablar.

—Gracias, Brett. Si recibes alguna otra llamada extraña, probablemente deberías bloquear el número. Estos estafadores son bastante persistentes si sienten que tienen un pie en la puerta.

«No me preguntes cómo lo sé».

—Lo haré. Me ha encantado hablar contigo, May. Cuídate.

—Gracias, Brett. Tú también.

Después de colgar, me siento en el borde de la cama, con las manos

temblorosas. Estoy furiosa conmigo misma por haberle mencionado a Brett. Abrumada por la insistencia de Ronan y no haber imaginado que podría seguir insistiendo con una llamada telefónica a un hombre que se me escapó bajo coacción.

A partir de ahora tendré más cuidado. No cometeré más errores. No habrá más conversaciones.

No tendremos más sexo.

De hecho, lo evitaré por completo durante el resto de mi estancia en Solstice.

Me doy cuenta de que tal vez la amenaza que esgrimió Ronan de decirle a todo el mundo que es el padre de Bea el día que nos lo encontramos en el supermercado fuera un farol. Tal vez no tenga intención de decírselo a nadie. Quizá no tenga intención de darnos dinero, apoyo o cualquiera de las demás cosas bonitas que prometió que nos daría.

Quizá su plan sea simplemente quitármela.

Me cubre un sudor frío. Mi ira se convierte en pánico, que intento calmar respirando, pero no es de ayuda.

Ronan es rico. Poderoso. Tiene contactos. Con solo chasquear los dedos, puede conseguir todo lo que quiera. Incluso la policía le tiene miedo. El investigador privado me dijo que la mayoría de los agentes de la ley que conocía preferirían luchar contra un oso antes que enfrentarse a un Croft.

Cuando mi teléfono vuelve a sonar, contesto distraídamente.

—Diga…

—Hola, señorita Blackthorn.

—Señor Walker. Buenos días.

—Buenos días. ¿Tiene un minuto?

—Sí. Adelante.

—Me he topado con algo extraño mientras investigaba su caso. No sé si es importante, pero he pensado que es mejor comunicárselo.

—¿Tiene algo que ver con mi abuela desaparecida?

—No exactamente. Se trata de personas desaparecidas en general en su zona.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Según el Centro Nacional de Información Criminal, Solstice tiene el porcentaje más alto de casos sin resolver respecto a personas desaparecidas de todo Estados Unidos.

—¿En serio? Qué extraño.

—Lo es, en especial si se tiene en cuenta el tamaño de la población.

—¿Cuál cree que podría ser la causa? ¿El tráfico de órganos?

—Es una posibilidad. La base de datos solo está disponible online desde 1975, y se purga y actualiza periódicamente, por lo que no tengo una visión completa, pero hay un montón de casos sin resolver en Solstice. En el noventa por ciento de los casos, las personas son encontradas o regresan a casa sanas y salvas en el plazo de un año, pero si no es así, el expediente permanece abierto indefinidamente por si se obtienen nuevas pruebas de ADN u otras pruebas. En Solstice, ninguno de los que desaparece vuelve jamás. Ni una sola vez en cincuenta años. Hombres, mujeres, ancianos, turistas, excursionistas, ciclistas, incluso una tropa entera de Boy Scouts que estaba de acampada. Lo que le digo, la gente parece desaparecer sin dejar rastro.

La inquietud se apodera de mí y baja a mi estómago como las espirales de una serpiente.

—¿Cómo es posible que nadie se haya dado cuenta de esto antes? Lo normal sería que se hubiera hecho un documental, uno de esos

sobre crímenes reales que tanto le gustan a mi hija.

Él se ríe entre dientes.

—Dudo mucho que las autoridades de esa parte del estado permitieran que saliera a la luz una historia así.

—Se refiere a los Croft.

—¿A quién si no? Son los dueños de los medios de comunicación, de los políticos, de todos los que tienen poder. Lo último que querrían es que la mala publicidad pudiera afectar al precio de las acciones.

—Entonces, ¿no hay nada que podamos hacer?

—Como le he dicho, me ha parecido interesante. Y una razón más para que usted tenga cuidado. No querrá convertirse en otra estadística, señorita.

Esas palabras son escalofriantes.

—Gracias por decírmelo, señor Walker. Se lo agradezco.

—De nada. Me pondré en contacto con usted en cuanto tenga más información.

Colgamos. Me siento en el borde de la cama durante un buen rato, pensando.

Luego llamo al Cementerio Pinecrest, me presento a la persona que responde y le digo que quiero exhumar la tumba de mi madre.

El hombre al otro lado de la línea se queda en silencio durante un momento y luego tose tímidamente.

—Me temo que eso no es posible, señorita Blackthorn.

—¿Por qué?

—Tenemos órdenes de no atender ninguna solicitud de traslado de tumbas.

—No quiero trasladarla. Quiero exhumar sus restos para realizar una autopsia. La volveremos a enterrar cuando hayamos terminado.

—Lo entiendo, pero me temo que sigue sin ser posible. Desde que se cerró la Funeraria Anderson, la junta reguladora estatal ha abierto una investigación sobre las acusaciones de mala praxis que recaen sobre ella. Hasta que concluya esa investigación, no se nos permite desenterrar ningún cadáver.

—No entiendo qué relación hay entre ambas cosas.

—En pocas palabras, todos los cementerios a los que Anderson ha prestado servicio durante las últimas décadas se consideran posibles escenas del crimen. Esa es toda la información que puedo divulgar.

Recuerdo que el investigador privado me dijo que una de las denuncias contra la Funeraria Anderson era que faltaba un cadáver en un ataúd y que había sido sustituido por piedras, y que otro ataúd contenía más de un cadáver.

—¿Eso significa que las autoridades abrirán las tumbas ellas mismas?

—No puedo comentar nada al respecto. —Baja la voz hasta convertirla en un susurro—. Extraoficialmente, sí. Ya han empezado. Por lo que parece, todo este asunto se va a poner muy feo. Todo el clan Anderson ha desaparecido, lo que significa que esos sinvergüenzas han echado a correr para no ir a la cárcel por todas las fechorías que cometieron y que pensaban que quedarían sepultadas junto a los pobres difuntos a los que maltrataron. Pero yo no le he dicho nada.

—Por supuesto que no. Le agradezco la información. Gracias por su tiempo.



El día transcurre sin incidentes. La paz dura hasta alrededor de la medianoche, cuando me siento erguida en la cama, pues noto una

presencia extraña en la habitación.

Me doy la vuelta y enciendo la lámpara de la mesita de noche. La habitación se inunda de luz.

Estoy sola.

Me siento aliviada hasta que mi intuición me dice que apague la luz y me quede quieta. Me siento con las rodillas recogidas bajo la barbilla, los oídos atentos al zumbido del silencio, el corazón latiendo con fuerza, con un ritmo primitivo.

En algún lugar lejano, aúlla un lobo solitario.

Me levanto de la cama, cruzo hasta la ventana, abro las cortinas y miro hacia fuera. Ronan está delante de la verja, fumando un cigarrillo.

Sabía que estaba allí incluso antes de verlo.

Nos miramos a través de la distancia hasta que cierro las cortinas. Luego vuelvo a la cama y me quedo tumbada mirando al techo en la oscuridad hasta que el amanecer se asoma por los bordes de las cortinas.

Cuando finalmente me quedo dormida, sueño con mariposas azules y zorros rojos, gatos blancos y perros negros, y veo a la abuela Lorinda montada en un enorme búho cornudo con el cielo estrellado y la brillante luna llena como telón de fondo, con su largo cabello blanco ondeando al viento. Una bandada de cuervos la sigue de cerca.

Cuando me despierto por la mañana, la funda de la almohada vuelve a estar cubierta de sangre.

Esta vez la hemorragia nasal es tan fuerte que ha traspasado la tela y empapado toda la almohada.



27

Maven

Al día siguiente me quedo en casa con Bea, ayudándola con sus deberes. A última hora de la tarde, en medio de una lección de trigonometría, un viejo recuerdo surge de la nada.

Unos días antes de que mi madre falleciera, la encontré escribiendo frenéticamente algo en un papel. Estaba en la biblioteca rodeada de docenas de libros abiertos sobre el gran escritorio de roble. Parecía ya de madrugada y la casa estaba fría porque el fuego de la chimenea se había reducido a un montón de brasas encendidas hacía ya algunas horas.

Me desperté empapada en sudor por una pesadilla que ya no recuerdo y bajé las escaleras con la boca seca como un hueso blanqueado bajo el sol para beber un vaso de agua. Fue entonces cuando la encontré inclinada sobre los libros abiertos, escribiendo tan rápido en el papel que al principio no se dio cuenta de que había entrado.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunte.

—Corrigiendo un error —respondió sin levantar la vista.

No dio más explicaciones. Al ver lo concentrada que estaba en su trabajo, salí de la habitación y volví a la cama.

Tres días después, murió.

Voy a la cocina sumida en mis pensamientos. Bea me sigue, y se pone de puntillas para alcanzar el grifo. Llena un vaso de agua y se lo bebe de un trago.

Mi corazón está tan lleno de amor por ella que me duele.

—¿Cariño?

—¿Sí, mamá?

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Solo quería asegurarme. Pase lo que pase, siempre te querré. Incluso cuando seas mayor y yo ya no esté aquí.

Ella me mira, con el ceño fruncido.

—¿No estarás aquí?

—Me refiero a cuando fallezca, algún día, en un futuro lejano.

No sé si su expresión es de confusión o de inquietud, pero justo entonces, la tía E entra en la cocina. Se detiene en la puerta al vernos.

—¿Por qué no estáis vestidas?

—¿Vestidas para qué?

Le lanza una mirada significativa a Bea.

—Es la víspera de Todos los Santos, May. Deberías llevar a Bea a pedir caramelos.

«Halloween. Mierda. ¿Cómo se me ha podido olvidar?».

—En la ciudad nunca celebramos Halloween. Mamá dice que los dulces son malos para los dientes.

Cruzo la mirada con la tía E por encima de la cabeza de Bea y esbozo una sonrisa forzada.

—Quizá por esta vez podríamos hacerlo. ¿Te gustaría?

—¡Sí! —Su entusiasmo se desvanece—. Pero no tengo disfraz.

—Seguro que encontramos algo para ti, palomita. De hecho, tengo

justo lo que necesitas. ¿Qué te parece ser una bruja?

—¿Con escoba y todo?

Divertida, la tía E se ríe.

—¡Las brujas ya no vuelan en escobas! Ahora usan Wi-Fi para desplazarse. Pero tengo un sombrero y una capa preciosos para ti, además de una varita.

Bea queda impresionada al oír mencionar la varita. Su boca forma una O y sus ojos se abren con emoción.

«Joder».

La tía E señala la puerta que conduce a la gran antesala de la cocina.

—Nos vemos en la sala de manualidades, Bea. Soy una experta con la máquina de coser. Te lo ajustaremos en un santiamén.

Bea se aleja saltando y sonriendo. En cuanto está lo suficientemente lejos como para no oírnos, me vuelvo hacia la tía E consternada.

—Vas directa al grano, ¿eh?

—No sé a qué te refieres.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. ¿No podrías haber sugerido un ángel o un hada?

Ella resopla con desdén.

—Los ángeles no son más que sirvientes. Y las hadas son unas niñatas traviesas. Esa cría es una Blackthorn. Debería estar orgullosa de su legado.

—Lo único que nos ha aportado nuestro «legado» es persecución.

—Oh, no, cariño. —Su voz se vuelve más aguda—. Nos ha traído mucho más que eso.

Sé que es una pelea que no puedo ganar, así que sacudo la cabeza.

—Está bien. Pero, por favor, ¿me puedes dar algo para cubrirme la

cabeza y que nadie me reconozca cuando salgamos? Una bolsa de papel servirá.

Ella sonríe.

—Haré dos agujeros en una sábana y te convertiré en un fantasma.

—Genial. Haz también un agujero para la boca, para que pueda llevarme una petaca. La necesitaré.

Poco más de una hora después, Q nos deja en un barrio cercano a la escuela primaria, donde las calles están llenas de niños disfrazados y padres con linternas, cuyos alegres rayos amarillos se mueven en la oscuridad. La tía E me ha dado una máscara de carnaval negra con lentejuelas y adornada con plumas para que me la pusiera en lugar de la sábana.

Y Bea, mi pobre y dulce niña, lleva el atuendo completo de la malvada bruja del oeste, con un sombrero negro puntiagudo y una cola de tul negro, un vestido negro de manga larga con hombros abullonados y falda amplia, con pintura verde en la cara.

Lleva consigo una brillante varita de madera que utiliza alegremente para lanzar maldiciones a diestro y siniestro a todos los piratas, vaqueros y *spidermans* que ve. A las princesas Disney y a las reinas de las hadas las deja en paz, y prefiero no considerar las razones.

La noche es clara, fría y no hay viento. Las estrellas brillan con toda su fuerza, centelleando silenciosamente en la profunda cúpula zafiro del cielo. Vamos de puerta en puerta, y la funda de almohada de Bea se va llenando de caramelos a medida que avanzamos. Al final, se queja de que le duelen los pies y me pregunta cuándo vendrá Q a recogernos.

Miro al cielo. En el horizonte, la luna está empezando a asomar por encima de los picos irregulares de las montañas. Es grande, brillante

y fantasmal, y en menos de una semana estará llena.

—Todavía no, cariño, pero pronto. Podemos ir al gimnasio del colegio y esperar allí. Siempre montan una divertida casa encantada; te gustará. Hay un montón de asesinos en serie que saltan desde detrás de las puertas.

Se muestra más animada.

—¡Espero que tengan a Jeffrey Dahmer! Solía comerse a la gente.

Realmente necesito alejarla de la televisión.

—Creo que se trata más bien de chicos mayores con monos azules y máscaras de hockey, ese tipo de cosas.

Su «Oh» denota una ligera decepción.

Nos dirigimos hacia el colegio. Sonrío y saludo con la cabeza a toda la gente con la que nos cruzamos, a salvo detrás de mi disfraz de plumas. Una vez en el colegio, nos unimos a un pequeño grupo de padres y niños que entran en el gimnasio. Está decorado al estilo *kitsch* de Halloween, con luces negras, esqueletos que miran lascivamente desde detrás de lápidas, demonios sin cabeza colgados de las paredes y zombis que deambulan sin rumbo fijo. Una banda sonora enlatada con truenos y risas malvadas de mal gusto resuena en bucle a través de los altavoces del techo.

Nos detenemos en la puerta y miramos a nuestro alrededor. Bea arruga la nariz.

—Esto es para bebés. Nadie mayor de seis años se asustaría con esto.

—Pero aún no has entrado en la casa encantada.

Cuando oigo la voz detrás de nosotros, se me revuelve el estómago. Cojo a Bea de la mano y la atraigo hacia mí mientras un Drácula alto y con capa, se acerca y se detiene frente a nosotros.

Lleva el pelo peinado hacia atrás. Su mandíbula podría cortar

cristal. El esmoquin negro y la corbata blanca lucen impecables, al igual que la larga capa negra que le cubre los hombros. El interior está forrado de seda del color de la sangre fresca.

Este príncipe de la noche es elegante y guapo de una forma devastadora, y se apoya de forma majestuosa en un bastón de madera con un cráneo en el extremo, como si fuera el dueño de la Tierra y de todos los que la habitan.

Me gustaría darle una patada en sus partes íntimas.

Sonríe, mostrando unos caninos blancos y puntiagudos que parecen auténticos.

—Me acuerdo de ti —dice Bea—. Eres el hombre de la tienda de comestibles.

Ronan inclina la cabeza a un lado, aceptando el hecho.

—Así es. Qué buena memoria tienes, brujita. Y qué bonito disfraz.

—Me lo hizo mi tía abuela. ¿Quieres que te lance un hechizo?

Ella blande la varita hacia él con un ademán grandilocuente. Él levanta una mano en señal de terror fingido.

—Solo si prometes que terminará al amanecer. Tengo que estar en la cama antes de que salga el sol.

Encantada de que él le siga el juego, ella sonríe.

—¡En tu ataúd!

—Exactamente.

—Después de haber asesinado a mucha gente y haber dejado sus cadáveres pudriéndose en las calles! —Se ríe entre dientes.

—Vaya, qué sangrienta. —Levanta su mirada azul pálida hacia mí —. Encajas perfectamente con el resto de la familia.

No sé si se refiere a mi familia o a la suya. En cualquier caso, tiene razón.

Sonrío con tensión.

—Hola, Ronan. Te preguntaría si eso que llevas puesto es un disfraz, pero ya sé que eres un chupasangre.

Nos miramos por encima de la cabeza de Bea hasta que una morena pechugona con un disfraz de Wonder Woman se acerca y se cuelga del brazo de Ronan.

—¡Tu disfraz es adorable! —dice, sonriendo a Bea.

—Gracias. El tuyo también es bonito.

Sin apartar la mirada de mí, Ronan rodea con el brazo la cintura de la morena y la atrae hacia él. Ella lo mira con sus bonitos ojos castaños llenos de adoración.

Mi corazón se detiene. Mi estómago se convierte en una pequeña bola enfermiza y comienza a gemir.

—Maven, esta es Colette. Colette, Maven —me presenta Ronan lacónicamente.

Ella me mira, y sus ojos de cierva se ensanchan por el miedo. Retrocediendo, se lleva una mano a la garganta.

—Maven… ¿Blackthorn?

Mi reputación me precede. Vuelvo a tener diez años, despreciada sin piedad, rechazada y excluida por mis compañeros.

Ojalá no me doliera tanto. Ojalá pudiera ser indiferente, fría, imperturbable. Pero estas heridas que sufrimos y que nos llegan hasta lo más profundo cuando somos jóvenes y vulnerables permanecen con nosotros para siempre, sin importar cuánto envejecemos o cuánto nos alejamos de su origen.

Podemos esperar haber sanado, a veces incluso podemos creerlo. Pero una mirada de reproche sin palabras puede robarnos esa dulce ilusión, y entonces queda dolorosamente claro que nunca hemos mejorado, solo nos hemos vuelto mejores fingiendo.

—La misma que calza y baila —digo con firmeza—. ¿Quieres un

consejo? Hazte la prueba de la rabia. Tu acompañante es un perro.

Agarro a Bea de la mano y la arrastro hacia la entrada de la casa encantada, al otro lado del auditorio, tragándome el doloroso nudo que tengo en la garganta mientras lucho por contener las lágrimas.

Colette. La hermosa y voluptuosa Colette.

En comparación, yo parezco un hongo venenoso.

Quizá mantengan una relación formal. Quizá ella haya estado con él todo el tiempo. Quizá él pensaba en ella cuando nosotros…

No. No voy a pensar eso. Es demasiado horrible.

Probable, pero horrible.

Soy tan tonta… He dejado que este estafador me engañara cuando sabía desde el principio que no debía creer en él.

No había estado tan alterada desde que Becca Campbell me pegó en el patio del colegio, en quinto curso.

O tal vez cuando me escupió y me hizo llorar delante de dos docenas de personas en el carnaval de invierno.

O cuando me hizo tropezar mientras caminaba con la bandeja de comida en la cafetería de la escuela y un centenar de niños se rieron a carcajadas mientras yo salía volando y aterrizaba de bruces en un plato de puré de patatas con salsa.

Desde una mesa en la esquina, Ronan me observaba con una sonrisa burlona.

Lo he adorado desde que era una niña, lo he admirado con todo mi corazón y con todas las partes oscuras de mi alma, que lo amaban aún más porque la fealdad que me envolvía parecía menos repulsiva ante el reflejo de su resplandor celestial, y lo único que obtuve a cambio fue un corazón roto.

—Mamá, me estás haciendo daño en la mano.

Suelto el fuerte agarre con el que sujeto a Bea y me disculpo,

aunque sigo apresuradamente al pequeño grupo de niños y padres que entran por la puerta abierta, donde hay una señal que indica que estamos en la casa encantada. Más allá de la puerta, la luz es tragada por la oscuridad, de la que emana una espeluznante banda sonora.

Entramos justo a tiempo para que la oscuridad oculte las lágrimas que se acumulan en mis párpados y se derraman por mis mejillas.

Estamos en un gran espacio cubierto por cortinas negras raídas que se agitan siniestramente entre las sombras parpadeantes. Una máquina de humo llena el suelo con una niebla que se arremolina alrededor de lápidas y cruces falsas. Un enorme árbol retorcido se eleva hacia arriba, con sus ramas envueltas en telarañas. Un camino serpentea a través de salas temáticas, separadas por más cortinas negras. Pasamos por el laboratorio de Frankenstein, con vasos de precipitados burbujeantes y maniquíes ensangrentados y desmembrados, y por la guarida de una bruja, con un caldero burbujeante y enormes arañas que se retuercen, iluminadas con luces negras.

Más allá hay una sala de espejos. Al entrar, veo mi propia imagen reflejada en fragmentos desde una docena de ángulos diferentes, pero estoy sola.

—¿Bea?

La única respuesta es una risa lejana y espeluznante que rebota en los espejos y resuena en el silencio.



28

Maven

Me doy la vuelta para volver por donde he entrado, pero no encuentro el camino. Debería estar ahí, pero parece como si los espejos se hubieran desplazado. El camino que conduce al interior ha desaparecido.

—¿Bea? Cariño, ¿dónde estás? —Una nota de pánico se cuela en mi voz.

Mi mirada recorre las sombras cambiantes en busca de alguna señal de mi hija, pero todo lo que veo son unas imágenes inquietantemente distorsionadas de mí misma, mi reflejo multiplicado hasta el infinito. Sigo adelante, con el pulso acelerado, y aprieto las manos contra el frío cristal para intentar encontrar la salida del laberinto.

—¿Bea? —vuelvo a llamar. Mi voz resuena llena de miedo en los infinitos reflejos. Mi pánico aumenta con cada paso que doy.

Entonces vislumbro un movimiento en uno de los espejos: su pequeña figura pasa rápidamente, adentrándose en el laberinto.

—¡Bea, espera!

Me giro para seguirla y choco de frente contra un panel de cristal.

Me tambaleo hacia atrás, llevándome las manos a la frente donde

me he golpeado con el espejo. El impacto me deja desorientada. Las paredes del laberinto parecen cerrarse sobre mí, sus superficies reflectantes distorsionan mi reflejo aterrado hasta convertirlo en algo casi irreconocible.

Casi… siniestro.

Otro destello de movimiento llama mi atención, esta vez más lejos. Es una pequeña figura con un sombrero puntiagudo de bruja negro, deslizándose entre los espejos. Me lanzo en esa dirección, tropezando hacia adelante, pero el reflejo desaparece tan rápido como ha aparecido. Está tan oscuro y es tan confuso que no sé si estoy avanzando o dando vueltas en círculos. Mis dedos rozan la superficie de los espejos, buscando con frenesí una salida.

Entonces, como por arte de magia, los espejos se separan de repente. Salgo disparada al exterior, y el aire nocturno me golpea la piel caliente. Me doy la vuelta y miro la puerta de salida, que se cierra con un chirrido al lado del auditorio.

Salgo, pero no puedo dejar atrás a Bea. Tengo que encontrarla. Justo cuando estoy a punto de abrir la puerta y volver a entrar, una voz familiar me detiene.

—¿Maven?

Me quedo paralizada, sin aliento. Me giro lentamente y veo a Ronan a solo unos metros de distancia, con la mirada clavada en mí. Su voluptuosa acompañante no está por ninguna parte.

—¿Qué pasa? Te he oído gritar.

—Es que… no encuentro a Bea —digo, tratando de mantener la voz firme—. Sigue en algún lugar dentro de la casa encantada.

Su expresión se endurece y aprieta la mandíbula. Sin dudarlo, se dirige hacia la puerta.

—Yo la encontraré. Quédate aquí.

—No, espera, no lo entiendes. Ahí dentro hay un laberinto de espejos. Y apenas podrás ver nada. Está casi totalmente oscuro.

—Te sorprendería lo que puedo ver en la oscuridad —murmura. Abre la puerta de un tirón y desaparece en el interior.

Retorciéndome las manos, me paseo de un lado a otro frente a la puerta cerrada durante unos minutos, sin saber si seguirlo o no, cuando de repente la puerta se vuelve a abrir y él reaparece, llevando a Bea en brazos.

El sombrero puntiagudo y la bolsa de caramelos han desaparecido, y se aferra a él, pálida y asustada, pero por lo demás ilesa.

—Oh, gracias a Dios —digo, inundada por el alivio.

—¡Mamá! —grita, zafándose de sus brazos para lanzarse a los míos.

La abrazo con fuerza, apoyando la cara en su pelo.

—Me has asustado, cariño.

—Lo siento —se lamenta con la voz débil—. No quería perderme.

—Ya lo sé. Me alegro de que estés bien.

—Casi no lo estoy… ¡Me he tropezado con un espejo y me he caído, y se ha desprendido de la pared y casi me aplasta! Pero él lo ha sujetado antes de que cayera. —Esas palabras hacen que mi corazón se contraiga por el miedo y el pánico. Si Ronan no hubiera estado allí, mi hija podría haberse convertido en otra estadística de accidentes de las Blackthorn.

Él está a unos metros de distancia, observándonos, con la mirada feroz y la respiración entrecortada. Cuando nuestras miradas se cruzan, siento su poder crudo hasta la médula.

—Gracias —susurro.

Él asiente con la cabeza y su mirada se suaviza al mirar a Bea.

—Es muy valiente —añade en voz baja—. Ha salido a su madre.

No sé qué responder, así que la abrazo con más fuerza, agradecida de que esté a salvo.

Sin decir nada más, Ronan se da la vuelta y se aleja en la noche.

Con el corazón latiéndome con fuerza, suelto a Bea y la cojo por la mano. La conduzco hacia el aparcamiento que hay al lado del edificio sujetando sus dedos con fuerza mientras trato de tranquilizarme, pero mis pensamientos no dejan de dar vueltas. Mi mente sigue repitiendo la escena: Ronan apareciendo con Bea en brazos, la intensidad de su mirada, la rapidez con la que la encontró.

Recorrió el laberinto como si no fuera más que una ilusión, como si pudiera ver a través de él.

—¿Mamá? —dice, después de unos momentos en silencio.

—¿Sí, cariño?

Ella me mira a la cara.

—¿Por qué Wonder Woman te tiene miedo?

—Es probable que ya te hayas dado cuenta, cariño, pero nuestra familia es un poco diferente.

—Me he dado cuenta. Pero no es diferente en el mal sentido, ¿verdad?

Noto la preocupación en su voz.

Como la mayoría de la gente, tiene una inclinación natural a encajar. Siempre es más fácil ser parte de la tribu, ser querido y bienvenido. Ser una parte valiosa de un grupo está integrado en nuestro ADN.

Y, como todos los marginados saben, ser diferente puede ser peligroso. Ser diferente puede costarte la vida.

La miro.

—¿Te parecen malas la tía Esme y la tía Davina?

Ella niega con la cabeza.

—¿Y Q? ¿Te parece malo?

—No. Me gusta Q. Me gustan todos.

—Pues ahí lo tienes. No importa lo que piensen los demás. Tú has tomado tu propia decisión basándote en tu experiencia. Así es como debes abordar todo en la vida.

Ella lo contempla en solemne silencio durante un momento.

—Creo que Wonder Woman tenía los pechos operados —apunta luego.

Me reiría si no estuviera a punto de volver a llorar.

—Bueno, es Halloween. Quizá formaban parte del disfraz. Ven, vamos a comprar un helado.

Caminamos de la mano por el aparcamiento hacia la plaza del pueblo. Cuando llegamos al Dairy Queen, se le cierran los párpados y arrastra los pies.

Cada una pedimos un cono y nos lo comemos mientras volvemos al colegio. Para entonces, la luna ha salido por encima de la cresta de las montañas e ilumina nuestro camino, coronándonos con una luz pálida y fantasmal. Nos sentamos en el banco frente al aparcamiento del colegio. Bea apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos.

—Q llegará en cualquier momento, cariño —susurro, mirando la calle. Le rodeo los hombros con un brazo y le froto el bíceps. Pienso en Ronan, aunque intento no hacerlo.

Cuando Q llega en el Caddy, Bea está dormida. La levanta con delicadeza y la acuesta en el asiento trasero, doblando su capa bajo su cabeza a modo de almohada.

Mientras nos alejamos, veo de reojo a un Drácula con capa, solo, a la sombra de un roble retorcido al otro lado de la calle, mirándonos con sus penetrantes ojos helados.



29

Maven

Blackthorn Manor está a oscuras cuando llegamos, sombrío y silencioso, con su imponente silueta apenas discernible entre el bosque que lo rodea. En el interior, impregna el aire el olor ahumado a artemisa quemada y a dedalera.

Esme y Davina se han retirado a sus habitaciones, dejando solo velas de cera de abeja encendidas en los nichos de las paredes de la gran sala. Las llamas tejen sombras que parecen moverse independientemente de sus fuentes.

Q lleva a Bea arriba a su dormitorio mientras yo lo sigo. Una vez que la acuesta en la cama y nos deja, mojo una toalla y le retiro de la cara la pintura verde. Le quito los zapatos y cubro su pequeño cuerpo con las mantas, arropándola mientras se da la vuelta y murmura entre sueños.

Luna —segunda o tercera—, salta a la cama y se acurruca formando una mullida bola blanca cerca de los pies de Bea, con su aguda mirada fija en la puerta del dormitorio.

Agotada, me retiro a mi habitación, me desnudo y me ducho, dejando que el agua caliente resbale por mi cuerpo, deseando que borre de mi mente todo rastro de Ronan.

No tengo tanta suerte. Cuando me seco, me pongo el pijama y me meto en la cama, parece como si una horda de ratas hambrientas estuviera royendo mi corazón.

Por esto no más quise volver a acercarme a un hombre. Por este dolor enfermizo y agonizante justo en el centro de mi pecho. Sin embargo, ver a Ronan con la morena ha hecho algo más que herirme.

Me ha demostrado sin lugar a dudas que, por mucho que me repita que él no significa nada para mí, ha grabado su nombre en mi corazón como nadie más lo hará jamás.

Me guste o no, le pertenezco.

Me acurruco con las rodillas contra el pecho, me cubro la cabeza con las mantas y estoy a punto de quedarme dormida cuando la voz de Bea me devuelve a la realidad.

—¿Mamá?

Bajo las mantas y la miro parpadeando. Pálida y asustada a la luz de la luna que se cuela por las ventanas, está de pie junto a mi cama.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Estás bien?

—¿Puedo dormir contigo esta noche?

—¿Qué pasa?

—Son los chicos.

Alarmada, me siento y enciendo la lámpara de la mesilla.

—¿Qué chicos?

Su respuesta llega en un susurro nervioso.

—Los niños de ojos negros del bosque. Están ahí de pie, mirándome fijamente.

Aliviada de que no haya un grupo de escolares colgando muñecas de plástico profanadas en los arbustos, me froto las manos por la cara y suspiro.

—Oh, cariño… No hay niños en el bosque. Solo es la luz de la luna

jugándote una mala pasada. Voy a llevarte de vuelta a la cama

Me levanto, la cojo de la mano y la llevo por el pasillo hasta mi antigua habitación. Se mete en la cama y se tapa hasta la barbilla con las mantas. Le doy un beso en la frente, cierro las cortinas y me doy la vuelta para marcharme.

—¿Puedes mirar primero por debajo de la cama?

Esto no es propio de ella. Normalmente no le da miedo nada. La he visto ver documentales sobre asesinos en serie llenos de fotos sangrientas de la escena del crimen y, después, dormir como un bebé.

Quizá sea por lo que ha pasado antes. Perderse en un pasillo de espejos puede aterrorizar a cualquiera.

—Claro.

Me arrodillo y miro entre las sombras debajo de la cama. Lo único que hay es una bola de pelo de gato.

Cuando me levanto y le sonrío, ella está paralizada en la cama, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa?

—Ahora están detrás de ti —susurra, mirando más allá de mí. Con el corazón en un puño, me doy la vuelta. La habitación está vacía. Cuando vuelvo a mirar a Bea, se ha cubierto la cara con las sábanas. Tiembla de pies a cabeza.

—Esta noche dormirás conmigo, cariño. Vamos.

No sé quién se mueve más rápido, pero en menos de diez segundos hemos recorrido de vuelta el pasillo y estamos acurrucadas juntas bajo las mantas de mi cama.

A pesar de la luz de la lámpara y del cansancio que me agobia, no consigo dormirme hasta que el cielo negro al otro lado de la ventana se ilumina con tonos perlados y el amanecer ahuyenta todas las

sombras que acechan en los rincones más recónditos de la habitación.



Por la mañana, Bea no recuerda nada de los chicos que vio en el bosque. Se despierta en la cama a mi lado, sin saber cómo ha llegado allí. Cuando le digo que estaba asustada, me mira sin comprender.

—¿De qué?

—No importa. Solo fue un sueño.

Me mira como si me lo hubiera inventado todo y se retira a su habitación con el gato a su zaga.

Durante el desayuno, mis tías se muestran todas sonrientes.

—Buenos días, cariño —dice Esme alegremente, colocando una taza de té aromático delante de mí cuando me siento a la mesa—. ¿Tostadas? ¿Tortitas?

—Prefiero una aspirina.

—¿No te encuentras bien?

—Estuve despierta hasta tarde con Bea. Tuvo una pesadilla.

—Pobrecita. No recuerdo la última vez que me pasó a mí; duermo como un tronco. Debe de haber comido demasiados dulces.

Frunzo el ceño mientras miro cómo se aleja hacia el armario para coger un plato

—Tuviste una pesadilla la semana pasada.

Se gira para mirarme con evidente confusión.

—Soñaste con serpientes, ¿recuerdas? Tuviste una pesadilla en la que unas grandes serpientes negras se arrastraban por toda la casa. Dijiste dos veces que habías tenido ese sueño.

Esme intercambia una mirada de sorpresa con Davina.

—No, cariño. No tuve ningún sueño con serpientes. Estoy segura

de que lo recordaría —dice luego con delicadeza.

—Tía D, lo recuerdas —insisto—. Estábamos todos aquí, en la cocina, cuando nos lo dijiste.

Ella niega con la cabeza en silencio.

Perturbada, miro fijamente las turbias profundidades de mi té y me preocupa que me esté pasando algo muy grave. Primero, las hemorragias nasales. Luego, los dolores de cabeza. ¿Ahora estoy imaginando conversaciones?

¿Y qué hay de la pesadilla que tuvo Bea la noche pasada, esa que no recuerda haber tenido?

¿También es fruto de mi imaginación?

Me toco la frente con cautela, preguntándome si un tumor se estará comiéndose alegremente mi cerebro.

Me digo a mí misma que solo es estrés, que tiene que serlo, pero no consigo convencerme de que sea cierto.



Me siento desequilibrada durante el resto del día, así que decido salir de casa y tomar un poco de aire fresco. Dejo a Bea haciendo sus deberes con Q, cojo un abrigo de lana del perchero que hay junto a la puerta y salgo bajo la tarde nublada y brumosa. Paseo con las manos metidas en los bolsillos, tratando de aclarar mi mente para poder entender las cosas. Estoy tan absorta que, cuando finalmente levanto la vista, me doy cuenta de que me he adentrado en el bosque.

La alta aguja de piedra de una iglesia se asoma entre los árboles a unos cuatrocientos metros delante de mí. Creo que es el antiguo santuario de la familia Croft. Debo de estar en su propiedad.

Me detengo y miro la aguja durante un largo rato, recomponiéndome y dejando que mi acelerado pulso recobre un

ritmo más normal. No lo he decidido de una forma consciente, he venido hasta aquí sin darme cuenta, al lugar donde todo comenzó cuando murió mi madre.

Es como si estuviera hecha de hierro y la iglesia fuera un imán que me atrae irresistiblemente.

Me tomo un momento para calmar los nervios y luego sigo paseando.

El único sonido que oigo es el crujir de las agujas de pino secas bajo mis pies. Hay un silencio inquietante en esta parte del bosque, no se oye el canto de los pájaros en las copas de los árboles, tan común en la naturaleza, ni el ulular de los búhos o el susurro de las ramas, ni el alegre murmullo de un arroyo cercano.

El bosque parece estar conteniendo la respiración.

La vieja iglesia abandonada se encuentra en medio de un claro sin árboles, pero cubierto de maleza y hierbas silvestres. Sus paredes de piedra caliza están desconchadas y desmoronadas en algunos lugares, mientras que en otros están cubiertas por gruesas capas de musgo verde. Las vidrieras están apagadas y rotas, y el campanario parece a punto de derrumbarse en cualquier momento sobre el tejado inclinado.

Repartidas por el cementerio gótico junto a la iglesia, las elaboradas lápidas marcan los lugares donde están enterrados los miembros de la familia Croft. La bóveda de mármol blanco coronada por un ángel llorón es donde descansa la madre de Ronan.

Solo lo sé porque había una foto en el periódico. Nadie se sorprendió cuando las Blackthorn no fueron invitadas al funeral.

Las puertas de madera de la parte delantera de la iglesia fueron retiradas hace tiempo y sustituidas por una pesada verja oxidada atornillada a la piedra. Una gruesa cadena plateada envuelve los

barrotes de hierro y está cerrada con un candado, y aunque todo lo demás de la iglesia está deteriorado, estos elementos son nuevos y brillantes.

Doy una vuelta al exterior hasta que encuentro otra entrada en el lateral. La verja oxidada que la protege está entreabierta, así que me cuelo por ella.

El interior de la iglesia es frío y oscuro. Está vacío, salvo por unos cuantos bancos de madera polvorientos y volcados de mala manera cerca del altar, también hay montones de hojas muertas en el suelo. Los pilares de mármol se elevan hasta formar inmensos arcos de piedra en el techo abovedado.

El aire está impregnado con un fuerte olor a granja. Huele a almizcle, a paja húmeda y madera podrida. Mirando a mi alrededor, me pregunto qué Croft decidió que ya había tenido suficiente de Dios y dejó que este lugar se transformara en unas ruinas. Es evidente que lleva abandonado varias generaciones.

Adentrándome más en el edificio, descubro elaboradas gárgolas, ángeles, caballeros y animales tallados en las paredes de piedra sobre las ventanas y las puertas. Son hermosos y complejos, y su diseño es un testimonio de la habilidad del artesano. A unos metros del altar, dejo de mirar las paredes y mi atención se centra en el suelo.

Incrustado en la piedra, un gran mosaico de azulejos blancos y negros representa un lobo con un cordero entre las fauces. Sobre el lobo y su presa capturada flota una luna llena, negra y siniestra.

Es el escudo de la familia Croft. Lo he visto muchas veces antes, pero en este espeluznante escenario, parece cien veces más amenazador.

—Maven…

Jadeando, doy un salto y me giro.

Ronan está de pie en lo alto de unas escaleras subterráneas que no había visto. Los escalones están tallados en el suelo de piedra junto a la pared del altar y descienden hacia la oscuridad unos metros más allá.

Me presiono con las manos el corazón, que late con fuerza.

—Me has asustado.

—Nada te asusta. Ni siquiera cuando debería.

Su voz es grave y áspera. Tiene la barbilla sin afeitar. Viste unos vaqueros descoloridos, unas botas de trabajo gastadas y una vieja camisa de franela a cuadros.

Es ropa de trabajo, bastante común para otras personas, pero en él parece fuera de lugar. Es como si alguien hubiera pintado un mono sobre el David de Miguel Ángel.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Su tono es tan duro que me sorprende. Es como si no me hubiera visto antes, como si fuera un demonio que se hubiera colado en un lugar sagrado con la intención de profanar el edificio.

—Supongo que estoy investigando —respondo con cautela, echando un vistazo a las escaleras en penumbra.

—¿Investigando qué?

—Mi madre murió aquí.

—Lo sé.

—¿Sabes qué pasó?

Nos miramos fijamente a través del espacio, con las miradas enredadas, sin que ninguno de los dos esté dispuesto a parpadear primero. Sus ojos esconden una tormenta de pensamientos tácitos. Nunca lo había visto tan tenso ni actuando de forma tan extraña. El blanco de sus ojos está inyectado en sangre y, de vez en cuando, le

tiembla la mano izquierda.

En lugar de responder a mi pregunta, la elude.

—No puedes estar aquí. Deberías irte a casa ahora mismo. Vete a casa y no vuelvas.

—¿Por qué no puedo estar aquí?

Él niega con la cabeza sin decir nada.

—Entiendo que no me vas a dar una respuesta directa.

Niega otra vez con la cabeza.

Ojalá eso no me doliera, pero me duele.

—Entonces, ya que me has preguntado por qué estoy aquí, te preguntaré por qué estás tú aquí.

—Estoy en la propiedad de mi familia.

—En mitad de la semana. En horario laboral.

—¿Y qué?

—¿Y por qué no estás en Boston dirigiendo tu imperio del mal?

Se toma un momento para mirarme con avidez de arriba abajo y suelta el aire antes de responder.

—Me he tomado el día libre.

—¿Para visitar una vieja iglesia en ruinas en medio del bosque? ¿Por qué te has tomado el día libre para eso?

—También me he tomado el resto de la semana libre. Tengo asuntos que atender fuera de la ciudad. Necesitaba visitar a mi padre antes de marcharme, pero entonces te he visto a través de la ventana de la casa, así que he salido a ver qué hacías.

La casa de su padre está a cinco minutos a pie de la iglesia, por un camino de tierra sin asfaltar rodeado de bosque a ambos lados. No puede haberme visto desde allí, sobre todo porque estoy bastante segura de que estaba en el sótano de la iglesia cuando entré.

—No te creo.

Se pasa las manos por el pelo, luego se da la vuelta y se aleja unos pasos. Se vuelve para mirarme con intensidad, con la mandíbula apretada y los ojos insondables.

—Tienes que irte a casa ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Tienes una cita importante? ¿Va a aparecer Wonder Woman en su *jet* invisible en cualquier momento?

Sus ojos brillan de ira, pero mantiene la voz controlada.

—Escucha lo que te digo. Vete-a-casa.

—¿O qué? ¿Llamarás a la policía y harás que me arresten por allanamiento?

Cierra los ojos, aprieta los molares y respira despacio, enfadado.

—Maldita sea, Maven. No es momento para tus ocurrencias. Vete.

Me trago el nudo que tengo en la garganta, enderezo los hombros y levanto la barbilla.

—Dejémonos de tonterías y vayamos al grano. Mi madre se cayó del tejado de esta iglesia. O la empujaron —añado con énfasis

—Mi padre no la empujó. Él nunca le habría hecho daño —espeta, furioso.

Su insistencia me hace sospechar.

—¿Cómo lo sabes?

Hay una pausa larga e incómoda antes de que él aparte la mirada.

—Simplemente lo sé. Eso es todo. Ahora tienes que irte. —Me quedo allí de pie mirándolo con los ojos entrecerrados y en silencio —. Ahora —insiste.

—¿Por qué es tan importante que me vaya? —Miro las escaleras en penumbra—. ¿Hay algo aquí que no quieres que vea?

Él nota que miro las escaleras y su expresión se ensombrece. Me obligo a mantenerme firme mientras se acerca lentamente. Cuando está a solo unos metros de distancia, se detiene y examina mi cuerpo

con calma y minuciosidad. Su mirada se detiene en mi entrepierna antes de subir a mis pechos, donde la para de nuevo. Luego contempla mi boca y cierra los ojos como si deseara poder no verme.

—Vete ahora, Maven —dice con la voz ronca—. Por una vez en tu vida, por favor, escúchame, joder.

—¿Por qué debería hacerlo? Dime, Ronan. ¿Por qué debería escucharte? Tengo los oídos bien abiertos.

Él lanza un juramento.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que tal vez la gente tiene en mente lo que es mejor para ti cuando te dice algo que no quieres oír?

—No si tú formas parte de esa gente.

Se toma un momento para respirar y tratar de calmarse. Puedo ver lo agitado que está, lo mucho que quiere que obedezca su orden, pero también percibo que está luchando por no acercarse.

Mantiene un tira y afloja consigo mismo. No estoy segura de qué lado está perdiendo ni por qué están luchando.

—Por favor. Necesito que confíes en mí.

—Es lo más gracioso que he oído en años. Creo que te está llamando tu novia pechugona.

Mueve la mandíbula. Se está conteniendo para no decir algo, algo que parece que realmente quiere decir, pero no lo hace.

Probablemente sea un insulto sobre mi ropa. O mi pelo. O todas las demás cosas que le parecen deficientes en mí.

Lo miro con intensidad, con el corazón latiéndome con fuerza y los pulmones oprimidos. Me siento como cuando tenía diecisiete años y me invadía el peso de ese amor terrible e insoportable.

Para que él no vea el dolor grabado en mi rostro, me doy la vuelta y me alejo. Con el pecho dolorido, regreso por el mismo camino del bosque por donde he llegado, diciéndome a mí misma que el agua

que nubla mis ojos es producto del viento.

Aunque sé que no es así.

De repente, un grito agonizante resuena en la distancia detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, no hay nadie allí. Pero el sonido sigue resonando, un aullido primitivo de angustia que se filtra a través de las ramas de los pinos y me corta el alma como una espada.

Me quedo paralizada durante un momento, escuchando hasta que el horrible y sobrenatural grito se desvanece finalmente y el bosque se sumerge en un silencio inquietante.



30

Maven

Cuando regreso a casa, el sol ya se ha puesto y he agotado todas las posibilidades que se me ocurren sobre lo que Ronan estaba haciendo realmente en la iglesia.

No estaba rehabilitándola, eso es seguro.

Voy a la cocina a por un vaso de agua. A través de la ventana, veo el jardín. El zorro rojo y negro está sentado en el banco de hierro, bajo el bosquecillo de abedules, y me mira expectante, como si hubiera estado esperando allí a que yo regresara.

Cuando me suena el móvil, contesto distraídamente.

—¿Diga?

—Señorita Blackthorn, soy Robert, del Cementerio Pinecrest. Hablamos sobre la exhumación de la tumba de su madre, ¿recuerda? ¿Tiene un momento?

—Sí, claro. ¿En qué puedo ayudarle?

Se aclara la garganta nervioso y baja la voz.

—Podría buscarme problemas por esto, así que le agradecería que no mencionara a nadie que fui yo quien la avisó.

—Entiendo. Lo mantendré en secreto. ¿De qué se trata?

—La junta reguladora estatal se ha adelantado a lo que todos

esperábamos en la investigación de la Funeraria Anderson.

Mi corazón se llena de esperanza.

—¿Y? ¿Han encontrado a mi abuela?

—Me temo que no, señorita Blackthorn. Pero tampoco han encontrado a nadie más.

Como no me da más detalles, me impaciento.

—No lo entiendo.

—Le comenté que habían empezado a exhumar tumbas como parte de la investigación. Primero comenzaron con las tumbas de aquellas personas cuyas familias habían presentado una denuncia formal e inspeccionaron esos restos.

—Me siento confundida. Acaba de decir que no encontraron a nadie. ¿Cómo pudieron inspeccionar los cuerpos si no había ninguno?

—Me temo que no he terminado. —Vacila un momento antes de continuar—. Quizá sea mejor que se siente para escuchar lo que tengo que decirle.

Cuando vuelve a vacilar, se me acaba la paciencia. Hay un límite a lo que una persona puede soportar en un día.

—Escuche, Robert, sé que no me conoces, pero por favor, hágame caso cuando le digo que, si no me cuenta exactamente lo que está pasando en los próximos cinco segundos, iré hasta ahí y haré que desee no haberse levantado de la cama esta mañana.

—Creo que va a querer venir aquí de todos modos, porque cuando he dicho que no han encontrado a nadie, me refería específicamente a la parcela de su familia. Ya se han exhumado ocho tumbas Blackthorn.

Me quedo impactada.

—¿Ocho?

—Sí. Y lamento tener que decirle esto, pero todos los ataúdes que se han abierto hasta el momento estaban vacíos. Incluido el de su madre.

Sin palabras, a través de la ventana de la cocina clavo los ojos en el zorro sentado en el banco del patio.

Él me devuelve la mirada sin pestañear, con sus ojos dorados brillando intensamente en la penumbra creciente.



Durante el resto de la noche, estoy absorta en mis pensamientos sobre Ronan y el inquietante misterio de las tumbas vacías. No les cuento a mis tías la información que me ha transmitido Robert, el trabajador del Cementerio Pinecrest, aunque no sé muy bien por qué.

Hay algo que se me escapa. Siento como si la clave para desvelar todos estos misterios estuviera justo delante de mis narices, pero no consiguiera verla.

Una vez que acuesto a Bea y vuelvo a mi habitación, escucho por fin el mensaje que me ha dejado Ezra en el buzón de voz.

«¿Has leído ya la edición de este mes de Scientific American? Si no es así, hay un artículo que te puede interesar. Página doce».

Sus palabras despiertan mi curiosidad, así que entro en mi cuenta online de la revista y voy a la página doce. Allí encuentro un artículo que habla cómo el Instituto de Antropología Evolutiva ha llevado a cabo un estudio sobre los cromatóforos de las sepias, que les permiten cambiar de color y camuflarse para protegerse de los depredadores.

No tengo ni idea de por qué ha pensado que esto me puede interesar.

Llego al final del artículo y me siento cada vez más confundida al leer que el instituto también ha realizado un estudio sobre la capacidad cognitiva de los cuervos, la secuenciación del ADN de un fósil de un dinosaurio que se extinguió hace más de setenta millones de años y las neuronas cerebrales de una especie de rana arbórea que puede modular su emisión de infrarrojos.

Por lo que yo sé, nada de esto tiene relación entre sí ni conmigo. Entonces veo el nombre de la empresa que financió los estudios.

«Croft Pharmaceuticals».

Vacilo, pues no sé si llamarle, teniendo en cuenta que le he dicho que no volveríamos a hablar, pero no entiendo por qué me ha enviado este artículo. Debería saber que no tengo ninguna conexión con los Croft, y en ninguna parte del artículo se menciona a Solstice.

Decido que vale la pena investigar y busco su número. Contesta al primer tono, con cautela.

—Hola. ¡Qué sorpresa!

—Lo sé. Espero pillarte en un buen momento. Si no, puedo volver a llamarte más tarde.

—No, está bien. ¿Qué pasa?

—Acabo de leer el artículo que me has enviado.

—Ah. —Hace una pausa—. ¿Y?

—Bueno, me preguntaba por qué lo has hecho.

—Por Croft Pharmaceuticals.

Frunzo el ceño.

—¿Qué les pasa?

—Son los que ofrecieron una suma desorbitada para acceder a nuestra colección de lepidópteros y estudiar cómo es que las mariposas pueden modificar los colores de las alas. ¿No te acuerdas?

—¿Fueron ellos?

—Sí.

Estoy tan sorprendida que solo puedo clavar los ojos en la pared con la boca abierta. Recuerdo la solicitud, ya que se debatió durante mucho tiempo en una reunión de personal antes de ser rechazada, pero no había llegado a saber que procedía de la empresa de Ronan.

El hámster dentro de mi cerebro salta sobre su pequeña rueda de plástico y comienza a correr.

«Te busqué, ¿sabes? Durante años, contraté a los mejores detectives privados para que te buscaran. Pero era como si hubieras desaparecido. Fuera de Solstice, Maven Blackthorn no existe».

Cuando me dijo eso, había supuesto que se lo había inventado, un halago tonto con el único objetivo de bajar mis defensas, pero ¿sabía Ronan que yo trabajaba en el museo? ¿Contaba conmigo para que su petición fuera aceptada?

Y si sabía que trabajaba allí…, ¿qué más sabía sobre mí?

«¿Es por eso por lo que siempre insiste tanto en ser el padre de Bea? ¿Hizo que me siguieran? Pero si es así, ¿por qué nunca se ha puesto en contacto conmigo? ¿Por qué se había inventado la historia de que había contratado una agencia de detectives privados que no encontraron nada?».

«¿Por qué inventar tantas mentiras?».

—Una vez dijiste que fuiste al colegio con su hijo. Ahora es el consejero delegado —dice Ezra, ante mi atónito silencio.

Me recompongo y me concentro en la conversación.

—Sí, lo sé. Pero no recuerdo haberte hablado nunca de él.

—Tuviste una pesadilla cuando Bea se quedó a dormir en casa de una amiga. Te despertaste gritando su nombre una y otra vez. Eso y algo sobre corregir un error, pero todo era muy confuso. Parecías aterrada. Tardé quince minutos en calmarte. ¿Te acuerdas?

«Corregir un error».

Se me pone la piel de gallina. Un escalofrío me baja por la espalda.

Cuando me quedo en silencio demasiado tiempo, perdida en mis pensamientos, Ezra carraspea y trata torpemente de retomar el hilo de la conversación.

—No puedo evitar preguntarme cuál es su objetivo con los estudios que están financiando. Es extraño, ¿no crees? La respuesta más lógica es que están desarrollando algún medicamento nuevo basado en los resultados. Si es así, estoy seguro de que podrían realizar pruebas con animales, pero dudo que obtuvieran la aprobación de la FDA para pasar a ensayos con humanos cualquier cosa que implique genes de dinosaurios.

Algo en las palabras «ensayos con humanos» abre una puerta oscura en mi cerebro.

Me hace pensar en la historia secreta de la Funeraria Anderson y el trasiego que ha tenido con los cadáveres.

Me hace pensar en todas las personas que han desaparecido en Solstice y que nunca han vuelto a aparecer.

Me hace pensar en las extrañas muertes accidentales de mis antepasadas. Me hace pensar en las tumbas vacías de Pinecrest.

Por último, me hace pensar en lo que dijo Cole Walker cuando lo contraté para investigar la desaparición de la abuela.

«Sea lo que sea lo que está pasando en ese pueblo, los Croft lo saben. Probablemente tengan algo que ver».

Con el pulso acelerado y la boca seca, considero la desagradable posibilidad de que tal vez Croft Pharmaceuticals no intentara obtener la aprobación del gobierno antes de comenzar los ensayos en humanos del nuevo medicamento que querían lanzar al mercado.

Quizá buscaban soluciones alternativas.

Y con todo su poder y toda su influencia, probablemente podrían lograrlo.

Mi corazón late tan rápido que me quedo sin aliento.

«¿Mi madre descubrió algo que no debía? ¿Por eso fue a la iglesia aquella noche nevada de diciembre? ¿Para enfrentarse a Elijah? ¿O estaba allí investigando y él la encontró?».

Es peligroso ser una espina incómoda en el costado de una corporación poderosa.

Y para silenciar a mi madre, para mantener la verdad oculta, para proteger algunos secretos muy oscuros… Quizá mis tías tengan razón. Tal vez la asesinaron.

Y es posible que el padre de mi hija sepa mucho más de lo que deja entrever.

—¿May? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí. Lo siento. Es que ahora mismo tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Alguna de esas cosas soy yo? —pregunta en voz baja, un momento después.

«Mierda».

—Es que…, er…, Creo que te debo una disculpa.

—Ya te has disculpado. ¿Por qué me has llamado realmente, May? ¿Hay algo que quieras decirme?

Agotada, suelto el aire y me paso la mano por la cara.

—Es complicado…

Espera un rato a ver si digo algo más y luego, generosamente, me deja salir del apuro.

—Escucha, si quieres volver a llamarme, aunque solo sea para saludar o algo así, me parece genial. No tenemos por qué hablar de nada personal. No me gustaría que lleguemos al punto de actuar

como si nunca nos hubiéramos conocido, ¿vale?

—De acuerdo. Gracias, Ezra. Gracias por ser tan comprensivo.

—Cuando quieras. Buenas noches —dice en tono de alivio.

Colgamos. Me quedo sentada con la mente zumbando como una batidora a alta velocidad hasta que vuelvo al artículo y lo leo de nuevo, esta vez con más atención, y descubro un detalle más inquietante.

Además de lo anterior, se menciona un último estudio de investigación financiado por Croft Pharmaceuticals. Se trataba de un estudio sobre la inusual capacidad de un animal para utilizar los campos magnéticos de la Tierra para localizar a sus presas y alinear sus asaltos de caza con el Polo Norte, de modo que aterrizan de cabeza sobre el objetivo deseado. Se denomina magnetorrecepción.

El animal objeto del estudio es el zorro rojo.

Mi mente se acelera a la velocidad de la luz.

¿Y si Croft Pharmaceuticals probó un fármaco experimental en la población animal de Solstice antes de pasar a los ensayos en humanos? Tal vez eso es lo que afectó a los cuervos y al zorro que veo para que actúen de una forma tan extraña.

¿O se trata de que hay muchos zorros salvajes corriendo por el pueblo con la química alterada? ¿Son animales de laboratorio que fueron liberados? Si voy a cazar entre los árboles con prismáticos infrarrojos, ¿encontraré colonias de ranas brillantes? ¿Todos los conejos y ratas de Solstice tendrán ADN de dinosaurio?

Por último, aunque no por ello menos importante, ¿qué coño está pasando aquí, es una especie de *Parque Jurásico*?

Con el rugido del pulso retumbando en mi cabeza, recuerdo la mariposa azul que Q encontró el día del velatorio de la abuela, lo sorprendida que me quedé al verla aquí, tan lejos de su hogar en la

selva tropical.

Cuando la junta de la empresa rechazó la solicitud de acceso a nuestra colección de lepidópteros, Croft Pharmaceuticals debió de buscar otra entidad con la que colaborar.

Todo se macla en una especie de enorme y aterradora experiencia IMAX, con imágenes de alta resolución y un sonido estremecedor. Todos los sucesos extraños y todos los misterios inexplicables, todas las cuestiones enigmáticas que ha dicho Ronan, incluyendo la mentira descarada cuando le pregunté si su padre había matado a alguien, toman forma.

«¿Alguna vez has pensado que hay cosas que es mejor no saber?».

—No puede ser —susurro atónita—. Él no es perfecto, pero no es un monstruo.

Como réplica instantánea, mi cerebro me proporciona un fragmento de una conversación entre Cole Walker y yo. Estábamos hablando de todas las personas que desaparecieron misteriosamente en Solstice.

«—Dudo mucho que las autoridades de esa parte del estado permitieran que saliera a la luz una historia así.

—Se refiere a los Croft.

—¿A quién si no? Son los dueños de los medios de comunicación, de los políticos, de todos los que tienen poder. Lo último que querrían es que la mala publicidad que pudiera afectar al precio de las acciones.

—Entonces, ¿no hay nada que podamos hacer?

—Como le he dicho, me ha parecido interesante. Y una razón más para que usted tenga cuidado. No querrá convertirse en una estadística más, señorita».

Una estadística.

Quizá eso fue lo que llevó a la madre de Ronan a quitarse la vida. Descubrió algo tan impensable y malvado sobre su familia que no lo pudo soportar.

Mi mente da la vuelta a otra piedra oscura debajo de la que he estado evitando mirar.

Todos los bebés varones desaparecidos de la familia Blackthorn.

¿Alguien con el poder para hacerlo habrá borrado los registros de sus nacimientos? ¿Esos niños recién nacidos, no deseados en una familia tan desafiante, orgullosa de estar formada solo por mujeres, serían parte de un espantoso pacto entre dos familias para proporcionar dinero a cambio de conejillos de Indias?

Quizá ha sido así como las mujeres Blackthorn han sobrevivido a lo largo de los años.

No vendiendo tés y tinturas a los habitantes del pueblo, sino vendiendo sus hijos varones a Croft Pharmaceuticals.



31

Maven

Nerviosa, registro la habitación de mi madre en busca de pruebas como si fuera una técnica forense. Necesito algo que haga que mi cabeza deje de dar vueltas y me indique la dirección correcta.

Reviso todos los cajones por si tuvieran compartimentos secretos. Levanto la alfombra y busco tablas sueltas en el suelo. Miro debajo de la cama, registro el armario y reviso todos los bolsillos de todos los abrigos, vestidos y jerséis que aún cuelgan allí, cubiertos por una fina capa de polvo. Miro detrás de los marcos de fotos y dentro de los armarios del baño.

Lo único interesante que encuentro está escrito a mano en una página rota de un cuaderno escondido entre dos libros en una estantería.

«Hervir a partes iguales belladona, cicuta, beleño, romero y acónito en aceite de diablo volador hasta que se reduzca para formar una pasta espesa. Mezclar con agua de luna llena y aplicar sobre la piel».

Es la receta de un ungüento, uno de los remedios caseros de las Blackthorn por los que los vecinos pagan tan bien. Quizá para las hemorroides. O para el acné, las picaduras de insectos, las

quemaduras solares, da igual. Lo que importa es que mi madre no dejó ninguna pista sobre qué quería decir con «corregir un error», si es que quería decir algo.

Una vez arriba, en mi habitación, paso unos minutos dando vueltas de una pared a otra, repasando cada segundo de la extraña interacción con Ronan, y luego llamo a Cole Walker.

—Hola, señorita Blackthorn.

—¿Tiene un minuto?

—Claro. ¿Qué ha pasado?

—¿Recuerda todas esas personas desaparecidas en Solstice de las que me habló?

—Claro que sí. ¿Qué les pasa?

—Creo que Croft Pharmaceuticals está llevando a cabo ensayos ilegales en humanos con un medicamento experimental y secuestra personas para utilizarlas como conejillos de Indias.

Hace una pausa para asimilarlo y luego silba.

—Menuda acusación.

—Lo sé. Pero usted mismo me dijo que son unos sinvergüenzas.

—Hay una gran diferencia entre ser poco honestos y secuestrar a personas para someterlas a experimentos médicos. Ayúdeme a entenderlo. ¿Dónde se supone que se están llevando a cabo estas pruebas? ¿En el laboratorio de Boston?

—No. En un lugar más privado que ese. En un sitio donde nadie podría descubrir accidentalmente lo que está pasando.

—Vale, le sigo el juego. ¿Dónde?

—En el sótano del antiguo santuario familiar.

En la pausa que sigue, casi puedo oír cómo dan vueltas los engranajes de su cabeza. No estoy segura de si me está tomando en serio.

—De acuerdo —dice finalmente—. Retrocedamos un segundo. Empiece por el principio. Cuéntame todo lo que la ha llevado a esta conclusión.

Respiro hondo, ordeno mis pensamientos y luego le hablo sobre las tumbas vacías del Cementerio Pinecrest, el extraño comportamiento de Ronan en el santuario, el suicidio de su madre y las circunstancias de la muerte de mi propia madre en esa misma iglesia, aunque ya habíamos hablado de eso cuando lo contraté.

Le menciono también los extraños estudios financiados por Croft Pharmaceuticals, del curioso comportamiento de los animales, de la aparición de la mariposa azul y de la enfermedad de Ronan, sobre la que se niega a dar más detalles.

Le explico todos los detalles que se me ocurren; solo me reservo lo de la falta de varones en el árbol genealógico de la familia Blackthorn.

Decidiré más adelante cómo lidiar con ese horror. Solo puedo manejar una cierta cantidad de cosas espantosas al día.

Por último, le menciono el grito que oí en el bosque.

El grito angustiado y primitivo que sonaba como si alguien estuviera siendo torturado.

—Entonces, ¿cree que hay una relación entre la enfermedad que mencionó Ronan y los estudios?

—Sí.

—Pero Ronan Croft es joven. Hace mucho tiempo que hay desaparecidos en esa zona.

—He pensado en eso. Y esta es la cuestión: su padre va en silla de ruedas desde que éramos adolescentes. Nadie sabe por qué. Un día, dejó de caminar sin más. Su abuelo se pegó un tiro a los treinta y cinco años. No llegué a conocerlo, pero recuerdo que Ronan me

habló de él y me dijo que estaba enfermo. En aquel momento, pensé que se refería a una enfermedad mental, pero ahora creo que se refería a una enfermedad física con la que no quería vivir. Y los dos tíos de Ronan bebían hasta morir antes de cumplir los cuarenta. Como me dijo usted mismo cuando se enteró de las extrañas muertes de mis antepasadas, uno o dos son una coincidencia, pero cuando se trata de todo un árbol genealógico, entonces estás ante algo más. —Respiro hondo e intento mantener la calma—. La conclusión es que creo que quizá los Croft tienen un trastorno genético para el que están buscando una cura.

Sigue un largo y pensativo silencio.

—¿Le ha contado esto a alguien más? —dice Cole finalmente.

—No.

—Bien. No lo haga hasta que la vuelva a llamar.

—¿Qué va a hacer?

—Lo que mejor sé hacer. Investigar. Quédese junto al teléfono.

Cuelga, dejándome envuelta en una gran inquietud. Me paseo de un lado a otro de la habitación hasta que me vuelve a llamar unos veinte minutos más tarde.

—Hola.

—He encontrado algo interesante.

Por su tono, deduzco que por «interesante» se refiere a «sospechoso».

—¿Qué?

—Hace unos quince años se presentó un embargo preventivo por unos trabajos de reparación realizados en esa iglesia. Aunque se levantó la misma semana en que se denunció, lo que significa que o bien se presentó por error o se pagó inmediatamente.

—¿Reparaciones? El lugar está en ruinas. Se está desmoronando

por completo.

—Según el documento, los trabajos se realizaron en el sótano.

Pienso en Ronan de pie en lo alto de las escaleras del santuario, advirtiéndome que me vaya, y se me eriza el vello de los brazos.

—¿De qué tipo de trabajos se trataba?

—No lo especifica, pero la empresa tiene un nombre muy interesante: Safari Large Exotic Animal Enclosures[1].

Se me revuelve el estómago. Hay otra palabra para referirse a eso: jaulas.

En el sótano del santuario de los Croft hay jaulas. Jaulas grandes. Ese olor a almizcle y animal que percibí no provenía de los mapaches o los roedores que se habían instalado allí. Provenía de criaturas bípedas mucho más grandes.

Así que eso era lo que mi madre estaba corrigiendo la noche que fue a la iglesia. De alguna manera descubrió lo mismo que yo y fue allí para ayudar a los pobres infelices que estaban recluidos bajo tierra.

Pero Elijah Croft se aseguró de que no pudiera hacerlo.

Algo que Ronan seguramente ya sabe.

Me ha mentido. Una y otra vez, sobre todo. Cada palabra que salía de su boca era pura ficción, diseñada para que bajara la guardia y ganarse mi confianza.

«Pero ¿por qué molestarse en hacer todo eso? ¿Por sexo? Puede conseguirlo de cualquier mujer que quiera. Lo único que tenía que hacer era ignorarme cuando volví. En cambio, se propuso acercarse a mí…».

Hasta que una oleada de comprensión me golpea con tanta fuerza que es como un puñetazo en el estómago.

Bea comparte la mitad de sus genes.

No hay mejor conejillo de Indias.

No me quiere a mí, no la quiere a ella, lo que quiere es su ADN.

La voz de Cole irrumpe en mi estado de *shock*.

—Debemos tener cuidado con cómo procedemos a partir de ahora. No tenemos pruebas suficientes para conseguir una orden de registro. Déjeme investigar un poco más, hablar con algunas personas.

—No necesitamos hablar, necesitamos actuar.

—No podemos entrar allí a tiros, sin nada más que una corazonada y un embargo antiguo. Nos echarían de su propiedad y probablemente nos procesarán por allanamiento. O algo peor.

Sé a qué se refiere con «peor». Mi madre ya lo ha experimentado.

Mi mente retrocede unos pasos hasta algo que dijo hace un momento.

«No podemos entrar allí a tiros».

Me acerco a la cómoda, abro de un tirón el cajón superior y miro la pistola escondida entre mi ropa interior.

Cole tenía razón cuando me dijo que los Croft son dueños de los medios de comunicación, los políticos, de todos los que tienen poder, tanto abajo como arriba. No es posible que consigamos una orden de registro. Solo tendrían que hacer es una llamada telefónica para que desapareciera cualquier acusación.

A menos que haya pruebas irrefutables que puedan difundirse por todas partes, que fuera imposible ocultarlas.

—No pueden echarnos de su propiedad si no saben que estamos allí —me digo, decidida a llevar a cabo mi plan.

Necesito verlo con mis propios ojos. Necesito ver qué mató a mi madre.

Y necesito pruebas de que Ronan es el monstruo que sospecho que

es para que mi corazón pueda olvidarlo de una vez por todas.

A juzgar por su tono irritado, Cole no está de acuerdo.

—Es imposible que no tengan toda la propiedad llena de cámaras. Probablemente haya todo tipo de sofisticados sistemas de vigilancia y control, tal vez incluso alarmas silenciosas. Podría encontrarse esposada en la parte trasera de un coche patrulla antes de que cuente hasta tres.

—Es un riesgo que tendré que correr.

—¿Está dispuesta también a arriesgar su vida? Porque si esa gente es tan despiadada como cree, tampoco dudarán en acabar con usted. ¡Podría desaparecer como todos los demás!

—Agradezco su preocupación. Gracias por todo lo que ha hecho por mí.

—¿Por qué me da la impresión de que está despidiéndome? —dice con cautela tras una pausa.

—Porque así es.

Su voz se vuelve más fuerte.

—Señorita Blackthorn, le recomiendo encarecidamente que no…

—Pero puede hacer una última cosa por mí —le interrumpo—. ¿Conoce a alguien de fiar en las fuerzas del orden?

Hace una pausa a regañadientes.

—Sí. Un tipo con el que fui a la academia hace mucho tiempo. Trabajamos juntos en algunos casos. Es de lo más fiable que hay. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque no podemos confiar en los policías de aquí. No podemos fiarnos de nadie. Así que, si no tiene noticias mías mañana al mediodía, llame a su amigo.

—¿Y qué le digo?

—Todo lo que le he contado. —Respiro hondo para tranquilizarme

—. Y que me encontrarán en el sótano del santuario de la familia Croft.

Cuelgo sin esperar para no sufrir la discusión que sé que vendrá, y silencio el timbre de mi teléfono. Cojo la pistola, la meto en la cintura de mis vaqueros, en la parte baja de la espalda, y tiro del dobladillo de mi jersey sobre la empuñadura para ocultarla.

Luego bajo las escaleras en silencio y salgo de puntillas por la puerta principal.

1. Recintos grandes para animales exóticos de safari. (N. de la T.)



32

Maven

Esta vez tomo una ruta diferente hacia el santuario. Una vez pasado el instituto, las casas dan paso al bosque, donde avanzo entre los pinos con la luna como guía; su pálida luz fantasmal pinta el suelo del bosque con sombras plateadas y cambiantes.

Finalmente llego al santuario, con los zapatos empapados y mi aliento formando nubes de vapor frente a mí.

Me agacho detrás del tronco de un enorme tejo y observo el cementerio. Todo está en silencio y quietud. El viejo edificio en ruinas se alza en el fondo, con su alta aguja atravesando el cielo estrellado y sus oscuras ventanas mirándome fijamente como ojos vacíos.

Después de unos minutos de espera vigilante, corro encorvada entre la maleza, las lápidas y las criptas hasta la puerta que había encontrado abierta cerca de la parte trasera.

Ahora está cerrada. Una gruesa cadena nueva rodea los barrotes oxidados. Un candado brillante cuelga del último eslabón.

Me quedo allí tratando de encontrar otra forma de entrar hasta que un grito ahogado de dolor surge de las profundidades de la iglesia.

Es un sonido horrible, de una agonía tan pura que me deja sin

aliento. Vuelve a oírse, con un tono más agudo, hasta que se convierte en un gemido que se interrumpe tan bruscamente como ha comenzado, como si la persona que lo emite finalmente se hubiera desmayado por el dolor.

Otro grito ahogado resuena en el cementerio, pero este tiene un tono diferente. Es obvio que lo ha emitido otra voz.

La comprensión me golpea como una bola de demolición: están torturado a gente en esta iglesia.

En este mismo momento, las personas de las jaulas del sótano están siendo torturadas. Tengo que ayudarlas.

La adrenalina recorre mi cuerpo, reorganizando mis pensamientos como un láser. Examino la pared, pero no encuentro ninguna otra entrada o abertura que pueda servir a mis propósitos, así que doy la vuelta a la esquina, buscando algo útil.

Lo encuentro en el otro lado del edificio. Una ventana de vidrio tintado a la que le faltan varios paneles ha sido tapiada con barrotes, pero dos de ellos están doblados hacia afuera, como si alguien hubiera intentado abrirlos.

Tal vez intentaban salir desde dentro.

En cualquier caso, puede que haya espacio suficiente para que yo pueda entrar.

La ventana está a unos dos metros y medio del suelo, así que arrastro desde las cercanías unos trozos de escombros formados por piedra caliza que se han desprendido de la estructura principal, y los apilo hasta conseguir una base relativamente estable para poder trepar. Subo con cuidado y me agarro a la pared para mantener el equilibrio. Consigo llegar a la ventana sin caerme y me agarro a los barrotes de hierro. Luego levanto una pierna y apoyo el talón en el estrecho alféizar de piedra hasta que consigo incorporarme. Me

quedo sentada con una nalga apoyada en el alféizar y la otra colgando en el vacío.

Contengo la respiración, intentando hacer el menor ruido posible, y me cuelo por el hueco entre los barrotes. Allí, me descuelgo de los brazos y me dejo caer al suelo de piedra.

Me agacho y escucho atentamente en la penumbra mientras el sordo golpe de mi caída resuena en el silencio. Después de un buen rato en el que no oigo nada inusual, me levanto y avanzo con cuidado por el santuario guiada por la luz de la luna que se cuela por las ventanas, evitando las hojas secas esparcidas por el suelo.

Cuando llego a lo alto de las escaleras que conducen al sótano, miro hacia abajo. Después de dar unos pocos pasos, la escalera de piedra se abre como una boca monstruosa, tragándose la luz.

Noto las palmas de las manos sudorosas, el corazón me late como un trueno, pero la pistola es un peso frío y tranquilizador en la parte baja de mi espalda.

Doy el primer paso, medio esperando que suene alguna alarma. Como no ocurre nada, doy otro paso, y luego otro. Solo oigo el suave y entrecortado sonido de mi respiración.

El olor a almizcle animal se hace más fuerte con cada lento paso que doy hacia abajo, mezclándose ahora con el potente aroma de algo quemándose, como un fuego de leña. Después de unos diez pasos, me detengo para sacar la pistola.

La inquietante sensación de que me están observando es abrumadora.

Mas no hay luces encendidas en el sótano; si hubiera alguien allí abajo, vigilando a esas pobres personas enjauladas que he oído, seguramente usaría una lámpara o una vela para ver algo.

Justo cuando estoy a punto de dar otro paso, un gruñido profundo

y gutural resuena en el sótano. Me quedo paralizada con el corazón latiéndome a mil por hora.

Vuelve a oírse un sonido primitivo y antinatural de rabia animal; es retumbante y resonante, con un toque de gruñido.

Sea lo que sea lo que ha hecho ese ruido, no es humano.

Se me pone todo el pelo de punta. Mis nervios comienzan a gritar. Todos mis instintos me gritan «¡SAL DE AHÍ!», así que les obedezco y me doy la vuelta.

Fallo el paso y caigo con fuerza sobre los codos. Mi frente choca contra el borde inflexible de la escalera de piedra. Veo las estrellas y luego nada en absoluto mientras me engulle la oscuridad.



Recobro la conciencia lentamente, sintiendo como si mis extremidades estuvieran hechas de plomo y me estuvieran arrastrando desde una profunda fosa oceánica, como un fósil de un naufragio de hace miles de años.

Cuando abro los ojos me deslumbra una cegadora luz blanca. Los vuelvo a cerrar con un gesto de dolor

Espero que esto no sea el cielo. Si debo soportar tanta luz brillante y alegre durante toda la eternidad me volveré loca.

—Has tenido una caída muy torpe —dice una voz grave a mi derecha—. Pero no te has roto ningún hueso, lo cual no me sorprende. No conozco nada que pueda romper a Maven Blackthorn.

Giro la cabeza hacia la voz y vuelvo a entreabrir los ojos. Ronan está sentado junto a la cama en la que estoy tumbada, tan guapo y atento como siempre, vestido completamente de negro.

Lo miro sin comprender nada, preguntándome si esto es un sueño, hasta que el recuerdo del santuario vuelve a mi mente con una

oleada de frío. Me incorporo demasiado rápido y la habitación empieza a dar vueltas.

Ronan se pone de pie de un salto y me sujeta cuando caigo hacia atrás para recostarme con suavidad sobre la almohada poniéndome una mano debajo de mi cabeza.

Permanezco inmóvil con los ojos cerrados durante unos instantes, respirando el cálido aroma de su piel e intentando comprender lo que está pasando.

Noto sus nudillos en mi mejilla. Sus cálidos dedos recorren mi frente. Suelta el aire suavemente y luego se ríe.

—Pequeña bruja testaruda. Puede que seas la única persona en el mundo que odia más que yo que le digan lo que tiene que hacer.

—¿Dónde estoy? —Mi voz suena ronca porque tengo la garganta muy seca.

—En mi cama.

Claro. Por supuesto. Porque eso es muy razonable.

—¿Cómo he llegado aquí?

—¿Qué recuerdas?

Odio que alguien responda a una pregunta con otra, porque solo significa una cosa: que está ocupado inventándose una mentira.

—Recuerdo que se supone que estás fuera del pueblo el resto de la semana. Sin embargo, aquí estás, apareciendo como una erupción recurrente.

—He vuelto en cuanto he sabido que te has hecho daño.

Lo miro con recelo.

—¿Lo has sabido?

Asiente con la cabeza.

—Edward te ha encontrado en el sótano de la iglesia, inconsciente.

Edward es el equivalente a Q en la familia Croft. Creo que lleva

con ellos tanto tiempo como Q con los Blackthorn.

—Hablando de ese encantador santuario tuyo, ¿qué demonios está pasando allí?

—¿Además de que una merodeadora desquiciada haya entrado sin permiso en una propiedad privada? —responde en voz baja con una expresión impasible—. Absolutamente nada.

Giro la cabeza para mirar al techo, pensando en cómo me apartó del trozo de fachada que se desprendió en el restaurante, en cómo salvó a Bea del espejo que se cayó en la casa encantada y que la habría cortado en pedazos si le hubiera dado en la cabeza, y ahora, después de una caída en la que fácilmente podría haberme roto el cuello, me despierto en su cama.

¿Es una coincidencia que él siempre actúe como el salvador? ¿O hay algo más?

—Te concedo que estoy trastornada, pero no soy una merodeadora. No tengo paciencia para eso. Y sé que estás mintiendo.

—Tengo curiosidad por saber qué te hace pensar eso.

—Porque son palabras y salen de tu boca.

Él se ríe.

Me enderezo de nuevo, mirándolo con pánico.

—Bea…

Él sabe lo que quiero decir sin necesidad de explicarlo.

—Está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he asegurado de ello.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso crees que cuando no puedo estar allí, meditando frente a tu casa, os dejo a las dos sin protección?

Lo miro con los ojos entrecerrados, recelosa.

—¿De qué nos proteges?

Cuando él se limita a sonreír, decido que está desarrollando uno de sus jueguecitos y lo despellejo con la mirada.

—Sabes que me encanta cuando deseas poder hacerme pedazos, pero es demasiado temprano para discutir.

—No estoy discutiendo.

Él sonríe.

—Sí, lo estás haciendo. Lo sé porque hay palabras saliendo de tu boca.

Se cree muy listo.

Paso las piernas por el borde de la cama y lo miro con intensidad mientras el mareo se va calmando y se me aclara la vista. Aparte de eso, no parece que me pase nada grave.

A diferencia de mi abuela, tengo suerte de no haberme roto el cuello.

Me acerca el vaso de agua de la mesilla de noche. Lo miro un momento, preguntándome si estará envenenado, pero decido que podría haberme matado ya cuando estaba inconsciente si hubiera querido.

Me lo bebo de un trago y lo vuelvo a dejar en la mesilla como si acabara de ganar un reto, lo que, por supuesto, le hace reír de nuevo.

Lo cual, como es lógico, me irrita.

—¿Qué hay en ese sótano, Ronan? Y, por favor, no digas «nada», dame una respuesta clara.

—Te propongo un trato. Admite que Bea es mía y yo te enseñaré lo que hay en el sótano.

Cuando me quedo en silencio, él vuelve a sonreír.

—Ya me lo imaginaba. Pero solo para demostrar mi buena fe, te lo voy a decir. Perros lobo.

—Perros lobo —repito con escepticismo.

—Sí. Son excelentes perros guardianes.

Me imagino una versión gigante de un lobo con ojos rojos brillantes y pelaje negro erizado, con baba goteando de sus afilados colmillos mientras gruñe de forma amenazadora.

Sin embargo, hay algo en esa explicación que no me cuadra. Nunca he oído gruñir a un perro como lo hice en ese sótano. Y aún queda la cuestión de los gritos.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué están en el santuario?

—Mi padre normalmente los deja patrullar en libertad por los terrenos, pero como era Halloween y había muchos niños por todas partes, los metió en las perreras.

—Halloween fue anteayer.

—El jardinero se olvidó de dejarlos salir. Edward estaba a punto de hacerlo, cuando te ha encontrado desmayada en el suelo.

Eso sigue sin explicar los gritos que oí, o su extraña actuación. Lo miro un momento más, preguntándome por qué parece tan confuso.

Me mira como si no pudiera decidir si quiere besarme o dar un puñetazo a la pared.

Después de un rato, aparta la vista para mirar sus manos.

—Quiero pedirte un favor —dice en voz baja.

—No estás en posición de hacerlo.

—No es solo por mí. Es por los dos. —Vuelve a levantar la mirada hacia mí y ahora sus ojos muestran una profunda tortura—. Quiero que te alejes de mí, Maven. Quiero que me prometas que te mantendrás alejada.

Es tan inesperado que me olvido de sospechar de él.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy lo suficientemente fuerte como para alejarme de ti —dice con voz ronca mientras me mira a la cara como si fuera la última vez que la va a ver. La sinceridad y la tristeza de su afirmación me dejan sin aliento. Por un momento, no sé qué decir, porque tengo la sensación de que estamos al borde de algo importante.

Ojalá pudiera conseguir que admitiera de qué se trata.

—¿Se trata de tu novia?

Cierra los ojos y aprieta los dientes.

—No tengo una maldita novia.

—¿Ella lo sabe?

Abre los ojos y me mira con ira.

—Sí.

—Me cuesta creerlo, teniendo en cuenta lo acaramelados que parecíais la otra noche.

Se toma un momento para hacer rechinar los dientes.

—Está bien. Colette es mi novia —dice—. ¿Ya estás contenta?

—No, no estoy contenta. Quiero que seas sincero conmigo por una vez en tu maldita vida y me digas qué coño está pasando. Me confesaste que habías contratado a unos investigadores privados para que me buscaran después de que me fuera de Solstice, y no me encontraron, pero tu compañía solicitó acceso a la colección de mariposas del museo en el que trabajo. ¿Me estás diciendo que es una coincidencia?

Me mira con el ceño fruncido durante un momento, luego se levanta, me da la espalda y entrelaza los dedos detrás de la cabeza.

Si cree que el silencio va a disuadirme, debería saber que no es así.

—También leí ese artículo sobre los estudios con animales. ¿Ranas arbóreas? ¿Sepias? ¿Dinosaurios? Cosas bastante esotéricas. ¿Tiene

eso algo que ver con tu enfermedad?

Se queda así, tenso y en silencio, luego baja los brazos y se da la vuelta de nuevo. Sus ojos pálidos y fríos se encuentran con los míos.

—Si te dijera que estoy enamorado de ti desde que tengo memoria, ¿me creerías?

—No.

—Entonces cualquier otra cosa que pueda decirte no tendría sentido. Vete a casa, Maven. Abandona Solstice y llévate a Bea contigo.

Hay un gran agujero negro en el centro de mi pecho que se expande rápidamente hasta envolver el resto de mi cuerpo. ¿Irme? ¿Por qué ha dicho eso?

—Dijiste que no nos dejarías marchar —le recuerdo desconcertada. Dijiste que antes cerrarías la estación de tren.

—Entonces, las cosas eran diferentes.

—¿Qué cosas?

Mira mi boca, luego aprieta los ojos y niega con la cabeza.

—No importa.

No lo entiendo. ¿Por qué actúa de una forma tan extraña?

—Por favor, mírame.

Abre los ojos y me contempla con recelo. Por su expresión, me doy cuenta de que no voy a obtener más información sobre las «cosas» que ahora son diferentes entre nosotros, así que decido ir directamente al grano.

—¿Estás secuestrando gente y realizando ensayos ilegales con seres humanos en el sótano de la iglesia de tu familia para desarrollar un nuevo medicamento? —suelto a bocajarro mientras lo observo con atención.

Él se ríe, pero se detiene cuando se da cuenta de que no estoy de

broma.

—¿En serio? ¿Eso es lo que piensas de mí?

—Creo que eres más sospechoso que la sombra y no te confiaría nada. Entonces, ¿es así?

Confundido, niega con la cabeza.

—Por supuesto que no.

—No hables como si fuera algo imposible. —Me mira fijamente durante un momento y luego vuelve a reírse—. Esto no tiene gracia.

—No, es muy gracioso. ¡Si vieras la cara que pones! ¿De dónde se supone que estoy secuestrando a esta gente?

—De todo Solstice.

—Claro. ¿Y nadie los ha echado en falta? ¿La gente de un pueblo pequeño simplemente se esfuma y ya está?

—No, entonces te aseguras de que las historias no se hagan públicas.

—Ah, ya veo. ¿Y cómo lo hago exactamente? ¿Lavándoles el cerebro? ¿Con un poco de control mental para que todos olviden que George, el barbero, existió alguna vez? Debo de ser muy poderoso.

—Olvídalo.

Mi mirada severa le hace sonreír.

—No, por favor, continúa. Es lo más fascinante que he oído en años.

Se sienta en la silla junto a la cama, apoya los antebrazos en los muslos, junta las manos e inclina la cabeza a un lado lleno de expectación. Se está burlando de mí otra vez, una de sus cinco actividades favoritas.

—¿Por qué tienes que ser tan insufrible?

—Supongo que es una pregunta retórica.

—¿De qué otros actos atroces soy responsable? —reflexiona

cuando no respondo—. Solo quiero saberlo para asegurarme de confesar mis pecados al sacerdote la próxima vez que vaya al confesionario.

—Algo que nunca sucederá, pero ya que lo preguntas… de saquear tumbas.

Pone cara de asco.

—Qué clase de trabajo crees que hago. ¿Para qué lo haría exactamente?

—Todo forma parte de ensayos ilegales con seres humanos.

—Así que también estoy experimentando con cadáveres.

—Sí. Proporcionados por la Funeraria Anderson.

—¿Realmente te crees todo eso?

—No sé qué creer. No me dices nada. —Tras una larga pausa en la que me examina detenidamente el rostro, asiente con la cabeza.

—Está bien. Te enseñaré lo que hay en el sótano de la iglesia. Vamos.

Se levanta y sale de la habitación.



33
Maven

El interior de su ridículo coche deportivo de lujo es más bonito que mi apartamento en Manhattan.

Atravesamos el pueblo en silencio hasta que sale de la carretera principal y toma un estrecho camino de tierra que serpentea entre los altos pinos. Seguimos esa ruta un rato, mientras empiezo a preguntarme si mi cadáver será encontrado por perros rastreadores en algún momento de la próxima primavera.

Así es como desaparece la gente. Así. Alguien dice: «Oye, ven, que te llevo en mi coche», y lo siguiente que sabes es que te están descuartizando en el bosque.

Ronan me mira.

—¿Qué pasa?

—No es nada.

—Y luego dices que yo miento.

Odio lo fácil que le resulta leerme.

—Vale, está bien. Solo pensaba que la caída que he sufrido debe de haberme dejado algo flojo en el cerebro.

Él se ríe.

—Porque crees que soy la mente malvada responsable de

múltiples desapariciones.

—Y asesinatos.

—¿Asesinatos también? Estás empezando a herir mis sentimientos.

—Lo dices como si tuvieras alguno.

Baja la voz.

—Te sorprenderías.

Cuando lo miro, me lanza una mirada tan ardiente que podría derretir el acero. Sonrojada, aparto la vista con rapidez.

Aparca en el borde de un claro cerca del cementerio. La iglesia parece mucho menos siniestra bajo la brillante luz de la mañana. Sale del coche sin decir nada y empieza a acercarse al edificio en ruinas.

Lo observo mientras se aleja, fijándome en sus anchos hombros y sus largas y poderosas piernas, y vacilo un momento antes de seguirlo.

Ronan abre la gran cadena plateada de las puertas de hierro de la entrada de la iglesia. Espera a que yo llegue, luego empuja las hojas para abrirlas y entra.

El chirrido de las bisagras oxidadas resuena en el santuario como si fuera una advertencia.

Hace girar las llaves en su dedo índice mientras va hacia la escalera que desciende por la pared opuesta y luego se vuelve para mirarme.

—Acabemos con esto, Bugs. Tengo poco tiempo. Me urge volver a retomar los malvados planes que tengo para esta mañana —dice con tono aburrido.

Baja los escalones de piedra y desaparece.

Miro hacia ese punto desde lo alto de la escalera, vacilando. Solo se ve el suelo del sótano junto al último escalón. Es una piedra gris sin nada especial. Piso cada escalón lentamente, notando que ya no

huele a almizcle animal, solo a moho y podredumbre.

Cuando llego al último escalón, veo a Ronan apoyado contra una columna de piedra a unos metros de mí, me observa con los ojos entornados y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Echa un vistazo, Nancy Drew.

Lo que veo cuando miro a mi alrededor son suelos de piedra, gruesas columnas de mármol que se elevan hasta un techo abovedado y mucho espacio vacío y polvoriento.

También hay unas grandes jaulas que se alinean a ambos lados en el extremo más alejado de la sala. Hay una docena en total, seis a cada lado.

Parecen más unas mazmorras que unas jaulas, celdas de un castillo medieval donde se encerraba a los prisioneros. Los laterales están tapiados con ladrillos. Los barrotes son de metal negro y grueso atornillado al suelo.

Desde mi ángulo, solo puedo ver las que están más cerca de mí, las del final, que parecen estar vacías.

Miro a Ronan con recelo.

—No se parecen en nada a las de las perreras que he visto.

—¿Tu experiencia se extiende más allá de los insectos? —Su tono se vuelve agrio—. ¿O incluye a todas las criaturas conocidas?

Sin esperar una respuesta, se da la vuelta y va lentamente hacia las jaulas. Cuando llega a la pared del fondo, gira sobre sus talones y abre las manos.

—Echa un vistazo.

Cruzo lentamente el espacio abierto, con los sentidos alerta ante cualquier indicio de peligro, pero no parece haber nada extraño. Las jaulas que se alinean a ambos lados de la sala no contienen nada interesante en su interior.

—¿Qué opinas? —dice con lentitud cuando lo miro—. ¿Me absuelves de todos los cargos?

—Por favor, no seas tan petulante.

Él sonríe.

—No puedo evitarlo. Es mi actitud habitual.

—Podrías haber trasladado a los pobres infelices usados como conejillos de Indias —digo después de mirar a mi alrededor durante un momento.

Él mira al techo y suspira dramáticamente.

—No es imposible. Estuve fuera toda la noche.

—Quizá sabías que querría ver lo que había aquí abajo, así que hiciste que trasladaran a todo el mundo a otro lugar.

Me clava su mirada gélida y niega con la cabeza.

—Siento decepcionarte, Maven, pero no he secuestrado a nadie.

—Oí gritos que provenían del interior de este edificio. ¿Puedes explicarme eso?

Me estudia por un momento.

—¿Estás segura de que eran gritos? ¿No podría haber sido otra cosa?

—¿Como qué?

—Como el viento. Como un búho chillón. Como tu imaginación. —Estoy a punto de decir que no era mi imaginación, pero me detengo.

Recuerdo la forma en que la tía E me miró cuando insistí en que había dicho que había tenido una pesadilla con serpientes, y mi cara se pone roja. Se acerca despacio, sosteniendo mi mirada mientras se acerca. Se detiene a solo unos centímetros de distancia, extiende la mano y toca un mechón de mi cabello, para frotarlo con suavidad entre sus dedos.

—¿Por qué no jugamos a algo? Te diré algo que es cierto por cada verdad que me cuentes tú —propone en voz baja—. Yo empiezo. ¿Por qué no te has trenzado el pelo desde la noche que hicimos el amor?

Me sorprende que haya dicho «hicimos el amor» en lugar de «tener sexo» o la aun menos íntima «follar». Cierro los ojos y suelto el aire, intentando que mi pulso se ralentice. De todos modos, sigue latiendo dolorosamente.

Admito en silencio la verdad mientras miro el botón superior de su camisa.

—Porque no te gustaba verlo trenzado.

No se lo esperaba. Una nueva tensión endurece su cuerpo. Sus dedos se aprietan alrededor de mi mechón de pelo. Nos quedamos así un momento hasta que me sujeta la barbilla y me levanta la cabeza, obligándome a mirarle a los ojos. Busca en mi rostro cualquier signo de engaño.

—Pero ¿por qué te importa, si crees que soy tan villano? —insiste al no encontrar ninguno.

—No, me toca a mí. ¿Qué enfermedad tienes?

Una sombra se cierne sobre su rostro. Sus ojos se oscurecen. Lo piensa un momento y luego responde a regañadientes.

—No tiene nombre. La literatura médica no recoge ningún caso similar. No encontramos ningún caso fuera de nuestra familia. Creemos que es una mutación genética, pero no podemos localizarla en nuestro ADN.

Mi pulso se acelera. Cien preguntas se agolpan en mi mente, pero es su turno, así que me muerdo la lengua y permanezco en silencio, pensando en Bea y en lo que esta mutación podría significar para ella.

En cuanto regresemos a Nueva York, le haré todas las pruebas posibles.

Comienza a acariciarme pensativamente la mandíbula con el pulgar sin soltarme la barbilla, y lo desliza despacio de un lado a otro, piel contra piel, lo que me hace difícil respirar.

—La primera vez que hablamos después de que volvieras a casa, dijiste que me odiabas. ¿Sigue siendo así? —dice, con la mirada fija en mi boca.

Dudo antes de negar con la cabeza. Mi respiración se acelera.

—Dilo en voz alta. Quiero oírtelo decir.

Algo en el tono oscuro e intenso de su voz me hace estremecer. No por miedo, por desgracia.

—No es cierto —susurro—. No te odio. Ojalá pudiera, pero no es así. Nunca lo he hecho.

Su pecho sube cuando inhala aire. Tensa la mandíbula y aprieta los labios. Vuelve a tener esa mirada contenida, como si se estuviera controlando con un enorme esfuerzo. Y solo lo consiguiera por muy poco.

Me humedezco los labios y reúno todo mi valor.

—¿Sabías que trabajaba en el museo cuando tu empresa solicitó acceder a nuestra colección de lepidópteros?

Su respuesta es inmediata.

—No. Yo no me encargo de los estudios. Tengo equipos dedicados a eso, es algo muy por debajo de mí en la cadena alimentaria. Si hubiera sabido dónde estabas, habría ido a por ti.

Desliza la mano hacia abajo y me rodea el cuello. Me pongo tensa, muy consciente de lo fácil que le resultaría hacerme daño si quisiera. Pero no intento apartarme. Por alguna razón inexplicable, esa suave presión alrededor de mi cuello me excita.

Él lo percibe de alguna manera y aprieta con más fuerza, atrayéndome hacia su cuerpo.

—Si hubiera sabido dónde estabas, nena —me susurra con voz grave al oído, inclinando la cabeza—, ni todos los demonios del infierno habrían podido mantenerme alejado.

Suena sincero. ¿O será mi imaginación otra vez, jugándome una mala pasada?

Levanta la cabeza y me lanza una mirada desafiante, con la cabeza inclinada a un lado y nuestras caras a pocos centímetros de distancia.

—Es mi turno. Y creo que sabes cuál es la pregunta.

Su pulgar está apretado contra mi arteria carótida, por lo que seguramente puede sentir cómo late con fuerza. Trago saliva, mi cuerpo vibra bajo su tacto, una especie de sangre salvaje del bosque corre por mis venas.

Cada vez que me toca, me pasa esto. Mi cuerpo responde independientemente de mi voluntad. Es algo que no entiendo y me asusta, sobre todo porque parece que cada vez es peor.

Me siento como una extraña para mí misma. Siento como si me hubiera tragado a mí misma, como un oroboro se traga su propia cola y asegura su propia destrucción, solo para renacer y volver a hacerlo todo de nuevo.

Ronan y yo podríamos quedar atrapados en este ciclo para siempre, una rutina interminable de empujones y tirones, de estocadas y paradas, de fintas y embestidas, a menos que uno de nosotros decida dejar de bailar, como los esgrimistas que siempre hemos sido, y romperlo.

Pero tengo algo precioso que proteger, y daré mi vida antes de arriesgar la suya.

Mi voz suena ronca por la emoción.

—Bea es lo mejor de mí, lo mejor que he hecho y que haré jamás, y nunca la abandonaré. Nunca. La protegeré hasta mi último aliento. Mataré para mantenerla a salvo. Lo digo porque no quiero que haya malentendidos. Si intentas llevártela, ni siquiera Dios podrá protegerte de mí.

Él asiente con la cabeza una vez, despacio, sin apartar la mirada de la mía, luego inclina la cabeza y me da un beso casto en los labios.

Incluso ese mínimo contacto me hace estremecer.

—Te doy tres días. Abandona Solstice antes de la puesta de sol dentro de tres días y os dejaré marchar a las dos. Te doy mi palabra de que no intentaré deteneros y no os seguiré. Será el final. —Su mirada se clava en la mía—. Pero si sigues aquí, lo consideraré como una aceptación tácita de que eres mía y nunca te dejaré ir. —Su voz se ha convertido en un gruñido—. Ni siquiera aunque me lo supliques. Y lo harás, Maven. Cuando lo sepas todo, me suplicarás que te libere. Pero será demasiado tarde. Una vez que te reclame, serás mía para siempre.

Sus ojos son oscuros e infinitos mientras repite mis palabras.

—Ni siquiera Dios puede protegerte de mí.

Me besa de nuevo, esta vez con fuerza, sus labios magullan los míos, luego se separa bruscamente y me empuja antes de darse la vuelta hacia la escalera sin mirar atrás.

Conmocionada, me quedo sola en medio del sótano. Escucho cómo el eco de sus pasos se va apagando poco a poco mientras contemplo el espacio vacío y las extrañas jaulas medievales, hasta que algo me llama la atención. Frunciendo el ceño, me acerco al recinto situado en el extremo más alejado de la cripta.

Hay un objeto incrustado en lo alto de la pared de piedra.

Largo, curvado y negro, está atascado en la junta entre dos trozos

de piedra toscamente tallada, a unos dos metros y medio del suelo. La luz se refleja en su superficie brillante, y ese destello es lo que ha llamado mi atención.

Trepo por los barrotes de hierro hasta que logro alcanzar el objeto, luego paso el brazo a través de los barrotes, lo agarro e intento sacarlo de la pared. Está incrustado profundamente, pero por fin cede después de unos cuantos tirones fuertes.

Vuelvo a bajar al suelo y miro el objeto que tengo en la mano. Es más grande que mi mano, mide más de veinte centímetros de largo, tiene forma de medialuna y se estrecha desde una base gruesa hasta un extremo puntiagudo y afilado, hecho para perforar la carne. Su superficie pulida de ébano no tiene ninguna marca ni imperfección. Es liso y perfecto, tan pesado y frío como un trozo de obsidiana en la palma de mi mano.

Es una garra.

Se me eriza el vello de la nuca y echo un vistazo a las demás jaulas, pensando esta vez que quizá no se instalaron para encerrar a personas o perros, sino a algo mucho más monstruoso.

Al salir del santuario, me fijo en algo que no había visto al entrar. Cuatro huellas de neumáticos estrechos en el polvo del suelo conducen al sótano y vuelven de él.

Las ha dejado una silla de ruedas.



Cuando regreso a casa, lo hago con una sonrisa forzada y frágil que probablemente no resistirá ningún escrutinio.

Afortunadamente, solo está Q, cortando leña delante del invernadero. No se da cuenta de que entro, así que subo directamente las escaleras para ver cómo está Bea.

Sigue profundamente dormida.

Suspiro aliviada, me encierro en mi habitación y busco en Internet cualquier imagen que pueda coincidir con lo que he encontrado en la jaula del sótano de la iglesia.

Los perros lobo quedan descartados inmediatamente, ya que sus garras no son ni de lejos tan grandes. E incluso si el perro del que procediera hubiera sido mejorado con algún tipo de esteroide canino, la garra tiene una forma completamente diferente.

La única otra garra animal que se acerca en tamaño es la de los osos pardos, pero su forma también es diferente, más alargada que una guadaña.

Me siento con ella, dándole vueltas entre mis manos y pensando en mi extraña conversación con Ronan.

Ha dicho la verdad con respecto a que no sabía que yo trabajaba en el museo. De eso estoy casi segura. Pero sigue habiendo capas de mentiras en él. Capas tan profundas que dudo que pueda llegar al fondo.

¿Por qué ha hecho todo lo posible por acercarse a mí, para luego dar un giro de ciento ochenta grados y decirme que me mantenga alejada de él? ¿Fue solo para luego darme un golpe de efecto amenazándome con que tengo unos días para marcharme o, de lo contrario, seré suya para siempre?

Por la forma en que lo dijo, hizo que pertenecerle sonara como una condena a prisión.

O una sentencia de muerte.

Sumida en mis pensamientos, entro en el baño. Necesito una ducha para aclarar mi mente. Mientras me desnudo, descubro que mi pistola ha desaparecido. O está en el sótano de la iglesia porque se me cayó cuando me caí por las escaleras, o Ronan la ha cogido

mientras estaba inconsciente.

Creo que sé cuál de las dos opciones es más probable.

Un rápido vistazo al espejo me muestra que no tengo moretones en la cara, aunque me duelen ambas muñecas y tengo el cuello dolorido. Abro el grifo de la ducha con agua caliente, me meto debajo del chorro y cierro los ojos mientras dejo que el agua corra por mi piel y ahuyente los nudos de mis músculos.

Mientras me relajo, una oscura visión se forma bajo mis párpados.

Veo hectáreas de lápidas que se extienden hacia una distancia gris. Vigilan tumbas vacías, con montones de tierra negra apilada en el césped junto a ellas. Una enorme bandada de cuervos vuela en círculos sobre un cielo gris acero, chillando como un presagio del apocalipsis mientras se elevan sobre el cementerio vacío.

En inglés, a un grupo de cuervos se le llama «unkindeness», que significa «desconsideración». Decido que no quiero saber la razón.

Muevo la cabeza para despejar la siniestra visión y me concentro en los siguientes pasos a dar.

Sin cadáveres a los que realizar autopsias, el forense no puede determinar qué provoco la muerte de mi madre y el resto de mis familiares. Hasta que las autoridades no den con el señor Anderson, no podré averiguar nada más sobre cómo se llevaron a mi abuela de la funeraria. El misterio de la falta de descendientes masculinos en nuestra familia es algo que no sé cómo resolver, teniendo en cuenta que todos los demás miembros de la familia están muertos, salvo mis tías, ninguna de las cuales ha dado a luz y que parecen ignorar algunos aspectos importantes de la historia de los Blackthorn, concretamente que todas morimos por accidentes fortuitos.

No estoy más cerca de resolver ninguno de estos misterios, pero no puedo quedarme en Solstice de forma indefinida. Tengo que volver

al trabajo y Bea tiene que volver al colegio.

El tiempo se acaba.

Cierro el grifo y salgo para secarme. Mientras me pongo unos vaqueros limpios, oigo que llaman a la puerta.

Me pongo una sudadera y abro la puerta para encontrarme a la tía E allí de pie, con su sencillo vestido negro habitual y la cara jovial de siempre.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días.

—¿Bajarás pronto a desayunar?

—Sí, en unos minutos.

—De acuerdo. Hasta entonces, seguiremos entreteniendo a tu amigo.

Me quedo paralizada, horrorizada por la posibilidad de que se refiera a Ronan. Pero no. Es imposible que lo hayan dejado entrar en casa.

—¿Qué amigo?

—Ezra.

La habitación se inclina. La miro con la boca abierta. ¿Qué hace él aquí? Al ver mi cara de sorpresa, la tía E sonríe.

—Qué joven tan guapo. Y encantador, además. Qué vergüenza que lo hayas mantenido escondido. Pero creo que deberías darte prisa, cariño, porque Davina parece haberle tomado bastante cariño.

Me guiña un ojo, luego se da la vuelta y se aleja por el pasillo mientras la miro con consternación.



34

Maven

En la cocina, encuentro a mis tías tomando el té en la gran mesa de madera con Ezra, que se levanta pegando un brinco cuando entro.

No se me escapa la mirada de aprobación que se intercambian las tías cuando lo hace.

—Hola, May —me saluda en voz baja.

Viste con estilo informal a pesar de su aspecto de erudito, con vaqueros y una chaqueta azul marino a medida, además una impecable camisa blanca por debajo. Su cabello rubio oscuro está bien peinado y parece recién cortado, porque así es; cada dos semanas sin falta desde que iba a la universidad, acude a la misma peluquería. Sus zapatos tipo Oxford están gastados, pero brillantes. Su sonrisa es vacilante.

Detrás de las gafas de montura fina, sus ojos castaños me suplican que no lo mate.

Sinceramente, si el asesinato fuera legal, mucha gente que conozco estaría muerta ahora mismo.

—Hola, Ezra. Qué sorpresa —digo fríamente, transmitiendo mi descontento con los ojos.

—Lo sé. Siento aparecer así, pero necesitaba verte. —Mira a

Davina, luego a Esme, y se aclara la garganta.

—Os dejamos a solas —dice tía E, levantándose, pero rápidamente sustituyo ese plan por otro.

—No, disfrutad vosotras dos del té. Ezra y yo daremos un paseo por el jardín.

No quiero que pase más tiempo del necesario en la casa. Blackthorn Manor no es lugar para los no iniciados.

Le lanzo una mirada que significa «sígueme o te arriesgas a morir estrangulado», por lo que después de murmurar unas palabras de agradecimiento a mis tías, me sigue fuera de la cocina y atraviesa la puerta hacia el patio.

La mañana está cargada de niebla. Las ramas de los árboles gotean rocío. El sol es un disco borroso y lejano, y su luz aparece envuelta en nubes oscuras. Todos los sonidos parecen amortiguados. Me recuerdo a mí misma que debo mantener la calma y respirar mientras cruzo el patio hasta el banco y las sillas de hierro que hay bajo el bosquecillo de abedules.

Luego me doy la vuelta y lo espero.

Está solo a unos pasos de mí. Cuando me alcanza, se detiene y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Lo sé… —comienza, con aire avergonzado—. Estás molesta porque he aparecido sin avisar.

—Es que ha sido muy inesperado. Deberías haber llamado.

—Sí. Lo siento. Pero cuando me enteré de lo que había pasado, me sentí fatal. Sabía que, si te decía que venía a verte, dirías que no. Sin embargo, se me ocurrió que ahora mismo necesitabas apoyo.

Tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Y cómo has encontrado la casa?

—Llegué anoche al pueblo, y le he preguntado a la dueña de la

posada donde me alojo si sabía dónde vivía May Blackthorn. Ella me indicó cómo llegar.

Se ríe nervioso.

—También me ha dicho que no debía acercarme a este lugar después del anochecer.

Fuerzo una sonrisa.

—La gente de los pueblos pequeños y sus tontas supersticiones. Retrocedamos un segundo. Ya sabías que había venido a casa para el funeral de mi abuela, así que, ¿qué quieres decir con que pensabas que necesitaba apoyo ahora?

Sorprendido, me mira con intensidad durante un instante.

—Luce nos lo dijo ayer en la reunión de personal.

La inquietud me recorre la piel y me acelera el pulso.

—¿Qué os dijo?

—Mierda. —Suspira y cierra los ojos—. No te lo ha contado.

—¿Contarme qué, Ezra?

Pone cara de disculpa antes de soltarme la cruda realidad.

—Te han despedido.

Por un instante, no entiendo lo que quiere decir. Pero entonces lo comprendo y me quedo horrorizada.

—¿Me han despedido del museo?

Él lanza un gruñido.

—Lo siento mucho. No puedo creer que te hayas enterado así. ¡Pensaba que te lo dirían primero a ti!

Me siento en el banco de hierro con la cabeza dando vueltas. Lo siento helado contra mis piernas, casi tan frío como mi cuerpo.

No puedo creerlo. Nunca he tenido una mala evaluación de rendimiento, nunca he tenido altercados con el personal o los visitantes, nunca he traspasado los límites. Mi jefa y yo siempre nos

hemos llevado bien, así que esto es totalmente inesperado.

Entonces mi naturaleza desconfiada se activa para recordarme que no sea tan crédula.

Miro fijamente a Ezra, con la mente trabajando a la velocidad de la luz.

—¿Por qué motivo me han despedido?

—No lo especificó. Fue una reunión muy breve. Solo dijo que estabas despedida, con efecto inmediato, y que la búsqueda de tu sustituto comenzaría la semana que viene. Todos nos quedamos impactados.

—No tanto como yo —murmuro, preguntándome quién tiene el poder de despedirme sin motivo alguno. Solo se me ocurre un nombre.

Sin duda elegí al príncipe de los padres para mi hija.

Me paso la mano por el pelo húmedo y me levanto, evitando la mirada de Ezra.

—Tengo que llamar a Luce y aclarar esto. Gracias por venir hasta aquí, pero no era necesario. Te acompaño al coche.

Me doy la vuelta, pero me detengo cuando Ezra se ríe.

—Bueno, esto es muy incómodo, pero tus tías me han invitado a quedarme aquí el fin de semana.

Me quedo paralizada, tenso la mandíbula y maldigo en silencio.

—No es una buena idea.

—Ya les he dicho que sí.

—Lo entenderán cuando cambies de opinión.

Me mira con intensidad durante un instante.

—Pero no quiero hacerlo.

—Ezra…

Se acerca.

—Solo son unos días, May —dice con rapidez. He conducido siete horas para verte. No tenemos por qué hablar de nosotros, ¿vale? Podemos simplemente pasar el rato. Cenar. Quizá ir al cine. Sin presión.

No entiendo por qué el universo conspira para quebrantar mi espíritu, pero ya estoy harta de tanta mierda. Por desgracia, también estoy harta de luchar contra ella a cada paso que doy.

—Mira, agradezco el esfuerzo que estás haciendo. Aunque no cambia mi opinión sobre nosotros, realmente aprecio que hayas venido hasta aquí solo para asegurarte de que estoy bien. Dicho esto, no me siento cómoda si te quedas en la casa. Lo siento, pero así son las cosas. Está Bea y las circunstancias son muy estresantes en este momento…

—Lo entiendo perfectamente… —me interrumpe—. No hay problema. Me quedaré en la posada. El domingo por la mañana volveré a la ciudad.

Como no respondo, se acerca y baja la voz.

—No espero nada. Lo digo en serio. Solo me preocupo por ti, May. No hay razón para que seamos extraños solo porque ya no salgamos juntos. Déjame ser tu amigo.

«Amigos». Me reiría de eso si no fuera tan deprimente.

No tengo amigos. Tengo secretos. Tengo un pasado. Tengo cicatrices emocionales. Pero amigos es lo único que no he tenido nunca y sigo sin tenerlos porque soy una Blackthorn.

Si tuviéramos un lema familiar, sería «Vete a la mierda».

Pero, curiosamente, mis tías parecen haberse encaprichado con Ezra, con su encanto de empollón *sexy* con chaqueta azul marino. Eso debe de inclinar la balanza a su favor, porque me encuentro accediendo.

—De acuerdo. Solo el fin de semana. Pero como amigos, ¿verdad?

Su sonrisa es de alivio. Asiente con la cabeza y acepta.

—Solo como amigos. Va a ser genial.

Creo que está sobreestimando mucho la situación.

Volvemos a la casa en un silencio que no es cómodo, pero tampoco dolorosamente molesto. De vuelta en la cocina, nos sentamos y charlamos de cosas sin importancia con mis tías, que no dejan de mover las cejas de forma sugerente a espaldas de Ezra.

Sonrío y finjo no darme cuenta, porque ¿cómo es posible que mi vida se haya convertido en esto?



Bea baja las escaleras con pasos pesados justo cuando Ezra se acaba de marchar. Lo veo alejarse en su coche de la casa, luego me giro y la abrazo.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días.

—Has dormido hasta tarde.

Bostezando, asiente con la cabeza. Está aturdida, con los ojos somnolientos y pálida, con el pelo largo enredado. Se lo aliso con la mano mientras le pregunto si ha tenido dulces sueños.

—He vuelto a soñar que era un gran perro negro. Solo que esta vez estaba cazando.

—¿Cazando qué?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé. No podía ver bien porque estaba en una especie de cueva o túnel y estaba oscuro. Pero creo que era como un lagarto. Solo que enorme.

No parece molesta por ello, así que le doy un beso en la cabeza y la

llevo de la mano a la cocina para desayunar, donde la dejo a solas con Q para que estudien cuando termine. Se acomodan en la gran sala, cerca de la chimenea apagada, para terminar las últimas lecciones del colegio, y yo vuelvo arriba para llamar a mi jefa.

Me sale el buzón de voz, así que le dejo un mensaje e intento ponerme en contacto con su jefe.

También me sale un buzón de voz. Reviso los correos electrónicos para ver si me he perdido algo en alguno de ellos. Como la búsqueda no da ningún resultado, les envío un correo electrónico solicitando que concertemos una videollamada.

Si Ronan me ha quitado el arma, es por esto. Sabía lo que haría con ella cuando descubriera que me habían despedido del museo.

Sus juegos mentales son de otro nivel. Maquiavelo no le llega ni a la suela de los zapatos.

La siguiente llamada que hago es al mismísimo príncipe oscuro en persona.

—Hola —digo cuando contesta—. No estaré interrumpiéndote en nada importante, ¿verdad?

—De hecho, estás interrumpiendo todo tipo de cosas. ¿Por qué estás enfadada conmigo ahora?

Así que se ha dado cuenta de que mi dulzura sureña esconde un cañón.

—¿Quién, yo? No estoy enfadada. Solo estoy aquí preguntándome qué voy a hacer con tanto tiempo libre ahora que me han despedido de mi trabajo, esa carrera para la que estudié tanto tiempo y cuyos préstamos estudiantiles todavía estoy pagando. He oído que el *pickleball* es bastante divertido, pero me preocupa la integridad de mis tobillos.

Pasan unos segundos antes de que responda.

—¿Te han despedido?

—Uf… Suenas muy convincente. Me pregunto si tu foto estará en el Libro Guinness de los Récords bajo la categoría «El mayor imbécil».

—Deja de hacerte la listilla y dime de qué estás hablando.

—No, lo del mayor idiota es demasiado generoso —continuo, ignorándolo—. ¿El mayor capullo? —Me río—. Acierto en muchos aspectos.

—Ahora está haciendo chistes sobre penes —murmura.

—Tienes suerte de que no esté haciéndote agujeros con balas por todo el cuerpo.

—Mmm… Está furiosa.

—Sí, estoy furiosa, y deja de hablar de mí en tercera persona. No soy de la realeza y tú tampoco, a pesar de lo que piensas de ti mismo.

Su paciencia se agota.

—Vale, Maven —gruñe—, este es un buen momento para usar todas esas palabras rimbombantes que sabes y decirme de qué coño estás hablando.

Respiramos los dos en un silencio hostil hasta que me recompongo.

—Déjame decirlo de forma educada en lugar de como realmente quiero. ¿Has hecho que me despidieran de mi trabajo?

Él resopla.

—Nooo, estoy seguro de que tu encantadora personalidad ha hecho solita todo el trabajo, cariño.

Hago una pausa para disfrutar de que me llame cariño, luego lo dejo a un lado para volver a retomar mi ira.

—Es parte de tu plan, ¿verdad?

—Ni siquiera debería preguntarlo, pero ¿qué plan es ese?

—¡El de llevarme al borde de la locura!

—Es obvio que está funcionando —responde secamente.

Es probable que el vapor que me sale de la cabeza me esté rizado el pelo.

—No sé a qué demonios estás jugando, Ronan, pero no dejaré que me arruines la vida. Lo digo en serio.

Su voz se vuelve mortalmente suave.

—Esto no es un juego, Maven. Lo que hay entre nosotros nunca ha sido una broma. Ha sido una cuestión de vida o muerte desde el principio. Todo o nada. Triunfar o fracasar. Vivir o morir.

Alejo el teléfono de mi oído y hago una mueca.

—Lo siento, debo de haber marcado un número equivocado. He llamado a un lunático. Buscaba al otro lunático, el que trama todas las maldades en su tiempo libre.

Se produce un largo silencio. Luego, emite un profundo suspiro.

Estoy segura de que se ha grabado una y otra vez haciendo ese sonido solo para conseguir el equilibrio perfecto entre el resentimiento y la decepción, porque es demasiado convincente.

Suena agotado.

Es horrible, qué gran farsante…

Pero parece obvio que no va a ceder ni un ápice, así que le pregunto dónde está mi pistola.

Él emite un sonido de burla, una risa que solo el rey de la presunción podría lograr.

—¿Esa tonta antigualla de seis tiros que llamas arma? La tiré a la basura. Te compraré algo más moderno.

¿Quién tira un arma a la basura? ¿Qué le pasa a este hombre?

—Que sea uno de esos láseres de *Star Trek* que pueden evaporar a

los villanos con solo pulsar un botón, por favor. Sería muy útil.

—¿Sabes lo que creo? —dice un momento después.

—No, pero seguro que será algo revolucionario.

—Qué lengua más rápida tienes… Lo que iba a decir es que creo que esta es otra excusa para llamarme.

—Espera, déjame rebobinar la llamada para poder reproducirte tu suspiro melodramático.

—Si realmente pensabas que te han destituido de tu cargo por mi culpa, ¿por qué no has contactado inmediatamente con la policía? ¿Con la prensa? ¿Con cualquiera de mis enemigos? ¿No habría sido mejor exponer mis fechorías ante un público que sin duda se habría alegrado de que el gran villano corporativo finalmente recibiera su merecido?

Lo pienso un momento y luego asiento con la cabeza.

—Tienes razón. Tengo que colgar. Me toca hacer algunas llamadas. —El silencio que sigue pone a prueba los límites de mi paciencia. Me siento en el borde de la cama y me pellizco el puente de la nariz—. Resumiendo: lo niegas todo.

—Sí, lo niego, joder, porque no he tenido nada que ver con eso. —Suena enfático. Estoy agotada. No sé qué hacer—. Me he ganado tu desconfianza —acepta, bajando la voz hasta convertirla en un gruñido suave y cariñoso—. Lo sé. Quizá algún día tenga la oportunidad de arreglarlo. Pero yo no he hecho que te despidieran. No puedo convencerte, pero te guste o no, es la verdad.

Me empieza a doler la cabeza. Estoy mareada por el cansancio o quizá por el hambre. Quiero lanzarle una piedra a la cara, pero también quiero que me abrace y me diga que todo va a salir bien.

Me decepciona que la segunda opción sea mucho más atractiva. Decido que es un buen momento para comportarme como una

adulta y contarle lo más difícil. Después de todo, puede que sea la última vez que hablemos, y ya no puedo seguir reteniendo a los fantasmas.

Voy a liberarme de ellos.

—Toda mi vida me he sentido oprimida. Ese peso es invisible para todos menos para mí, pero está ahí, todos los días, agobiándome a cada paso. Yo no lo he elegido. Me lo impusieron. Me toca cargar con él, pero ya no lo quiero. Solo quiero sentirme libre. Quiero ser ligera y grácil. Pero no hay ningún lugar seguro donde pueda dejar este peso, así que tengo que seguir cargando con él hasta el día en que finalmente me rompa los huesos, me reduzca a polvo y no quede nada de mí.

»Estoy cansada, Ronan. Cansada de adivinar, harta de luchar, de ocultar quién soy. Solo quiero paz. Pero no puedo tener paz sin claridad. Y no puedo tener claridad sin tu ayuda.

Él espera en silencio, escuchando.

—No me siento bien después de lo que ha pasado entre nosotros. Me he quedado atrapada en ello y no encuentro la salida. Me siento como si estuviera en una habitación sin puertas. Construye una para mí.

—¿Cómo?

—Cuéntame tu versión de la historia.

Hay oscuridad en su silencio, pero no es frío ni cruel. Es sombrío y, de alguna manera, desesperanzador.

—No puedo hacerlo por teléfono —dice finalmente—. Hablemos en persona. Necesito verte a la cara.

Jamás me lo pone fácil. Ni siquiera ahora. Siempre hay que pagar un precio.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Ezra y yo hemos quedado para cenar esta noche, así que le sugiero que sea mañana.

—A las seis. En mi casa —añade.

Cuelga antes de que pueda responder. Segundos después, suena el teléfono. Miro el número en la pantalla y suspiro.

—Hola, señor Walker.

—Así que no está en la cárcel. Empezaba a preguntármelo. Se suponía que iba a llamarme esta mañana.

—Lo siento. Las cosas han estado un poco revueltas por aquí.

—¿Quiere contarme qué pasó anoche después de que colgáramos? —dice al ver que no le doy más detalles.

—¿Se refiere a si fui al santuario?

—Sí.

—Sí, fui.

—¿Y?

Pienso en esas jaulas inquietantes y en la garra enorme que arranqué de lo alto de la pared. Recuerdo lo que fue despertarme en la cama de Ronan y en lo delicadamente que me trató. Pienso en cómo ha dicho que había tirado mi pistola y en lo convincente que ha sonado cuando ha negado ser responsable de mi despido. Me acuerdo de la cita de mañana por la noche y en lo que podría significar para los dos.

Entonces, miento.

—No encontré nada interesante.

—Así que su teoría era una tontería —gruñe.

—Eso parece.

Su tono se vuelve más severo.

—Entonces, ¿por qué dice que todo se ha desquiciado?

Genial. Ahora el investigador privado que he contratado me está investigando a mí.

—No sé cuánto tiempo pasa con sus familiares, señor Walker, pero yo llevo semanas con los míos. Mi salud mental pende de un hilo.

Él se ríe.

—A mí me basta con una cena con mis suegros para llegar a ese punto.

—Entonces, me entiende.

—Claro que sí. Y si decide ponerme al tanto lo que sea que esté ocultando, siga contando conmigo para el trabajo, aunque me haya dado largas.

Qué hombre más inconvenientemente inteligente… ¡Vaya arma de doble filo! Pero no puedo admitirlo, así que le doy las gracias.

—Agradezco su apoyo. Le llamaré si surge algo más.

—Hágalo, señorita Blackthorn. Tengo la sensación de que pronto tendré noticias suyas.

Nos despedimos y colgamos, pero sus palabras se me quedan grabadas en la cabeza durante el resto del día.

Parece que los sabemos que, sea lo que sea lo que está pasando en Solstice, está lejos de haber terminado.



35

Maven

Recordando lo críptico que ha sido Ronan sobre el hecho de que ha puesto a alguien a vigilar mi casa, le he dicho a Ezra que nos veamos en el restaurante. De todos modos, es mejor así, porque se parece menos a una cita si no viene a recogerme.

Sé que afirma que ha aceptado lo de «solo somos amigos», pero nadie conduce siete horas para ver a una amiga que acaba de romper contigo, aunque la hayan despedido de su trabajo.

Las cuentas no salen.

Esto se parece más a que se cree un caballero errante galopando en su caballo blanco porque así va a salvarme. Si ese es el caso, esta cena va a ser muy deprimente.

Me está esperando dentro del restaurante italiano. Lo saludo con la mano mientras espero a que este lugar no tenga grandes bloques de cemento a punto de caerme en la cabeza. La camarera nos acompaña hasta nuestra mesa y se aleja después de tomar nota de las bebidas.

—Me gustaría hacerte una pregunta, si no te importa —digo.

—Por supuesto que no me importa. ¿Qué es?

—¿Por qué no me has mencionado la reunión de personal cuando hablamos por teléfono?

Coge la servilleta de lino de la mesa y se la coloca sobre el regazo, luego endereza el plato hasta que el dibujo del borde queda alineado con los cubiertos.

—Pensaba que ya lo sabías. No se me ocurrió que Luce no te lo hubiera dicho antes a ti. Pero parecías tan extraña, tan inquieta, que decidí tomarme el día libre y venir aquí para verte. —Levanta la vista del plato y me mira a los ojos—. Parecía que necesitabas un amigo.

Ahí está esa palabra otra vez. Es posible que esté un poco confundido sobre su significado.

—Ha sido muy considerado por tu parte.

—¿Has podido contactar con Luce?

Niego con la cabeza.

—Le he dejado un mensaje de voz. Y también le he enviado un correo. No sé si me devolverá la llamada. Tengo la sensación de que tendré que tratar con Recursos Humanos o con el departamento jurídico.

Sus ojos se oscurecen.

—Es una mierda cómo te han tratado. Eres un miembro muy valioso del equipo.

—Es muy amable por tu parte. Todavía no puedo entenderlo.

—¿Has pensado en qué vas a hacer ahora?

Mi risa no contiene ni pizca de humor.

—Es un poco pronto para hacer planes. Voy a concentrarme en el martini que me van a traer. Es lo único que mi cerebro parece capaz de hacer. Estas últimas semanas han sido una locura. No consigo encontrar mi lugar. Cada vez que me doy la vuelta, me espera un nuevo desastre.

—Es comprensible que estés alterada. Has tenido que lidiar con

muchos cambios.

Por la mirada tierna de sus ojos, me doy cuenta de que está añadiendo nuestra ruptura a la mezcla. Incómoda, me muevo en mi silla y rezo para que llegue el martini.

Por fortuna, la espera es breve. La bebida está fría, es estimulante y deliciosa. La bebo a sorbos, y me sorprende ver a Ezra bebiéndose una copa de vino tinto. Nunca ha sido muy bebedor.

—Estás nervioso —digo, observándolo.

Se sube las gafas por el puente de la nariz y se ríe.

—Había olvidado lo intimidadora que resultas cuando estamos a solas.

—Ezra, es solo mi cara. No puedo evitar que asuste a la gente.

A Ronan no le asusta en absoluto, pero no estoy pensando en él.

—No es que des miedo, solo se trata de que eres intensa. —Levanto una ceja—. Vale, también das miedo —admite—. Pero en el buen sentido. Mantiene a la gente alerta.

Qué agradable debe de ser tener una cara que no haga que la gente quiera salir corriendo entre gritos. Intento sonreír, pero a juzgar por la expresión de Ezra, no está surtiendo el efecto deseado.

Cuando dejo de sonreír, parece aliviado.

—Tu pelo queda muy bien así. No te había visto llevarlo suelto. Y las raíces son interesantes.

Es una forma educada de decir «raras».

No sabía que soy pelirroja natural porque todas las demás partes de mi cuerpo están depiladas o afeitadas al milímetro. Y me tiño las cejas para que sean oscuras y combinen con mi pelo.

Borrar el pasado supone un gran compromiso.

—Gracias.

Nos sentamos en un silencio incómodamente ruidoso, evitando

mirarnos a los ojos mientras él se bebe el resto de su vino y le pide otra copa a la camarera. Decido que es un buen momento para pedirle su opinión.

Saco la garra del bolso, la pongo sobre el mantel y se la acerco.

—¿Qué opinas de esto?

Se inclina y la mira con los ojos entrecerrados, pero no la toca.

—¿Es real?

—No lo sé. Como tú eres el especialista en primates, se me ocurrió preguntarte. Nunca había visto una garra de este tamaño.

La coge y le da vueltas entre sus manos, examinándola detenidamente. Luego niega con la cabeza.

—Esto no es una garra.

Eso me sorprende.

—¿Qué quieres decir?

Levanta la media luna de aspecto feroz.

—Es un espolón.

En cuanto pronuncia la palabra, lo veo. Los espolones pertenecen a los depredadores alados que los usan para matar a sus presas, como las aves rapaces. Pero cualquier ave que tuviera un espolón así tendría que ser del tamaño de un gorila.

—¿Alguna idea de qué animal proviene?

Lo estudia pensativamente y luego niega con la cabeza.

—Lo más parecido es el espolón de un águila arpía, un enorme rapaz nativa de las selvas tropicales de Sudamérica. Pero ni siquiera esas aves son tan grandes como la que perdió esto. Suponiendo que sea real, claro. Algo que dudo mucho, teniendo en cuenta la falta de textura y estrías. Es demasiado perfecto. ¿Dónde lo has encontrado?

Me lo devuelve y acepta con entusiasmo la copa de vino que acaba de traer la camarera.

Guardo el espolón en mi bolso y me encojo de hombros.

—Dando un paseo.

Pedimos la comida y disfrutamos de una agradable y anodina cena. Me termino mi martini y Ezra se toma dos copas de vino más. Cuando terminamos de comer, tiene las mejillas sonrosadas, los ojos vidriosos y se ríe demasiado fuerte de cosas que no tienen gracia.

Está borracho.

Qué tonta he sido al pensar que esta semana no podía ir a peor. Cuando llega la cuenta, insiste en pagar. Luego suelta el aire con fuerza y se levanta bruscamente, tirando del cuello de la camisa.

—¿Podemos salir? Necesito aire fresco.

Ya en la acera, parece nervioso. Cuando le digo que debería llevarlo de vuelta a la posada en su coche, insiste en que está bien.

—No pareces estar lo suficientemente bien como para conducir sin cometer una infracción grave.

—Es solo que estoy nervioso. Es que… tengo algo que preguntarte. Ven, da la vuelta a la manzana. No quiero hacerlo aquí, de pie en la acera.

Desconcertada por su extraño comportamiento, lo veo tambalearse alrededor del edificio y desaparecer en el callejón.

Miro la calle arriba y abajo. Hay muy poca gente fuera, solo una pareja de ancianos caminando del brazo al otro lado de la calzada y una mujer mirando escaparates una manzana más abajo. Las farolas están encendidas, el pueblo se sumerge en la oscuridad y todo sigue igual.

¿Por qué actúa de una forma tan extraña?

Voy hacia el callejón y me encuentro a Ezra paseándose frente a un contenedor rebosante de basura, retorciéndose las manos. Se detiene y me mira.

—Ezra, ¿estás bien?

—Sí.

Me meto en el callejón, evitando el río viscoso de agua negra que serpentea por el centro de los adoquines, y me reúno con él junto al contenedor de basura. Casi espero a que aparezca alguien con una máscara y una pistola y me arrastre a una furgoneta cercana, porque ese es el tipo de mes que estoy teniendo.

En cambio, Ezra se alisa las solapas de la chaqueta con las manos, cambia el peso de un pie a otro y respira hondo.

—Creo que deberíamos casarnos —suelta.

¡Oh, Dios! Sinceramente, habría preferido el secuestro.

—Bueno. Eso es…, er…, eso es una sorpresa.

Se acerca, asintiendo con la cabeza.

—Lo sé. Permíteme explicarte mi razonamiento.

—No es necesario…

—Sé que no me quieres —me interrumpe—. Si te soy sincero, yo tampoco sé si te amo. Eres tan… tú. Pero tenemos la edad adecuada, somos muy compatibles y he hecho los cálculos, May. Las probabilidades de que cualquiera de los dos encuentre a alguien más adecuado como pareja son de más de un millón a uno.

No puedo creerlo. La primera vez que me proponen matrimonio, es en un callejón oscuro, frente a un montón de basura apestosa, y lo hace un científico borracho que ha tenido que hacer cálculos estadísticos antes de decidirse.

—Es un argumento muy convincente.

No capta en absoluto mi tono sarcástico porque vuelve a asentir con entusiasmo.

—¡Yo también lo creo! Pero espera, hay más.

Esto no puede estar pasando. Estoy viviendo en un anuncio

publicitario. Está a punto de sacar un juego de cuchillos de debajo de su chaqueta y decirme la gran ganga que obtendré si me caso con él, porque vienen incluidos en el trato… Y se afilan solos.

—No necesito oír nada más.

—Por favor, déjame terminar.

Se tambalea a mi alrededor, así que tengo que girarme para verlo frente a la entrada del callejón por el que hemos entrado. Está tan nervioso que no puede quedarse quieto, pero por otro lado está demasiado borracho y no deja de tambalearse.

—Lo he pensado bien. Sé que necesitas tu espacio, y yo también disfruto de mi privacidad, así que podemos llegar a un acuerdo especial si quieres. Podemos vivir cada uno en su casa, llevar nuestras vidas por separado y vernos los fines de semana. Por supuesto, si quieres vivir conmigo, también estaría bien. En cualquier caso, yo lo pagaré todo. —Me lanza una mirada compasiva —. Y ahora que estás sin trabajo, quizá te interese aprovechar el ahorro. —Nunca he oído nada más calculado y menos atractivo. Demuestra lo poco que me conoce al pensar que esta es una buena estrategia. Atónita, lo miro mientras continúa—. Sé lo independiente que eres, pero Bea necesita un padre. Y, si me permites el atrevimiento, tú no vas a rejuvenecer.

—¡Ni siquiera tengo treinta años!

—Sin embargo, tu fertilidad ya ha disminuido drásticamente. El noventa por ciento de tus óvulos ya han desaparecido. En pocos años, serás estéril.

—¿Quién ha hablado de tener hijos, por el amor de Dios?

Sorprendido, parpadea

—¿No es eso lo que quieren todas las mujeres?

Empiezo a preguntarme cómo será su relación con su madre.

—No, queremos amor y respeto y una pareja que no sea un completo imbécil. E incluso eso parece ser pedir demasiado.

Examina mi expresión durante un instante antes de hablar.

—¿Estás menstruando? Pareces muy sensible.

Lo miro con el ceño fruncido.

—Ezra, ten cuidado —espeto—. Todavía tienes la nariz recta. Puede que no siga así mucho más.

Se detiene en seco y me mira con esa mirada compasiva otra vez.

—Esta es mi última observación. ¿De verdad crees que podrías encontrar a alguien mejor que yo?

Eso duele. Lo que era su intención. Disfruta claramente de la expresión de dolor de mi rostro. Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa cruel. Entonces, su mirada se desplaza a un punto por encima de mi cabeza y su sonrisa se desvanece con rapidez.

Se pone rígido. Su rostro se vuelve pálido. Aprieta los labios y luego emite un gritito ahogado.

Da un paso hacia atrás, tropieza y se cae de culo. Se pone en pie a toda prisa y sale corriendo hacia la calle, sin mirar atrás.

Con el corazón latiéndome con fuerza, me giro y miro por encima del hombro. No hay nada.

El callejón está vacío.



36

Maven

Vuelvo a casa con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y el cuello levantado para protegerme del frío, preguntándome si Ezra habrá empezado a beber antes de llegar al restaurante. Su comportamiento durante toda la noche ha sido completamente inusual.

Mis tías y Q no están por ninguna parte cuando llego a casa. Voy a la habitación de Bea, a ver cómo está, y la encuentro profundamente dormida, con un libro aún abierto en la mano. Dejo el volumen en la mesita de noche y le doy un beso en la frente antes de ir a mi habitación para desplomarme en la silla junto a la cómoda y pensar.

Es como si tuviera la cabeza llena de puré de patatas. Apenas sé dónde está arriba y dónde abajo.

Miro el teléfono para ver si hay alguna llamada perdida, pero no hay ninguna. Mi bandeja de entrada también está vacía, así que le envío un mensaje a Ezra para ver si se encuentra bien. No recibo respuesta.

Agotada, me desnudo y me meto en la cama. Contemplo el techo, con la mente a mil, hasta que mi móvil suena porque he recibido un mensaje de Ronan.

«Si vuelve a faltarte al respeto así, le cortaré la lengua».

Con el corazón acelerado, miro el mensaje con incredulidad. ¿Cómo ha oído lo que Ezra me ha dicho en el callejón? ¿Me está siguiendo? ¿Estaba allí?

Al recordar la mirada de terror en el rostro de Ezra antes de huir, sospecho que sí. Probablemente vigilándome, blandiendo un machete. Pero el callejón estaba vacío cuando me di la vuelta.

Esto requiere una investigación más profunda.

«¿Quién? ¿De qué estás hablando?».

Suena el teléfono.

—¿Hola?

—No estoy de humor para juegos —gruñe Ronan—. Ya sabes quién soy, joder. Ese mierdecilla chillón tiene suerte de que no le haya metido una bala en la cabeza por cómo te ha hablado.

Su voz es grave, increíblemente *sexy* a pesar de su evidente enfado. No sé si es su actitud protectora o ese tono rudo lo que me excita, pero parece que las señales de alarma son mi lenguaje amoroso, porque estoy caliente de la cabeza a los pies.

—¿Me has seguido?

—Protejo lo que es mío —responde con brusquedad.

—Eso no tiene sentido, teniendo en cuenta que me has dicho que me fuera del pueblo.

—¿De verdad crees que eso es lo que quiero, joder?

—Entonces, ¿por qué lo has dicho?

Un gruñido grave y retumbante, como la advertencia de un animal, resuena al otro lado de la línea. Nunca me ha parecido tan enfadado. Es como un león dando vueltas, una bestia salvaje a punto de abalanzarse sobre su presa. Debería estar asustada, pero, obviamente, mi cerebro ha dejado de funcionar porque, en cambio,

me excita.

—No pongas a prueba mi paciencia, mujer —dice entre dientes—. Esta noche no.

—¿Qué tiene de diferente esta noche?

—Sabes perfectamente lo que es diferente.

—Lo único que se me ocurre es que he tenido una cita. ¿Podría ser eso?

Ahí viene otra vez ese peligroso rugido, que me hace temblar nerviosa de pies a cabeza.

—Ten cuidado, Maven. Si sigues así, ese tono sarcástico te saldrá por la culata.

—¿Qué quieres decir? ¿Que vendrás aquí y me darás unos azotes?

En la pausa que sigue, le oigo respirar de forma entrecortada. Me lo imagino agarrando el teléfono con tanta fuerza que podría partirlo por la mitad.

—Oh, te daré algo mucho más que eso —dice con la voz mortalmente suave, luego cuelga.

Suspirando, dejo el teléfono en la mesilla de noche y me acuesto de nuevo, dejando la lámpara encendida. Cuento hacia atrás desde cien para intentar distraerme y poder dormirme, pero no consigo que mi mente deje de dar vueltas con preguntas sin respuesta. Me siento inquieta y febril, y aparto las mantas para que el aire refresque mi piel acalorada.

Finalmente, me rindo y me levanto de la cama. Me pongo una bata, me ato el cinturón alrededor de la cintura y bajo a la cocina en busca de algo fuerte que me ayude a dormir. El *whisky* debería servir. Estoy buscando un vaso en el armario sobre el fregadero cuando veo un movimiento en el jardín.

Es solo una sombra, pero se mueve como humo líquido,

deslizándose hacia el invernadero por el espacio que queda debajo del umbral de la puerta, y luego reaparece como una mancha amorfa elevándose dentro del cristal.

Mis ojos me engañan, porque la sombra parece estar iluminada desde dentro por brasas rojas brillantes que flotan y revolotean, apagándose cuando tocan el suelo.

Me quedo paralizada por un momento, entrecerrando los ojos para ver la noche más allá de las ventanas, con el corazón acelerado, hasta que finalmente decido que ya he tenido suficientes misterios para toda una vida.

Harta, golpeo la encimera con el vaso y salgo.

Cruzo el patio y entro en el invernadero, abriendo la puerta de par en par con la esperanza de encontrar a un intruso enloquecido que me amenace con un cuchillo a la cara para poder cometer un homicidio muy necesario.

Me detengo a unos metros de la puerta y lanzo un grito a la oscuridad.

—Si hay alguien aquí que no sea de mi familia, le voy a dar una paliza.

Una risita surge de entre las sombras.

—Cuánta rabia cabe en un cuerpo tan pequeño. Es un milagro que no ardas de forma espontánea.

La voz es grave y divertida. Ronan hace aparición desde detrás de una de las largas mesas de madera repletas de plantas al otro lado del invernadero. Incluso en la oscuridad, su sonrisa es claramente visible.

Y, oh, lo que me hace sentir verlo. Daría mi brazo izquierdo por mostrarme indiferente a él, pero cada vez que veo su rostro, mi corazón da un salto.

El muy terco nunca aprende.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Quizá he venido a darte los azotes que me pediste.

Sus palabras y el tono ronco con el que las pronuncia hacen que mis pezones se tensen de excitación, pero no pienso decírselo.

—Inténtalo y perderás una mano. ¿Por qué merodeas en las sombras? No, no respondas. Ya sé que eres una amenaza.

—No sabes ni la mitad.

A mis espaldas, la puerta emite un chirrido y se cierra de golpe. Frunzo el ceño y miro por encima del hombro. Cuando me vuelvo, Ronan está justo delante de mí, mirándome con los ojos entrecerrados.

Le preguntaría cómo ha llegado aquí tan rápido, pero estoy demasiado distraída por su abrumadora presencia.

Lleva un precioso abrigo negro de lana con el cuello levantado, y tiene todo el aspecto de un señor feudal que ha salido a dar un paseo nocturno por los páramos infestados de hombres lobo. Percibo el aroma de su piel, una mezcla masculina de humo de leña y almizcle, y reprimo un escalofrío involuntario.

—Hay mucho sitio aquí, Ronan —le espeto temblando—. No tienes por qué invadir mi espacio personal de forma tan agresiva.

—Así que ese es tu falso prometido —responde, sin hacer ningún movimiento para retroceder—. Supongo que ese aire de profesor distraído que tiene podría ser suficiente para una mujer menos exigente, pero es demasiado frágil para una Blackthorn.

—No es frágil.

Ronan se burla.

—Por favor. Es como una taza de té de porcelana. Su grito ha sido patético. Probablemente se cagó encima.

Tengo que esbozar una sonrisa porque podría tener razón. Nunca he visto a nadie tan aterrorizado.

—No entiendo por qué te preocupa.

—Sabes perfectamente por qué me preocupa.

—Te olvidas de Wonder Woman otra vez. Tienes novia, ¿recuerdas? O tal vez el tamaño de sus pechos te ha borrado la memoria.

Sus ojos brillan con ira.

—¿Acaso son celos lo que detecto en ese tono mordaz?

—Por supuesto que no. No me importa lo que hagas ni con quién te acuestes. Al igual que a ti no te importa lo que yo haga, por eso me dijiste que me fuera del pueblo, ¿verdad? —No pica el anzuelo —. ¿O hay alguna otra razón que quieras compartir por la que de repente quieres que me vaya? —añado.

Me mira fijamente en un silencio ardiente mientras le palpita un músculo en la mandíbula. Un millón de pensamientos tácitos y deseos contradictorios parecen agitarse detrás de sus ojos.

—A la mierda —murmura finalmente después de largo y tenso silencio.

Me agarra y aplasta su boca contra la mía.

Sus brazos me inmovilizan contra su cuerpo, bebe profundamente de mi boca y gime cuando yo respondo a su pasión. Le beso con una mezcla de alivio y euforia que me deja mareada. Es grande y masculino, duro en todo lo que yo soy blanda, pero encajamos como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Y en algún nivel más profundo que el pensamiento racional, creo que lo estamos.

A pesar de todos los errores que hemos cometido el uno contra el otro, a pesar de la animosidad que siempre ha existido entre nuestras

familias, a pesar de todos los obstáculos que conspiran para mantenernos separados, encajamos de una manera en la que nunca he encajado con nadie más. Somos como dos manos unidas con los dedos entrelazados.

Sé que nunca podré separarme de él. No importa lo lejos que huya o lo elocuente que sea mi mentira, mi corazón pertenece a este hombre.

Lo amo.

Y aunque él nunca sienta lo mismo, el hecho de que Bea haya sido concebida con el único hombre al que realmente he pertenecido es una satisfacción en sí misma.

¡Que Dios nos ayude!, pero las dos somos de Ronan.

Cuando rodeo con los brazos sus anchos hombros y me arqueo contra él como una gata, frotando mis pechos contra su pecho y maullando de placer, él me agarra del pelo y rompe el beso.

Respira entrecortadamente mientras me mira con sus ojos oscuros llenos de secretos.

—Lo quemaría todo por ti, Maven —dice con la voz ronca.

—¿Qué quemarías? —susurro temblando.

—Todo. Toda mi vida. Este pueblo. Todo el maldito mundo si me lo pidieras. Si dijeras que eres mía y lo dijeras en serio, prendería fuego a todo lo que nos separara y luego plantaría nuestra maldita bandera en las cenizas.

Lo miro a la cara con incredulidad, sabiendo en mi alma que cada palabra que dice es sincera, pero aun así tratando de comprenderlo.

—¿No estás enamorado de Wonder Woman? —le pregunto mientras hundo los dedos en la espesa maraña de su pelo.

Un sonido de disgusto retumba en su pecho.

—Sabes que no. Sabes de qué se trataba.

—Quiero que lo digas en voz alta.

Traga saliva. Le tiembla la mano con la que me agarra del pelo.

—Eres tú —dice con la voz baja y ronca—. Siempre has sido tú. Cualquier otra persona solo podría ser una sustituta. ¿Cómo es posible que no lo sepas, joder?

Mi corazón se regocija al oír sus palabras.

—Probablemente porque has estado demasiado ocupado tratándome fatal —respondo.

—Perdóname.

—Pídelo por favor.

—Por favor.

Observo su hermoso rostro, tan querido para mí y a la vez tan irritante, y suelto el aire que he estado conteniendo durante años.

—Te perdono. Te lo perdono todo. Ahora, por favor, dime que tú también me perdonas, porque he sido una cabrona contigo.

—No hay nada que perdonar. Me lo merecía. Me lo merecía todo.

Lo pienso por un momento y luego sonrío.

—Es verdad. ¿Vas a volver a besarme o nos vamos a quedar aquí de pie hablando?

Me besa con tanta intensidad que me deja sin aliento.

Sin apartar la mano de mi cabello, recorre mi cuerpo con la otra. Primero me aprieta el trasero, luego me agarra la cadera y me acerca a él para que su erección quede contra mi vientre. Me estremezco cuando desliza la mano hacia arriba y me acaricia un pecho a través de la bata; pasa el pulgar por el pezón endurecido hasta que se pone enhiesto y me duele.

Sin previo aviso, me levanta y me lleva hasta la mesa de madera más cercana.

Me deja al lado, extiende el brazo y tira las macetas de terracota

llenas de hierbas y plantas al suelo de piedra, donde se rompen en mil pedazos con un gran estruendo, salpicando tierra por todas partes. Luego me sube por las caderas y me pone sobre la mesa, inclinándose para meter su lengua con avidez en mi boca.

—Nos van a oír —susurro separándome con el corazón acelerado.

—Que nos oigan.

Aplasta una mano sobre el centro de mi pecho y me empuja hacia abajo, de modo que quedo tumbada boca arriba sobre la mesa, con los muslos separados alrededor de sus caderas. Cuando se inclina sobre mí en las sombras, parece mitad hombre y mitad animal, con las fosas nasales dilatadas y los músculos del cuello marcados.

Tira con impaciencia del cinturón de mi bata, desata el nudo y aparta la tela para dejarme completamente desnuda ante él.

Ver mi piel desnuda le hace sisear de placer.

Se toma un momento para devorarme con la mirada antes de inclinarse para chupar mis rígidos pezones, primero uno y luego el otro, después va de uno al otro mientras yo me retuerzo y jadeo, esperando que una de mis tías nos interrumpa en cualquier momento.

Me chupa los pechos, lamiéndolos y mordiéndolos. Hace girar su lengua una y otra vez hasta que se sienten pesados e hinchados, y yo muevo mi pelvis contra la suya mientras hago todo lo posible por reprimir mis gemidos. Luego se apodera de mi boca con otro beso voraz y descansa sobre mí todo su peso.

Cuando deslizo una mano entre nuestros cuerpos y aprieto su dura longitud, él contiene el aire y se queda paralizado, casi como si lo hubieran sacado de un trance.

—Espera, no podemos…

—Sí, podemos —le interrumpo, acariciándolo a través de los

pantalones. Ya estoy mojada, desesperada por tenerlo dentro de mí, por que llene el vacío de mi interior. Tras forcejear con su cinturón, finalmente se lo desabrocho y le bajo la cremallera. Su polla dura salta libre a mis manos.

Cuando se la aprieto con suavidad, él gime mi nombre.

Está rígido e inmóvil sobre mí, con los antebrazos apoyados a ambos lados de mi cabeza, respirando con dificultad. Muevo las caderas, arrastrando su gruesa punta por la humedad de mi entrada, pero él no me penetra.

No sé por qué se contiene cuando es obvio que quiere lo mismo que yo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te detienes?

—No soy quien tú crees que soy —dice con la voz ronca y el rostro contraído.

Sea cual sea la causa de esta repentina crisis de conciencia, no la voy a aceptar. Le cojo la cara entre las manos y lo miro a los ojos.

—Sé exactamente quién eres, Ronan. Eres mío. Y yo soy tuya. Y eso es todo. ¿Entendido?

Con los labios entreabiertos y los ojos brillantes, me mira en silencio, atónito.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Te reclamo, demonio. Y tú me reclamaste hace mucho tiempo. Nos pertenecemos el uno al otro. Nada más importa.

Me contempla aturdido.

—Nada más importa —murmura con reverencia.

Flexiona ligeramente las caderas, de modo que la punta de su pene separa los labios de mi sexo. Pero no es suficiente. Necesito más. Lo necesito todo. Lo beso en la boca, en la barbilla, en las mejillas, luego enredo mis piernas alrededor de su cintura y engancho mis tobillos.

—Nada más importa. Ahora fóllame. Toma lo que es tuyo —susurro mirándolo a los ojos.

Sus pestañas se agitan. Me da un beso muy suave en los labios, apoyando más su peso sobre mí para que nuestros pechos se unan, y pueda sentir cuán salvaje late mi corazón.

Cuando le lamo el contorno de los labios, pierde la compostura. Con un rápido movimiento de pelvis, se introduce en mí.

Jadeo y me arqueo sobre la mesa mientras su largo y duro miembro invade mi cuerpo.

Me muerde el cuello como un animal en celo con su pareja, y gruñe contra mi piel mientras se impulsa con las caderas, follándome con golpes despiadados sin dejar de tirarme del pelo. Inmovilizada por su peso, no puedo hacer nada más que recibir lo que él me da. Me siento abrumada por él, por su olor, su calor y su poder, tan excitada que empiezo a delirar.

Me susurra algo al oído, su aliento caliente recorriendo mi piel y dejándome la piel de gallina.

—*Mea es*.

Su polla se hincha dentro de mí, más dura y larga que antes, hasta que me parece que no podré soportar más ese enorme órgano. Pero lo hago, suelto un gemido de placer mientras folla mi húmedo agujero. Vuelve la atención a mis pechos, los sujeta con las manos y chupa con fuerza cada rígido pezón. El oscuro cabello le cae sobre el rostro, extendiéndose para arañar mi piel como cientos de pequeñas garras.

El olor a cedro quemado, almizcle animal y algo caliente y metálico como hierro fundido inunda mis fosas nasales.

A medida que mi placer aumenta y mi orgasmo se acerca, el pánico comienza a apoderarse de mí.

Gruñendo, Ronan se clava profundamente en mi coño chorreante. Jadeo su nombre. Se incorpora, me agarra el trasero con unas manos que parecen haber crecido aún más de lo habitual, y me embiste una y otra vez, con envites cada vez más salvajes y erráticos hasta que mis pechos rebotan y él levanta mi cuerpo de la mesa para cabalgarme con fuerza.

Más allá del techo de cristal del invernadero, todas las estrellas del cielo nocturno se apagan. El brillante orbe de la luna está envuelto por nubes oscuras y amenazadoras.

Se está gestando algo terrible.

Lo siento en el aire, en mi sangre, en lo más profundo de mis huesos.

Un chorro de semen golpea mi cérvix, caliente y contundente. Abro la boca en un grito silencioso. Mi útero se contrae violentamente, convulsionando con un orgasmo tan fuerte que podría partirme en dos.

Ronan emite un gruñido profundo y animal mientras yo me retuerzo debajo de él, mi cuerpo se contorsiona y se entrega mientras me utiliza para su placer. Es implacable, me folla sin parar durante mi orgasmo, sus dedos se clavan en la tierna carne de mi trasero, dejándome moretones.

—*Mea es*.

Su voz resuena en el invernadero, tan profunda y oscura que parece surgir de un abismo sin fondo.

Creo ver luciérnagas revoloteando entre las sombras, pero me doy cuenta de que son brasas, ardiendo rojas en la espesa penumbra. Se agrupan alrededor de Ronan, girando alrededor de su cuerpo mientras otra ráfaga caliente de semen baña mi útero.

Vuelvo a alcanzar el clímax, esta vez con un grito tan fuerte que me

desgarra la garganta.

Ronan se pone rígido, me embiste con su enorme polla dos veces más y luego echa la cabeza hacia atrás y grita hacia el cielo.

Me invade un calor abrasador. Me corta el aire apretándome la garganta mientras su semen me llena, brotando de donde estamos unidos para deslizarse por mis muslos y bajar por mi culo hasta gotear sobre el suelo, donde cae con un silbido humeante.

Sigo poseída por el orgasmo. Cuando Ronan levanta la cabeza, me palpita el clítoris y mis pezones están tan duros que me duelen.

En la luz roja y arremolinada de las brasas, veo el contorno de un enorme par de agujas puntiagudas y negras, que se retuercen hacia atrás desde su frente como cuernos de carnero. En su espalda brota un enorme par de alas negras y correosas, tensas entre tendones puntiagudos. Algunas pequeñas grietas en la membrana cicatrizada emiten volutas de humo, y las chispas revolotean cuando se mueven.

Cada monstruosa ala termina en largas garras negras.

Intento gritar de nuevo, pero no puedo. Me aprieta la garganta con demasiada fuerza, cortándome la voz.

En el exterior, comienzan a soplar vientos huracanados. La lluvia azota el techo del invernadero. A lo lejos, el rugido grave de un trueno retumba contra las colinas.

Ronan me da la vuelta y me pone boca abajo, luego me mete los dedos en la boca para mantenerme callada. Me separa los muslos, me acaricia el trasero y esparce su semen por todas partes, mientras sus dedos exploran con rudeza el tierno capullo de mi ano.

Cuando desliza dos dedos dentro de mí y comienza a moverlos en círculos, sé que me está preparando para que reciba su polla por ahí.

Chillo y me retuerzo presa del pánico. Su gutural gruñido de excitación resuena en mis oídos. Cuanto más me resisto, más se

excita él. Por fin, cuando presiona el hinchado glande contra mi temblorosa entrada parece diez veces más grande.

Me posee por el culo con una brutal embestida y empieza a follarme mientras yo me atraganto con sus dedos.

Siento sus pesados testículos golpeando mi coño desnudo con cada movimiento de sus caderas, y las oleadas de placer se extienden por todo mi cuerpo, atenuando el dolor de mi ano dilatado. Entonces, alcanza entre mis piernas y busca mi clítoris hinchado, que pellizca y acaricia hasta que noto que se acerca otro orgasmo, con el culo lleno de su polla y la boca de sus dedos.

Mis pezones duros rozan la fría y dura superficie de la mesa. Mientras clavo las uñas en la madera.

Un rayo ilumina el invernadero con un destello blanco, fugaz y brillante. El estruendo del trueno suena como un disparo.

La habitación gira, gira y gira como un tiovivo, difuminándose en sombras monstruosas que se estiran y se hinchan con chispas ardientes cuando el gruñido sobrenatural de su voz resuena en mis oídos y llena el espacio vacío que nos rodea con su terrible entonación.

—*Mea es*.

Vuelvo a tener un orgasmo, mi cuerpo se estremece sin poder evitarlo y algunas lágrimas calientes corren por mis mejillas.

—*Mea es*.

Los símbolos que rodean su muñeca brillan con una luz roja infernal, retorciéndose sutilmente sobre su piel como si estuvieran vivos.

—*Mea es*.

Me penetra con embestidas brutales, retirándose hasta la punta y volviendo a empujar con fuerza hasta el fondo. Sus gruñidos son

cada vez más fuertes, y sé que se acerca al clímax.

—*Mea es.*

Mi coño palpita entre mis piernas como si tuviera su propio latido. Anhela que esta enorme polla lo llene de nuevo. Siento el sabor salado de mis lágrimas en los labios.

Sus caderas hacen que se mueva dentro de mí como un pistón, y no puedo hacer otra cosa que quedarme tumbada mientras me folla.

Se corre con una última y brutal embestida. Y al mismo tiempo, bajo el estruendo de un trueno, oigo el aullido de los lobos.

Su semen es un géiser caliente que brota dentro de mí en violentos chorros tan contundentes que no puedo contenerlo todo en mi interior. Se desliza por mis muslos abiertos, goteando por mis pantorrillas hasta besar mis tobillos.

Cuando sollozo, Ronan se retira de mi cuerpo, cae de rodillas entre mis piernas abiertas y comienza a lamer mi piel, limpiando todo su semen de mis muslos, piernas y trasero.

Desliza dos gruesos dedos dentro de mi coño, coloca su boca sobre mi dolorido ano y succiona el esperma de mi interior, haciendo ruidos lascivos de placer mientras traga una y otra vez, sorbiendo su propio semen con la lengua profundamente hundida en mi orificio para obtener hasta la última gota.

Es sucio, obsceno y perverso…, y me encanta.

Sollozando, escondo la cara contra la mesa mientras vuelvo a alcanzar el clímax.

—*Mea es.*

Como tengo un conocimiento moderado del latín debido a mi trabajo, sé lo que significan esas palabras: «Eres mía».

Es lo último que oigo antes de que un fuerte zumbido llene mis oídos y pierda el conocimiento.



37

Maven

—¿May? May, ¿me oyes? ¡Despierta, cariño! ¡Despierta!

La voz de la tía E me llega como desde muy lejos. Es un murmullo, pero, aun así, puedo percibir la preocupación que transmite.

Abro los ojos y la veo inclinada sobre mí, agarrándome por el hombro y sacudiéndome para despertarme. Davina está detrás de ella, nerviosa, con una mano en la garganta y los ojos muy abiertos, mirándome fijamente.

Estoy tumbada boca arriba en una cama. La luz de la mañana se cuela por las ventanas, pintando la habitación con tonos difusos de perla y oro. Afuera, el cielo es de un azul cristalino. Un pájaro solitario gorjea alegremente en algún lugar fuera de mi vista.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Estás en casa, cariño. Estás a salvo. Estabas teniendo una pesadilla y gritabas como una posesa a la luz de la luna.

Me siento débil y desorientada, tengo el pulso acelerado y la respiración superficial. Tía E me aprieta la frente con los dedos, cacareando su preocupación.

—Tienes mucha fiebre, May. No, no intentes sentarte. Estás enferma. —Se vuelve hacia tía D—. ¿Podrías traer un poco de té, por

favor?

Davina asiente con la cabeza y sale apresurada de la habitación.

Me humedezco los labios resecos.

—¿Dónde está Bea? —susurro.

—En el invernadero con Q.

Pienso en una criatura con cuernos y alas y el pánico me sube por la garganta, tan caliente y punzante como la bilis.

—¿En el invernadero?

La tía D asiente.

—Anoche, el viento abrió la puerta y tiró algunas macetas. No te preocupes por eso ahora, cariño. ¿Cómo te sientes?

—Tengo náuseas, mareos…, vértigos.

También me siento confusa, pero no lo digo en voz alta. No estoy del todo convencida de que esto no sea un sueño ni de que el sueño no sea realidad. Todo parece artificial, como si hubiera entrado en el plató de un programa de televisión. Incluso la alegre luz del sol parece falsa, con un borde duro y antinatural que hace que me piquen los ojos.

Ella asiente con la cabeza y vuelve a chasquear la lengua.

—Has cogido un virus. Lo mejor que puedes hacer es quedarte en cama e hidratarte bien. Lo que necesitas es descanso y líquidos. Te prepararé una buena sopa de setas.

Me da una palmadita en el hombro, sale de la habitación y cierra la puerta a su espalda.

Se cierra con un clic siniestro que suena como el cerrojo de una celda deslizándose en su sitio.

Me incorporo hasta quedarme sentada y espero un momento a que la habitación deje de dar vueltas antes de coger el teléfono de la mesilla de noche. Con manos temblorosas, busco mis mensajes y los

reviso.

El mensaje de Ronan ha desaparecido. Tampoco hay constancia de ninguna llamada telefónica.

Lo de anoche no ha ocurrido. No me ha follado en el invernadero, ni le han salido unas alas enormes, ni ha bebido su propio semen directamente de mi culo como si fuera vino francés de una botella.

Todo ha sido un sueño febril.

Mientras miro la pantalla del teléfono, me doy cuenta de que falta algo más.

El mensaje que le envié a Ezra después de que huyera del callejón tampoco está.

El pánico que zumbaba en mis oídos se instala en lo más profundo de mi cuerpo, invadiendo mis células hasta que me siento frenética e incapaz de recuperar el aliento.

Las llamadas que hice al trabajo tampoco aparecen en la lista de llamadas. Cuando reviso el correo, tampoco están los que envié.

Me siento en el borde de la cama, sudando por el miedo, con el pulso acelerado, hasta que la tía D regresa con una taza de té humeante.

Me ve y se detiene en seco.

—Por Dios, cariño, tienes muy mal aspecto. Si no te encuentras mejor esta tarde, llamaremos al médico. —Me quita el teléfono de la mano, lo deja en la mesilla de noche y me da la taza de té, ayudándome a sujetarla hasta que consigo mantenerla firme.

Contemplo los remolinos dorados durante un momento antes de levantar la vista hacia su rostro.

—¿Ha venido Ezra esta mañana?

Ella frunce el ceño.

—¿Ezra?

No. Dios mío, no. Esto no me puede estar pasando a mí.

—Lo conociste ayer por la mañana —digo con voz débil—. Llegó sin avisar y se presentó aquí, la tía E y tú lo recibisteis. Pelo rubio. Chaqueta azul marino. Gafas de montura fina.

Me mira en silencio durante un buen rato, con una arruga de preocupación entre las cejas.

—Bebe el té y descansa, cariño. Hablaremos cuando te sientas mejor.

Me tiemblan tanto las manos que el té me gotea por la barbilla cuando intento beberlo. La tía D me tranquiliza y me ayuda de nuevo, rodeando mis manos con las suyas para que no derrame ni una gota más.

Tengo tanta sed y estoy tan deshidratada que acabo toda la taza de un trago.

Eso la complace. Me sonríe radiante, me quita la taza vacía y me acaricia el pelo con la mano.

—Ya está —dice en tono tranquilizador—. Pronto te sentirás mucho mejor. Descansa, cariño. Volveremos a verte más tarde.

El té me deja un regusto amargo y calcáreo en la lengua. Me vuelve a doler la cabeza y las náuseas empeoran. Cierro los ojos para combatir la sensación de que la habitación se inclina.

—¿Dónde está Bea?

—Está perfectamente bien, cariño. No te preocupes. No te preocupes por nada.

Vuelve a salir de la habitación tarareando una alegre melodía.

Cuando la puerta se cierra tras ella, intento levantarme. Me tambaleo, pero consigo arrastrarme hasta el baño. Cuando enciendo la luz del techo, me quedo sin aliento al ver mi reflejo en el espejo.

Mi piel tiene la palidez de un cadáver y veo ojeras alrededor de los

ojos. Mi pelo es un nido de ratas lleno de nudos y enredos. Parece como si llevara enferma un mes, en lugar de una sola noche.

Me echo agua fría en la cara, con la esperanza de que eso me despierte, pero al inclinarme sobre el lavabo, el mareo empeora. Cuando me enderezo, casi me caigo, y agarro la barra de la toalla justo a tiempo para evitar desplomarme.

Uso el inodoro con la cabeza palpitando y vuelvo arrastrando los pies a la cama. Me detengo cuando veo mi bolso en la cómoda.

Con el corazón latiéndome con fuerza, cruzo la habitación, abro el bolso y miro dentro.

El espolón ha desaparecido.

¿Alguna vez ha estado aquí?

Miro con intensidad el bolso vacío mientras el pájaro cantor de fuera gorjea su inocente canción y un oscuro gusano de miedo comienza a consumirme.



A primera hora de la tarde, llega a Blackthorn Manor un médico.

Es joven y está en forma, luce bastante guapo con la bata azul claro, y la tía D lo acompaña a la habitación tras llamar suavemente a la puerta. Debo haberme vuelto a quedar dormida, porque no recuerdo nada de lo que ha pasado desde que miré el móvil hasta ahora.

Hay un plato de sopa vacío y una cuchara en la mesilla de noche junto a la cama. Tampoco recuerdo haber comido, pero debo de haberlo hecho. Tengo un ligero sabor a setas en la boca.

—May, este es el doctor Hansen —dice Davina, hablando en el tono tranquilizador que se usa con los niños que lloran o los enfermos terminales—. Ha venido tan pronto como ha podido. Es

muy bueno en su trabajo, así que sé completamente sincera con él para que pueda curarte. Os dejaré a solas.

Cuando ella se marcha, el doctor Hansen acerca una silla, la coloca junto a la cama, deja en el suelo la bolsa de cuero marrón que lleva en la mano y luego me sonríe.

—Hola, May. Me han dicho que no se encuentra bien. ¿Por qué no me cuenta cuáles son sus síntomas?

Me resisto a hacerlo, pero probablemente sea solo por mi rebeldía habitual. Me siento más erguida contra las almohadas.

—No sabía que los médicos aún hacían visitas a domicilio.

—Una de las ventajas de ser médico en un pueblo pequeño es que no estoy tan saturado de pacientes como los médicos de las grandes ciudades, por lo que puedo ofrecer una atención más personalizada.

Sospecho que esa «atención personalizada» que le ha estado dando a la tía D tiene más que ver con su presencia aquí que cualquier otra cosa.

No se me escapa la fugaz mirada de lujuria que se intercambiaron los dos antes de que ella se excusara. Este debe de ser el médico del que me habló antes de que llegáramos Bea y yo, el que tiene «resistencia».

—Creo que he cogido algún tipo de virus agresivo.

—Davina dice que ha tenido fiebre. ¿Algún otro síntoma?

Admito a regañadientes la lista.

—Náuseas. Hemorragias nasales. Dolores de cabeza. Mareos. Alucinaciones.

Cuando arquea las cejas con sorpresa, me apresuro a corregir lo último para no parecer una loca.

—Me refería a sueños. Sueños vívidos. —Parece aliviado, luego asiente y sonríe.

—De acuerdo. No es raro cuando se tiene fiebre. ¿Algo más?

Pensando en los correos, mensajes de texto y llamadas perdidas, me siento ridícula.

—Últimamente me parece que ando algo olvidadiza.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Unos días. ¿Quizá una semana? —Emito una risita nerviosa—. Los días se me confunden.

—¿Qué medicamentos está tomando?

—Ninguno.

—¿Tiene antecedentes de abuso de alcohol o drogas?

—No.

—¿Le han diagnosticado alguna enfermedad?

—No. Siempre he gozado de una salud de hierro. Ni siquiera he tenido caries.

—¿Alergias?

—Ninguna.

Mete la mano en su maletín y saca un estetoscopio.

—¿Le importa si le ausculto el corazón?

—Adelante.

Se pone de pie y me coloca primero la redonda campana metálica en el pecho y luego en la espalda, entre los omóplatos, y escucha con las olivas durante unos segundos en cada lugar.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy en pijama, y no con la bata que llevaba anoche cuando bajé a por el *whisky* que al final no tomé porque me metí en el invernadero para que un monstruo con forma de Ronan me destrozara el culo.

No tengo ni idea de cuándo terminó la realidad ayer y comenzó la versión obscena de Alicia en el País de las Maravillas.

El doctor Hansen me indica que inhale profundamente y luego

suelte el aire.

—No hay signos de congestión en los pulmones y el corazón suena bien —dice después de escuchar el funcionamiento interno de mi pecho—. Voy a tomarle la tensión arterial.

Lo hace, asegurándome que es normal, y luego me mide la temperatura con un termómetro digital.

—Treinta y seis grados centígrados y medio exactos. Si tenía fiebre, ya le ha bajado.

Me siento cada vez más ridícula.

—Voy a examinarle la garganta y los oídos.

Palpa suavemente los ganglios linfáticos a ambos lados de mi cuello y luego me hace abrir la boca para poder mirar el interior con un pequeño espejo. Una vez satisfecho, me examina ambos oídos con un otoscopio.

—¿Ha tenido vómitos o diarrea?

—No.

—¿Alguna operación en el último año?

—No.

Vuelve a sentarse en su silla y sonríe. Tiene unos hoyuelos muy atractivos y unos ojos color avellana que me miran con comprensión. Entiendo por qué le gusta a la tía D.

—¿Cómo ha estado su nivel de estrés últimamente?

Me río con ironía.

—En una escala del uno al diez, cuarenta y siete.

Él asiente comprensivo.

—Mi más sentido pésame por su abuela.

No le pregunto si se refiere a su muerte o a su posterior desaparición.

—Gracias.

Nos miramos en silencio mientras me pregunto si él sabe lo del Cementerio Pinecrest y la desaparición de sus ocupantes. A estas alturas, la noticia ya debe de haberse extendido por todo el pueblo.

—¿Quiere contarme algo más?

—Si me pregunta si tengo ideas suicidas, la respuesta es no. —Su sonrisa demuestra su disgusto.

—¿Tan obvio he sido? Tendré que trabajar el trato con los pacientes.

Hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—Sé que tiene que preguntarlo. ¿Cuál es el veredicto?

—Creo que tenía razón sobre el virus. Manténgase hidratada y descanse. Debería sentirte mucho mejor en un día o dos. Si no es así, venga a la consulta el lunes y le haremos un análisis de sangre y más pruebas.

—¿Y las hemorragias nasales? No las había tenido antes.

—Podría ser algo tan simple como el aire de la casa. Se nota que está muy seco, y todas esas hierbas que cuelgan por todas partes pueden irritar las fosas nasales. O podría ser el humo, el polvo, incluso los olores fuertes. Pruebe a hacerse un lavado nasal con solución salina. Eso debería ayudarla.

Suelto un profundo suspiro y me recuesto contra las almohadas.

—¿Quiere que le dé algo para ayudarla a dormir? —pregunta al notarlo.

—Claro. ¿Tiene una lobotomía a mano?

Él se ríe.

—Estaba pensando más bien en pastillas para dormir. —Vacilo—. No tiene por qué tomarlas, pero al menos puede recurrir a ellas. Le dejaré suficientes para una semana —añade.

Saca un pequeño frasco de color ámbar sin etiqueta del maletín y

lo deja sobre la mesita de noche. Me sorprende que no necesite receta médica para esto. Quizá sea por la influencia de la tía D.

A lo mejor tenemos una cuenta familiar basada en el trueque y está pagándole con mamadas.

—Gracias —digo, evitando mirarle a los ojos—. Le agradezco que haya venido.

Coge su maletín y se levanta.

—No ha sido una molestia. Que se mejore. Y recuerde, si no se encuentra mejor, llame a la consulta y le haremos más pruebas.

Después de que se marche, me quedo sentada, sumida en mis pensamientos. Al cabo de unos instantes, percibo un zumbido sordo.

Al principio, creo que es producido por un aparato electrónico, pero al escuchar con más detenimiento, me doy cuenta de que el sonido no es constante. Sube y baja en un patrón irregular como si fuera producido por muchas alas al batir rápidamente, como el zumbido de una colmena de abejas.

Frunzo el ceño, me levanto de la cama y me quedo de pie en medio de la habitación, tratando de discernir el origen del ruido. Pero es como si lo estuviera produciendo toda la habitación, el suelo, las paredes y el techo. Y cada vez es más fuerte y cercano, me parece tan espeluznante que se me pone la piel de gallina.

«Mantén la calma. Solo hay un nido de avispas en el alero, nada más. No hay nada que temer».

El sonido se hace más fuerte hasta convertirse en un zumbido enloquecedor.

Me acerco a la puerta mientras miro nerviosa a mi alrededor, pero no veo nada inusual. Entonces, percibo un movimiento por el rabillo del ojo y me giro hacia el cuarto de baño.

Incluso desde el otro lado de la habitación, puedo ver claramente

el espejo sobre el lavabo y la grotesca imagen que se refleja en él.

Una masa de moscas negras y pringosas cubre todo mi cuerpo. Salvo mis ojos, que están nublados por una capa blanca, como estaría algo muerto desde hace mucho tiempo.

Cuando abro la boca en un grito silencioso, las moscas se agolpan en mi garganta, trayendo consigo el sabor nauseabundo de la descomposición. A continuación, me golpea el hedor, que llena mi nariz con el olor dulzón y repugnante de la putrefacción. A vísceras y sangre. Como un matadero.

Retrocedo horrorizada, agitando las manos alrededor de mi cara con pánico, pero las moscas me siguen. Veo fragmentos de piel grisácea en descomposición donde asoman los gusanos cuando el enjambre se separa brevemente antes de descender de nuevo para llenar los huecos.

El zumbido se convierte en un rugido ensordecedor que resuena dentro de mi cráneo.

Me tambaleo hacia la puerta, la abro de un empujón y salgo al pasillo, solo para chocar contra una sorprendida tía E.

—¡Ya te has levantado! Es una buena señal. ¿Cómo te encuentras, cariño? ¿Qué ha dicho el médico?

El zumbido ha desaparecido.Cuando miro mis manos, no hay ni una sola mosca a la vista.

—Dice que estoy bien. Que todo está bien. No me pasa nada —me oigo decir desde un lugar lejano.



38
Maven

Duermo profundamente toda la noche gracias a las píldoras mágicas del doctor Hansen. Cuando mis tías me dicen que van a ir a la iglesia por la mañana, me invade un irracional deseo de ir con ellas.

No soy una persona religiosa, pero, pensándolo bien, que me rocíen con un poco de agua bendita en la cabeza quizá no sea tan malo.

Q nos lleva en coche al otro lado de la ciudad, a la antigua y hermosa iglesia de madera. Su campanario está coronado por una brillante veleta de bronce. El exterior reluce con una nueva capa de pintura blanca. Las vidrieras representan diversas escenas bíblicas, ninguna de ellas violenta.

El antiséptico Nuevo Testamento con su conveniente superhéroe salvador, no el sangriento Antiguo Testamento con su Dios cruel y vengativo.

El sermón ya ha comenzado cuando las cuatro entramos en la iglesia por la puerta principal. En el púlpito, el sacerdote se detiene a mitad de la frase. La congregación se vuelve para mirarnos con recelo. Un espeso silencio desciende sobre el santuario, tan sombrío como un sudario fúnebre.

—¿Por qué no hemos entrado a escondidas por una puerta lateral? —murmuro, mientras mi mirada recorre los bancos llenos de rostros hostiles.

—Las Blackthorn no nos escabullimos ni nos escondemos —dice la tía D—. Coge mi mano, Bea.

Las dos encabezan la procesión por el pasillo central hasta, como es lógico, el banco delantero. La familia de cuatro personas que está sentada allí se levanta inmediatamente y se traslada a otra fila desocupada. Nos sentamos, y los bancos de madera crujen en medio de un silencio antinatural.

Una vez acomodados, la tía D hace un gesto con la mano al padre O'Brian, dándole permiso para continuar.

Él la mira con el ceño fruncido.

Ella le lanza una sonrisa.

No puedo creer que representen esta locura cada semana.

Tras una pausa incómodamente larga, el anciano sacerdote carraspea.

—Señor, ten piedad de nosotros —dice, dirigiéndose a la congregación.

—Porque hemos pecado contra Ti —responden todos al unísono con excepción de las cuatro mujeres silenciosas que ocupan el primer banco.

—Señor, muéstrate misericordioso con nosotros. —El sacerdote extiende las manos y suplica al cielo—. Y concédenos tu salvación.

—Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos conceda la vida eterna.

Por alguna razón, a la tía D le parece graciosa la última parte. Contemplando la cruz gigante con Jesús clavado en ella en la pared detrás del altar, mueve la cabeza divertida.

La congregación murmura un «Amén» colectivo y luego todos vuelven a callarse.

Mirando la Biblia abierta en el púlpito, el padre O'Brian debate en silencio durante un momento y luego comienza a pasar las páginas con agresividad.

Levanta la vista y nos lanza una mirada apocalíptica desde debajo de sus cejas grises.

—Lectura del Libro del Apocalipsis.

La tía E suspira.

Lo que sigue es un relato que me sorprende por lo violento, sangriento y deprimente que será el fin del mundo, aunque de alguna manera también es abrumadoramente aburrido.

Cuando el sacerdote termina, me alegra ver que Bea parece dudar de que un Dios supuestamente «amoroso» cause tanto sufrimiento a las personas que ha creado, cuyos pecados y condenación final supuestamente conocía desde el principio, cuando los creó, lo que significa que el concepto del libre albedrío es una broma y que él no es más que un sádico.

Me quedo sentada durante el resto del servicio preguntándome por qué he sentido un impulso tan fuerte de venir a este lugar que parece ofrecer solo razones sólidas para abrazar el ateísmo.

Entonces, se acaba la misa y es hora de irse.

Pero no me levanto. Hay una razón por la que quería venir aquí hoy, y todavía no sé cuál es, así que me voy a quedar hasta que la descubra.

Les digo a las tías que se lleven a Bea de vuelta a casa con la excusa de que me gustaría volver andando. Piensan que un poco de ejercicio me vendrá bien, así que aceptan sin discutir. Le doy un beso a Bea y veo cómo se aleja mi familia, con los feligreses apartándose

nerviosamente a su alrededor, como si temieran que ser una Blackthorn fuera contagioso.

Finalmente, la iglesia se vacía y solo quedamos yo y el pobre Jesús, cabizbajo en su cruz.

Lo estudio.

El artista que lo talló debió de querer darle un aspecto agotado, pero en cambio parece culpable. Lleno de vergüenza. Quizá sea por el taparrabos. A mí también me daría vergüenza llevar eso en la iglesia.

—No es demasiado tarde para ti.

La voz me hace sobresaltar. Me giro y veo al padre O'Brian de pie al final del banco.

Tiene las manos ocultas dentro de sus vestiduras. Sus zapatos también están cubiertos por ellas, lo que le da un aspecto inquietante y macabro, como una cabeza sin cuerpo envuelta en un paño bordado, flotando sobre el suelo.

—¿Perdón?

—He dicho que no es demasiado tarde para ti, May. Aún puedes salvarte.

—¿Se acuerda de mí?

La mirada en sus ojos es indescriptiblemente triste, como si supiera algo sobre mí que yo no sé, y sin duda no es nada bueno.

—Por supuesto que recuerdo a la hija de Elspeth. Tu madre era creyente. Esperaba que tú también lo fueras.

—¿Creyente de…?

—De Dios.

—Ahh…

—Pareces decepcionada.

—Sentiría lo mismo si me dijera que creía en Papá Noel o en

Campanilla.

—Solo que esos dos no podrían salvar tu alma eterna de la condenación. Y, a diferencia de Campanilla, Dios no necesita que nadie crea en Él para existir.

La arrogancia parece uno de sus fuertes. Está siendo una competencia a tener en cuenta para Ronan.

Nos miramos en silencio, incómodos, hasta que mi curiosidad puede más que yo.

—¿Mi madre venía a la iglesia?

—No. Nunca. —Sus ojos se endurecen—. Ella no participaba en el teatro que disfrutan tus tías.

No me gusta su voz, ese tono crítico.

—Estoy dispuesta a apostar a que la mayoría de su rebaño también está actuando, padre. A la gente le encanta exhibir su sentido de la moralidad en público.

—¿Y tú? ¿Qué estás representando aquí hoy?

Una visión de un enjambre de moscas devorando mi carne putrefacta se me aparece ante los ojos. Sacudo la cabeza para despejarla.

—No estoy representando nada.

Me estudia.

—Pero estás buscando algo. Una respuesta a una pregunta, tal vez. O quizá algo más importante.

—¿Algo como qué?

—La salvación.

Eso me hace sonreír.

—Lo dice como si pudiera ofrecérmela.

—Yo no. Él. —Sin apartar la mirada de mí, señala a Jesús con aire abatido.—. Arrepiéntete y serás salvada. Resucitarás después de la

muerte para unirte a Él en Su glorioso reino, donde reinará para siempre.

—¿De verdad se cree eso?

—Lo que yo crea es irrelevante, niña. Lo que importa es lo que tú creas. La fe es una elección que puedes hacer libremente.

—O es un apoyo que los débiles necesitan para manejar su miedo a lo desconocido.

—No estarías sentada ahí si realmente pensaras eso.

Me siento frustrada porque es posible que tenga razón. Aun así, esto requiere un debate.

—¿Por qué cualquier ser racional querría vivir en servidumbre durante toda la eternidad, flotando en las nubes y cantando himnos?

Sonríe ante mis palabras.

—Bueno, considera la alternativa… —Su sonrisa se desvanece—. Pero no tardes demasiado en hacerlo. Se está librando una batalla por tu alma, hija. Muy pronto, tendrás que elegir bando.

Me doy cuenta de que incluso Jesús, con su aire abatido, piensa que este tipo es espeluznante. Parece como si deseara poder bajarse de la cruz y salir corriendo.

Me pongo de pie y miro al sacerdote directamente a los ojos.

—Ya he elegido bando, padre. Estoy del lado de la ciencia, que nunca fomenta la guerra, la violación, el asesinato, el genocidio o el sacrificio humano en nombre del dogma. He leído su «santa» Biblia. De principio a fin, de hecho. Es una obra de ficción indefendible que defiende la violencia y la intolerancia. Su Dios no es justo y no merece ser adorado.

El padre O'Brian frunce los labios.

—Veo que has dedicado mucho tiempo al Antiguo Testamento.

—Sí. Da miedo.

—Jesús es la Nueva Alianza cuya gracia disuelve la Antigua.

—Qué conveniente —comento secamente—. No me creo ni una palabra.

—Sin embargo, aquí estás, debatiendo conmigo.

—Tiene toda la razón. Discúlpeme, ahora tengo que ir a hablar con los adultos.

Me doy la vuelta, pero de repente él está allí, en el banco junto a mí, respirando en mi cuello con un aliento caliente y rancio, presionando con urgencia algo en mi mano.

—Lo sientes, ¿verdad? —me susurra apretándome la muñeca con tanta fuerza que me duele—. La pestilencia se extiende por tu sangre como un veneno. La vieja serpiente se está agitando. Pronto se levantará del vacío sin sol de las profundidades para cumplir la profecía y reclamar a la que le fue prometida, la reina que gobernará a su lado en el infierno. ¡Renuncia a ello antes de que sea demasiado tarde! ¡Arrepiéntete y salva tu alma!

Me libero de su agarre y lo miro conmocionada. Parece poseído. Tiene los ojos saltones, las fosas nasales dilatadas y los labios retraídos, como un animal rabioso.

Pero entonces parpadea y parece volver en sí. Su expresión se aclara. Me suelta la muñeca y sonríe.

—Ve en paz, hija —murmura.

Hace la señal de la cruz y se aleja hacia el lado opuesto del santuario, desapareciendo por una puerta de la nave.

Abro la palma de la mano y encuentro un rosario, con cuentas de madera desgastadas por innumerables años de contacto durante la oración. Un rayo de luz carmesí procedente de una de las vidrieras se derrama sobre el santuario y mi mano, pintando las cuentas y el pequeño crucifijo de metal del extremo de un rojo tan intenso como

la sangre recién derramada. Un fuerte estruendo me sobresalta.

El sonido reverbera por todo el espacio, elevándose hasta las vigas, donde muere en ecos susurrantes. Escudriñando los bancos vacíos, busco el origen del ruido hasta que miro la pared del santuario detrás del altar, donde Jesús estaba colgado en su cruz.

La pared está desnuda.

La gran cruz de madera yace boca abajo sobre el suelo de mármol, hecha añicos.

La cabeza cortada de Cristo ha rodado por debajo. Sus ojos vacíos me miran de forma acusadora.

Mi corazón comienza a latir con fuerza. Me invade una sensación de inquietud.

En un rincón iluminado del transepto norte, la estatua de piedra de la Virgen María gira la cabeza para mirarme con ira. Los santos de las vidrieras situadas en lo alto de las paredes me contemplan con los ojos entrecerrados y acusadores. Desde los confesionarios de madera tallada al final del presbiterio, comienzan los susurros, que se hacen cada vez más fuertes hasta convertirse en un coro ensordecedor de letanías en latín.

Aterrorizada, me tapo los oídos con las manos.

Un peso aplastante comienza a descender sobre mi cuerpo, como si me estuviera asfixiando una fuerza invisible rebosante de intenciones malévolas.

Llego al final del banco antes de echar a correr.

En el momento en que atravieso las puertas y salgo bajo la luz del día, una gran tormenta de cuervos se levanta desde el tejado de la iglesia en una caótica nube negra.

Mientras se alejan volando, sus graznidos ásperos y estridentes gritan mi nombre.

TERCERA PARTE

RÉQUIEM

Llorad la desgracia, la destrucción, la ruina y la decadencia.
Lo peor es la muerte, y también ella tendrá su día.

RICARDO II



39

Maven

Corro sin parar hasta Blackthorn Manor, agitando los brazos y respirando profundamente el aire frío de noviembre, desesperada por dejar atrás la iglesia y sus oscuras visiones.

Cuando llego a la casa, estoy empapada en sudor. Entro por la puerta, subo corriendo las escaleras, saco mi maleta del armario donde Q la guardó cuando llegamos, la tiro sobre la cama y empiezo a sacar la ropa de las perchas.

—¡Bea! —grito hacia la puerta abierta del dormitorio—. ¡Cariño, ven aquí!

Unos momentos más tarde, entra en la habitación. Perpleja, me mira mientras corro de un lado a otro entre el armario y la cómoda, metiendo todo lo que puedo en la maleta abierta sobre la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Las maletas. Nos vamos.

—¿Nos vamos?

—Sí. Ahora mismo. ¡Ve a hacer las maletas, cariño! Cogeremos el próximo tren.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Mi risa suena salvaje.

—¿Que qué pasa? Te diré lo que pasa. ¡Este pueblo me está volviendo loca!

Cuando la idea del inminente colapso mental de su madre no hace que se mueva, recurro a la lógica.

—Tenemos que volver a Manhattan. Ya nos hemos quedado demasiado tiempo. Tienes que volver al colegio. Tenemos que retomar la normalidad.

—Pero tú me sacaste del colegio.

Me detengo en seco y la miro fijamente, con un suéter entre mis manos temblorosas.

—¿Qué? —susurro antes de tragar saliva, nerviosa.

De pie en la puerta, con su bonito vestido azul pálido de ir a misa y sus zapatos de charol brillante, me mira con auténtica confusión y, posiblemente, un poco de miedo.

—Dijiste que me ibas a educar en casa. Enviaste una carta al director del colegio. Les decías que no volvería.

Ese ruido sordo que oigo es mi pulso retumbando en mis oídos. Tengo la boca completamente seca. Me tiemblan las rodillas.

—La semana pasada enviaste una carta. ¿No te acuerdas? —insiste Bea al ver que no digo nada.

—Una carta —repito lentamente, con la esperanza de que decir la palabra en voz alta disipe la niebla de mi cerebro y pueda entender de qué está hablando.

No hay suerte. Sigo tan confusa como antes.

Mi hija, por su parte, empieza a enfadarse. Se acerca a mí con los ojos brillantes, con los labios fruncidos en una expresión dura y extrañamente adulta.

—Me dijiste que no tenía que volver allí, mamá. Te dije que quería quedarme aquí con Q y las tías, y tú dijiste que sí. Dijiste que nos

mudaríamos aquí. ¡Dijiste que no tenía que volver!

Grita la última frase con una voz aguda y estridente. Está tan aterrada por volver a Manhattan como yo por quedarme en Solstice, aunque no tengo ni idea de por qué.

La atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza.

—Cariño, escúchame. No sé qué está pasando, pero tenemos que irnos a casa, ¿vale? No nos vamos a mudar aquí. No podemos quedarnos aquí. Es hora de irnos.

Ella me empuja y retrocede hacia la puerta.

—Nunca te importa lo que yo quiero —me dice de forma acusadora con los ojos llenos de lágrimas—. Siempre se trata de ti. De lo que tú quieres hacer, de dónde quieres vivir, de lo que tú crees que es bueno para nosotros. ¡Ya no soy un bebé! ¡No tengo por qué hacer lo que tú me digas! ¡No tengo por qué escucharte cuando te comportas como una zorra estúpida!

Atónita, la miro con la boca abierta.

Nunca me había hablado así. Nunca. Ni siquiera la había oído levantar la voz con rabia.

Con la cara roja y la boca apretada, se da la vuelta y sale corriendo de la habitación.

Escucho el sonido de sus furiosos pasos bajando las escaleras, luego se cierra una puerta de golpe y la casa se sumerge en un profundo y satisfactorio silencio.

Me cubro la cara con las manos.

—Tranquilízate —me susurro a mí misma—. Primero, haces las maletas, luego haces las suyas, después vas a buscarla y te marchas con ella a la estación de tren. Paso a paso. Una cosa detrás de otra.

Agotada y sin aliento, termino de vaciar los cajones y el armario con mis pertenencias, guardándolo todo en mis maletas de forma

desordenada antes de cerrarlas con rapidez. Repito el proceso en la habitación de Bea, apartando al gato blanco de su cama para poder buscar calcetines o ropa perdidos debajo de las mantas. Cuando termino, arrastro todas nuestras pertenencias escaleras abajo y las dejo junto a la puerta principal.

Luego voy en busca de mi hija.

No la encuentro en la cocina.

No está en el salón.

No la veo en ninguna de las habitaciones del laberinto de la primera planta, así que vuelvo arriba y la busco allí, con el pánico creciendo por momentos.

Finalmente, tengo que admitir que Bea ya no está en la casa. Mis tías y Q tampoco aparecen por ninguna parte.

Todo el mundo ha desaparecido.

La sensación de fatalidad inminente que tuve en la iglesia vuelve a apoderarse de mí, me agarra con manos sudorosas y aliento fétido. Me obligo a mantener la calma y a pensar, aunque mis nervios me gritan que haga algo con rapidez.

Salgo al jardín a buscarla.

Sentado en el banco de hierro bajo el bosquecillo de abedules, un zorro rojo me observa mientras entro corriendo en el invernadero y vuelvo a salir, llamando a Bea con desesperación. Cuando salta del banco y desaparece debajo de un seto, con su cola roja brillando en el aire, lo siento como una señal.

En mi confuso estado mental, me parece que el zorro quiere que lo siga.

Más allá del seto, comienza el bosque de forma brusca. Me abro paso entre las zarzas silvestres hasta que aparece un estrecho sendero, apenas discernible, cubierto de hojas caídas y salpicado de

sombras que se filtran a través de la densa copa de los árboles. Llamo a Bea mientras paso por encima de un tronco podrido cubierto de hongos negros.

La única respuesta es el graznido de un cuervo solitario.

Me adentro en el bosque. Me pongo a temblar cuando una brisa fría me acaricia el pelo con sus dedos helados. Mi desesperación crece y llamo a Bea una y otra vez hasta que se me queda la voz ronca.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me dé cuenta de que la luz que se filtra a través de las copas ya no es brillante, sino grisácea. La temperatura también está bajando y el viento se está haciendo más intenso.

Se avecina una tormenta.

Me doy la vuelta para regresar por donde he venido, pero nada de lo que veo me resulta familiar. Los árboles son diferentes, más grandes y oscuros, con unas ramas desnudas que se extienden hacia mí como garras esqueléticas.

En la penumbra creciente, veo un destello rojo que desaparece detrás del enorme tocón de un roble muerto. Me apresuro a seguirlo con el corazón acelerado.

Corro, apartando las ramas que se inclinan para arañarme la cara y tropiezo con las raíces enredadas del suelo del bosque mientras el miedo crece como una marea gélida en mi pecho, oprimiendo dolorosamente mis pulmones. Persigo al zorro saltando los charcos de barro y esquivando los helechos enredados y espinosos que quieren rasgarme la ropa.

Cojo aire, que huele a agujas de pino y tierra húmeda, a suelo arcilloso y rocas cubiertas de musgo, hasta que capto el olor de algo más, algo que me hace vacilar.

Es el olor del invernadero. Ese aroma característico a madera carbonizada y metal calentado hasta ponerse al rojo vivo, cenizas humeantes y carbón ardiente, y un almizcle animal picante diferente a todo lo que he conocido.

Un gruñido grave e inhumano resuena en el bosque, haciendo retumbar el suelo bajo mis pies.

Me doy la vuelta, pero el bosque está vacío a mi espalda.

La luna llena se asoma por encima de las copas de los árboles. La noche está cayendo rápidamente. Pero ¿cómo es posible? ¡Hace solo un rato era por la mañana!

El crujir de las ramitas al romperse me hace girar en círculos, buscando el origen del ruido. ¿Es el zorro u otro pequeño animal quien se escabulle entre la maleza?

¿O será algo más?

¿Un depredador más grande, tal vez?

—¿Bea? —susurro, con el corazón latiéndome a mil por hora—. Bea, ¿eres tú? —Vuelve a oírse el gruñido sobrenatural. Esta vez más cerca. Más hambriento. Recorre los troncos de los árboles centenarios que me rodean, haciendo temblar cada hoja y cada rama.

Me quedo paralizada durante un largo y angustioso instante, hasta que la sombra de una criatura gigantesca se cierne sobre mí, oscureciendo toda la luz que llega de arriba. Una ráfaga de aire caliente recorre mi cuerpo, trayendo consigo el olor de algo agudo y eléctrico, casi como un rayo, pero mezclado con hogueras y metal quemado.

«Azufre».

Pienso en esa palabra en el mismo momento en que una lluvia de brasas incandescentes pasa a mi lado, y me doy cuenta de que la ráfaga de aire fue causada por el batir de un par de alas gigantes.

Aterrorizada, hiperventilando, me giro lentamente para mirar por encima del hombro.

Allí veo una nube arremolinada de humo negro y brasas ardientes, que tiñen el suelo del bosque con un sutil y cambiante resplandor rojo.

La nube de brasas y humo se solidifica hasta crear una forma que se eleva entre dos y tres metros de altura.

Su cuerpo está cubierto de músculos llenos de tendones. Su piel es de color obsidiana muy oscuro, con vetas rojas que brillan débilmente en algunos lugares. Rodeando sus enormes muñecas y tobillos hay glifos que también brillan en color rojo, aunque cambian inquietamente como si estuvieran vivos por debajo de la piel.

Sus manos son enormes, con largas garras afiladas que cubren sus gruesos dedos. De su espalda brotan un enorme par de alas negras y correosas, tensas entre los tendones con púas.

Cada monstruosa ala termina en largas garras negras.

Antes de que pueda siquiera respirar, esa cosa se abalanza sobre mí.

Me envuelve con sus enormes brazos y me obliga a aferrarme a él mientras se lanza al aire conmigo con un solo y poderoso aleteo. Mi grito se pierde en el viento mientras atravesamos la copa de los árboles y salimos al cielo nocturno.

Volamos en una espiral vertiginosa; los enormes brazos de la criatura me sujetan contra su cuerpo, siento su carne caliente, áspera y correosa contra mi mejilla. Solstice se extiende debajo de nosotros en un manto de luces que se desvanece rápidamente y titila contra la oscuridad aterciopelada.

El viento me despeina y me hace llorar, la criatura se inclina bruscamente hacia las montañas. Me da un vuelco el estómago y me

sube el corazón a la garganta. Estoy convencida de que voy a morir, pero me siento demasiado aterrorizada como para que me importe.

De repente, reduce la velocidad. El viento amaina. La ráfaga de aire frío desaparece, sustituida por un aire ligeramente más cálido que huele a tierra húmeda y líquenes. Por fin, con un último aleteo de sus gigantescas alas, la criatura aterriza suavemente en el suelo.

Estamos en un espacio oscuro y cavernoso, una estrecha abertura excavada en la ladera de la montaña que se ensancha dramáticamente hasta convertirse en una cámara similar a una catedral. El tenue resplandor que emana de las venas del cuerpo de la criatura y las brasas que se arremolinan en la nube de humo que la sigue me permiten ver lo que me rodea.

Las estalactitas cuelgan de un techo alto y desigual de piedra, y gotean agua que resuena en la quietud. Al fondo de la cueva, un túnel más profundo se adentra en la oscuridad. Un nido rudimentario de materiales recogidos —ramitas, ramas retorcidas, hierbas secas— está cubierto por una pila de pieles junto a una pared curva.

Esparcidos por el suelo irregular hay pequeños huesos y restos de piel y plumas; los restos de comidas pasadas.

Conmigo todavía aferrada a su cuerpo, la criatura se acerca al montón de pieles y se arrodilla. Me empuja al suelo y me sujeta allí con una mano enorme, que me aplasta el pecho cuando intento escapar a un lugar seguro. Aunque no tengo ni idea de dónde podría encontrarlo.

Aterrorizada, miro fijamente su rostro diabólico y me sorprende descubrir que sus ojos, aunque rodeados de piel de ébano, son de un color familiar.

Azul pálido, como el hielo ártico.

Entonces miro más abajo y un grito se me queda atascado en la garganta. Entre las musculosas piernas de la criatura sobresale una erección enorme, que se balancea excitada. Su grueso pene está estriado en toda la longitud, coronado por un glande rojo e hinchado que brilla con un líquido transparente en la hendidura.

Una voluta de humo se eleva desde el líquido.

La adrenalina inunda mis venas, proporcionándome un estallido momentáneo de fuerza. Giro mi cuerpo, escapando del control de la criatura, me pongo de pie y corro hacia la entrada de la cueva.

No he dado ni diez pasos cuando me atrapa y me lleva hacia atrás.

Aunque lucho y le lanzo patadas y gritos, esta cosa es demasiado fuerte. Me empuja de vuelta a las pieles, con el humo arremolinándose alocadamente alrededor de nuestros cuerpos, y luego me obliga a tumbarme de espaldas y se acuesta encima de mí.

Me agarra las muñecas, me inmoviliza los brazos por encima de la cabeza y gruñe.

Es caliente, pesado e inamovible, una montaña que se niega a soltarme.

Grito de frustración ante su rostro inhumano.

Esperando otro gruñido animal, me sorprende oír algo parecido a una risita que emana del pecho de la criatura. Es un rugido subsónico, que se siente más que se oye, una vibración profunda que sugiere una impresión de calidez y placer.

Es como el ronroneo de un gato, solo que monstruoso.

—¿Qué quieres de mí? —grito, con todos mis músculos tensos contra este cautiverio forzado.

Como respuesta, flexiona las caderas para que pueda sentir esa enorme erección pinchándome el muslo.

Este monstruo está a punto de hacerme suya.

Grito presa del pánico cuando sus garras desgarran mi camiseta, destrozando la tela con facilidad. A continuación, va a por mis vaqueros y mis bragas, que me arranca de las piernas con una eficiencia despiadada antes de lanzarlos a un lado. Debo de haber perdido los zapatos en la huida, porque estoy descalza.

Espero sentir el empuje de sus poderosas caderas, introduciendo esa enorme polla monstruosa dentro de mí, pero en cambio, me separa los muslos, aplica su boca caliente en mi coño y me folla con la lengua.

Es casi tan larga y gruesa como un pene, musculosa y con textura, con cientos de pequeñas protuberancias similares a nudos. Cuando grito, el monstruo vuelve a emitir ese extraño rugido vibrante, que pone la piel de gallina y me endurece los pezones.

Delirando, grito de nuevo, y oigo resonar mi voz muy por encima, contra el techo de la cueva.

Mi terror se ve atenuado por la sensación de esa lengua caliente y húmeda entre mis piernas, que se adentra profundamente en mí y luego lame mi sensible clítoris como un gato con un cuenco de leche.

Cuando lanzo un grito, la criatura coloca mis rodillas sobre sus hombros y toma mis pechos con sus enormes manos, apretándolos con fuerza, pellizcando y tirando de mis pezones hasta que me duelen y se hinchan.

Mis caderas toman el control. Empiezan a arquearse y a retorcerse, persiguiendo el placer que se acumula en mi interior.

Cuando me inclino y agarro los cuernos del monstruo, utilizándolos para frotar mi coño contra su cara, vuelve a soltar esa risa subsónica. Desliza la lengua desde mi coño hasta mi culo, traspasando el nudo de músculos con una embestida que me hace chillar.

El sudor me cubre la piel. Mi pulso es un latido pesado y primitivo. Me retuerzo contra las pieles, con la lengua de un enorme monstruo alado en el culo y mis propios gritos de impotencia resonando en mis oídos. Me siento desligada de la realidad, una cosa sin mente hecha solo para el placer.

El clímax es abrupto y violento. El líquido brota de mí, empapando la cara del monstruo y las pieles debajo de mi trasero.

Lame mis fluidos con un ruido húmedo de succión y crujidos roncos de aprobación, mientras las puntas de sus garras se clavan en mis pechos. De repente, estoy desesperada por tener esa enorme y gruesa polla dentro de mí, estirándome con su circunferencia inhumana.

—Ronan —jadeo—. Por favor.

Me da la vuelta y me pone boca abajo, arrastrándome hasta que me quedo a cuatro patas. Empieza a darme palmadas en el culo; parece divertirse con mis gritos de súplica y mis sonidos de angustia.

En mi cerebro febril, «eso» se ha convertido en «él», pero tal vez sea solo una medida de protección, la forma que tiene mi mente de hacer soportable lo imposible.

Más vale malo conocido que bueno por conocer.

Sigue golpeándome el trasero hasta que mi piel está caliente y palpitante. El placer es intenso, me atraviesa en oleadas. De vez en cuando se detiene para acariciar mi coño empapado, con cuidado de no arañar mi tierna carne con sus garras, utilizando las ásperas yemas de sus dedos para frotar y acariciar mi clítoris anhelante hasta que jadeo y arqueo la espalda, separando las rodillas con lascivia para incitarlo a penetrarme.

La siguiente vez que se lo suplico, empuja la cabeza roma de su enorme polla contra mi entrada.

—¡Sí! ¡Por favor, sí!

La súplica se escapa de mis labios, pero la mujer que la pronuncia no suena como yo. Ella no soy yo. Es mi parte más delirante suplicando que su coño sea follado por una criatura hecha de fuego y humo, cenizas y brasas, músculos y tendones y un vasto y poderoso par de alas.

—*Mea stella obscura* —gruñe la criatura, y luego empuja su gigantesca polla monstruosa dentro de mí.

El hilo de pánico que nunca me había abandonado vuelve a arder mientras mi coño lucha por acomodarlo. Él inclina las caderas para asentarme mejor sobre su polla, luego me agarra las caderas con sus enormes manos y me mueve hacia adelante y hacia atrás sobre su rígido miembro mientras yo jadeo y gimo.

La profunda penetración hace que la humedad se deslice por mis muslos.

Me cabalga con largas embestidas. Mi clítoris, hinchado de sangre, palpita. Mis pechos se balancean mientras él bombea dentro de mi coño. Sin aliento, me apoyo en los codos y descanso la frente contra las pieles, mirando entre mis muslos para ver cómo sus pesados testículos se balancean con cada embestida, golpeando mis labios vaginales y enviando ondas de placer por todo mi cuerpo.

Mientras me folla, su pene rugoso resulta sorprendentemente caliente. Sus alas baten el aire mientras empuja. Brasas rojas y brillantes revolotean entre las sombras, cayendo como una lluvia sobre el suelo, alrededor de mi cuerpo.

—*Mea es*.

El monstruo me acaricia el culo, arañándome la piel con sus garras, y luego se inclina y me muerde el cuello.

Cuando siento las puntas afiladas de sus colmillos perforándome

la piel y comienza a chupar, absorbiendo mi sangre, alcanzo el clímax, sollozando.

Entonces, me despierto sobresaltada en mi propia cama en Blackthorn Manor. Tengo la mano entre las piernas.

Mi coño está empapado.

Mi útero sigue contrayéndose con el orgasmo.

Desde algún lugar lejano, oigo el gruñido gutural del monstruo. Luego se desvanece y el único sonido que queda es mi respiración entrecortada y el viento aullando entre los árboles del exterior.



40

Maven

Temblando y sudando, me levanto de la cama y cojo el móvil de la cómoda. Tengo seis llamadas perdidas de Ronan, pero ninguna otra llamada ni mensaje.

Debe ser todavía domingo, pero la fecha que aparece en la pantalla indica que es martes.

He perdido dos días enteros.

Desorientada, miro a mi alrededor. No parece haber nada fuera de lugar. Pero un sexto sentido me dice que mire dentro de los cajones de la cómoda.

Cuando lo hago, encuentro toda mi ropa allí, meticulosamente doblada.

Al echar un vistazo al armario, la maleta y la bolsa de viaje que había preparado tan apresuradamente están cerradas con cremallera y colocadas en una esquina. Mi bolso descansa sobre la mesilla de noche, junto a una taza de té vacía.

Son poco más de las cuatro. El cielo está gris plomizo, cargado de nubes de tormenta.

Marco el número del museo con manos temblorosas. Le digo a la recepcionista que me atiende que necesito hablar con Luce Adams,

que se trata de un asunto de extrema urgencia. Temo que no me conecten, que alguna fuerza oscura me impida comunicarme, pero, para mi sorpresa, me transfieren inmediatamente.

—Soy Luce.

Casi lloro de alivio cuando oigo su voz.

—¡Luce! Oh, gracias a Dios, estás ahí. Has contestado. No me lo puedo creer. Estoy tan feliz de haberte localizado.

Hay una breve pausa de confusión.

—Lo siento, ¿con quién hablo?

Sé que mi risa suena descabellada. Aferrándome al teléfono, intento mantener la voz tranquila para que no cuelgue y llame a la policía.

—Soy May. He estado intentando localizarte. ¿Has recibido mis mensajes? Sigo en Solstice. Ezra vino a verme y me dijo que me habían despedido, pero yo sabía que eso no podía ser cierto. Sabía que era un error, así que te envié un correo electrónico, pero no he recibido respuesta. No estoy segura de cómo va la cobertura por aquí, ¡todo es un poco inestable!

Mi risa de loca vuelve a aparecer. Me doy cuenta de que estoy balbuceando, pero no puedo evitarlo.

—No te vas a creer todo lo que ha pasado. Estoy deseando ponerte al día, pero antes, por favor, dime que ha habido un terrible malentendido y que no me han despedido.

El silencio al otro lado de la línea es sepulcral.

—Debe de haber marcado mal el número —dice Luce.

Una sensación de terror frío recorre mi piel, como hielo formándose en agua estancada.

Me humedezco los labios nerviosa.

—Luce, soy yo, May —repito.

—No conozco a ninguna May.

Mi voz se eleva.

—May Blackthorn. La jefa del Departamento de Entomología. La conservadora de lepidópteros. ¡Llevo cinco años trabajando para ti!

Su voz suena tensa por la irritación.

—El jefe de nuestro Departamento de Entomología es Oliver Underwood. No conozco a nadie llamado May Blackthorn. Ahora, si me disculpa, tengo que volver al trabajo.

Cuelga sin darme la oportunidad de decirle que se equivoca, que me conoce bien, que me contrató nada más salir de la universidad como asistente y me ascendió cuatro veces hasta que finalmente me hice cargo de todo el departamento, la persona más joven en ocupar ese puesto.

¿O… no?

¿He estado realmente allí?

Me siento mal, vuelvo a llamar al museo, pero esta vez pido que me pasen con la oficina de Ezra.

La recepcionista me informa de que el museo no hay ningún Ezra Scott en plantilla.

Siento cómo la bilis me sube por la garganta, cierro los ojos y la trago.

—¿Cuándo se ha ido?

—No tengo constancia de que haya trabajado aquí nadie con ese nombre, señora. ¿Quizá quería llamar al Smithsonian? —La habitación empieza a dar vueltas. Suelto el teléfono, que cae al suelo con estrépito. Cuando vuelve a sonar, lo cojo con rapidez, con la esperanza de que sea Luce llamándome para decirme que me estaba gastando una broma, pero es el número de Ronan el que veo en la pantalla.

Lo miro con el corazón palpitando y mi sentido de la realidad se desvanece lentamente.

—¿Hola? —contesto con vacilación.

—Dime que estás bien —ordena sin saludar.

Cierro los ojos para detener el lento giro de la habitación.

—¿Te acuerdas de mí?

—¿Qué? ¿Qué demonios significa eso?

—No importa. No es nada.

—No es nada, dice… —gruñe con impaciencia—. Sé cuándo estás irritada. Suenas rara y no has respondido a mis llamadas. Se suponía que ibas a venir a verme, pero no apareciste. Dime qué ha pasado.

—No te lo creerías.

—Quizá te sorprenda.

Me río, pero es otra vez esa risa desquiciada, la que indica que debería estar internada.

—No sé si hay algo que pueda sorprenderme ya, Ronan. De verdad, creo que he perdido cualquier pizca de credulidad. De hecho, si quieres decirme que eres una especie de antiguo demonio de fuego que habla latín, tiene una fijación con los culos y folla como un… bueno, como un demonio, ¡soy todo oídos!

Se produce un extraño silencio.

—Tienes que salir de esa casa —dice con tono severo.

—De hecho, sí que salí de la casa. Di un agradable paseo por el bosque y, antes de eso, fui a la iglesia. ¡A la iglesia, nada menos! ¡Yo! ¡No puedo creer que no me convirtiera en una nube de humo negro cuando la sombra de la cruz cayó sobre mí!

No sé si es por mi risa estridente o por el tono desquiciado de mi voz, pero él se da cuenta de que estoy perdiendo completamente la cabeza.

—Voy a ir a buscaros a Bea y a ti.

—Espera, déjame preguntarte algo. ¿Me has prestado veinte mil dólares?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo estoy comprobando cuánto de mi cerebro ha sido devorado por la podredumbre.

—Maven…

—¡Las tumbas vacías! —grito, con el pánico brotando por todos mis poros y subiéndome por la garganta hasta ahogarme—. ¿Has oído hablar de las tumbas vacías del Cementerio Pinecrest, o también me lo he inventado?

—Voy para ahí —repite apretando los dientes.

Me llevo una mano temblorosa a la frente y cierro los ojos.

—¿Ha muerto mi abuela? ¿O tal vez soy yo quien ha muerto? —susurro—. ¿O estoy en un centro psiquiátrico? ¿O tal vez nunca nací? ¡Quizá he estado dormida durante mil años, como un gigante dormido enterrado en las entrañas de la Tierra, esperando a que las estrellas se alinearan para despertarme!

—¿De qué coño estás hablando? —grita Ronan.

Bajo la mano de la frente y abro los ojos. Puedo sentir el pulso en cada parte de mi cuerpo, el rugido de la sangre corriendo por mis venas. Estoy mareada y desorientada, como si hubiera salido de mi propio tiempo y hubiera aterrizado en otra dimensión, en un planeta hostil repleto de todo tipo de criaturas repugnantes que no desean otra cosa que devorar mi carne y chupar hasta la última gota de médula de mis frágiles huesos.

No sé qué me está pasando, pero sospecho que, sea lo que sea lo que haya al otro lado de este momento, me cambiará para siempre. Si es que sobrevivo.

Necesito decirle la verdad.

—Lo siento todo, Ronan. Pero sobre todo siento no haberte dicho nunca que te quería. Porque siempre te he amado. Todavía te quiero. Y siempre te amaré. Si no vuelvo a verte, quiero que sepas que te he amado toda mi vida. Para mí, nunca ha habido nadie más que tú.

Parece abrumado por la emoción.

—Ma… ven —su voz se quiebra al pronunciar mi nombre—. Yo también te quiero, cariño. Mucho. Jodidamente mucho.

Oírle decir esas palabras me parte el corazón. Entonces, el llanto lastimero de un niño en algún lugar de la casa vuelve a llamar mi atención.

Bea.

—Voy a ir a buscarte, cariño. Voy a ir a por vosotras dos ahora mismo…

Ronan sigue hablando cuando desconecto la llamada.

Estoy a punto de salir corriendo de la habitación cuando vislumbro la sombra. Se mueve sinuosamente desde detrás de las cortinas, ante las ventanas, se desliza por la pared del dormitorio como una mancha de tinta, y se extiende rápidamente hasta alcanzar una longitud antinatural, desplazándose y derramándose sobre el techo. Con su superficie oscura ondulando como el viento sobre el agua, la sombra se extiende hasta abarcar toda la habitación, ondulando de forma amenazadora alrededor de los muebles, enroscándose en el techo como si se preparara para atacar.

En el centro de las espirales, se distingue el contorno angular de una cabeza contra el yeso pálido.

También lo hace la lengua bífida que se mueve con rapidez.

—No es real. No es real. No es real, Maven. Lo estás imaginando —me repito apretando los ojos.

Cuando vuelvo a abrir los párpados después de unos largos minutos, la sombra ha desaparecido.

Afuera, el viento aúlla más fuerte. Las tablas del suelo del pasillo emiten un inquietante crujido, como si un pie invisible las pisara. En algún lugar de la planta baja, se cierra de golpe una puerta.

Mi teléfono vuelve a sonar. Es Ronan. No contesto, dejo el móvil sobre la cómoda y me doy la vuelta para salir de la habitación.

Me veo reflejada en el espejo del baño. En lugar de un enjambre de moscas, esta vez solo veo mi reflejo normal. Rostro pálido, ojos verdes, cabello largo suelto. De alguna manera, todo el tinte negro se ha desgastado, dejando mi cabello con su vívido tono rojo natural.

A un lado de mi cuello hay dos pequeñas heridas punzantes, tan rojas como gotas de sangre fresca.

Alrededor de mi cuello cuelga el rosario que el padre O'Brian me puso en la mano.

Con dedos temblorosos, toco primero las tiernas marcas de los mordiscos. Luego rozo el crucifijo que cuelga al final del rosario. Ambos parecen reales, pero la línea entre la realidad y la fantasía se ha difuminado de forma drástica para mí, dejándome en un purgatorio en el que no tengo pruebas de lo que realmente existe.

No tengo pruebas de que existo.

Podría ser producto de mi propia imaginación retorcida.

Sin embargo, el llanto de un niño que oigo resonar por toda la casa suena muy real, y me impulsa a actuar.

Salgo corriendo al pasillo, subo los escalones de dos en dos y llamo a Bea. Espero verla en la gran sala, con la nariz hundida en un libro, pero la estancia está vacía, y la chimenea apagada parece la boca negra y abierta de una terrible criatura voraz. Siento la habitación inusualmente fría, llena de sombras cambiantes que se deslizan por

las paredes como serpientes.

El olor dulzón y nauseabundo de algo en descomposición flota en el aire, tan potente que me da ganas de vomitar.

Mi pánico vuelve a aumentar y corro hacia la cocina. También está desierta. En el centro de la mesa de madera rayada hay un cuenco rebosante de granadas frescas.

Según la mitología, es la única fruta que crece en el infierno.

Una ráfaga de viento sacude los cristales de las ventanas y, de pronto, empieza a llover, golpeando los cristales con gotas gruesas e inquietantes porque suenan como uñas esqueléticas golpeando el vidrio. Algo del exterior intentara entrar.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, corro de vuelta a través de la gran sala y sigo el sinuoso pasillo que conduce a las profundidades de la casa. Las paredes parecen acercarse a medida que avanzo. Mis pasos resuenan en el techo y luego mueren abruptamente, como si la casa se tragara el sonido.

El pasillo se convierte en un laberinto sinuoso que me aleja cada vez más del lugar donde empecé. Una risa burlona resuena en la distancia. Aunque he recorrido estos pasillos cientos de veces, pronto me desorientó. Parece como si la casa se estuviera transformando, las puertas abren a paredes de ladrillo donde antes había habitaciones familiares para mí, el suelo sube y baja como si los pulmones de la casa estuvieran respirando.

—¡Bea! Bea, ¿dónde estás?

Me detengo de golpe, esforzándome por oír el débil grito en respuesta.

Proviene de algún lugar muy por debajo de mis pies. Miro hacia el suelo.

«El sótano».

En cuanto la idea se cristaliza en mi mente, es como si la casa lo supiera y se adaptara a mí. El pasillo en penumbra se ilumina un poco. Las paredes opresivas parecen retroceder.

Avanzo, aguzando el oído para escuchar los gritos, que se hacen cada vez más fuertes. Abro de un empujón una puerta que da a una escalera empinada, y el impulso me lanza casi al vacío.

Agarro la barandilla de madera justo a tiempo para evitar romperme el cuello en la caída y bajo…, bajo…, bajo hacia la oscuridad.

Ahora no necesito luz. Sé a dónde voy.

Al final de la escalera, el suelo es de tierra. Las pesadas puertas de madera del sótano están empotradas en el suelo unos metros más allá.

La leve corriente de aire que se filtra por ellas es más cálida que el aire circundante y huele a la esencia distintiva, ahumada y resinosa de la mirra, una hierba que se utiliza habitualmente en diversas prácticas rituales.

Como los sacrificios.

Agarro los pesados pomos redondos de hierro de las puertas del sótano gritando, con los nervios a flor de piel, y las abro de un tirón.

Me golpea una ráfaga de aire caliente. El pelo se me levanta de la cara. Entonces, algo duro me da una patada entre los omóplatos y caigo hacia delante en una oscuridad total.

Me golpeo contra una superficie dura. El aire sale de mis pulmones al mismo tiempo que mi frente se estrella contra la piedra inflexible. Aturdida, gimo cuando las estrellas explotan bajo mis párpados. El dolor inunda cada una de mis células, paralizándome.

Me dan la vuelta y me colocan boca arriba. Unas manos invisibles me agarran por las muñecas y los tobillos. Me levantan y cargan

conmigo durante un rato, la cabeza me cuelga palpitante y mi pelo se arrastra por el suelo. Luego me depositan sobre una superficie fría y dura.

Oigo el ruido metálico de las pesadas cadenas que sujetan alrededor de mis brazos y piernas.

Cuando mi visión se aclara finalmente, miro hacia arriba y veo una figura alta que se cierne sobre mí. Vestida con una larga túnica negra con capucha que le cubre la cabeza, la figura está rodeada por un halo de luz roja y parpadeante.

La luz proviene de la hoguera que arde en el suelo de piedra, en medio de la cueva en la que me encuentro.

La caverna es enorme, con techos tan altos que se pierden en la sombra. Múltiples pasadizos parten del espacio principal, con sus aberturas completamente oscuras. Estoy en el centro de una especie de laberinto subterráneo de túneles, un complejo que intuyo que se extiende mucho más allá de los límites de la mansión Blackthorn.

Y muy, muy por debajo.

Hay un hombre desnudo encadenado a una gran piedra rectangular frente a mí. La piedra tiene una forma tosca, que se eleva directamente desde el suelo de la cueva, está tallada de forma primitiva, pero sus bordes están desgastados por el uso prolongado.

Los lados están manchados con inquietantes manchas de color óxido.

El estómago del hombre está pintado con marcas rojas, unos extraños símbolos dibujados directamente sobre su pálida piel. Parece drogado, con los ojos cerrados y la cabeza balanceándose de un lado a otro. De su garganta salen gemidos impotentes.

Ha perdido las gafas de montura fina.

Pero es Ezra.

La piedra sobre la que yace es un altar.

Alrededor del altar hay fragmentos de huesos esparcidos descuidadamente, como si los hubieran apartado a patadas. De hecho, hay restos de huesos por toda la cueva. El suelo está cubierto de ellos hasta donde alcanza la vista, una grotesca alfombra blanca que se extiende hasta la boca de los túneles. Algunos están carbonizados, otros rotos y muchos perfectamente intactos.

Debe de haber cientos de esqueletos aquí. Miles.

Los cráneos de los bebés son los más espantosos. Sus cuencas oculares vacías me miran de forma acusadora.

Si tuviera que adivinar, diría que todos esos cráneos de bebés pertenecían a varones.

Entremezclados con los huesos hay objetos translúcidos con forma de tubo de diferentes tamaños. Sus superficies están marcadas con un intrincado mosaico de patrones de rombos. El que está más cerca del altar mide al menos treinta metros de largo, lo que indica el enorme tamaño de la criatura que lo desprendió.

Más bien, la serpiente que lo mudó.

Todas las delicadas formas son mudas de piel de serpiente.

La figura con la túnica negra se acerca, y saca un cuchillo de entre las mangas acampanadas. El filo de la hoja curva brilla con malicia a la luz parpadeante del fuego. Por la forma de la mano, puedo deducir que la persona que se esconde bajo la capa es una mujer.

Se quita la capucha de la cabeza, dejando al descubierto una maraña de rizos rojos como el fuego.

Davina me sonríe con afecto.

—Bienvenida a la fiesta, querida. Estamos a punto de empezar.



41

Maven

La miro con intensidad, sin fiarme de lo que ven mis ojos. Esto no puede estar pasando. Estoy soñando otra vez, eso es todo. Estoy sumergida en una fantasía creada por mí misma, una pesadilla diseñada por mi mente.

Mi querida tía no está de pie frente a mí con un cuchillo ceremonial utilizado en asesinatos rituales.

Aunque tal vez sí, teniendo en cuenta sus palabras.

—Pareces sorprendida —dice—. Es de esperar. Te fuiste de Solstice demasiado pronto para ser iniciada en tu decimoctavo cumpleaños, pero vamos a remediarlo esta noche. ¡Te has perdido mucha diversión!

Señala con el cuchillo a Ezra, que yace inerte como un pez en la roca.

—Por cierto, gracias traérmelo. Ya sabes lo mucho que me gustan los hombres más jóvenes.

Intento hablar, pero no puedo. Mi lengua no funciona. Mi cuerpo tampoco marcha bien. Cuando intento levantar la cabeza, mis nervios no envían el mensaje a mi cerebro.

—Intenta no resistirte, cariño. Los hechizos de *Immobilus* tienen

una forma desagradable de contraatacar.

Pasa la hoja por su palma abierta. La sangre brota y llena el corte. Con los dedos índices, la seca delicadamente y dibuja una marca en mi frente, luego en mis mejillas y barbilla. Mira mi garganta y hace una mueca.

—¿Te dio el padre O'Brian esta baratija? Qué ridículo.

Hace un rápido movimiento con el cuchillo y corta el rosario, me lo arranca del cuello para lanzarlo a un lado como si fuera basura. Oigo cómo cae al suelo de la caverna con un pequeño tintineo musical de madera y metal sobre hueso.

—Ahora, seguro que tienes preguntas. No podremos responderlas todas esta noche, por supuesto, pero ¿por dónde quieres que empiece?

Examina mis ojos torturados por un momento y luego asiente con la cabeza.

—Bea. Sí, por supuesto. Está perfectamente bien, cariño. Acurrucada en su cama, durmiendo como un bebé. Le he preparado una taza de mi té especial. Estará dormida durante horas. Es una niña encantadora. Has hecho un trabajo maravilloso con ella. Aunque debo admitir que me dolió descubrir que me has mentido sobre su edad. Es tan pequeña que parece lógico que aparente nueve años en lugar de once, pero tenía mis sospechas. Un simple hechizo *revelare aetatem* me reveló la verdad. Nunca pensé que me sería útil, pero me alegra decir que así fue.

Sus ojos verdes se endurecen con ira.

—Me dolió más que mintieras sobre su paternidad. Un Croft, nada menos.

Tiene arcadas como si fuera a vomitar, luego sonríe.

—Pero dejaremos el pasado en el pasado, porque la unión entre

una bruja y un demonio produce una hija con un poder increíble. Cuando Bea alcance la mayoría de edad, será la bruja más dotada que haya visto nuestra estirpe desde Megaera.

Aunque mi cuerpo está inmovilizado, mi corazón sigue latiendo, bombea sangre por mis venas a un ritmo tan frenético que me siento mareada y estoy sudando, jadeando en busca de aire.

—Sí, veo que tú también te haces preguntas sobre ella. Fue ella quien lanzó la maldición original sobre los Croft, ¿sabes? Una vez al mes, durante siete días seguidos, todos los hombres de esa familia se convierten en monstruos por la noche. Demonios, hombres lobo, todo tipo de duendes y criaturas. ¡Incluso en un caso, en una planta carnívora gigante! Es brillante que hiciera que la maldición imitara el ciclo de una mujer, aunque, personalmente, creo que debería haber ido más allá y haber hecho que les ocurriera todas las noches como represalia por lo que le hicieron, pero esa es solo mi opinión.

Se ríe.

—Es divertidísimo que sigan intentando encontrar una cura, porque no la hay. Por muchos experimentos que hagan con animales que han evolucionado para transformar su forma o manipular su entorno para sobrevivir, el linaje Croft está maldito para siempre.

Hace una pausa para untar pensativamente más sangre en el punto del pulso en el hueco de mi garganta.

—Lo que me lleva a tu madre. Fue a la iglesia de los Croft para intentar romper el hechizo de Megaera. Siempre fue demasiado bondadosa, pobrecita. Lo llamaba «corregir un error». Aunque debo admitir que fue lo suficientemente inteligente como para intentarlo a medianoche, en luna llena, en el equinoccio de invierno, porque esa confluencia tiene un poder mágico muy fuerte, pero el último hechizo de un mago antes de morir no se puede revertir.

Se ríe entre dientes.

—Como el que mi madre lanzó sobre Elijah Croft. Durante el resto de sus días, vaya donde vaya en la Tierra, ese hombre será atacado por cuervos. Mezquino, pero poético.

«Corregir un error».

Así que eso es lo que estaba haciendo mi madre aquella noche nevada de diciembre. Ella no odiaba a los Croft como el resto de nuestra familia. Quería ayudarlos.

Y nunca le hablé de Ronan. Lo mantuve en secreto porque pensaba que me odiaría por amarlo. Pensaba que nunca volvería a mirarme de la misma manera.

Unas lágrimas calientes se escapan de mis ojos.

—¡Oh, querida, no llores todavía! —exclama Davina—. Espera a que te cuente que fui yo quien se aseguró de que tu tonta y bondadosa madre no volviera a intentar nada tan estúpido.

Al darme cuenta de lo que quiere decir, la miro con horror creciente.

—Tómalo en consideración, May —me susurra, inclinándose hacia mi cara—. En esta familia no nos traicionamos unos a otros. Si alguna vez piensas en hacer algo tan estúpido como eso, piensa en tu hija. Ella también podría sufrir una trágica caída.

Una ira ardiente estalla dentro de mí. La miro con odio, deseando poder estrangularla, pero estoy impotente, atrapada dentro de mi cuerpo inútil.

Me da una suave palmada en la mejilla.

—Aunque tenías razón en que todas las Blackthorn mueren por accidente, chica lista. La magia negra siempre exige un precio. Cuando Megaera lanzó esa maldición de sangre sobre los Croft, también le quitó algo a su linaje. Un diezmo, por así decirlo. Como

todas nosotras, tu madre habría sufrido un trágico accidente tarde o temprano. Yo solo aceleré las cosas.

Se da la vuelta. Se quita la túnica de los hombros y la deja caer al suelo. La prenda se desliza por su cuerpo y se acumula en pliegues sedosos sobre un montón de huesos. Está desnuda, pero completamente a gusto con su piel, estira los brazos por encima de la cabeza y suspira de satisfacción.

Su cuerpo es firme y juvenil, sin signos de la flacidez o la pérdida de tono que tendría normalmente el de una mujer de su edad.

Una juventud antinatural obtenida por medios antinaturales.

Al llegar junto a Ezra en el altar, se queda de pie mirándolo, y luego recorre con los dedos la parte interior de su muslo desnudo. Él se mueve, tirando de las cadenas que le atan las muñecas, gimiendo e intentando abrir los ojos.

—Calla, dulce niñito —le susurra, mirando con amor su pene flácido.

Se inclina y se lo mete en la boca.

Se lo chupa hasta que está completamente erecto, arqueando las caderas entre gemidos, con el miembro resbaladizo por su saliva, y los músculos de los muslos tensos.

Comienzan a sonar unos tambores invisibles, con una cadencia lenta y rítmica. Luego se escucha un suave canto en un idioma que no entiendo. No puedo mover la cabeza para ver detrás o al otro lado, así que no sé si hay gente en esa zona, o si la propia cueva ha cobrado vida, excitada por la escena que se desarrolla en el altar.

Davina se endereza. Envuelve con su mano la rígida polla de Ezra y continúa acariciándola. Él se arquea sin pensar moviendo las caderas contra la palma de su mano, moviendo la cabeza de un lado a otro, y sus gemidos se hacen cada vez más fuertes.

Los cánticos y los golpes de tambor también se vuelven también más intensos, hasta que parece como si todo el ruido proviniera de dentro de mi propio cráneo.

Las palabras de Davina atraviesan el ruido como un cuchillo.

—Veo que ahora mismo estás muy pesimista, cariño, pero nuestra lealtad tiene muchas ventajas. Por ejemplo, no morimos. Bueno, nuestras formas humanas sí lo hacen, pero después de siete días, regresamos en forma animal para esperar hasta que el maestro sea lo suficientemente fuerte como para resucitar, será entonces cuando recuperaremos nuestra antigua gloria.

Pienso en las nubes negras de cuervos que siempre sobrevuelan los cielos de Solstice. Pienso en el zorro rojo, el gato blanco y la mariposa azul, todos ellos demasiado inteligentes.

Pienso en las tumbas vacías de las Blackthorn en el Cementerio Pinecrest, y en el cadáver tan bien conservado antes de desaparecer de mi abuela, y en que Bea sueña con ser un gran perro negro.

¿Será en eso en lo que se reencarnará?

Si pudiera reír, volvería a sonar como una loca. Siento que mi cordura se me escapa, como el agua que se va por el desagüe.

Esto no está pasando.

Y si es así, prefiero estar loca.

—Ya no falta mucho —murmura Davina sin dejar de acariciar la dura polla de Ezra— El amo está casi listo. Hemos sido muy diligentes en nuestras ofrendas sacrificiales a lo largo de las generaciones. Su poder casi ha alcanzado su punto álgido. Entonces, se levantará y reclamará a su reina para que reine a su lado.

Me mira con una sonrisa pícara.

—¿Adivinas quién podría ser? Te daré una pista, cariño: es una niña que parece más pequeña de lo que es.

«¡No! ¡Esto no está pasando! ¡No puede estar pasando! ¡Todo es una pesadilla! ¡Despierta, Maven! ¡DESPIERTA!».

Davina se sube al altar y se sienta sobre la erección de Ezra. Él echa la cabeza hacia atrás presa del éxtasis. Ella empieza a menearse contra él, cabalgándolo con fuerza, haciendo rebotar sus generosos pechos. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Hechizos de viaje dimensional, hechizos de manipulación del tiempo, hechizos de borrado de memoria que hacen que la gente olvide que alguien existió… Todo estará a tu alcance, cariño. Ni siquiera la muerte tiene dominio sobre ti. Estoy deseando enseñártelo todo. Hay tanto que debes aprender.

La voz de Luce resuena en mi mente.

«El jefe de nuestro Departamento de Entomología es Oliver Underwood. No conozco a nadie llamada May Blackthorn».

Me siento mal. A Ezra y a mí nos han borrado de la faz de la Tierra junto con todas las personas desaparecidas cuyos huesos cubren el suelo de esta cueva. Nos borraron de la memoria como si nunca hubiéramos existido.

El aire se calienta cada vez más. El sudor me resbala por el cuello. La hoguera en el centro de la cueva arde con un rugido, lanzando chispas al aire que se elevan hacia el techo sombrío y son tragadas por la oscuridad.

Dos figuras más con túnicas negras aparecen ante mi vista, avanzando lentamente hacia el altar.

Los roncos gruñidos de placer de Ezra se mezclan con los gemidos lujuriosos de Davina. Ambos parecen estar a punto de alcanzar el clímax, retorciéndose juntos sobre la piedra, con unos movimientos cada vez más frenéticos.

Una de las figuras vestidas de negro coloca un pequeño cuenco de

madera tallada con símbolos místicos cerca de la cabeza de Ezra. La otra se queda cerca de su cintura, esperando inmóvil hasta que Davina se tensa y grita. Con un movimiento rápido como un latigazo, la figura que está cerca de la cintura de Ezra agarra el cuchillo que Davina ha dejado sobre la piedra cuando se ha montado sobre él y se lo pasa por el cuello.

La sangre arterial, de un rojo brillante, brota del cuello y cae en un elegante arco dentro del cuenco que la otra figura sostiene para recogerla.

Ezra se sacude, emitiendo unos repugnantes gorgoteos. Davina sigue follándolo mientras se desangra. Lo cabalga hasta que su cuerpo deja de sacudirse y se queda completamente inmóvil.

Jadeando, Davina abre los ojos y mira el cuerpo sin vida.

La sangre que no ha caído en el cuenco se desliza por el lateral del altar de piedra en brillantes chorros rojos. El canto continúa. Los tambores mantienen su ritmo constante y monótono.

Davina pasa la pierna por encima de él y se baja, luego se sacude el pelo. Una de las figuras encapuchadas desata el cuerpo sin vida de Ezra y lo empuja por el borde del altar, haciendo que caiga al suelo con un ruido sordo. Entonces, Davina vuelve a subirse al altar, se tumba boca arriba y abre las piernas.

La figura encapuchada se acerca a ella y se coloca entre sus muslos separados. Se inclina y le explora el coño con unos dedos delgados y pálidos, que introduce en su interior y haciéndola gemir.

Davina levanta en ese momento los brazos por encima de la cabeza. La otra figura vestida de negro traza marcas sobre sus pechos y su torso con la sangre de Ezra, luego deja el cuenco a un lado y encadena las muñecas de Davina al altar para que sus pechos sobresalgan hacia el cielo.

Cuando la figura entre las piernas de Davina retira los dedos y los sustituye por su polla, la capucha se desliza de su cabeza, revelando unos finos mechones de pelo blanco sobre un cráneo pálido.

Es Q.

Deduzco que es Esme quien encadena las muñecas de Davina para que él pueda follarla ritualmente.

Intento gritar de nuevo. El esfuerzo es inútil. Tengo que permanecer allí tumbada, indefensa, y ver cómo llegan al clímax con un gemido, luego Esme intercambia el lugar con Davina y ocupa su sitio.

Con repugnante claridad, comprendo que luego me tocará a mí. Mi «iniciación» se acerca.

Los tambores resuenan. Los cánticos continúan. El humo del fuego rugiente se extiende en oleadas cada vez más densas hasta que me hace toser, es muy espeso.

Por encima de las voces y los tambores, oigo a alguien llamándome por mi nombre. Llega de muy lejos, es muy débil, pero lo oigo y mi pulso se acelera.

Reconocería esa voz en cualquier lugar, incluso en la oscuridad total del fondo del mar.

Nunca se olvida al primer amor.

La hoguera se está descontrolando, llenando la cueva con un humo negro y acre. Algo ha salido mal, porque Esme y Davina han empezado a gritar. Entonces, justo encima de mí, una ráfaga de aire caliente me golpea la cara. Una lluvia de brasas incandescentes me rodea.

Mi enorme demonio de obsidiana aparece a través del humo ondulante como un ángel vengativo, hermoso y terrible, con los colmillos al descubierto, los ojos helados encendidos de furia y las

marcas de sus muñecas y tobillos brillando con fuego infernal.

Con un rugido ensordecedor y un poderoso golpe de sus garras, rompe las cadenas que me atan a la roca. Me levanta y nos catapulta por los aires, batiendo furiosamente sus gigantescas alas.

Volamos.

El humo se disipa.

Puedo volver a respirar.

Acunada en la seguridad de su ardiente abrazo, con la mejilla apoyada en la extensión de su pecho duro y correoso, me dejo llevar por la oscuridad que me espera y me da la bienvenida.



42

Ronan

Su mano es muy pequeña en la mía. Muy pálida y frágil. La miro fijamente, con la emoción palpitando en mi pecho, mientras las máquinas pitan persistentemente de fondo y un médico y dos enfermeras hablan en voz baja en el pasillo, fuera de la puerta abierta.

—Bea —murmuro—. Abre los ojos.

No responde a mi petición. Está tumbada inmóvil en la cama del hospital, con su estrecho pecho subiendo y bajando lentamente, y una cánula con oxígeno fijada debajo de su nariz.

Debería haber sabido que no lo haría.

Porque en lugar de una petición, es una orden, algo que ninguna mujer Blackthorn obedecería jamás.

Con el corazón encogido, le aprieto con ternura la mano flácida y luego le doy un suave beso en los nudillos.

Los médicos me dicen que se pondrá bien, que ahora no hay nada que hacer salvo dejarla descansar, pero la necesidad de mejorar su situación, de solucionarlo todo me azota como un látigo golpeándome la piel una y otra vez.

Es una niña buena, brillante, valiente, encantadora.

Voy a pasar el resto de mis días asegurándome de que sepa lo especial que es. Convenciéndola para que sepa que siempre puede contar conmigo.

Asegurándome de que esté protegida.

Sus pestañas se mueven, luego, de repente, abre los párpados y me mira directamente a los ojos.

No parece sorprendida de encontrarme sentado junto a su cama, sosteniendo su mano.

—Hola —digo en voz baja.

Me mira con intensidad durante un momento y luego traga saliva.

—¿Eres mi padre? —pregunta con la voz débil y ronca.

Directa al grano, igual que su madre. Casi me echo a reír, pero en lugar de eso suelto el aire aliviado.

—Me gustaría. ¿Qué te parece?

Ella estudia nuestras manos entrelazadas, luego cierra los ojos y asiente con la cabeza.

—Está bien —susurra.

Su respiración se ralentiza, se le inclina la cabeza hacia un lado y, sin más, vuelve a quedarse dormida.

La presión de mi pecho es aplastante. Nunca pensé que podría amar a alguien más que a Maven, pero esta niña ya me ha robado el corazón por completo.

—¿Señor?

Levanto la vista y veo que una de las enfermeras se ha acercado sigilosamente a la cama.

—Hay un hombre que quiere ver a la señorita Blackthorn —me dice en voz baja—. Usted dijo que no se permitiera la entrada a nadie en su habitación, así que…

—¿Un hombre? ¿Quién es?

—Silas Hawthorne, señor. Dice que usted lo recordaría. —Frunzo el ceño y busco en mi memoria, pero el nombre no me suena.

—Dice que trabajó para su familia, señor, hace bastante tiempo —añade notando mi confusión.

Dios mío. Es cierto, Silas era nuestro jardinero. Pero renunció y se fue de Solstice hace años. Al menos una docena, tal vez más.

Reacio a dejar a Bea, le suelto suavemente la mano y me levanto. Luego miro a la enfermera con una expresión de advertencia.

—Dispongan lo mejor de todo, ¿entendido? —digo en voz baja y firme—. Cuidados, pruebas, comida, todo. Os haré personalmente responsables a todos si sufre la más mínima molestia…

—Sí, señor —interrumpe la enfermera en voz baja—. Ya lo ha dicho, señor. Varias veces. La señorita Blackthorn y ella están en excelentes manos, se lo prometo.

Echo un último vistazo a Bea, asiento secamente mirando a la enfermera y salgo al pasillo.

La habitación de Maven está al lado de la de Bea. Las persianas están bajadas y la puerta cerrada. Delante de ella, en el pasillo, girando nerviosamente un sombrero vaquero entre sus manos, hay un hombre alto vestido de manera informal con camisa de franela, vaqueros y botas. Supongo que ahora tendrá más de sesenta años, pero todavía posee una abundante cabellera entrecana y un físico delgado pero musculoso.

Levanta la cabeza, me ve y se queda quieto.

Sospechando que este extraño momento es una reaparición repentina, lo miro con los ojos entrecerrados.

—Silas. Qué sorpresa. ¿Qué puedo hacer por usted?

Él clava los ojos nervioso en la puerta de Maven y luego vuelve a mirarme.

—He… he venido a ver a May.

Arqueo las cejas, lo miro de arriba abajo con aire desafiante y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Ah, sí? Qué interesante. ¿Por qué demonios quiere verla?

Se aclara la garganta y vuelve a mirar furtivamente hacia la puerta de Maven.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Nervioso, lo miro un momento antes de señalar con la barbilla hacia la sala de espera al final del pasillo.

—Sígame.

Avanzo delante de él. Estoy tenso, mi mente va a mil por hora y siento los nervios a flor de piel. Cuando llegamos a la sala de espera vacía, me detengo y lo observo mientras da vueltas nerviosas por el centro de la sala, girando su gorra entre las manos.

Finalmente, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Soy su padre —suelta después de una breve pausa.

Por un momento aterrador, pienso que se refiere a Bea.

—Elspeth y yo estábamos enamorados —murmura mirando sus botas.

Mi confusión se aclara de golpe.

—Espere… —digo, con el corazón latiéndome con fuerza—. Espere… ¿Está diciendo que usted…?

—Ella quería que lo mantuviéramos en secreto —me interrumpe, mirándome con ojos torturados—. Especialmente después de que naciera May. Tenía miedo de lo que diría la gente, de cómo me tratarían…

Se queda en silencio, cerrando los ojos para ocultar algún recuerdo amargo. Cuando los vuelve a abrir, están llenos de lágrimas.

—Me avergüenzo de mí mismo. Todos estos años, desde que

murió Elspeth, he estado intentando reunir el valor para venir a hablar con May, pero… nunca he podido hacerlo. Pero cuando tu padre me llamó y me contó lo que había pasado, supe que había llegado el momento.

Aturdido, doy un paso hacia él.

—¿Mi padre?

Silas asiente con la cabeza.

—Él sabía de nuestra historia. Una vez nos pilló juntos en el antiguo santuario de tu familia. Era donde solíamos encontrarnos, para… —Se aclara la garganta y continúa—. Subíamos al campanario. Mirábamos las estrellas. Esa noche, la última, llegué tarde. Ella ya estaba allí, esperándome. Me saludaba desde la torre como un ángel, como una princesa de cuento de hadas, Rapunzel esperando a su príncipe.

Le tiembla la boca. Se le corta la respiración. Una lágrima solitaria se desliza desde su párpado inferior y le resbala por la mejilla.

—Pero no tuvo cuidado —susurra—. Siempre fue tan intrépida. Decidió salir al tejado. Me estaba saludando con la mano cuando resbaló, Ronan, estaba sonriendo y saludando, y es culpa mía, todo es culpa mía, llegué tarde, la hice esperar…

Su voz se quiebra, su rostro se descompone y rompe a llorar desconsoladamente.

Estoy tan sorprendido que no puedo moverme. Me quedo inmóvil y lo miro con la boca abierta, repitiendo en mi mente la conversación telefónica con mi padre.

Al recordarla palabra por palabra, me doy cuenta de que en realidad nunca dijo que fuera el padre de Maven.

Dijo que no hablaría de ello, que para él estaría muerto si volvía a sacar el tema, y en mi conmoción y consternación, en mi prisa por

llegar a lo que parecía una conclusión obvia, pasé por alto el hecho de que mi padre nunca admitió nada en realidad.

Y que a menudo se comporta como un completo imbécil cuando se le pregunta.

Por cosas mucho menos insultantes que su hijo acusándolo de engendrar a una hija bastarda y de engañar a su esposa en el proceso.

Me cubro la cara con las manos y las froto varias veces hasta que mi mente se aclara y puedo volver a pensar con claridad. Me preguntaba por ese ataque cardíaco que sufrió Silas. Parecía un poco dramático que le fallara el corazón al encontrar un cadáver en la nieve y que luego pasaras semanas en el hospital recuperándose, pero con esta nueva información, no lo parece tanto.

Si hubiera sido yo quien viera a Maven caer hacia la muerte, nunca me habría recuperado.

—¿Alguien más lo sabe? —digo con la voz ronca.

Silas niega con la cabeza.

—Supongo que estará dispuesto a hacerse una prueba de ADN para confirmar su afirmación.

Sorprendido, me mira.

—¿Qué?

—He aprendido a no creer en la palabra de nadie. Antes de seguir adelante con esto, tendrá que demostrar que es quien dice ser.

Él asiente con la cabeza y se seca las lágrimas de la cara.

—Sí. Me haré la prueba. Haré lo que sea.

—Bien.

—Entonces, ¿May y tú…? —pregunta vacilante después de una pausa incómoda.

—Va a ser mi esposa —respondo sin rodeos—. ¿Le parece mal?

—No.

Asiento con la cabeza, satisfecho por la sinceridad de su respuesta. Porque, sea padre o no, cualquiera que tenga algo negativo que decir sobre Maven y yo se arrepentirá.

Rápidamente conocerán un lado mío que no querrán ver.

—¿Señor?

Nos giramos para mirar a la joven enfermera con bata lavanda que está de pie en el pasillo. Señala hacia la habitación de Maven.

—La señorita Blackthorn l0 llama.

—Gracias. Una pregunta: ¿hacen pruebas de paternidad aquí?

Ella no se lo piensa dos veces.

—Sí, señor. Solo necesitamos una muestra de saliva o de sangre. Los resultados suelen estar listos en cinco o siete días.

Me vuelvo hacia Silas.

—Dele también su información de contacto. Hablaremos dentro de una semana.

Lo dejo con la enfermera y voy a la habitación de Maven. Está despierta, sentada en la cama del hospital, mirando por la ventana el crepúsculo grisáceo.

Cuando gira la cabeza y nuestras miradas se cruzan, siento una descarga de conexión que me recorre todo el cuerpo.

Sin decir nada, extiende una mano. Me acerco rápidamente a ella, agarro sus dedos extendidos y los beso mientras me inclino sobre la barandilla metálica de la cama.

—Hola, cariño —susurro—. Acabo de ir a ver cómo estaba Bea otra vez.

—¿Cómo está?

—Todo va bien.

Exhala un suspiro suave y entrecortado, hundiéndose en la

almohada. La observo, con el corazón lleno de amor, pero la mente inundada por la preocupación. Es fuerte, pero incluso la persona más fuerte tiene un punto de ruptura.

Su expresión cuando le dije que sus tías no habían sobrevivido al incendio…

Nunca había visto tanta agonía.

—¿Necesitas algo? ¿Cómo te sientes? ¿Qué te puedo traer?

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Deja de preocuparte. Me vas a malcriar —murmura.

—Ese es el plan.

No le digo que el plan también incluye un cambio inmediato de su domicilio al mío, un enorme anillo de diamantes en su dedo anular y una rápida caminata hacia el altar en nuestra boda, porque no quiero abrumarla.

Pero ella y yo vamos a acabar de una vez por todas con esa tontería de que las Blackthorn no se casan.

Sé que se opondrá, pero la convenceré. Hacer de esta mujer mi esposa y ser un buen padre para Bea es mi nueva misión en la vida.

—¿Por qué tienes esa cara de satisfacción? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Ya te lo he dicho, cariño —respondo con una sonrisa en los labios—. Es mi actitud habitual.

Luego me inclino y reclamo su boca antes de que ella pueda responder.

El beso es dulce y prolongado.

—Te quiero, Maven. Te quiero. Nada volverá a interponerse entre nosotros —le susurro con vehemencia al oído al poner fin al beso.

Su risa es suave y ronca.

—¿Por qué eso suena como una amenaza?

—Es una promesa. Es un voto. A partir de este momento, somos una familia. Somos tú, yo y Bea, y eso es todo. Nadie puede separarnos. Nada puede separarnos. Cualquiera que os cause molestias tendrá que responder ante mí. Y que Dios le ayude, porque le haré pedazos y apilaré sus cuerpos a vuestros pies.

Ella me mira con intensidad un momento, con los ojos llenos de lágrimas, y luego suelta un suspiro.

—Estás desquiciado.

Eso me hace reír.

—Eso me han dicho. Ahora descansa, cariño. Cierra los ojos. Estaré aquí cuando te despiertes. —Le doy un suave beso en los labios y luego me acomodo en la incómoda silla de plástico junto a su cama.

Siempre estaré a su lado.

Es el único lugar en el que quiero estar durante el resto de nuestras vidas.

EPÍLOGO

COLE WALKER

Me enteré del incendio en Blackthorn Manor como todo el mundo: por las noticias.

Era la edición nocturna, porque nunca consigo dormir, pero en cuanto vi el nombre Blackthorn en el teletipo de la parte inferior de la pantalla, me senté muy erguido en mi sillón reclinable y subí el volumen al máximo.

Lo llamaron «conflagración», que no es más que una palabra elegante para decir «jodidamente enorme».

Contemplé fascinado y paralizado las dramáticas imágenes de las enormes llamas devorando una extensa estructura en el bosque, hasta que recobré el sentido, hice una maleta y dormí unas horas.

A primera hora de la mañana, me monté en mi viejo Chevy para realizar un largo viaje desde Burlington hasta un pequeño y tranquilo pueblo llamado Solstice.

Cuando llego, el sol se está poniendo sobre el escarpado borde de las montañas púrpuras. Es una hermosa tarde de noviembre, clara y fría, fresca y sin viento.

Por supuesto, la prensa ha invadido el lugar como gusanos hambrientos.

Me abro paso entre la multitud de curiosos y cámaras y le muestro mi credencial al policía que monta guardia frente a la gran puerta de hierro.

No quiere dejarme entrar, así que le suelto el nombre de algunas

personas que conozco en las fuerzas del orden locales y le digo que soy el investigador privado de Maven Blackthorn, aunque técnicamente ella me haya despedido.

Como eso no le hace cambiar de opinión, le paso unos billetes. Por supuesto, esta táctica funciona a las mil maravillas.

No puedo culparlo. Los funcionarios públicos están muy mal pagados. El equipo forense ya ha llegado al lugar y está revisando los restos humeantes de la mansión. Se han necesitado una docena de camiones de bomberos llegados desde la ciudad para apagar el incendio.

Los tráileres siguen aparcados en la propiedad, con sus luces rojas parpadeando. La escena tiene el aspecto caótico de un circo en el que todos los animales se han escapado de sus jaulas y corren desbocados por la carpa, aterrorizando a los espectadores.

Aparto a un investigador y le pregunto qué se sabe.

—¿Hasta ahora? No mucho. Los paramédicos se llevaron a dos personas en ambulancia, una mujer adulta y una niña. También encontramos algunos cadáveres de adultos en el interior.

Esboza una sonrisa.

—Están carbonizados, así que aún no sabemos de qué género son. —El muy cabrón parece emocionado porque haya sangre.

—¿Alguna idea preliminar sobre la causa?

—Hable con él. —Señala a un joven vestido con uniforme de policía y luego se aleja para conversar con otro investigador.

El policía es demasiado novato como para saber que debe mantener la boca cerrada. Está tan ansioso por hablar que solo tengo que presentarme y decirle que trabajaba para la familia para que se ponga a soltarlo todo.

—Oh, tío, qué locura, ¿verdad? Un lugar tan antiguo y mal

ventilado como este es la receta perfecta para el desastre. Todas esas chimeneas de leña y las ventanas selladas, ¿se imagina? En realidad, es un milagro que no haya pasado antes. Los gases se acumulan hasta formar una nube tóxica tan inflamable que basta con una cerilla para que todo el lugar vuele por los aires.

Está tan emocionado que da saltitos.

—¿Gases?

Asiente con la cabeza.

—Monóxido de carbono. Quizá también metano. Solstice tiene altas concentraciones de ese gas en el subsuelo, lo que probablemente explique por qué todos sus habitantes están tan chiflados. No sabremos con certeza lo del metano hasta dentro de un tiempo, pero los primeros en llegar al lugar les hicieron una prueba con un oxímetro de pulso a las víctimas que encontraron y confirmaron la teoría del monóxido de carbono. Los niveles eran altísimos. También hablaron con el médico de familia. Al parecer, la mujer presentaba síntomas graves de intoxicación por monóxido cuando la examinó recientemente, pero él lo diagnosticó de forma errónea como un virus.

—Se siente muy culpable, pero los síntomas son los mismos, ¿sabe? Mareos, dolor de cabeza, náuseas, toda esa mierda. Y también confusión. Tenía un amigo en la academia cuya hermana sufrió intoxicación por monóxido de carbono en la universidad. Dijo que se sentía como si fuera a morir antes de que por fin descubrieran lo que estaba pasando. También alucinaba con un montón de locuras: ángeles, demonios y monstruos trepando por las paredes. Cosas realmente espeluznantes. En la antigüedad, probablemente habrían pensado que estaba poseída, diciendo esas cosas.

Pienso en lo convencida que estaba Maven de que Ronan Croft

estaba llevando a cabo ensayos experimentales ilegales con seres humanos en el sótano del santuario de su familia, en lo frenética que sonaba —si soy sincero, parecía una chiflada— y asiento con la cabeza.

—¿Sabe el nombre de la persona que examinó el médico?

—¿Maven, creo? Un nombre raro, si me lo pregunta.

Mirando los restos humeantes de piedra ennegrecida y madera carbonizada que solían ser Blackthorn Manor.

—Ese nombre significa que es una persona con un alto nivel de conocimiento… —digo distraído—. Una experta. Viene del hebreo.

—Ah. —Lo piensa un segundo—. Hebreo, ¿como la Biblia? —Le lanzo una mirada que le hace callarse.

Se aleja avergonzado, dejándome solo en el camino de tierra lleno de baches y cubierto de maleza, contemplando los restos humeantes de la edificación.

Sé que es solo mi imaginación la que me hace pensar que esa ruina ennegrecida me está mirando fijamente… y tramando algo.

Algo que se mueve rápidamente en mi visión periférica me hace girar y mirar al cielo. Por un instante, vislumbro una enorme y monstruosa forma negra volando entre las estrellas, pero cuando parpadeo, ha desaparecido.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral y me doy la vuelta para ir hacia la verja.

Desde su atalaya en un banco de hierro al otro lado del patio, un zorro rojo me observa con unos ojos dorados sobrenaturales, mostrando los colmillos mientras sonríe.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Monique Patterson, por tu absoluta brillantez como editora y por tu carácter, generosidad y pura decencia como ser humano. Te adoro. «Más oscuro y más jodido», esa ha sido la clave del éxito.

Ha sido un placer trabajar con mis equipos de Bramble, Tor y Macmillan, pero quiero dar las gracias especialmente a Mal Frazier, Giselle Gonzalez, Tyrinne Lewis, Eileen Lawrence, Emily Mlynek, Sarah Reidy, Lucille Rettino, Devi Pillai y Neil Strong por su capacidad de respuesta, dedicación y profesionalidad. Saber que estáis ahí, escuchando y preocupándoos significa mucho para mí.

Jenny Bent, mi genial agente: «Tú me completas». Espera, eso ya lo ha dicho alguien famoso. ¿Qué tal esto?: «Tú me entiendes». Lo cual podría ser incluso mejor. Gracias por ser tan genial, por hacer que sea tan fácil trabajar contigo y por ser una amiga.

Les debo mi más sincero agradecimiento a otras dos estrellas de la agencia Bent: Victoria Cappello y Emma Lagarde, las que se ocupan de todo lo que hay que hacer y consiguen llevarlo a cabo con tanta elegancia.

Gracias a Georgana Grinstead, Valentine Grinstead, Meagan Reynoso y a todo el equipo de Valentine PR por vuestro apoyo y orientación.

A todos los *blogueros*, *BookTokkers*, *influencers*, críticos y clubes de lectura que han compartido mi trabajo con entusiasmo; muchas gracias por lo que hacéis. Cuando se publicó mi primera novela en 2012, no tenía ni idea de que tendría la suerte de que gente como vosotros recomendara mis libros. Habéis sido una parte fundamental

de mi éxito y os lo agradezco a todos y cada uno.

Geissinger's Gang: sois mi tribu. Mi extraña y divertida tribu, quienes me apoyan incondicionalmente, me dan vida y me hacen reír. Nuestro pequeño rincón de Internet se ha convertido en mi paraíso. Gracias por acompañarme en este viaje, por ser mis más fervientes animadoras y por permitirme traumatizaros con mi inquietante imaginación.

Por último, a mi marido y compañero de fechorías. Jay…, tienes mucha suerte de que se inventaran los tapones para los oídos, yo tengo mucha suerte de haberte encontrado y ambos tenemos mucha suerte de que nunca hayas leído ninguno de mis libros, porque si no, tendríamos que ir a terapia de pareja y nadie tiene tiempo para eso. Te quiero.